B. FERNANDEZ Y MEDINA

Antología Uruguaya

Colección de Trozos escogidos de Autores Uruguayos desde la dominación española hasta nuestros días

PROSA

MONTEVIDEO
A. BARREIRO Y RAMOS, Editor
Librería Nacional
1895

ANTOLOGIA URUGUAYA

PROSA

ANTOLOGIA URUGUAYA



COLECCIÓN DE TROZOS

HISTORICOS Y LITERARIOS DE ESCRITORES URUGUAYOS

HECHA POR

B. FERNANDEZ Y MEDINA

PROSA

MONTEVIDEO

A. BARREIRO Y RAMOS, EDITOR

25 de Mayo, esquina Cámaras

1894

Á la Real Academia Española

Que velando por la pureza y unidad de la lengua castellana mantiene vinculadas con España á sus hijas de América, por el lazo más fuerte y duradero—dedican esta obra como testimonio de respeto

El Colector y El Editor.

ADVERTENCIA PRELIMINAR

El colector de los trozos que forman este libro se considera obligado á explicar aunque sea brevemente el carácter de su obra.

Las antologias poéticas son casi tan antiguas como la misma poesía lírica. Cada nación y cada época las ha formado y ellas vienen á ser según una expresión de Menendez Pelayo «los archivos literarios por excelencia y el testimonio fehaciente de todas las transformaciones del arte.»

Nosotros hemos tenido también con diversos nombres colecciones de poesías de nuestros autores, desde cierto *Parnaso Oriental ó Guirnalda poética de la República Uruguaya* editado por un tal Luciano Lira, en la primera mitad del siglo y que llegó á contar tres volúmenes, comprendiendo no solo poetas orientales, sino también argentinos, bolivianos y españoles, hasta el *Album de poesías* publicado por D. Alejandro Magariños Cervantes en 1878, que es la mejor colección que contamos.

Esto, como colecciones exclusiva ó casi exclusivamente del Uruguay, porque aparte de ellas pueden citarse la *América Latina* de Gordon, y *Los poetas de la América latina* de Arrascaeta, ambas obras publicadas por autores orientales; y otras varias de extranjeros que tienen como aquellas ese carácter general.

No faltan tampoco colecciones de prosistas americanos, como las de Cortés, Oyuela, Coronado, Lagomaggiore y Rubió y

Lluch, en las cuales figuran, aunque con escasa ó ínfima representación nuestros autores.

Pero colecciones de prosistas uruguayos exclusivamente, no existen; y ya que este primer volúmen de la *Antología Uruguaya* que nos ha tocado formar, es el de los prosistas, nos limitaremos á éstos, dejando para más adelante á las antologias poéticas.

La historia de nuestra literatura está por escribirse. Y no falta quien niegue hasta la existencia de tal literatura, despreciando á la mayor parte de los cultivadores de ella y de sus producciones como indignos de ser comparados colectiva ó aisladamente con los de los otros países de América.

No queremos discutir en esta advertencia esa opinión por cierto muy generalizada.

Creemos, y en esto seguimos la valiosa opinión del ilustre escritor español citado al principio, que «toda historia literaria, racionalmente compuesta, supone ó debe suponer una antología prévia, donde ha reunido el historiador una serie de pruebas y documentos de su narración y de sus juicios.» (*)

El que intente escribir la historia de nuestra literatura solo tendrá antecedentes y documentos, reunidos pero no ordenados, en la parte de la poesía. De los prosistas no hallará una colección bien ni mal ordenada.

Ahora bien, esta colección que el editor Barreiro y Ramos va á publicar ¿está destinada á suplir la falta y á ofrecer reunidos los documentos indispensables para la historia literaria del Uruguay?

Anticipándonos al juicio del público, creemos que nó. Esta colección, al menos en la parte de los prosistas, no está formada con tal carácter; es más bien una colección de escritos de autores uruguayos, destinada á dar solaz al lector y á hacerle conocer algunas páginas que se juzgan dignas de vivir, y que

* Menendez Pelayo.—Prólogo de la *Antología de poetas líricos castellanos.*

han sido entresacadas de libros, revistas y periódicos, que solo están al alcance de poquísimas personas, por la dispersión ó la rareza de sus ejemplares.

Teniendo en cuenta que nuestra colección debía ser sobretodo amena, titubeamos al ordenar su plan; pero al fin nos decidimos por uno, que creemos concilia aquella aspiración principal con la otra de presentar el desarrollo de nuestra literatura siguiendo una cronología exacta.

No podemos prescindir por consiguiente de hacer algunas indicaciones respecto de los períodos que la historia literaria señalará con más precisión.

Para seguir por nuestra antología el desarrollo de la literatura debe tenerse en cuenta, para los prosistas al menos, las siguientes divisiones:

1.er período: (1800) *José Manuel Perez Castellanos.*

2.º período: (1815) *Dámaso A. Larrañaga, José Ellauri y Santiago Vazquez.*

3.er período (1840) *Andrés Lamas* (que vivió hasta 1891) y hasta en sus últimos años contribuyó á la literatura nacional, principalmente con la importante obra *Génesis de las revoluciones de América* en curso de publicación; y *Juan Cárlos Gomez*, tambien de larga vida literaria, pues del último tiempo de su existencia (1884) nos quedan las conferencias sobre la filosofía del derecho.

4.º período (1855) *José María Reyes*; *Isidoro de María* que vive aún y sigue escribiendo; *Alejandro Magariños Cervantes*, fallecido en 1892 y cuya producción siguió con intermitencias hasta pocos años antes de la muerte; *Heraclio C. Fajardo, Fermin Ferreira y Artigas.*

5.º período (1870) *Marcos Sastre, Pedro Bustamante, Cárlos María Ramirez, Francisco Bauzá, José Pedro Varela, Antonio Díaz, Mariano Soler, Juan Cárlos Blanco, Julio Herrera y Obes, Eduardo Acevedo Díaz, Juan Zorrilla de San Martin, Angel Floro Costa, Justino Ximenez de Arechaga, Agustin de Vedia.*

6.º período (1880) *Daniel Muñoz, José H. Figueira.*

7.º período (1885) *Samuel Blixen, Manuel Bernárdez, Rafael Fragueiro, Victor Arreguine.*

8.º período (1890) *Domingo Arena,* y algunos otros autores jóvenes entre los cuales se cuenta el colector.

Algunos de estos mismos períodos pueden ser unidos y formar grupos más comprensivos, pero las indicaciones que damos servirán al lector, en defecto de noticias más completas, que acaso nos sea posible dar en una nueva edición, si esta obra merece el favor del público.

Con alcanzar el fin principal, de haber hecho una obra amena, se encontraría satisfecho el colector; y en todo caso, unido al benemérito Editor de las principales obras de nuestra literatura, considerará esta antología como un concurso valioso para la historia de la literatura uruguaya, que en la parte de los prosistas no tiene precedente en nuestro país.

Aún debe advertir el colector dos cosas: una necesaria y la otra quizás no.

Es la primera que al formar esta antología se ha prescindido de algunos autores de importancia relativa, por la dificultad de encontrar páginas suyas, ó porque sus escritos casi sin excepción tienen carácter personal agresivo, ó de exclusivo interés de actualidad, sin mérito literario que compense esas faltas.

Y es la segunda advertencia, la innecesaria, que algunos autores que están en la antología acaso no son dignos de figurar en la historia de la literatura uruguaya; pero van en aquella por otra razón, por alguna circunstancia que da interés al escrito escojido. Los lectores sabrán discernir cuales son esos autores y si entre ellos está

EL COLECTOR.

Montevideo, Abril de 1894.

EL UMBÚ (*)

El umbú es un árbol grueso, alto, copudo, frondoso y de un verdor subido, que se cría expontáneamente en algunos parajes de estos campos. No tiene madera que se pueda llamar tal; porque su tronco y ramas, después de la corteza, se componen solo de capas con que el árbol vá aumentando su volúmen; y aunque ese mecanismo de irse aumentando por capas parece común á todos los demás árboles, las capas del umbú se distinguen de las de los demás en que en éstos las capas se unen y se conglutinan tan estrechamente unas con otras, ya más, ya menos, segun su solidez respectiva, que no presentan en la madera más que un solo cuerpo duro y firme, en vez de que en el umbú las capas se conservan siempre visiblemente separadas sin formar entre sí mismas una unión estrecha. En medio de la flojera, digámoslo así, con que engruesa este árbol, su resistencia á los vientos generalmente es mayor que la de muchos árboles de madera fuerte, á quienes el viento desgaja con más facilidad que al umbú. Yo no

(*) De las «*Observaciones sobre Agricultura.*»

MEMORIA GEOLÓGICA

SOBRE LA FORMACIÓN DEL RIO DE LA PLATA

Yo pudiera recurrir á una causa lenta y silenciosa general, que hace retirar los mares de ciertas costas y avanzar sobre otras. Yo pudiera preguntar si esa misma causa que con tanta lentitud obra sobre la acción de los equinoccios, no podría obrar sobre la situación de los mares. Yo podría preguntar si conocemos bien cuáles ó cuántos son los agentes que causan las mareas, y si éstas no tuvieron en otro tiempo mayor actividad. Yo pudiera preguntar si esos fluidos generales que conocemos: el calórico, la luz, la electricidad, el galvanismo, ó si las atracciones y afinidades y gravitaciones y otros principios que se van descubriendo todos los días, no fueron en otro tiempo más enérgicos ó si no hay alguna insensible disminución y más inacción hacia las otras esferas; ó si no tuvieron, á lo menos, más vigor antes del diluvio que el que tienen, ahora. Ello es cierto que el hombre entonces era más enérgico, nos dice Moisés, y vivía diez ó doce tantos más. Tengamos más consideración con los libros sagrados, medítense con reposo, y se encontrará mucha luz para explicar los fenómenos que parecen incomprensibles.

conozco más que dos especies, una de machos que dan flores, y otra de hembras que dan flores y frutos. Se suele poner en el campo cerca de las casas por su hermosura y principalmente por la sombra que con su grande copa hacen en el estío, útil para las gallinas y para otros animales domésticos, y también para colgar la carne al fresco, que regularmente corre debajo de sus ramas. El motivo porque por lo común se siente correr aire debajo de los umbúes, lo atribuyo á que por leve que sea el aura que corre, como corra alguna, tropieza en la capa espesa del umbú, y hallando en ella embarazo, tuerce su corriente hacia la parte que no lo tiene, que es por debajo del árbol. Este efecto se hace muy sensible cuando hay dos árboles á la par, que unan arriba sus copas; porque pasando por cerca de ellas se suele sentir la corriente del aire que se reune por entre los troncos, aunque no se sienta en otro lugar si el día está sereno...

. . . .

A los dos años de haber comprado mi chacra trasplanté tres umbúes que habían nacido el año anterior de 1774, y los puse en triángulo cerca de la casa á la distancia solo de cinco varas uno de otro, con el objeto de poder atravesar de unos á otros, cuando fuesen grandes, tijeras de sauce, en que colgar comodamente la carne. De los tres se me perdió uno, y en los otros dos hallé el servicio que me propuse de los tres; pues atravesé de uno á otro una tijera de sauce en que podía colgar todos los cuartos de una res...

. . . .

Los umbúes á los treinta y nueve años de edad tenían diez y ocho varas y media de altura, y el diámetro de su copa era por lo menos otro tanto. Mi casa estaba abrigada con ellos de los sud este, y parecía de lejos que se apoyaba á los árboles. Estos á mis ojos la adornaban con los verdes colgantes de sus ramas; y yo los apreciaba en tanto que hubiera despreciado una talega de pesos que me hubiesen ofrecido por quitarlos de donde yo los tenía.

Pues todo este bien ó casi todo, desapareció el presente año de 1813; porque el día 2 de Febrero hirió un rayo los umbúes. Al que estaba más al norte y más cercano á la casa lo perdió del todo, y al compañero le maltrató las más grandes ramas. Al principio creí que el daño era muy corto; porque no se vió en el perdido más que un leve rasguño sobre la horqueta principal, y porque dos caballos que estaban atados á él, no recibieron mal ninguno; pero á los pocos días las ramas grandes, que formaban toda su copa, se empezaron á caer, llevadas solo de su peso, de suerte que no quedó en pié más que solo su tronco: luego advertí que el fuego eléctrico había penetrado hasta las raices por el sonido hueco que daba el tronco, y por el mal olor que despedía. Así lo hice cortar todo, y que se cortasen tambien todas las ramas heridas del que quedó en pié.

José Manuel Perez Castellanos.

Pero yo prescindo, por ahora, de semejantes cuestiones.

Nuestras formaciones son parciales y no debemos por lo mismo recurrir á causas generales.

Es verdad que debemos confesar que de cualquier modo que lo expliquemos, siempre es necesario hacer desaparecer el Río de la Plata y hacerlo posterior á esta formación; es decir, que el gran cauce que hoy ocupa, era antiguamente ocupado por el mar. Nosotros creemos que la existencia del Guazú es más moderna que la del Paraná, hasta cuya boca á lo menos llegaba el mar. Creemos que esta barra y estos grandes bancos de arena é islas que los componen son un efecto de lo que vemos en todas las bocas de los ríos al encontrar con él. Es bien sabido que las arenas que se arrastran por las fuerzas de sus corrientes, al chocar con las aguas del mar pierden su impulso y se precipitan por su misma gravedad; y así es que en todas las bocas de los ríos encontramos barras ó bancos de arena y otras materias aluviales que se extienden más ó menos según la mayor ó menor cantidad de sus aguas y la naturaleza de los terrenos.

Desde luego se viene á los ojos esta cuestión muy importante: ¿cómo un caudal de agua tan inmenso como el que ocupaba esta parte del Atlántico ha podido ceder al impulso del Paraná y retirarse cerca de dos grados al Este? Toda teoría que anticipemos á la observación parecería muy atrevida. Debemos, pues, primero exponer los hechos, y nada importaría que no supiésemos explicarlos. Yo muevo á mi antojo la mano con que esto es-

cribo é ignoro absolutamente todos los pormenores con que esto se hace. Observamos un flujo y reflujo periódicos en las aguas del mar, y que poco felices han sido los físicos en sus teorías! ¿Qué es, pues, lo que nos enseña la experiencia de todos los siglos?

La lengua de tierra sobre que Alejandro edificó su gran ciudad no existía en tiempo de Homero; el Nilo ha reducido el cabo Mercotis á casi nada; Rosetta y Damieta que ahora menos de mil años estaban sobre el mar, distan hoy dos leguas de él; el Rhin, el Po, el Arno, en pocas centurias han depositado en sus bocas tantas materias aluviales que forman largos promontorios; Venecia no puede, á pesar de sus muchos esfuerzos, conservar los lagos que la separaban del continente; Adria, que daba nombre al Adriático y que ahora veinte siglos era su único puerto, dista en el día seis leguas del mar. Según el cálculo de M. de Prony, del instituto de Francia, el Po avanza anualmente 229 piés, 7 pulgadas y 9 décimos. ¿El Río de la Plata conserva acaso el mismo fondo que antes? ¿No se ha cegado ya una boca del Riachuelo? ¿El puerto de Montevideo no ha disminuido el fondo y está lleno de lodo? ¿Hay acaso puerto alguno que no pida limpiarse de tiempo en tiempo? ¿Cuánto más abrigados son los puertos no son mayores las deposiciones fluviales? ¿Qué labrador, por rústico que sea, no ha observado que el arroyuelo que divide su terreno le ha robado algo de él para darlo á su vecino, y que por otro lado le sucede todo lo contrario? Confesemos que el Océano, por grande que sea, es un cobarde, que el menor

grano le detiene, y que el triunfo en estos grandes choques siempre está por los ríos que tienen á su disposición arsenales copiosos de esta arma, al parecer tan despreciable.

No deberá, pues, extrañarse después de todo esto, que yo suponga que algún tiempo estuvieron lejos del Océano el cauce de este gran río y aquella por lo menos de sus riberas que están al mismo ó menor nivel de los depósitos de conchilla que observamos; y que los lugares que hoy ocupan las dos bellas ciudades Buenos Aires y Montevideo deben al gran Paraná ser hoy lo que son, así en lo físico como en lo político, hallándose ambas rodeadas por todas partes de estos monumentos antiguos de su inmersión. Si, como hemos visto, unos pequeños ríos han conseguido triunfos tan señalados del mar, ¿cómo no deberá éste humillarse á presencia del majestuoso Paraná, que tiene por tributarios suyos á otros muchos superiores en orden á los ya mencionados? Y si ahora, en nuestros días, dice Cuvier, hacen tales estragos, ¿cuáles serían y qué violentos, cuando tenían á su disposición mayor cantidad de materiales que les suministraban las montañas? ¿Y que diría, pregunto yo, si hablase de estas grandes montañas que forman, digámoslo así, la espina dorsal del Universo? ¿Y qué si suponemos que nuestro Paraná y todas sus ramificaciones han aumentado el caudal de sus aguas, existiendo en comunicación con él los innumerables lagos que se suponen en los tiempos primitivos y de que abundan particularmente aun ahora esas inmensas llanuras.

Yo creo que los efectos que observamos casi no correspanden á su gran poder, y que á no abrirse ya enfrente del Río Santa Lucía el Cabo de San Antonio y presentarse enteramente flanqueado á las grandes masas de aguas del Antártico, debió Montevideo hace mucho tiempo el disfrutar de las delicadas aguas del Uruguay ó á lo menos del Santa Lucía, de que nuestros venideros disfrutarán. Nada impedirá con el tiempo que las corrientes sobre la costa del Norte conserven su buena calidad, así como ha observado Humboldt que las aguas del Pacífico sobre la costa Occidental de nuestra América, que vienen de la zona fría, conservan su temperatura aún entrando en la tórrida de Lima. Casi siempre se notan en el mar varias fajas que aún corriendo grandes espacios conservan color distinto, como si fuesen ríos que surcan el mismo Océano.

Los filósofos superficiales salvan desde luego toda dificultad recurriendo á grandes y repetidas revoluciones en el globo, y quieren para esto dar á la tierra una antigüedad que no han encontrado los grandes maestros de esta ciencia. Yo soy de opinión, dice Cuvier, en su ensayo sobre la teoría de la Tierra, párrafo 34, con M. Deluc y M. Delemieu, que la época de una grande y repentina revolución de nuestro globo no puede datarse más allá de cinco ó seis mil años. Mientras yo, pues, no advierta más depósitos que los que aparecen sobre las riberas del Río y de una naturaleza aluvial y de las más modernas, no creo necesario recurrir á otros agentes para dejarlo en seco y fuera del mar. En el interior del país, al menos

en la ribera izquierda, casi todas sus rocas son de las que los geólogos llaman primordiales, bajo las que jamás se han encontrado semejantes depósitos aluviales. El gneis forma la base de Montevideo; la diabase es el material de su cerro principal y de sus subalternos; el granito de feldespato rojizo es lo que más domina en la campaña al oriente de su gran cuchilla, en cuya parte prevalece más la mica, mientras que en la occidental y en las cercanías del Río abunda en su lugar el amphybolo. Los esquistos micáceos, arcillosos, su gres y aún la piedra calcárea están exentos de todo cuerpo orgánico, y no sus esquistos mármoles, entre ellos el sacarino granuloso de un orden primordial. El sabio naturalista prusiano M. Sellar ha confirmado mis ideas y no ha podido encontrar hasta ahora roca ninguna con cuerpos organizados, ni testigo alguno volcánico. Igual observación ha hecho en el Brasil.

Los depósitos que hemos visto más distantes del Río de la Plata son los de Santo Domingo Soriano; los que rodean á Montevideo y siguen su costa están separados unas 500 varas de la orilla del mar; los que se hallan hacia la Ensenada, en las lomas, me aseguran que distarán como dos leguas solamente. Para retirar, pues, el mar de estos lugares, bien se deja de ver que nuestro Paraná ha tenido bastante poder; y lo mismo debemos decir del Uruguay por lo que pertenece á Soriano, Vacas y Huérfanas.

Tres son las únicas formaciones que yo he encontrado en estos depósitos y todas me parecen de un orígen no

muy antiguo en los principios geológicos. La piedra de más antigüedad de todas me parece ser la roca que se halla en una ensenada poco distante del Cerro al S. O.

De la primera formación me parece un gris calcáreo compuesto de granos de cuarzo redondeados, unos muy brillantes y diáfanos, otros algo rojizos y transparentes, con igual porción de fragmentos de conchas, tiernos y menudos que no pueden determinarse. Sirve para edificar y se han hecho de él las gradas y las volutas de los capiteles jónicos del frontispicio de la Matriz de Montevideo. Quemada esta piedra da una cal muy blanca, pero que admite apenas otro tanto de arena. Esto no obstante, se podría sacar un buen partido de ella: estando tan próxima y pudiéndose conducir por mar, debe salir en más conveniencia, aun cuando sea necesario el duplo para igualar á la que viene en carruajes á tanta distancia de la ciudad.

La segunda formación es aquella en que se encuentra la *Mya labiata*, y á ella pertenecen todas las que actualmente se hallan en ambas riberas del Guazú; es decir, las de la Ensenada, Riachuelo y Costa para San Isidro, Calera de los Padres de San Francisco y las de la ribera opuesta, cuales son las de las Huérfanas, de las Vacas, y las de Santo Domingo Soriano; las que todas tienen por componente principal esta concha, y con ella naturalmente entrarán las otras, como lo observamos en la que tenemos por delante.

La tercera formación es la de los *Mytilus* ó mejillones; y á ellas pertenecen las que se hallan al contorno de

Montevideo y siguen la costa para Maldonado, é ignoro sus límites.

Son tan características estas conchas de dichas formaciones, que ni una sola *Mya* he encontrado en la de los *Mytilus* y ni un *Mytilus* en la formación de las *Mya;* las demás conchas son comunes á ambas formaciones en más ó menos cantidad.

Pero aquí se presenta una gran cuestión que no sabemos bien decidir: ¿Cuáles son las primeras que han habitado en este gran río? las *Mya* ó los *Mytilus*?

Como ambas especies viven actualmente en Montevideo en mucha abundancia, por qué la primera no entró en la segunda formación? De las otras partes componentes más ó menos accesorias, es más facil su explicación de no hallarse en la segunda, porque efectivamente han desaparecido de estas inmediaciones, y pudieron haber desaparecido antes de la segunda formación.

Después de muy largas y profundas meditaciones, me he decidido á creer que la especie de *Mytilus* que actualmente vive en Montevideo no es la misma que se encuentra en sus fósiles. Conozco tres especies de *Mytilus* en nuestra costa hacia Maldonado, tan parecidos unos á otros, que es necesario que sus piezas ó valvas estén enterísimas para poder distinguirlas, y esto no se consigue entre los fósiles. Con todo, por su tamaño, por su espesor, por sus costumbres y algunos otros accidentes, tiene ésta mucha semejanza con las que actualmente viven sobre Maldonado y en aguas perfectamente saladas que no entran en Montevideo. Haciendo, pues,

esta suposición, que la creo bien fundada, tenemos ya la clave para ordenar las épocas de las tres formaciones antedichas.

Los depósitos que hay entre el Cerro y Río de Santa Lucía son formados por los dichos *Mytilus* que ahora no entran en Montevideo, y perecen en agua dulce y también en algunas conchas marinas. Siendo estas conchas tan delicadas en la calidad del agua en que deben vivir, no bien el Río Santa Lucía avanzó algún tanto sobre el Océano y derramó sus aguas que se deslizaron por la costa Norte, poco más de una legua hacia el Cerro, perecieron los innumerables habitantes testáceos que ocupaban estas grandes ensenadas; las enormes masas de agua que vienen del Océano con el viento Sur, las arrojaron sobre las rocas de granito ó gneis sobre que descansan, y mezclándose con la gran cantidad de arenas de su costa, formaron con el tiempo estas rocas de aluviones, compuestas de partículas de concha é igual cantidad de arena. El que haya observado á Santa Lucía, poco antes de entrar en el mar, advertirá que sus barrancas ó riberas primitivas distan de su actual cauce á lo menos una legua; lo que supone que este río ha tenido con el tiempo sus novedades y que el mar ha entrado en él hasta muy arriba en la época en que vivían pacíficamente los testáceos que forman ahora estas rocas. Nada mas natural que, á más de sus depósitos aluviales que con el tiempo han formado como unos grandes diques contra el Océano, haya aumentado sus aguas ramificándose hasta los lagos contiguos y en grandes avenidas causadas por lluvias extraor-

dinarias ó riadas favorecidas por las continuas bajamares, haya salvado ese corto espacio.

Véase aquí también ya el origen de la segunda formación, debida al mismo Santa Lucía y demás arroyos que entran en este Puerto.

Todos en épocas muy distantes aumentan sus depósitos; prevalecen sobre el mar, y mezclando sus aguas dulces con las saladas, perecen también los testáceos puramente marinos que son arrojados sobre la costa y forman estos depósitos.

Esta teoría toma mayor vigor, si advertimos que la masa principal de esta segunda formación y muy probablemente también de la primera, es de conchas fijas y adherentes á las rocas que viven por familias y que no pueden á su arbitrio desprenderse para buscar lugar más á propósito, y aguas más saludables y más análogas á su constitución física, sino que miserablemente perecen en cualquier trastorno que acontezca, bien sea quedando en seco ó bien cambiando su calidad el elemento en que viven y á que estaban habituadas.

Tales son los mitilos, las ostras, las patelas, los pisuroles y las crepídulas que abundan en esta formación, siendo raros los toronzos, las bocinas y los murices y volutas que como libres pudieron huir é internarse en el Océano, donde se hallan actualmente.

La tercera y última época es la de las *Mya*. Éstas parece que se han internado en el actual Guazú en época más reciente, despues que sucedieron estos grandes acontecimientos sobre Montevideo, y por esto es que no se

hallan con estas primeras formaciones, á pesar de que en las últimas forman el principal componente.

Pero ocurre también aquí una cuestión muy grave. ¿Cómo es que Santa Lucía avanza sobre el Océano y no lo consigue el Paraná hasta una época muy distante en que puedan prevalecer y abundar tanto las *Mya* como lo vemos por sus depósitos que ocupan ambas riberas del actual Guazú? ¿No es el Río Santa Lucía un pigmeo respecto del Paraná? Sin duda. Pero considérese que los ríos no avanzan solamente sobre el Océano por el empuje de sus grandes columnas de agua, sino principalmente por las arenas y depósitos aluviales. ¿Quién tiene á su disposición mayor copia de materiales? ¿Quién los tiene más inmediatos? ¿Quién tiene un declive más violento? ¿Quién pudo más pronto abrir su comunicación con los lagos? Considérese, pues, la naturaleza de ambos terrenos y será muy facil la resolución de este gran problema. Por otra parte, la distancia que tienen que avanzar las aguas de Santa Lucía es cortísima respecto de los dos grados que tienen que caminar las aguas del Paraná, en quien pudo entrar mucho más alto el Océano por su poco declive. En este caso (lo que creo factible y que las observaciones posteriores podrán decidir), después de arrojado el Océano del Paraná, debió pasar mucho tiempo para arrojarlo del Guazú, donde dilatándose perdió mucho de su fuerza; de aquí es que el Océano no haga una gran demora sobre su boca.

DÁMASO A. LARRAÑAGA.

ORACIÓN INAUGURAL DE LA BIBLIOTECA

(Fragmentos)

No encontrareis en el que dirige este establecimiento un obscuro ó enigmático discípulo de Confucio, sino un franco y liberal discípulo de aquel *Jesús* que predicaba su doctrina en las calles y plazas, en los terrados y elevadas colinas, á presencia de los pueblos; un discípulo de aquel Evangelio que no quiere siervos, sino libres, y que no pide obediencia ciega, sino un obsequio racional; un discípulo de aquella religión de amor y no de temor.

. . . .

Sí, amados compatriotas: tendremos un sumo placer en manifestaros los libros sagrados, ya en vuestra lengua vulgar, y su autenticidad, y de haceros ver que no son vanas nuestras esperanzas de esa felicidad que debe acompañaros más allá del sepulcro. Tenéis las más selectas ediciones de la Biblia: basta nombrar por muchas la Máxima de la Haye con sus variantes *polyglotas*, y la rara de Duhamel, con sus láminas atlánticas; tenéis una colección copiosa de Santos Padres, que hace mucho honor á nuestra Biblioteca; en ellos encontrareis refutados

todos esos sofismas que, con una repetición fastidiosa, nos renuevan nuestros modernos filósofos; esos filósofos que, por mucho que digan, no han podido igualar ni en elocuencia á los Chrisóstomos y Chrisóiogos, á los Basilios y Ciprianos, ni en sublimidad á los Agustinos y Tomases, ni en erudición á los Jerónimos y Tertulianos, ni en dulzura á los Prudencios y Bernardos. Padres todos que con otros adornarán este Establecimiento.

Pero ciencias tan profundas, no son ni para el gusto ni para la penetración de todos. Vosotros, jóvenes, ¿os sentís animados con aquel fuego sagrado que forma los poetas, y carecíais de modelos que imitar? Regocijaos, pues las Musas, montadas en su alado pegaso, no han temido pasar el anchuroso Atlántico mar que nos separaba; y espero que en breve encontrarán más delicias en ese nuestro *Monte*, por ser más ameno, que en su favorito Parnaso. Aquí tenéis ya al Padre de la poesía, el divino Homero, su *Iliada* y *Odisea;* al hijo más querido de las Musas y de las Gracias, al correcto y prudente Virgilio, su *Eneida*, *Bucólicas y Geórgicas*, con todas las últimas ilustraciones de Binet, el gran Profesor del Liceo de Napoleón. Las *Metamórfosis*, *Fastos y Elegías* del fecundo y dulce Ovidio. Carecéis de la *Farsalia* del pomposo Lucano, pero tenéis la *Tebaida* del fogoso Estacio. Podeis imitar la noble y oportuna elevación del Tasso en su *Jerusalén restaurada*, y la amenidad y naturalidad de Ariosto en su *Orlando Furioso.*

Cuando os hayáis formado por tan excelentes modelos, tratad, no solo de ser agradables, sino tambien de ser

útiles á nuestros paisanos, componiendo, á imitación de Virgilio, unas *Bucólicas y Geórgicas*, en que reunáis todos cuantos documentos se han añadido después de este Poeta á las cosas agrestes. Para ello tenéis el abundante y vario *Semanario de Agricultura*, los *Elementos Naturales y Químicos de Agricultura*, del Conde Gustavo Adolfo Gyllemborg, el *Manual de Agricultura*, y el *Manual del Cultivador* por el autor del *Agrónomo*, y la soberbia edición del *Diccionario de Miller* por Martinet, obra aún más completa por abrazar el cultivo de todas las plantas descucubiertas hasta el año 1806. ¡Ojalá que el idioma inglés en que está escrito fuese más universal!

Pero no importa. Observo á nuestros jóvenes dedicarse con un empeño laudable al árido estudio de las lenguas, y yo lo he tenido en enriquecer este Establecimiento con Gramáticas y Diccionarios de las más útiles, no solamente de las europeas castellana, francesa inglesa, italiana y portuguesa, sino también de las americanas *guaraní, quichua y araucana.* Si vosotros os dedicáis con esmero al estudio de vuestros idiomas, encontraréis que no son inferiores á los del antiguo continente. Un camino inmenso se os presenta á los que tengáis tiempo y gusto para ello, perfeccionando sus gramáticas y diccionarios ó bien descubriendo sus bellezas ó formándolas de nuevo. Nuestra provincia presenta una cosa muy singular en esta parte. Mientras la *guaraní* se extiende por todo el Brasil y llega hasta el Perú, y mientras el *quichua* domina el vasto Imperio de los Incas, este pequeño recinto cuenta más de seis idiomas diferentes; tales son: el

minuán, el *charrúa*, el *chaná*, el *boane*, el *goanca*, el *guaraní*, y que sé yo que más? Pero lo sensible de todo es, que en poco tiempo no quedará vestigio alguno de ellos; y así es honor vuestro el conservarlos, que quizá encontraréis en ellos esa Filosofía que debe servir para formar el idioma universal que desean los sabios. Ello es que, por lo general, se ha notado que hay más sabiduría en los idiomas, cuanto más salvajes son las naciones: prueba nada equívoca de la divinidad y pureza de su orígen, y de que la mano atrevida del hombre no ha entrado á corromperlos. De las lenguas muertas, cuales son la griega y la latina, teneis muchos y diferentes diccionarios y gramáticas: á más de ser éstas las dos lenguas consagradas por la Iglesia, con las que podéis entender sus libros sagrados y divinos oficios, podeis leer en su original á Homero y Virgilio, á Polibio, á Tácito y Tito Livio, á Isócrates y Cicerón, á Euclides y Archímedes.

¿Quién puede nombrar estos dos últimos sabios sin acordarse de las Matemáticas? Estas ciencias que dan exactitud al entendimiento, sujetan á cálculo los astros, miden el curso complicadísimo de las aguas, arreglan el movimiento de los cuerpos y aún de la misma velocidad de la luz. La Mecánica, Hidráulica, Óptica, Catóptrica, Dióptrica, Astronomía, Navegación, Gnomónica, Geografía, etc. ¡Qué campo tan inmenso, jóvenes, y qué estudios tan útiles! Las necesidades de vuestro país son inmensas y muchas pueden remediarse con estas ciencias. Hay que abrir caminos, elevar calzadas, construir puentes, hacer canales, poner compuertas, limpiar vuestro puerto,

rehacer el muelle, fabricar arsenales, fortificar el recinto, traer aguas potables, levantar planos, distribuir la campaña, secar pantanos,; ¿pero donde voy? Todo hay que hacer porque estamos en una infancia política. Este estudio traerá ventajas para nuestro país y para las ciencias en general. La Astronomía, por ejemplo, es un estudio que embelesa, principalmente en el día, en que en virtud de las tablas logarítmicas de Mendoza, ó de las gráficas de Luyando, los cálculos más complicados se resuelven sumando tres partidas, ó bien linealmente con la punta de un alfiler en menos de cinco minutos, con tanta ó mayor exactitud, de lo que se hacía antiguamente. Este es el país, en mi juicio, de los astrónomos: aquí no teneis ese cielo cubierto de nubes que ocultaban los astros de Kepler, ni esas enormes montañas, que por su atracción perturbaban el péndulo de la Condamine y Jorge Juan. Por otra parte, las observaciones que hiciéreis, en un cielo tan despejado y con tan notable paralaxe á las de Europa, acabarán de perfeccionar la Astronomía, y los arcos que mediréis del meridiano en unas llanuras tan inmensas, quitarán toda duda sobre la figura de la tierra, uno de los problemas más importantes. Por último, os recomiendo sobremanera el estudio de la Maquinaria, porque la América, falta de brazos, no tiene otro medio de suplirlos por ahora; la esclavitud es un brazo que nos hace muy poco honor; y el uso más laudable que ha hecho de su preponderancia colosal, la filantrópica Albión, es el empeño que ha tomado en la abolición general de este tráfico infame de la especie humana.

Mucho tenemos que hacer, dirá alguno; pero ¿dónde están los medios? ¿dónde los ingentes caudales que necesitamos para ello? ¿Dónde? En el fomento del pastoreo y de la agricultura, en la libertad del comercio, de la pesca y de la navegación, en la acertada dirección de las rentas, etc. El Pastoreo, la inocente ocupación de los primeros patriarcas, nos ha dado en esta provincia un producto neto más cuantioso que lo que producía últimamente el famoso Potosí. La Agricultura, el destino que el mismo Dios dió al hombre en este mundo, y mientras hubiere vivientes el más necesario, es la base más sólida de las incalculables riquezas del poderoso reino de la gran Bretaña en un clima agrio y en una tierra ya cansada: ¿qué no deberá producir en una región benigna y en un suelo virgen? El Comercio, este gran puente de comunicación entre los dos continentes del mundo, que los une y estrecha con los más fuertes vínculos; que hermana los hombres más distantes y los hace *cosmopolitas*; que endulza las costumbres de las naciones feroces, reduciéndolas á sociedad, al paso que multiplica sus necesidades y el genio emprendedor de los proyectos más atrevidos y temerarios. Si, amados compatriotas, al comercio animado de ese resorte, el más animado del corazón humano, del deseo insaciable de la India, es á quien se debe el feliz descubrimiento del nuevo mundo, el precioso país que habitamos: á tan miserable interés, se deben los viajes de Colón, de Américo Vespuccio, de Gaboto, y de Magallanes.

¿Queréis dar un nuevo y fuerte impulso á estas dos

ruedas sobre que gira el gran carro cargado con todas las riquezas de las Naciones, es decir, á la Agricultura y al Comercio? Estudiad el gran libro de la Naturaleza, de esa madre fecunda y siempre nueva. Vuestros descubrimientos harán honor á vuestra patria, y aumentarán los renglones de su tráfico y cultivo. Linneo, el hijo más querido, el hijo más fiel, á quien ha revelado todos sus arcanos; Buffón, el Plinio francés, su elocuente panegirista; Castel, su compendiador Tournefort, Molina, Cavanillas, Azara, y otros célebres expositores de la naturaleza, que adornan estos estantes, son los mejores maestros que pueden dirigirnos en tan importantes investigaciones. Vuestro país abunda en producciones nuevas; y en este corto recinto, en medio de las más serias ocupaciones de mi ministerio, he clasificado y descrito sistemáticamente más de mil especies desconocidas en sus tres Reinos. Si la Química entra á analizarlas encontrará tesoros muy preciosos para las Artes y para la Medicina. Tenéis para ello los químicos de más nombre: Chaptal, Fourcroy, Nichôlson, Macquer y otros.

Pero ¿dónde voy? Nombrar solamente las ramas de ciencias y artes que poseéis sería fastidioso. Baste decir que nada os falta para llegar al grado de sabiduría de las ciudades más cultas. Con estos auxilios es que en tan pocos días tienen las Provincias Unidas de Norte-América á hombres muy eminentes. Sobresalen en las ciencias de Gobierno, Adams y Hamilton, en la Física Franklin, en la Astronomía Winthrop, en la Historia civil Ramsay, en la natural Jefferson; pero Wáshington será

siempre la estrella más brillante de América, el estadista más profundo, el general más hábil y el patriota más celoso, cuya gloria nunca ofuscarán los honrosos descubrimientos de sus compatriotas, como el conductor de Franklin, el planetario de Rittenhouse, los molinos de harina de Evans, y las máquinas de vapor de Rumsey. Yo espero de vosotros, ilustres orientales; que no solo igualaréis en descubrimientos á estos vuestros dignos hermanos de Norte América, sinó que, por lo privilegiado de vuestros talentos y por vuestra incesante aplicación, haréis ver al orbe literario que, en las regiones del Sud de América, no solo se encuentran los únicos verdaderos gigantes en el cuerpo, sino tambien en el ingenio y en el espíritu.

Á vista, pues, de tamañas ventajas y de tan copiosos beneficios como os vá á proporcionar esta pública Biblioteca, viendo cumplidos mis deseos, mi alma, inundada de un júbilo inefable, no puede contenerse sin exclamar por último: que sea eterna la gratitud á todos cuantos han tenido parte en este público establecimiento! Gloria inmortal y loor perpetuo al celo patriótico del jefe de los orientales, que escasea aún lo necesario en su propia persona, para tener que expender con profusión en establecimientos tan útiles á sus paisanos. Es acreedor á nuestro agradecimiento el jóven, su digno representante, que como tan amante á las ciencias, jamás, aún en los más grandes apuros del erario, se ha dejado de prestar á todas aquellas erogaciones que le proponíamos como necesarias. Son tambien dignos de los mayores elogios los

Gobiernos pasado y presente, aquel por haber apoyado y elevado nuestra solicitud y hecho la mitad de la obra, y éste por haberla llevado hasta su última perfección. Sean, por último, muy respetables las cenizas del venerable anciano, nuestro compatriota el finado doctor don José Manuel Pérez Castellanos, el primer Presbítero y Doctor de vuestro país. Hace poco que este nuevo Mentor, muriendo entre mis brazos, dejó para mayor perpetuidad de este establecimiento, lo mejor parado de sus bienes; pero el legado más precioso es su Opúsculo de Agricultura, sazonado fruto de sus últimos años, llenos de experiencia y sabiduría.

Y mientras las bendiciones de este pueblo agradecido recaen sobre tan benéficos ciudadanos, nosotros todos con tan nuevos y nobles motivos continuemos nuestros regocijos. Regocíjese el Gobierno, porque debiendo este establecimiento ilustrar á los ciudadanos en el lleno de sus obligaciones, las ejecutarán gustosos; regocíjense los ciudadanos, porque siendo sus magistrados sabios, pocas veces errarán en lo que interesa á la felicidad de los pueblos; los ancianos, porque imposibilitados por sus años para un trabajo corporal, pueden ocupar su mente en entretenimientos útiles é inocentes; regocíjense, en fin, los niños, porque son los que por más largo tiempo deben disfrutar de tan apreciable beneficio.

DÁMASO A. LARRAÑAGA.

DISCURSO DE LA CONSTITUCIÓN

La Comisión de Constitución y Legislación cuyos principales trabajos se presentan hoy á la discusión general, ha creído no poderse dispensar el grato deber de hacer, por mi órgano, algunas cortas explicaciones de los fundamentos más firmes, en que estriban sus opiniones, y de los grandes objetos, que se ha propuesto llenar redactando el proyecto de Constitución, que le fué encomendado.—La Comisión no tiene la vanidad de persuadirse que haya hecho una obra original, grande, ni perfecta.—Lo primero sería una extravagancia; porque en materia de Constitución, señores, poco ó nada nuevo hay que discurrir después que las naciones más civilizadas del globo han apurado las grandes verdades de la política y resuelto sus más intrincados problemas que antes nos eran desconocidos.—Todo lo que puede ya exigirse es que se consulte detenidamente la prudencia para hacer prácticamente la aplicación más adecuada y conveniente de esos principios consagrados como dogmas en las diferentes

Cartas que han visto la luz pública.—Lo grande y lo perfecto no era compatible con las escasas luces de los miembros de la Comisión, y con las dificultades de todo órden, que les ha sido forzoso superar para concluir un trabajo tan delicado, como importante.—Los señores Representantes son testigos oculares de las faltas que se han sufrido en las diferentes residencias accidentales, que ha hecho necesariamente la Asamblea en los otros Departamentos.—Sin la comodidad precisa para el recogimiento y la meditación; sin libros y sin una sociedad numerosa de ciudadanos ilustrados, á quienes consultar, y de quienes recoger conocimientos útiles; desconfiando de nuestra propia debilidad, ¿cómo era posible lisonjearnos con la esperanza del acierto? Todo ello no obstante, la Comisión se veía obligada á emprender la obra, y llevarla á su conclusión, como lo hizo sobreponiéndose á cualquiera otra consideración.—Era preciso establecer el Pacto; la Asamblea no podía desentenderse de su primera y más sagrada atención, de constituir el Estado.—Este era el voto de los Pueblos, esta era una de las estipulaciones principales de la Convención preliminar, y esto lo que nos iba á poner en la verdadera senda de una felicidad permanente.

Al tocar este punto la Comisión no puede menos de recordar con el mayor placer y entusiasmo el noble origen á que debemos el nuevo ser independiente, de que ya hoy gozamos y que nos disponemos á consolidar por medio de las leyes fundamentales.—Si gloriosa ha sido la revolución general de la América, heróica, y sin ejem-

plo fué la de este territorio.—Yo quisiera poderme tomar la libertad de recorrer la historia, que aunque sabida de cuantos me oyen, nos debe siempre ser muy dulce el repetir: más esto sería salir fuera de mi propósito, y trastornar el órden establecido en este recinto sagrado.—Disimúleseme, no obstante, el que en la efusión del gozo, de que mi alma se enajena al ver llegar con pasos tan rápidos como majestuosos, el día grande de nuestra Nación, rinda el justo homenaje de mi gratitud á esos ínclitos y valientes ciudadanos, que supieron comprarnos con su ilustre sangre un bien tan inapreciable: ellos serán, sin duda, tan firmes defensores de la Constitución y las leyes, como lo fueron de la Independencia y de la libertad.—Sin éstas, no hubiera nacido la Patria; sin aquellas, su existencia sería tan precaria como la de un meteoro.

Continuando las explicaciones, de que he sido encargado, diré, que la Comisión al redactar el proyecto en discusión se propuso expresar en él, todo lo que esencialmente debe contener una buena Constitución, á saber: 1.° La declaración de los derechos, que se reservan los ciudadanos, señalando el modo y condiciones de su asociación: 2.° Designar la especie de gobierno que eligen los asociados: 3.° y último, arreglar la distribución de los Poderes políticos, señalar sus límites y extensión, marcar sus órbitas para que no se choquen al paso que obren con independencia, y decir la forma, en que se quiere que sean ejercidos.—La Comisión ha apurado sus cortas ideas en el desempeño de estos importantes objetos, contrayén-

dose á ellos con todo el celo y eficacia, de que ha sido capaz.

En cuanto á los derechos reservados á los ciudadanos, ellos se ven diseminados por todo el proyecto. Entre otros muy apreciables me fijaré solamente, para no ser tan difuso, en el de la libertad de imprenta, esa salvaguardia, centinela y protectora de todas las otras libertades: esa garantía, la más firme contra los abusos del Poder, que pueden ser denunciados inmediatamente ante el tribunal imparcial de la opinión pública; y en cuyo elogio dice un célebre publicista de nuestros días, que mientras un pueblo conserve intacta la libertad de la prensa no es posible reducirlo á esclavitud: este insigne derecho, lo vemos con otros, consignado en nuestra Carta Constitucional.

La forma de gobierno no ha ofrecido grandes dudas á la Comisión. Ella se ha dejado arrastrar gustosamente del torrente de la opinión pública, pronunciada desde muchos años atrás por la universidad de nuestros conciudadanos de un modo tan uniforme y franco.—Así es que no ha trepidado en proponer se adopte la del representativo republicano como se ve en la Sección 3.ª—Esta es la de todas las Repúblicas libres de América, admitida sin esfuerzo, y con aplausos, cual si fuese inspirada por un sentimiento natural.

La división y separación de los Poderes, el fijar sus atribuciones, y el modo de desempeñarlas, es lo que realmente ha exigido á los miembros de la Comisión un trabajo muy superior á sus débiles fuerzas.—Ellos han medi-

tado, han conferenciado, y han hecho cuanto en sus circunstancias podían hacer para aproximarse, ya que no pudiesen llegar al acierto—La delegación del ejercicio de la soberanía de la Nación en los tres altos Poderes, Legislativo, Ejecutivo y Judicial, se encuentra especificada en el artículo 14.

El primero tiene la voluntad, el segundo la acción el tercero la aplicación.—Aquel se presenta organizado por dos Cámaras, una de Diputados y otra de Senadores. —Aquí está el principal escollo, que la Comisión se ha esforzado en evitar. Ha procurado tener á la vista las Constituciones más liberales, y las más modernas, para tomarlas por modelo en todo aquello, que fuese más adaptable á nuestra situación.—Ha observado que las más de ellas se resienten de un cierto espíritu aristocrático en la formación de la Cámara de Senadores, que han deseado sirva como de cuerpo intermedio para contener las aspiraciones de los otros Poderes.—La Comisión ha encontrado estos principios algo disconformes con los sentimientos más generales de este país, y por lo mismo es que sin dejarle de dar respetabilidad y circunspección al Senado, exigiendo más exquisitas cualidades en sus miembros, le da simultáneamente más popularidad, circunscribe su duración, y en lo demás apenas le deja el nombre de esos cuerpos aristocráticos que establecen otras Constituciones.—Tal vez esto no sea lo mejor, ni lo más perfecto; pero la Comisión encuentra ser lo más adecuado al voto general de nuestros conciudadanos, esperando con docilidad se le hagan observaciones que ha deseado en

los papeles públicos, para reformar en este punto, como en otro cualquiera.

El poder Ejecutivo en una sola persona con los Ministerios respectivos, acaso no presentará más reparo, que el que se ha oído privadamente, de estrechársele demasiado la esfera de su acción. - La Comisión cree que esto no es muy exacto.—Al Poder Ejecutivo se le franquean todos los medios que puede necesitar para cumplir y hacer cumplir las Leyes.—El nombramiento de sus empleados, la recaudación de las rentas, el mando de la fuerza armada; todo esto le incumbe privativamente, y es más que suficiente para llenar sus deberes.—¿Y podría, ni debería concedérsele más en un sistema de gobierno como el que se propone?—La Comisión cree que no, y sin embargo lo presenta con un carácter de respetabilidad bien marcado.—No hablemos de las garantías singulares, que se exigen en la persona, que haya de desempeñar la Presidencia.—La iniciativa que se le concede en todo proyecto nuevo de ley, ó de reforma de las existentes; la parte que por medio de sus Ministros, puede tomar en la discusión, y la facultad de deducir sus reparos, son sin duda prerrogativas de un órden sublime, y que haciéndose de ellas un uso prudente y circunspecto, traerán sin duda bienes inmensos. En resumen: el proyecto presenta al Poder Ejecutivo tan fuerte cuanto basta para hacer observar las leyes; conservar el órden y la tranquilidad pública en lo interior, preservando al Estado de ataques exteriores: tan respetable cuanto debe ser un funcionario del primer rango: pero al mismo tiempo con todas las restriccio-

nes precisas para garantir á los ciudadanos de que no abusará del Poder que se le confía.

El Poder Judicial, cuya completa organización, se deberá á las leyes secundarias, se ve en el proyecto constituido en tal independencia, que ella sola basta para asegurarnos que no serán en lo sucesivo los hombres quienes nos juzguen, sino las leyes.—Si en este ramo, el más difícil, y complicado sin duda, podemos algún día conseguir la perfección, no quedará nada que desear para ver afianzada la libertad. El proyecto presenta las bases de ese gran edificio; y siendo ellas firmes no quedará expuesto á ruinas.

Para concluir mi exposición, que ya temo pueda cansar la atención de los Señores Representantes, manifestaré que la discusión general, á que se ha puesto el proyecto, no puede ofrecer grandes embarazos, ni ocuparnos mucho tiempo.—Ella debe sólo versarse sobre la conveniencia ó disconveniencia, oportunidad ó inoportunidad de la Constitución.—La Asamblea se halla íntimamente penetrada no solo de lo conveniente y oportuno, sino hasta de lo importante, y necesario que es ya constituir el Estado.—Para expresarme con más propiedad diré que es ya una obligación forzosa, de que no podemos desentendernos: nos ha sido impuesta por una estipulación solemne que respetamos, y en la que no fuimos parte á pesar de ser lo más interesados en ella. Apresurémosnos, pues, Señores, á cumplir de un modo digno los votos de nuestros comitentes, llenos de ese fuego sagrado, que inspira el verdadero amor á la Patria, desprendámosnos

de todo sentimiento, que no sea el del bien y felicidad de los pueblos, cuyo pacto social vamos á establecer en su nombre.—La Comisión, que ha sentido vivamente el que nuestros conciudadanos no le hayan favorecido con sus observaciones en este tiempo intermedio, repite que se prestará con docilidad á cuantas modificaciones ó supresiones se presenten fundadas en el curso de la discusión, pues sus más vivos deseos son los del acierto.

José Ellauri.

EL GOBIERNO DE D. JOAQUIN SUAREZ

Hallándose á pocas jornadas de la capital de Montevideo el ejército invasor, á las órdenes de D. Manuel Oribe, se organizó en 3 de Febrero de 1843 la administración que debía emprender la defensa del país, sin dinero, sin crédito, sin material de guerra, sin soldados, en medio del terror que derramaban las armas invasoras que venían precedidas de la fama de haber destruido varios ejércitos, de haber bañado en sangre con la espada del soldado y con el puñal del asesino el inmenso territorio que se estiende desde las faldas de los Andes hasta las márgenes del Uruguay.

Esa administración tuvo que improvisar con materiales tomados donde los encontraba por la ley del peligro supremo, las débiles murallas destinadas á guardar en pocas cuadras de terreno todas las esperanzas de la República, las de la humanidad y de la civilización en el Río de la Plata.

En esas pocas cuadras se vió cercada el 16 de Febrero, trece días después de su nombramiento, por el ejército de tierra y por las fuerzas de mar del dictador Rosas.

Las rentas públicas se redujeron á la nulidad.

El comercio y la exportación desapareció.

El de importación se limitó á los consumos de la ciudad.

La desconfianza, la incertidumbre, se apoderó de todas las clases.

Los capitales se ocultaron.

El dinero, aún con las mejores garantías particulares, llegó á un premio que en los tiempos venideros parecerá fabuloso. Los venideros apenas creerán que durante el sitio de Montevideo se dió y se tomó dinero sobre bienes raices y en transacciones entre particulares, á 40, 50, 80 y 100 por ciento al año! Y sólo se podrán esplicar este hecho, observando que á la escasez de la época se añadía el que muy pocos se consideraban dueños de lo suyo con el invasor á la vista, que cualquier contrato podía ser roto por éste, cuyo triunfo parecía siempre probable, casi seguro, muchas veces cierto.

Los que empleaban su dinero en algún contrato, lo empleaban en esa lotería anti-social creada por el sistema del Dictador Rosas.

En tal estado de cosas, el Gobierno tenía que vestir, que armar y alimentar al ejército que defendía la plaza.

Tenía que atender, como de hecho atendió, al ejército en campaña.

Tenía que armar centenares de camas para los centenares de heridos que regaban con su sangre, todos los días, los muros y las calles de la ciudad invicta.

Tenía que vestir y alimentar á la población que huyen-

do del enemigo se había refugiado en la ciudad, á las familias de los soldados, á los empleados civiles y á sus familias.

Tenía que luchar en el interior de la ciudad y en el exterior del país, con las intrigas, con la fortuna, con el oro del enemigo.

Se pasaron días, semanas, meses, sin que el Gobierno pudiese contar con tener en el día siguiente las raciones con que debía alimentar al soldado, al herido......

Esta es la verdad rigurosa, sin exageración alguna; y esta verdad que esplica las requisiciones, las exacciones violentas, las ventas por vil precio de las rentas futuras, de las propiedades públicas, de la misma casa de Gobierno y hasta de las plazas de la ciudad; atestigua uno de los mayores prodigios y glorias de la defensa de Montevideo.

El abajo firmado confiesa esa verdad con orgullo.

Había patriotismo en esas ventas; muchas veces lo había en esas compras.

Patriotismo, mucho patriotismo, mucha abnegación había en los miembros del Gobierno que escribían con mano firme su nombre en esas órdenes exactoras, en esos contratos que transferían á los particulares las rentas y propiedades públicas, estando cercados por tierra y por mar por las armas de un enemigo implacable, rodeado de conspiraciones enemigas, del desaliento, del tédio, de la desesperación de los propios amigos; y sabiendo que esos actos serían juzgados algún día en circunstancias normales y por las reglas de los tiempos ordinarios.

Sería necesario que los que así juzgan, pudieran, y no pueden, transportarse á aquellos momentos de sublime peligro, de sublime angustia en que de un puñado de pesos y de algunas libras de pan dependía la salvación de Montevideo y de la República, la cabeza y la honra de las familias de los que tuvieron la gloria de vivir y de luchar entonces dentro de aquellos sagrados muros.

Sería necesario que pudieran colocarse, y no pueden, en el momento, por ejemplo, en que no teniendo el Gobierno más que veinte ó treinta mil cartuchos á bala, no encontrando una sola libra de pólvora en Montevideo, ni un solo peso con que hacerla venir de fuera, y sabiendo que el secreto de esta situación le había sido llevado al enemigo por un desertor, tuvo y ejecutó el general del ejército (*) la feliz y audaz inspiración de mandarlos quemar contra las líneas sitiadoras en un ataque sin importancia, para que el enemigo desconfiase de la veracidad del desertor y no se aprovechase, como no se aprovechó, de su aviso.

¿Cuanto valía el peso para hacer venir una libra de pólvora?

¿Cuanto la libra de pan que debía dársele al soldado, que estaba combatiendo?

¿Cuanto el pedazo de tela que estancaba la sangre del herido, la cama en que el herido extendía sus miembros mutilados?

Estas son las bases del criterio con que pueden juz-

(*) El Ministro Melchor Pacheco y Obes.

garse debidamente las medidas que dieron la pólvora que el soldado quemaba, el pan con que se alimentaba, la tela y la cama para el herido.

Siendo indispensable vender rentas y propiedades á vil precio, desde que no había medio entre hacerlo ó entregar á Montevideo, basta recordar el premio á que los particulares tomaban dinero sobre sus bienes, para que ninguna de las transacciones del Gobierno pueda dar lugar á la menor censura.

No obstante, el abajo firmado tiene la fortuna de poder decir que muchos de los contratos del Gobierno resultaron sorprendentemente ventajosos.

Como prueba, citará los que se realizaron sobre las rentas de Aduana pasados los primeros conflictos, porque han adquirido celebridad por las difamaciones enemigas.

La *Sociedad* compró la mitad de las rentas de Aduana de 1844 por la suma efectiva de 500.000 pesos y no le produjo la renta más que 208.608 pesos, dejándole un perjuicio en ese año de 291.392 pesos. La misma sociedad compró la de 1845 por 300 000 pesos: el producto fué de 236.477, dándole una pérdida de 63.523 pesos.

Solo en virtud del acrecentamiento que tuvo la renta á consecuencia de la intervención europea en 1846 y 1847, pudieron los accionistas reembolsar simplemente el capital que habían desembolsado en la compra de la de 1844.

No es cierto, no, que los administradores del Estado hicieran ó toleraran dilapidaciones. Ni ellas fueron posibles. Eran necesidades precisas de que todos los

miembros del Gobierno se ocupaban, que conjuntamente trataban de llenar y que todos llenaban, existiendo así un control, una fiscalización, en que ninguno pensaba, que á ninguno le ocurría, pero que, en el hecho todos ejercían recíprocamente.

Se consumieron las rentas futuras, porque no existían las presentes.

Se consumieron por sumas muy inferiores á las que representan en los tiempos normales, porque no estábamos en esos tiempos.

Si no ha habido método administrativo en los detalles, es porque todo se hacía en las dificultades del momento, y se salía de ellas como se podía para ocuparse y absorberse en dificultades nuevas, renacientes, inacabables.

Montevideo podía compararse á un buque zozobrado; se trataba de salvar el buque, sin poder atender mucho á la regularidad con que debían llenarse las páginas del diario de viaje, ya medio descosidas por las perturbaciones anteriores.

Esto no quiere decir que no ha podido hacerse mejor, pero sí que los únicos que pusieron el hombro al peligro, no lo pudieron hacer mejor.

Es cómodo y fácil, lejos del peligro y de la tormenta, el trabajo científico ó teórico del crítico. Pero es cosa bien diversa luchar con el peligro práctico, con los accidentes, con los fenómenos múltiples, rápidos, instantáneos, del peligro y del huracán desatado.

Pero nada de esto sorprende por su novedad: hace

siglos que el Romano, respondiendo á acusaciones del género de las que se le hacen á Montevideo, convidó á los censores á que lo acompañasen á dar gracias á los dioses por el triunfo de Roma.

A esta defensa histórica de la administración que presidió en tiempos tan tribulados D. Joaquin Suarez, agregaremos llanamente lo que vale más que ella, más que todo cuanto decirse pudiera.

Don Joaquin Suarez principió el sacrificio de su fortuna personal en el día mismo en que fué necesario recurrir al de los ciudadanos. Como después fué visto, la defensa devoró toda su crecida fortuna.

En ese sacrificio le acompañaron sus ministros, Don Santiago Vazquez y Don Francisco Joaquin Muñoz, los dos patriotas acrisolados, veteranos de la independencia y de la libertad del Río de la Plata.

Ofreciéndosenos la ocasión de adquirir pólvora, que nos faltaba absolutamente, no pudiendo completar la cantidad necesaria en el momento preciso, pues se trataba de un buque que estaba en la boca del puerto y que en horas seguiría viaje para Buenos Aires si no se cerraba el negocio dinero en mano, don Francisco Joaquin Muñoz malbarató un terreno que tenía en las orillas del puerto y llevó el dinero á la casa de Zimmermann, que era donde debía depositarse. En aquellos mismos días era escaso el pan en la casa de la familia de Muñoz, ilustre en los anales de la defensa.

Otro día, en que tratábamos en acuerdo de la documentación de todo lo que se había tomado para la defen-

sa, el ministro Vazquez, dirigiéndose á Suarez, le dijo «Sr. Presidente, usted ha dado mucho sin tomar recibo: es preciso que mande hacer la cuenta y se le documente, como es justo.»—¡Eh! contestó Suarez, con su natural sencillez—*yo no llevo cuentas á mi madre.*

Estos eran los próceres de la defensa: ese era don Joaquin Suarez.

ANDRÉS LAMAS.

D. DÁMASO ANTONIO LARRAÑAGA

.... Larrañaga es entera y absolutamente nuestro: nació en Montevideo (*), hijo de padres vascongados, y no tuvo más instrucción que la que podía adquirirse en su ciudad natal—y en Buenos Aires en el colegio de San Carlos.

Era, como Azara, naturalista de vocación; y, como él, poderosamente observador, paciente, minucioso, perseverante.

Le aventajaba en gustos y aún en preparación literaria: sabía sentir y sabía expresar las armonías y las bellezas de la naturaleza.

Larrañaga alcanzó entre sus contemporáneos la reputación de erudito y de literato; y bastaría para que la posteridad se la confirmase, la magistral *Oración Inaugural de la Biblioteca Pública de Montevideo* el 25 de Mayo de 1816.

Pero, como naturalista, él quedó oscurecido hasta en su propio país.

....

(*) En el año 1771.

Las obras de Larrañaga lo colocan en el nivel de Azara como observador de la naturaleza.

Pero el parangón se limita á la parte zoológica, porque respecto á la mineralogía y botánica, Azara mismo declara que no se ha ocupado de caracterizar los vegetales y que solo dá sobre ellos las noticias que puede dar un simple viajero, al paso que Larrañaga los caracteriza, describiéndolos y clasificándolos científicamente:

Y es esto tanto más notable, cuanto que el medium en que éste se encontraba no le era propicio.

Azara vivía aislado, en cierto modo, en el santuario de una naturaleza nueva, rica, silenciosa, entregado, tranquilamente, á sus curiosidades y á sus interrogaciones: sus facultades solo podían ejercitarse en eso: ninguna de las preocupaciones y de las agitaciones sociales venía á interrumpirlo ni á distraerlo de las meditaciones y las tareas científicas que eran, á la vez, ocupación y solaz.

No asi Larrañaga, que seguía el movimiento de su país, despertado por las armas extranjeras del letargo colonial, armado popularmente para la defensa y entregado á las emociones de la guerra y de la política.

En 1806 desembarcaba Larrañaga en las Conchas como capellán de las milicias de Montevideo, que iban á reconquistar á Buenos Aires: el 10 de Agosto de aquel año, levantaba un altar al aire libre en las lomas de San Isidro para celebrar el sacrificio de la misa en presencia de las tropas expedicionarias; y el 12 recorría las plazas de esta Ciudad, que hoy llamamos de la Victoria y el 25 de Mayo, en lo más recio del conflicto bélico de aquel

memorable día, socorriendo á los heridos y auxiliando á los moribundos.

Desde entonces estuvo mezclado, y activamente, á todos los sucesos de su país, y gran parte de su tiempo fué absorbido por los deberes austeros de su sagrado ministerio y por las atenciones y las preocupaciones cívicas del hombre público.

Sin embargo, la serenidad de su espíritu y la fuerza de una vocación superior é irresistible, le hacían tiempo útil para las observaciones de la naturaleza, para la consulta de los libros, para el trato y la correspondencia con los sabios con quienes el acaso lo había puesto en relación.

....

.....Muchos años antes de morir cayó en las tinieblas de la ceguera; y, ciego, sintió desplomarse el techo de la sala en que estaban colocadas sus colecciones, que desaparecieron entre ruinas: al mismo tiempo que las desgracias públicas y privadas que tan hondamente lo afligían, llegaban al último extremo: su país se convertía en una inmensa y sangrienta ruina: todo era horror y sangre cuando Dios lo llamó á mejor vida. (*)

ANDRÉS LAMAS.

(* Larrañaga murió en el periodo más luctuoso del sitio de Montevideo por el ejército de Rosas.

EL SEGUNDO VIAJE DE COLÓN (*)

Concluidos los aprestos que llevaron bastante tiempo, el 25 de septiembre de 1493, emprendió Colón, desde el puerto de Cadiz, su segundo viaje con una armada de diez y siete naves en las que iban mil quinientas personas, y, entre ellas, criados de la Casa Real, caballeros é hidalgos, habituados á las emociones de las empresas arriesgadas, buscadores de peligrosas aventuras y de gloriosos hechos de armas, muchos aventureros plebeyos y no pocos especuladores que iban á probar fortuna en los criaderos de oro, de diamantes, de perlas y de ricas especerías que acababan de descubrirse.

Se embarcó como director de la conquista espiritual el Padre Fray Bernardo Boil, monje de Monserrat que gozaba de mucho valimiento en la Corte por su literatura y por la santidad de su vida y por su prudencia acreditada en las negociaciones con la Francia. S. S. lo invistió con el carácter de Vicario Apostólico, con facultades episcopales y cabeza de los otros eclesiásticos de ambos

(*) Del «Génesis de la revolución é independencia de la América Española.»

cleros de la expedición, entre los que se contaba el, después tan célebre, Fray Bartolomé de las Casas.

Las naves llevaban, además de las armas y caballos y abundantes provisiones de guerra y de boca, muchas mercaderías, bujerías ó rescates para la permutación con los indios, medicamentos, utensilios y herramientas de artes y oficios, toda clase de ganados y animales domésticos, trigo, arroz, sarmientos, caña de azúcar, posturas y semillas de varias plantas y todo cuanto pareció útil propagar y multiplicar en la tierra nueva, ó se creyó necesario para la Colonia, para la conquista y para continuar los descubrimientos.

Pero de lo que más abundante iba provista aquella expedición, era de esperanzas é ilusiones halagüeñas, de ensueños de riquezas maravillosas de inmediata, facil y segura adquisición.

Colón que había incurrido en el error de creerse arribado á un extremo de las tierras fabulosamente ricas del imperio asiático del Gran Kan, lo trasmitió á los Reyes Católicos y á todos los que con él se aventuraron á conquistarlas. Pero él no había descubierto como creía, el extremo del continente de Asia; lo que había descubierto era un mundo nuevo, que al través del Océano se levantaba como una barrera entre las dos extremidades del mundo antiguo.

Los Portugueses, que, partiendo de su primer establecimiento en las costas del Malabar, recorrieron todo el Sud-este de Asia hasta el Japón, encontraron las riquezas naturales explotadas, acumuladas y preparadas para to-

dos sus usos por el trabajo humano; pueblos civilizados, industriosos, acostumbrados, al comercio y con las necesidades y los goces que esas condiciones producen, al paso que los españoles, que abordaron á las islas descubiertas por Colón, se encontraban con salvajes, que ignoraban las artes más simples y necesarias, que vivían desnudos y se alimentaban de los frutos naturales, y no poseían ninguno de los hábitos, ni de las ideas que crean el contacto y el comercio con hombres de otras razas y de otros medios.

Existía el oro, pero para encontrarlo en cantidades que se acercasen á satisfacer las codicias que se habían despertado, era necesario buscarlo y extraerlo de las entrañas de la tierra.

La vegetación era riquísima, el suelo fértil pero á condición de que lo regase el sudor del cultivador constante é inteligente.

Los indígenas eran mansos como los describía Colón ante los Reyes Católicos, pero á su regreso á la *Española*, el fuerte que allí levantó estaba arrasado, y Diego de Arana y los soldados que con él lo guarnecían habían sido muertos.

Por el momento este hecho aunque mal explicado, no cambió el primer juicio de Colón, y pareció confirmarlo la buena voluntad con que los indígenas cooperaron á los trabajos de una ciudad que se denominó la *Isabela*, situada en una vega junto al mar, abundante de pesca, de terreno fértil con capas de piedra, con facilidad para conducir agua en acequías, y que los indios decían poco dis-

tante de los criaderos de oro del Cipao. Los trabajos se llevaron á cabo con ahinco. El día de la Epifanía, 6 de Enero de 1494, ya hubo templo en que se celebró misa solemne con trece eclesiásticos: los edificios públicos se construyeron de material con suma presteza, y con igual diligencia procuró cada uno de los vecinos, disponer su casa, barraca ó choza de madera, cubierta de yerbas ó de ramaje. Plantábanse al mismo tiempo diversas semillas que fructificaban con extraordinaria prontitud y lozanía.

La primera ciudad de la Colonia estaba fundada, pero ella ni aún modificaba la realidad de la situación que era la siguiente:

Habíanse embarcado para Indias con el entusiasmo de encontrar el oro acumulado en las mismas playas, y desvanecida esta ilusión y caidos de ánimo por las privaciones que sufrían, el dolor de la esperanza engañada despertaba en unos el deseo de volverse á España, y predisponía á otros á desobediencia contra los que no los sacaban de de aquellas aflicciones y penurias.

La insalubridad de las tierras bajas, calientes y húmedas, y el seguir comiendo en tierra, después de tres meses de navegación, carnes saladas y demás vituallas, de España, añejas y en parte corrompidas, les ocasionaban las calenturas que llamaban «ceciones».

La tierra era fértil, como va repetido, pero los que la labraban muy pocos, y éstos más expuestos que los otros á las postraciones de las fiebres intermitentes, de manera que todavía no podía contarse con los productos de la tierra para el consumo de una colonia de más de mil

hombres cuya subsistencia quedaba dependiendo de lo que le viniese de España.

Bajo este aspecto la situación era apremiante, casi desesperante, sobre todo para Colón que era el que mejor sabía que las epidemias habían consumido los medicamentos, sucediendo lo mismo con los regalos que servían para permutar con los indios, frutos comestibles: gran parte del vino se había derramado durante la navegación por las malas condiciones de los toneles, y el que quedaba estaba á punto de acabarse: había escasez de carnes por que las acecinadas no habían sido de provecho, y la había de las demás vituallas. Mucha gente había sin armas, aún de los que debieran llevarlas. De los caballos, en que consistía la mayor fuerza de los españoles por el terror que infundían en los indios, no fueron más que veinticuatro, y era menester mucho mayor número.

Todo esto tenía que pedirse á España, y con urgencia, por las doce naves que habían terminado la descarga, y que solo podían llevar muchas noticias lastimeras y desalentadoras, poco oro, y pocas muestras de nuevos productos naturales.

En tan crítica situación y sabiendo hasta donde eran escasos los recursos pecuniarios, le asaltó la idea, execrable, de esclavizar á los indios Caribes, ya para granjearse el amor de los indios mansos, ya principalmente para aliviar al erario real de las cuantiosas erogaciones que su empresa le imponía.

ANDRÉS LAMAS.

NUESTRA POESIA

En medio del estruendo del mar irritado, algunas olas extendiéndose inmensamente sobre la playa, nos hacen oir una modulación suavísima, que transporta el alma de las funestas imágenes de la borrasca al embeleso de su calma anterior y la dispone á la melancolía y á la serenidad.

Las armonías destacadas que en las orillas del Plata, se han hecho oir de vez en cuando sobre el bronco estampido de la guerra, expresión de un sentimiento intensamente delicado, del todo extraño á las impresiones del momento, nos han parecido un eco de las primeras horas de nuestra juventud, trayéndonos la promesa de tiempos mejores, á pesar de llegar á nosotros en el tono de desencanto y dolor de que se sombrea cuanto pasa por una época de desolación. Pero al demandarle revelaciones de algo nuestro, al buscar en ellas nuestras esperanzas y las palabras de nuestra creencia, hemos sentido que no era la brisa de la mañana, sino una ráfaga desfalleciente de la tempestad. La poesía, único órgano hoy del

pueblo, única forma de nuestra literatura, ha llorado lágrimas verdaderas de un modo ageno á nuestro infortunio y se ha lamentado en un idioma extranjero.

En una tierra donde el desquiciamiento de una guerra civil, con pocas semejanzas en la historia, no ha sido bastante poderoso para torcernos de la meta colocada en el término de nuestra regeneración, donde ni un solo corazón de hombre se ha mostrado inferior al infortunio, ni se ha envilecido una sola alma de mujer, donde todos han preferido las honorables miserias de la vida, á la dulce indolencia del bienestar y al boato tentador de las vanidades; en una tierra donde el hombre muere batiéndose á la sola palabra de libertad, y la mujer llora velando á la cabecera del campeon rendido: el poeta maldice de los hombres y de las *realidades;* traza el amor y la virtud á la luz de la duda, recelando divagar en las puerilidades del alma creyente, ó los ensueños confiadamente cándidos de la niñez; reniega una época prosáica y calculadora en un país donde el pensamiento no se alimenta sino de los fantasmas de la imaginación, de las esperanzas más vagas y de recuerdos teñidos de la idealidad, que presta á la memoria lo peregrino de nuestras existencias y lo ilimitado de nuestros horizontes; renuncia á los afectos entre caractéres excesivamente comunicativos y entusiastas que se adhieren con la facilidad de la inexperiencia y la energía de la pasión. Parece haber permanecido ageno á la intensidad del sufrimiento y hasta á la conciencia de la vida, para dibujar cuadros tan falsos, en que nos engaña, y nos seduce con el primor de la ejecución y los colores del

cielo y de los campos; parece haber dudado de sus destinos para abandonar su bello sacerdocio, sus aras consagradas, por prender una flor en las vanidades de la sociedad, como en los cabellos de la belleza, convirtiendo una venera del templo en una gala de academia; parece burlarse de nuestros corazones predisponiéndonos por un acorde triste á una música profunda, por la vibración de una cuerda del arpa á las melodías proféticas del bardo inspirado, para rimarnos los murmullos de las aguas y de los vientos, en acordes sin unison á los latidos del alma ni al recogimiento de la sensibilidad.

Acaso nunca llegaremos á vestirnos el manto de hielo de algunas sociedades. Acaso nunca el excepticismo ni la indiferencia empañarán el fresco matiz de nuestras flores, para romper tan temprano esa hebra entre el cielo y la tierra, delicada esencia de tantas vidas y de tantos siglos y convertirla en una profanación ineficaz de lo bello y de lo santo. Si algunos pocos no saben una forma en que adorar al Hacedor en la vida, aun mueren todos temiéndolo bajo todos los nombres, para hacer de la Religión de nuestros padres una mitología cristiana. No hemos dado tantos pasos en la senda de la Revolución para escribir sin enternecimiento de admiración el nombre venerando de mártir. Todavía no se han desplomado las casas de nuestros abuelos ni nos es desconocida una persona de nuestros Pueblos, para alejarnos del hogar, romper todos los vínculos de fraternidad y aislarnos sombríamente en la tierra.

Nosotros renegaremos del poeta que nos desconoce,

Entone sus cantos en las alegrías de las tertulias: acompáñelos de los aires del piano: brille un momento entre las frivolidades de la tierra. Pero uno vendrá que nos diga palabras religiosas de esperanza, los votos callados de los corazones, las ilusiones de los buenos; que nos recuerde con amor los campos, los arroyos, los galopes en las cuchillas y nuestros compañeros de los días de sinceridad. Uno que nos muestre á los jóvenes de hoy, en esta tremenda época de preparación, alistados bajo todas las banderas, eligiéndonos armas, estudiando nuestros campos de batalla; sufriendo las privaciones y los peligros del soldado con la gloria de la patria por ensueño; mendigos en el hogar opulento del extranjero de pan y de ciencia con el pensamiento en el rancho de totoras del gaucho; esclavos en los bufetes del comercio calculando la prosperidad del país. Ese será nuestro, porque tendrá un suspiro para orear esas charcas de sangre en que nos revolvemos fatigados, y una maldición valiente y poderosa sobre todo lo que es malo; porque no se encerrará en sí mismo como la sensitiva al roce del infortunio á llorarnos sus desilusiones de niño, ni nos repetirá impensadamente el rugido feroz que lo circunda; porque sabrá ver en esos girones arrancados á nuestra bandera los colores de la Independencia, y al través del polvo de las guerrillas la majestuosa imágen de la patria.

Sí, ese será nuestro, y lo bendeciremos cuando un soplo del pampero arranque del cielo el luto de las nubes, y la creciente de las aguas arrastre al Oceano la súcia púrpura de nuestros ríos. Allí donde no ha permitido Dios

que pueda permanecer huella ninguna, iremos á respirar en las auras de la mañana y á beber en la linfa de las emociones santas los secretos de la vida y de lo eterno; arrancaremos de las flores que cubran el suelo las más bellas para la guirnalda del poeta, y no lo dejaremos encadaverecer en las irritaciones del ánimo ni en la soledad del corazón. En vez de envenenarnos en el desdeñoso hastío de un alma de veinte años, lloraremos las secretas congojas de la vida humana ó nos embelesaremos en la intuición de la dicha—porque nó? Su inmensa idealización, la suma intensidad en sus emociones, el embellecimiento de todo en la naturaleza, la religiosidad en los afectos, nos revelan la creación en toda su magnificencia, el alma en toda su elevación, expléndida Poesía! Acaso hallaríamos en ella lo nuestro, hijos de un clima meridional sin sol que abrase ni frío que hiele, con mañanas de frescura aromada y serenidad impregnante, que como á las flores nos traen una vida nueva despues de cada noche; con lunas que derraman el bálsamo de un rocío de plata y transforman el cielo en un Eden de melancolías: sería verdad para nosotros que no rasgamos el seno de la tierra para alimentarnos; y vivimos sin pensar en el tiempo, como si recogiésemos el maná del cielo ó asistiésemos al banquete de un amigo.

JUAN CÁRLOS GOMEZ.

1845.

EL DERECHO

(Fragmento de una conferencia

Mis jóvenes amigos:

Anhelaba encontrarme entre vosotros.

La juventud es contagiosa: su ardoroso contacto vivifica y rejuvenece. Los viejos cifran en ella esas nobles esperanzas que levantan el alma de las abrumantes decepciones del presente á las consoladoras visiones del porvenir.

Vamos á emprender un largo viaje por las altas regiones del pensamiento humano; y, si en la comunicación diaria de ideas y sentimientos de los compañeros de viaje, consigo merecer esas simpatías que perpetúan la tradición del maestro, quedaré satisfecho de mí mismo, porque no dura en este mundo sinó lo que es verdadero y lo que es bueno.

Desgraciadamente, la crueldad de los años me veda esas legítimas seducciones con que nos apoderamos de las almas.

Place á la juventud la brillantez de la concepción, el

engalanamiento de la frase, el timbre sonoro, esas inflexiones musicales de la palabra, que, por decirlo así, estampan la idea en el fondo del alma como una imágen, con el embeleso y la perennidad del recuerdo.

Yo vengo á vosotros con la imaginación descolorida, la voz apagada y ese hastío de los ornamentos del estilo que, según un pensador moderno, Renan, es una prueba de sinceridad, pero que puede ser tambien el desdén del pobre por las riquezas, el desdén del zorro por las uvas que encontraba verdes.

Tenemos que explicarnos los caractéres esenciales del órden social, los orígenes y fundamentos de la ley, del Estado, de la libertad y de la justicia.

El fin del derecho vá á obligarnos en este estudio á penetrar en los antros oscuros de la sociedad moderna con la antorcha del ideal en la mano.

Yo vengo á vosotros con el alma entristecida por el espectáculo que presentan los pueblos civilizados en la actualidad. En ninguna época de la historia la humanidad ha presentado una faz más triste y más desconsoladora. Largas y dolorosas han sido las pruebas porque la humanidad ha pasado. Guerras seculares, guerras de religiones, de civilizaciones, de clases, de sistemas han hecho de la tierra un gran campo de batalla!

Cuando abrimos las páginas de la historia, no podemos menos que exclamar con el poeta latino: *Sunt lacrymæ rerum.* «Estas páginas lloran!»

Parece que la humanidad exhalara un largo quejido que llega hasta nosotros.

Entre tanto, era entonces una verdad la afirmación de Hegel: la guerra no es otra cosa que un cambio sangriento de ideas!

Y en esa dolorosa jornada de la humanidad había algo grande, algo que levantaba el corazón, algo que salvaba la dignidad humana, algo que hacía confiar en los destinos del Universo—ese algo era el ideal que conducía á los hombres—era el ideal que impulsaba á los pueblos —los pueblos se batían por la libertad, los hombres morían por el derecho!

Merced á esos esfuerzos, á esas conquistas logradas con tantos sacrificios, con tanta sangre derramada, con tantas lágrimas que han humedecido la tierra, los tiempos modernos presentan un espectáculo diverso.

En la actualidad de la civilización, el derecho parece haber conquistado su puesto, y crecido en proporción de lo que se imagina empequeñecida la fuerza: los pueblos se rigen hoy por constituciones populares.

Sus relaciones privadas están determinadas por Códigos largamente estudiados en que se han incluido las más adelantadas ideas y los resultados de la experiencia. Ninguna usurpación, ninguna rebelión, por injusta y por inicua que fuese, se atrevería hoy á levantarse en nombre de un interés ó en nombre de una personalidad.

Todos despliegan la bandera del derecho. Es en nombre del derecho que se usurpa, en nombre del derecho que se oprime.

En las relaciones privadas, las perfidias del fraude. las arterias del dolo, los abusos de oposición se amparan

en las doctrinas del derecho; todos invocan el derecho y la justicia.

Parece; pues, que los pueblos como los cardenales de Roma, pueden decir hoy: *Papam habemus!*—Tenemos el árbitro infalible, y el paladion invulnerable: nadie puede conducirnos hoy á su antojo á la desgracia y al dolor, Hay el derecho que nos salva, que nos escuda, tenemos el regulador supremo, que un pueblo ha sabido convertir en un lema soberbio: «Dios y mi derecho.»

Parece, pues, una realidad el derecho que todos proclaman y que todos enaltecen. Sin embargo, nada es menos cierto, lo que hacía decir á uno de los más ilustres de nuestros contemporáneos, el Dr. Lopez: «el mal de nuestra época es la mentira!»

No quiero penetrar en el exámen de nuestra propia actualidad, porque quiero prescindir completamente y que prescindamos en este estudio, de alusiones políticas; pero vosotros comprendeis que lo mejor que de nuestra actualidad puede decirse es que nuestras garantías y nuestros derechos dependen absolutamente de la voluntad de los que nos gobiernrn. Y si tenemos un gobernante bueno, gozaremos de toda clase de libertades, si un gobernante malo, seremos víctimas de los abusos del poder y de la brutalidad de la fuerza.

JUAN CARLOS GOMEZ.

1884

ASPECTO DEL TERRITORIO URUGUAYO

Al contemplar los númerosos raudales y cadenas de elevaciones que riegan y cruzan la superficie de la República, que el Uruguay y el Plata encierran por un lado, con el Atlántico y la línea de sus límites continentales por el otro, domina ante todo la consideración de hacer resaltar sùs condiciones y propiedades geográficas, para llenar con ellas el grande cuadro que deben cubrir los variados detalles de la topografía de sus diversas zonas al lado de los accidentes más notables de la naturaleza.

Fijándonos en la geografía de la América Meridional, descubriremos facilmente, que el encadenamiento de alturas que penetran desde el medio día y terminan en la márgen izquierda del Plata atravesando el territorio del Estado con alternadas inflexiones en sus diversos giros, habiendo antes despedido los más grandes canales que riegan el vasto territorio del Brasil y de las Repúblicas más meridionales, se desprende de la gran cadena de los Andes, en los dominios del Ecuador, vertiendo sus aguas al caudaloso *Marañón* por el lado boreal, y al gran *Paraná*, por el opuesto, cortando enseguida el trópico del Sud,

para girar repentinamente hacia el Oriente, y arrojar de sus faldas occidentales las fuentes del magestuoso Uruguay, á cuyas márgenes—revolviendo ún cuadrante entero,—acompañan, casi paralelamente, á distancias no remotas para venir á concluir su benéfica carrera en los litorales de su desagüe, confundido con los bellos montículos del *San Juan!*

Ese eslabón de sierras elevadas al principio, de cerros y montañas más tarde, de colinas, collados, lomas y oteros al fin, es conocido desde el paralelo de los 27° con el nombre de *Cuchilla Grande*, de cuyas faldas manan los innumerables ríos y arroyos que riegan el suelo feraz de la República.

Revestida alternativamente de diversas formas, esa gran cuchilla, es una creación bienhechora de la Providencia, no solo para aumentar los atractivos de su mansión por la variedad de las perspectivas, por la facilidad de contener y absorver en sus inflexiones los efluvios que vagan en la atmósfera, como para servir de receptáculo á las numerosas fuentes que se escapan de su seno, llevando la abundancia y la vida por todas partes.

Ofrecen un interés inagotable las diferentes formas de las faces, ó aristas, que ella ostenta en determinadas zonas de su camino, al lado de la pintoresca miscelánea de sus selvas, del aspecto imponente de los precipicios, de sus risueños valles y collados, de sus ocultos veneros, que inspiran accidentalmente, alegres ó tristes meditaciones.

De lo alto de ese grande eslabón dc elevaciones, bajas y descarnadas en parte, ágrias y prominentes en otras,

sembradas de rocas, ó pedrones graníticos, asombrados, casi siempre, de espesos arbustos en sus faldas y rodeados de una tierra negra, ligera y profunda, la vista sigue involuntariamente las sinuosidades flexibles de su giro, penetrando, hasta las abras y los valles que se deslizan entre los cerros y colinas, para convertirse enseguida, en prados, vegas, y llanos, que ofrecen una graciosa y variada simetría, en la que se encuentran en perfecto acuerdo lo grandioso con lo bello, lo pintoresco con lo fértil y lo ameno.

Vénse á sus flancos altas cimas de picos y montículos con faces escarpadas y al parecer cinceladas, que proyectan atrevidamente sus pirámides en el sombrío azul del firmamento, en tanto que otras colinas se elevan insensiblemente para anudarse á lo lejos con otros eslabones más ásperos y elevados y formar diversos grupos prominentes, áridos y desnudos muchos, vestidos otros, de verdes y frondosas arboledas.

Embellecen ese panorama horizontes más vastos que se renuevan sin cesar en su largo trayecto, y en donde la perspectiva se presenta unas veces, matizada con selvas y praderas, de entre las cuales salen de la tierra cerros, picos y colinas, de que surgen luces y sombras con tal simetría de colores y de líneas, ligadas con tan afortunada combinación en medio de una bóveda celeste, serena y templada, cual la que caracteriza la atmósfera de las márgenes del Plata. Nada hay comparable á un suelo semejante mas que el de la Italia ó el de la Grecia.

En parajes diversos se observa que, desde el pié de

esa sucesión de alturas, se destacan infinitos mamelones que aparecen desprendidos y solitarios, como levantándose repentinamente del nivel de la planicie cual pedestales artificiales formados por la naturaleza, con flancos casi perpendiculares é inaccesibles, rodeadas sus cimas de un muro imponente de *pedernales*, *porphidos y quarzos* que parecen parodiar los merlones de un reducto, brindando con sus cumbres planas y regulares, para que el brazo del hombre las corone con monumentos útiles é industriales, cuando alcance á los goces de una civilización más aventajada.

Muchos de ellos, que parecen colocados con un objeto providencial en la garganta, ó á la salida de casi todas las llanuras enclavadas entre las cadenas montañosas que contornean en varias zonas los límites del Estado, se muestran como evidentemente destinados á defenderlas, ó protejerlas, indicando por su forma aislada y bizarra que son una creación feliz de la naturaleza para dotar con mayores atractivos á esa región preparada admirablemente para la mansión de pueblos fuertes y opulentos.

Algunos de esos montículos, con cimas de un perímetro uniforme, oblongos los unos, cuadrangulares los otros, encerrando con un muro imponente el plano nivelado de sus cumbres, presentan en lo general faces redondeadas, suaves y accesibles, formando sus faldas curvas regulares y armoniosas, en tanto que otras, sembradas de rocas y de peñas desprendidas de sus cúspides por la acción impetuosa de los huracanes y borrascas, hacen inabordables sus ásperas escarpas, vejetando entre sus escabrosos acci-

dentes grupos espesos de arbustos, árboles y flores, que entretejen sus ramajes, y ocultan los precipicios que cubren con sus sombras.

A los flancos de la arteria generatriz se deslizan otros eslabones de colinas, que en algunas paralelas se abren gradualmente sobre las llanuras, y en otras, apocan sus niveles, confundiéndose con los valles y las vegas que improvisan entre sus ondulaciones al terminar su variable giro en esas mismas planicies.

Otros ramales de colinas, en latitudes diversas, particularmente en la faja más central de las fronteras continentales, que sirven de sólida base á montes y cerros más elevados ó sombríos, que los dominan majestuosamente, ó que se elevan en grupos redondeados, ó iniguales, dando á ese paisaje una tintura de fuerza y gravedad que forma un contraste latente con las ciénagas y los esteros alimentados por los torrentes de aguas que descienden tranquilamente á las planicies, cuando no se precipitan ruidosamente por entre rocas y peñascos improvisando saltos y cascadas, esas colinas pronunciándose en nuevos ramales secundarios, se transforman á lo lejos en magníficos anfiteatros, encima de los cuales vuelven á levantarse como promontorios avanzados otras cimas, que no son más que fragmentos aislados de nuevas series de ramificaciones, más ó menos elevadas y escabrosas, que dan orígen á numerosos sistemas de irrigación, y á otros paisages enteramente nuevos, que se extienden sobre el horizonte cual dameros de todos colores y que sorprenden por su belleza y variedad.

En esos eslabonamientos de alturas, las colinas se abajan y se levantan, circundando estrechas planicies que contornean las suaves sinuosidades de sus faldas ó que limitan dilatados valles, dejando encima de sus crestas espacios llanos y ondulosos que cubiertos de una vejetación nerviosa, descienden en caida lenta y suave, manando de todas sus faces incontables hilos de agua que constituyen más lejos el lecho de un cauce flotable, orillado de arbolados, de florestas y de plantas, que se arraigan y crecen en las peñas, en los barrancos y precipicios que accidentalmente forman sus riberas.

Trasladándose de esas planicies elevadas y llanas á otros eslabones de collados más lejanos, divísanse en algunas zonas, y señaladamente en las adyacentes á los litorales del Océano, algunos paisajes de aspecto severo, duro y grave, originados por otras cadenas de alturas que se muestran como ennegrecidas y sombrías sobre las que descollan cimas cónicas, ó truncadas, agrupadas las unas sobre las otras, y que más risueñas y luminosas al acercarse á sus faldas, se muestran cubiertas de céspedes de un bello verdor en que indistintamente crecen montecillos de arbustos y de plantas entrelazadas por vigorosas lianas que se trenzan entre los troncos y el ramaje, entretegiendo una red impenetrable en el laberinto de una vejetación variada y caprichosa.

Cuando desde el vértice de esos montículos se abrazan con la mirada otros horizontes más remotos, es frecuente encontrarse sorprendido con la novedad de los espectáculos, en que aparecen confundidos pequeños montes, va-

lles y selvas, picos, prados y mamelones dominados algunos de rocas gigantescas, socavadas sus faldas de barrancos sin fondo, ó de otros surcos con escarpas dulces y suaves, por entre las cuales se precipitan con estrépito torrentes espumosos que calman la violencia de su curso al penetrar gradualmente en las llanuras; ó ya por canalizos de aguas mansas y transparentes que riegan las vegas y los llanos sembrados de bosques y arboledas que parodian una perpetua guirnalda de ramajes y flores, ostentando las más solemnes escenas de unas naturaleza grandiosa y solitaria.

José María Reyes,

EL FUERTE DE SANTA TERESA

El fuerte de *Santa Teresa* se presenta como una de aquellas obras de defensa en que la ciencia y el arte ostentan un verdadero modelo en su línea.

Calculados con habilidad sus fuegos sobre la base del exacto conocimiento de los variados niveles de los contornos á que deben ser dirigidos, el perímetro de las obras encierra una superficie de 11 á 12.000 varas cuadradas, en el cual están ligados, con no menos estudio, cinco bastiones capaces de contener 60 piezas de artillería, constituyendo el completo de la obra un pentágono irregular, cual podría construirse en la diversidad de accidentes en que abunda esa posición verdaderamente excepcional y única.

Sus perfiles delicadamente tallados en piedra de sillería de la especie *granítica*, cortada con arreglo al *taluz* que en su altura debe tener la escarpa, dán á las caras y ángulos flanqueados de sus bastiones una regularidad y solidez propia de la bondad de sus materiales y de la rigurosa exactitud de la construcción.

Con un *taluz* exterior de 16 piés de altura sobre la perpendicular, las bases de la *herma* siguen en sus perfiles las irregularidades del suelo cubierto de canteras del *gneiss* sobre cuyos fundamentos se apoya con una luz, ó anchura de 14 á 16 pulgadas.

Las crestas de sus *cortinas*, y los *merlones* de sus baluartes, asentados sobre *cordones*, perfectamente tallados, presentan una altura de 5 piés en la faz externa, y de 4 en la interior, además de las banquetas qne las circundan por el recinto.

Los terrados de las cortinas, las explanadas de los baluartes, formadas y cubiertas con lajas de *granito*, las hornallas para balas rojas, las garitas y otras oficinas destinadas al servicio de la guarnición, independientemente de las demás obras internas, edificado todo de piedra de talla, dan á la obra una propiedad y delicadeza en el trabajo que hacen doblemente lamentable el estado de abandono y sucesiva ruina á que está condenado ese precioso monumento de la época colonial.

Las obras interiores compuestas de una grande cuadra que puede contener 400 plazas con habitaciones independientes y contiguas para Plana mayor y Oficiales de otra destinada para Hospital y Capilla; y de una tercera, para depósitos de guerra y subsistencias, cubiertos del lado del Norte con un fuerte espaldón que los garante de los proyectiles que pudieran arrojarse de algunas alturas exteriores.

Los antiguos fosos que antes formaban una sólida contraescarpa con 12 y 14 piés de profundidad, y 30 á 32

de amplitud, han sido colmados con los tiempos, no ofreciendo en algunos parajes más que una insensible diferencia de nivel que emana de las canteras que en determinados lugares hicieron muy difíciles las escavaciones.

La entrada principal, en dimensiones adecuadas y con adornos arquitectónicos, está situada en la cortina que defiende la parte del Oeste, teniendo en la opuesta la puerta oculta del *socorro* de una construcción bien calculada.

Las obras exteriores consisten en dos cortaduras que arrancan la primera, de uno de los baluartes del Oeste y termina en la ribera de los impenetrables esteros donde concluye tambien la *Laguna de los Difuntos*. En el espacio que ella recorre se hallan colocados dos *rebellines* que defienden todos sus accesos en puntos calculados según las alternativas de la superficie para impedir el tránsito por aquellas sinuosidades que desde los baluartes del fuerte no pueden descubrirse. Cada uno de ellos es capaz de contener 2 ó 3 piezas de posición sostenidas con fuegos cruzados de los parapetos que forman las cortaduras que los ligan, haciendo que el tránsito por los flancos de aquella sea muy difícil estando esas obras en buen estado de defensa sin el empleo de un sistemado y fuerte ataque para forzarlas. Esta cortadura tendrá en toda su longitud de 700 á 800 varas siguiendo sus diversos contornos.

La que liga el flanco derecho y que tiene orígen en otro de los baluartes de la cara que mira al mar, acaba á 600 varas en la costa de otra pequeña Laguna de agua

potable, teniendo colccados á distancia proporcionada dos *rebellines* más que aumentan sus defensas.

Este recipiente rodeado de altos médanos está interceptado de las mareas del Océano por otras cerrilladas de arena que con dificultad pueden transitarse, y cuyas ondonadas no podrían descubrir los fuegos de la fortificación, no obstante que sus avenidas estén despejadas.

Es de creerse que la movilidad constante de las dunas de aquella costa ha cambiado el aspecto y la condición de esas localidades, después que se levantaron esas importantes obras.

Un pequeño lago situado á tiro de fusil de la fortaleza provee permanentemente de agua á la guarnición y á los animales de su servicio, además de la cisterna que tiene en su recinto.

JOSÉ MARÍA REYES.

EL SALTO DEL RIO URUGUAY

La *Catarata* ó *Salto* del Uruguay, interceptando bruscamente su hermoso canal, y ofreciendo un temible obstáculo á su navegación, es indudablemente uno de aquellos accidentes deslumbradores que inspiran serias observaciones.

Al desplomarse sus aguas de una gran altura, producen un efecto tan imponente, como es singular el interés causado por los sonidos graves y confusos, y por los juegos variados de luz y de las ondas espumosas, agitadas por los vientos, ó por el choque estruendoso de sus propias moles.

El ruido de esa caida se hace sentir á más de diez millas en días serenos. En aquellos en que se despeja la nube que constantemente la rodea, se dejan entrever las florestas, las selvas y las islas, que en medio de tranquilas corrientes se dibujan en las márgenes, transformando súbitamente ese cuadro magestuoso.

Aunque no tan bellas y escarpadas como las cascadas del *Bogotá* y del *Missouri*, la magnificencia, sin embargo

del espectáculo que presentan sus agitados torbellinos que se forman y desaparecen, sin cesar; y que heridos por los rayos del sol reflejan todos los colores del iris, es en verdad, uno de esos monumentos que hacen inclinar la razón orgullosa del observador ante las obras de la naturaleza.

Se observa que esa catarata viene anunciándose con la aparición de otros pequeños saltos, ó restingas, sembrados en medio del alveo que lo levantan al parecer suavemente hasta llevarlo á un mayor precipicio, y vese muy luego, que esa sospecha reposa sobre razonables fundamentos, cuando la profundidad del más amplio y central de sus canales disminuye paso á paso, encubriendo un plano ascendente que no será menor de 3 á 4 grados desde 40 millas atrás; no obstante que en determinados parajes se manifieste con alternativas que indican ondulaciones sub-marinas, ó inflexiones violentas en el plano de su propio lecho. Y asi debe suponerse, desde que las variaciones de la sonda se conforman con esa conjetura.

Donde ella presenta demostraciones evidentes de su exactitud y donde ese mismo nivel ofrece mayores indicios de su ascensión progresiva, es á tres ó cuatro mil varas antes de saltar por sobre las rocas, al parecer *porphiricas* que forman el veril ostensible de la cascada.

Ese veril despejado en las bajantes periódicas, muestra claramente que arranca del lintel de la margen oriental, y que termina en la opuesta, á 3,600 ó 3,800 varas de distancia, convirtiéndose desde el centro del río en islotes breñosos y agrios, matizados con plantas y follajes que

vegetan entre las rocas, abriéndose paso por entre ellas innumerables canalizos que se precipitan con menos violencia, amortiguados por las alternativas del alveo. Esas islas cobran mayores dimensiones á medida que se acercan á la ribera occidental, á donde, disminuyendo el fondo, son menos rápidos los desplomes, más frondosos y altos sus arbolados haciendo más posible su pasaje en las grandes avenidas.

En aquellas épocas, esa escarpa se ofrece en perspectiva con una altura desde 25 hasta 40 piés, alternativamente, formando las crestas menos culminantes, cascadas sucesivas, que describen una voluta variable en proporción al volúmen de aguas que arrastran el cauce.

José María Reyes.

LA CALLE DE LOS JUDÍOS

Con este nombre era generalmente conocida desde el tiempo de las *pajuelas*, una de las calles «de la muy fiel y reconquistadora ciudad de San Felipe y Santiago» como había otras vulgarmente llamadas de los *Pescadores*, de las *Bóvedas*, de las *Tiendas*, del *Fuerte* y del *Muelle*.

La tal calle bautizada de los *Judíos*, era la de San Fernando, teniendo orígen en la cuadra donde existían las tiendas ó tendejones en que se vendían monturas, frenos, estribos, cinchas, rebenques, riendas, cojinillos, bozales, argollas, redomonas, estriberas, á la vez que calzoncillos, chaponas, barbijos, fajas y otros artículos de uso para los hombres de campo. Esa cuadra era precisamente la misma donde existen ahora las librerías de Ibarra y Barreiro y el gran edificio de Dauver en la calle de las Cámaras.

Como estaba entonces tan inmediata á la entrada del portón de *San Pedro*, doblándose para la plaza, *caían* allí los paisanos á hacer la compra de lo que necesitaban,

pero como los precios eran *salados*, y por nada aflojaban los tenderos de antaño ni un medio real, prefiriendo primero que se apolillasen los artículos que rebajar de precio, dieron los campesinos en llamarles *judíos* á los dueños, y tanta fué su fama, que quedóle á la calle donde existían el nombre vulgar de *Calle de los Judíos*.

Como si fuese ayer, recordamos todavía aquellos campesinos, vulgo *gauchos*, que en tiempo de los lusitanos cruzaban en sus *pingos* orejanos, por aquella calle, en dirección á la Plaza de la Matriz, con la cola del caballo hasta el *garron*, ó atada, formando contraste con los *reyunos rabones* de la tropa, gineteando á su gusto, con sus grandes espuelas, el rebenque colgado en la muñeca, la manea pendiente del bozal, los dedos del pié en forma de horqueta, metidos en la estribera, sobre el estribo de palo; sombrero de *panza de burro* al lado, sujeto con el barbijo, su pañuelo al cuello, su chiripá de bayeta, luciendo el fleco del calzoncillo, su ponchito *vichará* ocultando el facon de vaina de suela, llevado á la cintura, por temor de la multa y del despojo si se lo pispaba la Policía que prohibía «cargar cuchillo;» su bota de potro, las boleadoras á los tientos de la cabezada trasera del lomillo criollo, y el maneador envuelto en el pescuezo del caballo; cabalgando al tranco, con la apostura de los criollos, que se reían de los *maturrangos*.

Algunos había lujosos, con sus caballos bien enjaezazados, freno de copas de plata, cabezada, pretal, espuelas y cabo del rebenque del mismo metal, estribos de *piquería*, cojinillo y sobrepellón bordados, cinchon de colores, pa-

ñuelo de seda al cuello, sombrero de ala ancha con barbijo de seda, ponchito vicuña, calzoncillo de ancho cribo, chiripá de merino (algunos usaban pantalón), y bota de *cajetilla*, es decir de becerro; tirador bordado con broches relumbrantes y los famosos botones *en collera* de pesos fuertes ó patacones.

Era el paisano lujoso, haciendo gala de sus prendas, que entraba á la *villa* á sus diligencias luciendo su *flete*, como cuando iba á las carreras.

ISIDORO DE MARÍA.

LOS PRIMEROS POBLADORES

DE MONTEVIDEO

(Origen del Fuerte de San José)

Desde el año 1720 estaba facultado Zabala, Gobernador y Capitán General del Río de la Plata, para poblar los puntos de Montevideo y Maldonado. En esa virtud acordó algunos privilegios y pasajes gratis á los que quisiesen pasar á poblarse. Jorge Burgues fué el primero que resolvió en 1723 venir á efectuarlo en Montevideo que era un campo desierto. Construyó una casucha de piedra, y en seguida un rancho, cultivó un pedazo de tierra y plantó algunos árboles. A este primer poblador, le siguieron Pedro Gronardo, Gerónimo Pistolet y Juan Baustista Callo, poblando todos con licencia de Zabala.

En ese mismo año aportó un navío portugués, cuya gente se apoderó del punto de Montevideo, armando tiendas y dando comienzo á la construcción de un reducto en la ribera Oeste. De la Colonia, que á la sazón ocu-

paban los portugueses, les vino ganado para la subsistencia, que pastaba en el despoblado.

Sábelo Zabala y viene á principios del año 24 á intimarles desalojo. Los intrusos levantan sus tiendas y se retiran del punto, embarcándose Zabala, entonces, trata de fortificarlo y proveer á su ocupación permanente. Dispone levantar un reducto en la punta que hace al Oeste la Ensenada, y manda delinear la línea de fortificación. Hace venir de las reducciones mil indios tapes para emplearlos en esos trabajos, y después de construído el fuerte con el foso correspondiente, y dado sus órdenes, regresa á Buenos Aires, dejando cien hombres de guarnición para custodia del punto, donde se enarbola la bandera española.

Dióse el nombre de *San José* al fuerte levantado, artillándole con diez cañones del calibre de 18 y 24.

Al comienzo del año 1726, dispuso se procediese á la fundación de la ciudad de *San Felipe y Santiago de Montevideo*, cometiendo á Millán la comisión de plantearla. El 20 de Enero de ese mismo año lo efectuó don Pedro Millán, dando asiento á las primeras familias pobladoras venidas de Buenos Aires, que se fijaron en la ribera del puerto, en barracas, para ponerse al abrigo de la intemperie.

Esas familias fueron las de José Gomez de Mello y Francisco Carrasco con dos de familia.—Bernardo Gaitán y María P. Carrasco con siete de familia.—Juan Antonio Artigas (abuelo del futuro general Artigas) é Ignacia Carrasco, con cuatro de familia.—Sebastián Carrasco y Do-

minga Rodriguez con dos de familia.—Jorge Burgues (primer poblador) y María Carrasco, con cuatro de familia. —Gerónimo Pistolet y Pedro Gronardo, que ya estaban poblados.

En Noviembre del mismo año llegaron de Islas Canarias las doce primeras familias que condujo Alzaybar, y con algunos pobladores más venidos de Buenos Aires, se procedió en Diciembre al reparto de solares, delineándose 32 cuadras.

Con ese pequeño núcleo de pobladores, aumentado con 30 familias más de Islas Canarias, traidas el año 28 por Alzaybar, tuvo comienzo la población de Montevideo.

El Fuerte de San José subsistió hasta ahora pocos años, en que fué completamente demolido, dando ensanche á la ciudad en el paraje que ocupaba desde su fundación.

Isidoro de María.

LOS TOROS Y OTRAS YERBAS

Los españoles eran muy aficionados á los toros, y se quiso utilizar ese divertimiento en beneficio de la compostura de las calles que carecían completamente de empedrado, en el tercer cuarto del siglo pasado.

Con este fin, en el año 1776 se construyó una Plaza de Toros en el gran despoblado que existía al Oeste de la ciudad entre el Cuartel de Dragones y las casas conocidas por de Juan Soldado, á espaldas del que, 12 años después, fué el primitivo Hospital de Caridad.

El constructor fué un don Sancho, español, que hizo de picador en la cuadrilla de aficionados y un Cosme de banderillero.

Se dieron dos corridas, destinando su producto á la compostura de las calles intransitables. Los toros se introducían á la ciudad por el Portón del Sud y el despoblado de esa parte.

Los toros se lidiaban embolados, como para salvar el bulto de las astas. Cuatro capeadores, dos banderilleros, y el picador, componían la cuadrilla.—Nada de primer

ni segundo espada. Era artículo que no había en plaza. El circo se llenaba de espectadores. Hombres y señoras concurrían con gran contento á la lidia. Las señoras usaban entonces vestido corto y medias de seda azul con cuchillas de plata las pudientes, que por lo regular gustaban lucir, y allá iban con ellas á tomar asiento en las gradas de la Plaza de Toros.

Los banderilleros brindaban á los principales, y les llovian onzas de oro, ó pesos fuertes, en cada suerte, de que participaban los compañeros.

Una vez, uno de los banderilleros, que era un pardo, brindóle la suerte á una de las damas, pero como ésta se hallase desprovista de dinero para corresponderle, se sacó una sortija y se la arrojó con gracia al picaruelo, lo que le valió un palmoteo, y que un galante que se hallaba á su inmediación, la secundase en desprendimiento arrojando al afortunado lidiador algunas onzas de oro.

La plaza subsistió hasta cuatro años después, en que se dieron otras dos corridas de toros, destinando su producto al pago del terreno comprado para el Hospital.

Pasaron muchos años sin que volviera á repetirse esa clase de función en Montevideo, hasta el año 23 en este siglo, en tiempos de los Lusitanos, con ocasión de celebrarse la proclamación de la Constitución Portuguesa efectuada en Oporto.

Los toros entraron entonces en el programa de las fiestas públicas, pero ya no fueron en el descampado del Cuartel de Dragones, sino en la Plaza de la Matriz.

Tres días duraron los festejos, para los cuales se cons-

tituyó un tablado en el centro de la Plaza y algunos palcos á los lados para los espectadores de más distinción.

Hubieron comparsas que danzaron en el tablado. Recordamos una de traje de indios, con plumas rosadas ceñidas á la cintura y la cabeza, adheridas á un cinto de galón plateado. Otra de coraza, otra de viejos, con especie de miriñaque formado de arcos de barrica, y otra de oficiales dirijida por el renombrado actor Casacuberta.

El tercer día fueron los toros, arreglando la plaza desde la noche anterior para lidiarlos. Todos los preparativos se hicieron bajo la dirección de Balbín y Vallejo, antiguo y respetable vecino de Montevideo.

Se formó de tablazón un gran cuadro en la plaza. En el costado del Sud se construyó el toril. Los toros eran *embolados*. A la voz popular de *salga el toro*, le daban salida y empezaba la cuadrilla la fiesta.—Se componía únicamente de banderilleros y capeadores.—No había picador, ni espada.—Cada tumbo que llevaban los capeadores era una algazara.

Por de contado, la plaza estaba llena de espectadores. Las azoteas y los balcones cubiertos de gente. Los del Cabildo los ocupaba el Gobernador, Jefes de alta graduación, los Cabildantes y otras personas distinguidas.

Para hacer la diversión más entretenida, se colocaba un muñeco en medio de la plaza, para que el toro lo embistiese. Dentro de una pipa vacía, se metía un hombre, y el toro lo llevaba rodando á topadas con el viviente dentro. A la voz de *¡á la uña!* cargaban todos sobre el toro y lo despachaban.

Como para fin de fiesta, un *criollo*, de apellido Trujillo, apareció en el circo cabalgando en un potro, con sus grandes espuelas redomonas, resistiendo los corcobos del *alazán* como ginete famoso.

Después no se dieron más corridas de toros hasta el año 1835, en que la empresa Sierra y Amaya hizo construir el Circo que subsistió hasta el año 42 á inmediaciones del Cordón, al que se iba de jarana por 6 vintenes en carretilla, y que dió tema á las *Toraidas* de nuestro festivo Acuña de Figueroa.

ISIDORO DE MARIA.

LAS CARRERAS

(EPISODIO DE CARAMURÚ)

Magnífico era el golpe de vista que ofrecía la extensa llanura, cuajada de gentes de todas edades, sexos y condiciones. Cuadro encantador que, trasladado al lienzo mientras lo iluminaban los tibios resplandores del sol de la tarde, reflejaría una de las faces más bellas y poéticas de la vida de nuestros campos. Variados y caprichosos trajes, indómitos bridones, adornados con regia explendidéz ó con salvaje pompa......

Los ricos *chamales* de seda, los graciosos sombreros de *jipi-japa*, salpicados de raras y preciosas flores, cuyo hermoso colorido no igualaba á su fragancia; las lujosas vestas de grana y terciopelo; los bordados ponchos con flamante botonadura de filigrana, que descendía en triples hileras desde la garganta al pecho; los puñales incrustados de brillante pedrería, se confundían con el grosero lienzo, con la raida bayeta, con las remendadas chupas, con los abollados sombreros y grasientos cuchillos de los

peones y gauchos pobres. Los briosos corceles, ostentando con marcial orgullo las argentadas estrellas y cadenillas, que eslabonadas y pendientes en el centro de un sol de oro, esmaltado de rubíes, envolvían su cabeza como una red de nacar, y sujetaban el freno y las riendas, también de plata, hacían resaltar más el humilde arreo de los que por toda gala llevaban el *lazo* arrollado sobre la grupa de su caballo, y la frente y los encuentros de éste ceñidos por una banda de lucientes plumas.....

Crecía la muchedumbre por instantes; do quier que se volviesen los ojos la veían agolparse en distintas direcciones, unida y compacta como un mar de centauros. La tierra desaparecía bajo sus huellas, y el murmullo, las voces, los gritos, las carcajadas de los ginetes, el movimiento, el galope y los relinchos de los caballos, formaba un ruido sordo y prolongado, que, vibrando á la distancia, imitaba al confuso rumor que precede á la erupción de los volcanes.

....

Cancha (*), *cancha* señores, gritaron los jueces nombrados para presidir las carreras y dirimir cualquier disputa que pudiera ocurrir.

Los espectadores al oir la frase sacramental con que generalmente empiezan estas diversiones, se abrieron á derecha é izquierda, repitiendo: *¡Cancha, Cancha!* palabra que, pronunciada por mil voces distintas, producía en la

---

(*) Dejad libre el paso: Despejad.

apiñada muchedumbre el mismo efecto que la férrea quilla de un bergantin, que vuela dividiendo las movibles aguas del mar, acariciado por las brisas nocturnas.

En menos de diez minutos se formó una larga calle de cincuenta varas de ancho y una legua de largo. Los jueces hicieron cuatro rayas en el suelo con intervalos de cien pasos entre cada una: los corredores de *Atahualpa* y *Daimán* se colocaron en la primera, y á una señal suya comenzaron los *bareos*, que consisten en lo que vamos á referir.

Primero marcharon ambos ginetes paso á paso hasta la segunda raya, y volvieron atrás; luego al trote hasta la tercera, y retrocedieron igualmente; después al galope hasta la cuarta, tornando á colocarse en la primera, procurando siempre cada uno detener el ímpetu de su caballo, á fin de inspirar confianza á su adversario.

Enseguida galoparon cuatro ó cinco veces desde la primera hasta la segunda, tercera y cuarta línea sucesivamente y cuando los que presidían la carrera, viendo que pisaban juntos la última raya, gritaron ¡ahora! respondieron los ginetes ¡ahora! y se lanzaron á toda brida seguidos de los jueces y de la multitud, que se replegaba tras ellos á medida que pasaban por delante de ella devorando el espacio, cual fugitivos planetas atraidos por el sol en medio del vacío.

Largo trecho galoparon juntos, y la victoria se mantuvo indecisa. Los dos parejeros eran excelentes, y se temía no sin razón, que á un tiempo pisasen la meta.

Inclinados ambos ginetes sobre su cuello, anhelantes

les palmoteaban frenéticos y les hablaban con voz que dominaba el tumulto ocasionado por el tropel inmenso que los seguía, sin hacer uso del látigo que reservaban para el último trance.

Daimán y Atahualpa, bañados en sudor, arrojando por sus abiertas narices una columna de humo, y mirándose con ira, redoblaban sus esfuerzos á cada palabra de sus amos, cuyas largas cabelleras confundiéndose con sus crines, ondeaban como serpientes amenazadoras que se enroscaban silbando sobre sus cabezas.

Por una ilusión óptica muy facil de comprender en la rapidez de su carrera, en medio del torbellino de polvo y la nube vaporosa que los envolvía, los rayos del sol quebrándose y repercutiéndose velozmente, les prestaban á cada momento nueva forma y colorido. La imaginación asaltada de un vértigo fantástico, ora creía ver á la distancia dos fenómenos luminosos, dos de esas sombras colosales que al caer la tarde suele divisar con espanto el viajero que ignora su causa, en las cimas de la alta cordillera: ya dos enormes moles de granito bajando por el rápido declive de una montaña al fondo de un valle; tan pronto dos gigantes cóndores, batiendo sus anchas alas y cerniendo su raudo vuelo al confin de la llanura; como dos toros salvajes que salen del bosque con atronador mujido, llevando encima dos tigres feroces, cuyas aceradas uñas les desgarran la piel, clavada la boca en su cuello, hecho trizas por sus afilados dientes.....

No faltaban ya más que seis cuadras para llegar á la meta; la ansiedad y la espectación íban en aumento. Un

silencio sepulcral interrumpido únicamente por el pausado galope de los caballos, se sucede á la animada conversación de los circunstantes. Nadie habla, nadie pregunta nada, nadie levanta la voz ofreciendo juego: todos miran, todos suspensos y ansiosos, como si se tratare del más grave é importante asunto, aguardan, latiéndoles el corazón á que se decida el triunfo.

De repente Daimán pasa á su contrario, y un grito, semejante al estampido de un trueno, retumba de un extremo á otro; Atahualpa, furioso, lo alcanza y lo pasa á su vez; habla el gaucho á su corcel, y éste le deja de nuevo atrás; torna Atahualpa á alcanzarle y torna Daimán á adelantársele. El corredor del primero apela entonces al último recurso; se incorpora, sus talones espolean los flancos del vencido, revuelve el brazo á un lado y á otro cruzándole con el látigo los arcos y el vientre. El noble corcel indignado, levanta la cabeza, tiembla de coraje, da un bufido, y, por vez postrera, alcanza á su rival.

Amaro imita el ejemplo de su competidor y cierra piernas á su caballo sin castigarle.

Daimán al sentirse aguijoneado eriza la crin, irgue las orejas, tiende el cuello, alza la frente arrojando llamas por los ojos, la inclina, hiriéndose los encuentros con la barbada del freno, y más veloz que una bala al escaparse del tubo inflamado que la contiene, hiende los aires, porque sus piés no tocan la tierra.

Atahualpa hace un último esfuerzo, se agita, alarga sus crispados miembros, aspira el aire con ardientes resoplidos, sigue con la vista empapada en lágrimas las huellas

de su vencedor; pero ¡ay! en vano!... en el mismo momento que este pisa la meta triunfante, cae reventado él á cincuenta pasos, arrojando un río de sangre por la boca y las ventanas de las narices.

Un coro de aplausos y vivas atruena la llanura.

ALEJANDRO MAGARIÑOS CERVANTES.

EL AZOTE (*)

Un cambio súbito y completo, una transición rápida y brusca de la alegría al dolor operose en la ciudad.

Una terrible confusión, un doloroso clamoreo estalló en todos los ángulos.

Los primeros síntomas de una mortal epidemia, de un azote terrible y misterioso habíanse ya pronunciado haciendo víctimas en cada hora, en cada minuto, en cada instante.

Montevideo ofreció repentinamente un aspecto de desolación indescriptible. Rumores diversos y á cual más aterradores llevaban el espanto al seno de las familias con la velocidad del pensamiento, con el efecto del rayo.

Ya era la fiebre amarilla importada del Brasil por una familia que había burlado la vigilancia hijiénica, desembarcando en la ciudad antes de cumplir la cuarentena prescripta; ya el tífus; ya el cólera mórbus; ya el vómito

---

(*) Capítulo del libro "Montevideo bajo el azote Epidémico."

negro de la Habana; ya una dolencia endémica ó local desarrollada en la parte norte de la ciudad, ó barrio de la Dársena á consecuencia de los focos de infección; ya efecto del alumbrado á gás, ó antes, de la situación de la usina en un punto demasiado céntrico de la ciudad, y de la existencia de resíduos venenosos en el estanque del gasómetro.

Y no faltó quien lo atribuyese,—en las clases ignorantes y supersticiosas, por supuesto,—á la corrupción voluntaria de la atmósfera mediante inficionamientos químicos tan imaginarios como absurdos.

La confusión, la incertidumbre penetró hasta en la esfera de la ciencia. Es verdad que la enfermedad presentaba diversas faces y se manifestaba con síntomas diversos.

La Junta de Higiene se limitó al principio á publicar un sistema preventivo y *curativo* para la *fiebre reinante*, sin determinar no obstante su carácter. Interpelada por la ansiedad general por el público conflicto, decidióse al fin á caracterizarla de *fiebre gástrica grave*.

Pero esta definición tenía tal carácter de incertidumbre é inconsistencia, que, habiéndose la población apercibido de ello, estuvo muy lejos de satisfacer sus exijencias y de calmar su ansiedad.

Entretanto el desarrollo de la enfermedad progresaba y ésta tomaba proporciones aterradoras.

El número de las víctimas aumentaba cada día, y ¡desgraciados de aquellos á quienes el sórdido flajelo tocaba con su mano, porque ya no le quedaba esperanza de sal-

vación, y se presentaba desde luego á sus ojos estraviados la sombría perspectiva de la tumba!.....

De diez, uno no escapaba!

Los socorros de la ciencia eran insuficientes, y las más veces estériles.

La causa no estaba bastante averiguada y los efectos eran de una inconsistencia y una variedad demasiado infinitas para que aquella pudiera ser combatida de frente y eficazmente.

La ciencia perdía la cabeza. El pueblo la confianza en sus auxilios.

Bien pronto la terrible y misteriosa epidemia, como la ignea columna de la Biblia, fué ganando terreno y sembrando en todos los ángulos de la ciudad la muerte y el espanto persistiendo sin embargo en mayor ensañamiento en la parte del norte, donde se había pronunciado y hecho mayor número de víctimas.

Las camillas que conducían á éstas al Hospital de Caridad cruzaban en todo sentido las calles de la ciudad, y los apestados que iban en ellas exhalaban ayes de dolor que extremecían hasta la última fibra de los transeuntes con un terror glacial, indefinible!.....

Los carros fúnebres transitaban en todas direcciones, á todas horas del día y de la noche, cargados de cadáveres y en busca de éstos, atronando el aire, perturbando el sueño agitado de la población y horrorizando el espíritu con su ruido monótono y peculiar que el oído percibía, ó antes presentía á cuatro y cinco cuadras de distancia.

La presencia de la epidemia se hacía sentir en todas partes y en todo.

A la animación habitual de la Ciudad, al tránsito de sus calles, al ruido de la industria, al tráfico del comercio, había sucedido un silencio sepulcral, una soledad aterradora.

Todas las puertas y ventanas herméticamente cerradas.—La mitad de las casas de comercio apenas continuaban con las suyas abiertas á medias.

Uno que otro transeunte apretando el paso y con el terror pintado en el semblante.

Las casas públicas desiertas. La población como soterrada.

* * *

La mayor parte había huído.

El pánico, esa dolencia moral que se apodera de las masas en presencia de las calamidades de un orígen desconocido y de una naturaleza mortal; el pánico, que á su vez es una de las más grandes calamidades de los pueblos, apoderose del nuestro á los primeros síntomas de la epidemia y aconsejole una flaqueza: la fuga! ....

Es verdad que la impotencia de la ciencia para combatir con éxito los estragos de la peste escusaban al principio esta flaqueza; pero era de esperar que la experiencia de algunos días demostraría al fin el verdadero carácter de la epidemia, y que entonces aquella sería bastante poderosa para disputar á esta sus víctimas y vencerla en lucha heróica.

Es verdad que pesaba sobre la ciudad una atmósfera con corrientes de aire inficionado y de miasmas deletereos, que sofocaba la respiración y daba vértigos.

Es verdad que el espectáculo fúnebre, que pálidamente bosquejamos, quebrantaba los ánimos más fuertes y sofocaba todas las voces que no fuesen de la propia conservación..........

Pero la bella y desgraciada Montevideo, herida de muerte, tenía todos los títulos de madre: tenía el derecho de exigir la presencia de todos sus hijos ante su lecho de agonía, su asistencia cariñosa, sus esfuerzos incesantes por arrancarla de las garras del flagelo—el cumplimiento de sus deberes filiales.

¡Y sus hijos huían, huían al par del extranjero, abandonándola al dolor, al sufrimiento, á la agonía! ....

Pero no huían todos felizmente!.....

Y no era extraño que los particulares adoptaran esa medida irreflexiva y pusilánime para eludir el alcance del flajelo, cuando muchas de las elevadas categorías oficiales —cuya presencia ante el peligro era exigida por compromisos más sagrados—desertaban de su puesto, dándoles el mal ejemplo, desmoralizando á la población y dejando á los esfuerzos de ésta la salvación de la crisis; esfuerzos que se estrellaban en la impotencia por carecer de un impulso superior que sistemara su empleo, vigorizara su acción y los hiciera fecundos.

Por otra parte la falta absoluta de diversiones públicas que distrajeran el espíritu y ahuyentaran de él un solo instante la obsesión de la epidemia, acrecentaba el pánico

que irresistiblemente invadió la población, haciéndole insoportable la permanencia en la infeliz Montevideo, que, más que de ciudad, ofrecía el aspecto de un vasto cementerio.

¿Ibais á hacer una visita?....

—¡Entrabais en un sepulcro!

¿Ibais á ver un amigo?....

—¡Encontrabais un cadaver!

La emigración se efectuó, pues, en gran escala y con la rapidez de las resoluciones extremas.

Las familias mas pudientes abandonaban las comodidades de sus casas con la precipitación y confusión del miedo, para transportarse á las pobres chozas de las cercanías de la ciudad, á las *estancias* y á las pueblos de campaña, donde preferían experimentar toda clase de necesidades y malestar, la carencia de los primeros renglones para la subsistencia y hasta de los recursos de la ciencia, en el caso muy probable de que la peste invadiera la campaña.

Los hombres abandonaban sus negocios, sus intereses más grandes para seguir á sus familias.

Algunos de ellos venían por el día á la ciudad á ocuparse de los asuntos, y regresaban por la noche al campo, sin comprender que estos cambios frecuentes de atmósfera podían serles más funestos que la permanencia en la ciudad.

En el último tercio del mes de Marzo, durante todo el de Abril y parte del de Mayo, esta triste emigración no cesó un solo día de dejarnos un aumento de desconsuelo

y abatimiento á los que quedamos en la aflijida ciudad, y veíamos en aquella despoblación el más terrible flajelo, el que tenía que traerle consecuencias mas funestas, para su adelanto y bienestar, que el que entonces la azotaban y que hubiérase podido estirpar en pocos días de su seno con el esfuerzo colectivo de todos sus habitantes.

. . . .

. . . .

HERACLIO C. FAJARDO.

1857.

LA VIDA EMPIEZA EN EL SEPULCRO

Estraño debe parecer al lector descreído un título que se asemeja á una paradoja, y sin embargo lo colocamos al frente de un artículo y en un día tan solemne para los corazones lacerados por el desengaño ó la desgracia, con toda la verdadera fé del creyente.

Ha dicho un escritor que los siglos son los segundos de la eternidad y relativamente podemos tambien nosotros decir, que un minuto en que se reconcentra el pensamiento para salvar las estrechas paredes de la carne y elevarse hasta Dios, significa, al reverso, un año entero de la vida moral del hombre porque ese minuto abarca todos los recuerdos, todos los sufrimientos, todas las esperanzas y, acaso, todos los desencantos.

¡Que artículo para un diario político!

Hay, sin embargo, en las cadenas de las afecciones humanas una serie de eslabones que no pueden desunirse sinó quebrantando el órden natural de las sociedades.

La política es para el hombre la vida material mien-

tras que el sentimiento es lo que constituye la existencia moral.

El guerrero denodado, el sabio que gasta el jugo de su existencia en descubrir ó en propagar el bien; el naturalista y el geólogo que muestran á los otros tanto las producciones con que ha enriquecido el Creador á la Naturaleza como hasta las que están ocultas en el seno de la tierra; el astrónomo que estudia el giro y la influencia de los astros y que, como Leverrier segun la palabra del sabio Arago, los sacó del *fondo del tintero*, lo que equivale á decir que con su extraordinario cálculo ha medido los espacios y sobrepasado el alcance de los telescopios; todos ellos desaparecen de la humanidad dejando una huella luminosa que no se eclipsa sinó que, al contrario resplandece más, cuanto más tiempo ha trascurrido desde la época de su muerte.

He aquí porque hemos dicho que la vida empieza en el sepulcro.

Enemigos de traer á la memoria nombres históricos, con los cuales hacen otros alarde de eruditos, diremos, sin embargo, que los guerreros, los poetas que han cantado sus glorias, los historiadores que nos han trasmitido sus hechos y los mártires que han sellado con su sangre la causa que defendían, viven hoy en la memoria de los pueblos que la veneran á través de tantos siglos y, así como á cierta distancia la óptica aumenta el tamaño del cuadro que quiere representarse al natural, así tambien la figura de estos aparece colosal, porque los hombres comparan las épocas y comprenden que apesar del ade-

lanto material no ha mejorado el arte, no ha avanzado el genio ni sobrepujado el valor.

¡Estamos en el día de difuntos!

Debemos un recuerdo santo á los seres que amábamos en la vida y que no olvidamos en la tumba; los cuales, siguiendo las creencias cristianas, y la moral instintiva que Dios graba en el corazón del bueno, contemplan desde la vida del espíritu las miserias de la carne y ruegan por los que más tarde, sin tanta virtud ni abnegación como la que ellos tuvieron descenderán al silencio del sepulcro.

Hay entre otros un amor instintivo que es un privilegio de las almas bien templadas y ese amor es de la pátria.

¿También puede entrar la política en un artículo fúnebre?

Sí. Para los que amamos con verdad el suelo donde hemos nacido, donde descansan los huesos de nuestros abuelos y de todos los seres que nos han pertenecido en el corazón; donde hemos visto brillar los primeros reflejos de la gloria, donde hemos contemplado el martirio de los héroes, y, en fin, donde hemos tenido el primer amor, la primera amistad, los primeros placeres y, acaso, las últimas decepciones, no podemos apartar de la memoria en este día de duelo para el pueblo cristiano el recuerdo de la patria y de los que por ella han caído cubiertos de sangre defendiendo sus derechos ultrajados.

Triste está por demás nuestro espíritu para que pensemos en recriminaciones, pero fuerte para hablar al co-

razón de los que viven y pedirles la oración ferviente del que cree y espera por los que han de ser, pero cuya memoria tendrá un lugar preferente en el porvenir cuando se hable de los sacrificios hechos por nuestra adorada patria.

Perdonen los lectores que nuestro artículo sea tan lúgubre, pero cuando hay tantos días para el regocijo, es necesario que una vez al año nos cubramos con el crespon de la muerte para llorar á los que hemos querido y prematuramente desaparecieron de nuestro lado.

Dice el eminente poeta Larra:

La oración de los que viven
Abre á los muertos el cielo

Santas palabras de esa alma ungida por el infortunio y por la virtud.

Oremos, pues, por todos los seres amados que ya no existen y depongamos una lágrima en la tumba de los mártires de la libertad.

FERMIN FERREIRA Y ARTIGAS.

LA AUTORIDAD MORAL

(Fragmentos de una conferencia)

Hé ahí una palabra ó un nombre que á primera vista podrá acaso chocar á más de un lector. Cómo!, se preguntará, hay por ventura otra autoridad que la civil ó la política, es decir, aquella que cuenta con medios materiales para compeler ó reprimir?

En los países libres, responderemos desde luego, ciertamente que sí; y autoridad tan poderosa que, aunque no trae su orígen como aquella medios de reprimir ó compeler, con todo, suele poner en jaque á los gobiernos, y hasta llega á veces á dominarlos, pudiendo por lo mismo decirse que es de todas la primera y la más fuerte.

Y por autoridad moral, en un individuo ó en varios, entendemos aquel ascendiente que ejercen sobre la opinión ciertas individualidades superiores, al sólo título de su capacidad, de su honradez, de la elevación y firmeza de su carácter, y de otras cualidades personales ó méritos por todos reconocidos.

Bajo los gobiernos despóticos, al contrario, la autoridad moral ó no existe, ó sólo tiene una existencia, digamos así pasiva. El despotismo la mata ó la supedita, en tanto que la libertad la vivifica y robustece, y tan inconciliable es ella con la fuerza, que si mucho puede ésta para contrariarla, nada absolutamente puede para segundarla, pues toda autoridad moral que quiera imponerse por la virtud de la fuerza, por el hecho dejaría de ser un poder moral....................................

....

Las cuestiones que más vasto y dilatado campo ofrecen á las personalidades espectables para desplegar en toda su expansión las altas dotes del espíritu, del carácter ó del corazón, no son las cuestiones que sólo afectan intereses, sea de muchos ó de algunos, sinó ántes bien aquellos que atañen á la vida política, moral ó religiosa de todos, y en que se debaten principios, sistemas ó creencias.

Ganar la voluntad de los demás, obtener su asentimiento, á veces ántes de haber convencido del todo su razón, á ese signo se reconoce entre otros la autoridad moral de un individuo, hombre de Estado, orador, escritor público, etc.

El que no la tenga, bien podría arrancar en un momento de exaltación ó de entusiasmo irreflexivo la adhesión de algunos ó de muchos; pero sus triunfos serán siempre efímeros ó de corta duración - y jamás la tendrá por ejemplo ni por un instante, aquél que tratándose de cuestiones políticas de un órden superior, dé en la manía de

encararlas por el sólo punto de vista de los intereses y de las conveniencias.

....

Principios y creencias, y el talento ó las luces necesarias para defenderlos,—eso necesita el que aspira á alcanzar un grado cualquiera de autoridad moral; pero de nada le valdría así mismo invocarlos si no tuviera perfectamente bien sentada su reputación de moralidad y buena fé.

Imposible es, por ejemplo, desconocer, no digamos ya la elocuencia, sinó el génio político de Mirabeau. ¿Cómo se explica entónces que su autoridad moral estuviera siempre abajo de la de otros de sus colaboradores en la grande obra, no obstante ser muy inferiores á él, tanto por el talento y por la ciencia cuanto por las dotes oratorias, como v. gr. Lafayette? Pues la explicación del enigma dióla el mismo Mirabeau cuando en un momento de humilde ingenuidad, y acaso de dolorosa contrición, dijo: *Oh! extravíos de mi juventud, cuán caro le costais á mi edad madura!* Ménos bien inspirado había estado el gran tribuno al decir *que la moral pequeña mataba á la grande*, palabras éstas que ha glosado espiritualmente Remusat diciendo que acaso careció Mirabeau de la grande porque jamás tuvo la pequeña.

Otro ejemplo. El príncipe de Bismarck es á no dudarlo un gran político; pero es un político de la escuela de Maquiavelo (*La fuerza prima sobre el derecho*), es decir, por demás travieso y de moralidad negativa, y aquella travesura que nada respeta, que no se detiene ante consi-

deración alguna humana ó divina, no es título hábil para adquirir autoridad moral en un grado cualquiera.

Por eso no la tiene, á pesar de todos sus triunfos diplomáticos, el gran canciller de la corona de hierro, porque fáltales á su indisputable habilidad y talento aquel contrapeso que á la par de la riqueza, por ejemplo, han menester el talento y la habilidad para no ser una abominación ó un presente funesto. Bajo ese punto de vista el conde de Cavour estaba muy arriba de Bismarck, como está muy arriba de Mirabeau Emilio Castelar.

Y si eso cabe decir de talentos tan sobresalientes y tan perfectamente equilibrados, ¿qué diremos de aquellos que no son ni lo uno ni lo otro?

La regla que dejamos sentada rige ó se aplica, lo mismo que á los hombres de Estado y á los oradores, á los periodistas, á todos aquellos que escriben para el público, y en general á cuantos aspiran á influir en la opinión y en la marcha de la sociedad.

Así, entre las publicaciones periódicas de Europa, ninguna pudo por mucho tiempo rivalizar en crédito y autoridad moral con el *Times*. Su palabra era por todos, y en todas partes del globo recibida y acatada como el éco fiel de la verdad, y su sinceridad y buena fé habían llegado á ser proverbiales; pero he aquí que crédito y autoridad se le escaparon como quien dice de entre las manos, el día en que sus empresarios ó redactores, tarifando su conciencia ó poniéndola en pública subasta, dieron en defender y patrocinar igualmente las causas más opuestas entre sí, ajustando sus artículos á razon de tanto por línea.

En nuestro Montevideo, *El Comercio del Plata*, de Florencio Varela, fué, sobre todo hasta la muerte de su ilustre fundador, lo que había sido en Inglaterra el *Times* en sus tiempos de vida honesta,—y el más elocuente testimonio que de ello y de la autoridad moral que todos á una le reconocían pueda darse, es el trágico fin que tuvo su inolvidable redactor. Con el mismo talento, pero con ménos autoridad moral, Florencio Varela viviría aun, ó habría muerto en su cama.

De entonces acá, seguramente no ha habido en la prensa del Río de la Plata un hombre que haya tenido sobre la opinión el ascendiente que Juan Cárlos Gomez. Nada exageramos diciendo que sus escritos, más que buscados y leídos, eran devorados en una y otra márgen por cuantos sabían leer, amigos ó enemigos,—y de ese privilegio disfrutó él hasta la víspera de su muerte. Sin embargo, en el Río de la Plata ha habido escritores públicos, superiores acaso á Juan Cárlos Gomez, ya que no por el talento, que era de primer órden, ni por el vigor y profundidad del pensamiento, ni por la especialidad de sus dotes de periodista, por la generalidad de conocimientos y la erudición. ¿A qué, pues, debió él tan envidiable privilegio?—Nada más fácil de explicar. Debióle á la grande, á la inmensa autoridad moral de su palabra; debiólo al alto concepto que en todos logró infundir así de su independencia y energía de carácter y de la sinceridad y firmeza de sus convicciones, como de la incorruptibilidad de su conciencia; cualidades éstas que no habrían podido ser suplidas ni por su brillante y vigorosa inteligencia,

ni por su claridad y precision de lenguaje, ni por la trasparente nitidez de su estilo, ni por aquel don especialísimo de esculpir en la mente de sus lectores sus pensamientos y hasta sus palabras, pero ni aun por su solidez y pureza de doctrina; debiólo en fin á que era de la raza de «esos hombres nacidos, como dice Dupont-White, de pié; » que no saben doblegarse ni á amigos ni á enemigos; » que sobresalen en el arte de decir *no;* que mirarían el » sol mismo cara á cara; que han retenido en fin esta divi» sa de los antiguos tiempos: *etiam si omnes ego non.* » Mónstruos de altivez ú orgullo, si se quiere, pero talla » tambien la más elevada á que pueda alcanzar la hu» manidad.»

Los que hemos conocido el tipo, sabemos que nada hay de más en el cuadro que de él traza Dupont-White.

Sí, un gran carácter, engarzado en un gran talento:—*rara avis* por cierto en estos tiempos anémicos, en que son tan pocos los que tienen carácter y saben decir *no*, y tantos y tan numerosos los que, al contrario, se disputan la prioridad en decir *sí*, tipo, ay!, que se pierde y desaparece en el revuelto mar de la política actual, sabe Dios por cuantas generaciones!

Ahora, lectores, poned al lado de estos Alcestes, á esos Filintos, forrados de Harpagones, siempre dispuestos á saludar por la triple batería, y á sonreir amablemente y á estirar la mano del pordiosero á todo el que sube; gente conciliadora y razonable, que se deja llevar sin la menor resistencia por la corriente, que á todo se amolda y que se aviene á todo, sí, á todo, menos á perder el *pien-*

so,—y decid si pueden ser estos pigmeos los llamados á recoger, en todo ó en parte, la sucesion de aquellos jigantes.

Así, á fuerza de probidad, á fuerza de abnegación, á fuerza de austeridad de carácter y consecuencia de principios, á fuerza, en fin, de perseverar en el bien, cueste lo que cueste, así es como se adquiere una grande autoridad moral; y á ese precio, y no ménos, se compra ó se conquista el derecho de hacerse escuchar, y de hacerse creer, y de hacerse seguir, hasta el Capitolio á veces, á veces hasta el Calvario. *Sequere me!*

Tales hombres saben dar su reposo y sus comodidades y jugar la vida por aquello por que otros, como Larra dijo en su artículo necrológico sobre el conde de Campo Alange, se contentan con dar voces y escándalos, y cuando les llega su hora, mueren como nacieron, siempre de pié, mirando todavía al sol cara á cara, vencidos por la naturaleza, vencedores de las tentaciones de la miseria. Qué mucho, pues, que, vivos ó muertos, exciten la admiración y el respeto de todas las almas nobles, y que mucho que «la más bella nota de los líricos sea el apotéosis de los *obstinados*»!

Pero aquellos que navegan por opuesto rumbo; aquellos á quienes llena de pavor la sola perspectiva no ya del sufrimiento y la pobreza, sino de la privación de sus goces sibaríticos; aquellos, decimos, aunque no arrojen al agua, como lastre inútil y embarazoso, todo escrúpulo; aunque allá en lo más recóndito de su alma fueran capaces de tributar un homenaje cualquiera á los principios,

á la justicia y al derecho (que en público suelen hacer alarde de despreciar, á fuer de despreocupados y prácticos); aunque creyesen en una ley moral (que niegan intrépidamente); aunque se inclinasen más ó menos ante la honradez y la virtud (que escarnecen y llaman *zoncera*); aunque honrasen en otros la firmeza de convicciones (á que dan el nombre de *obstinación ó terquedad*); aunque tuvieran una dosis cualquiera de repulsión para las capitulaciones vergonzosas y los acomodamientos inmorales (repulsión que califican de *intransigencia* ó *exclusivismo*); aquellos no, aquellos jamás tendrán autoridad moral, y ya alcen la voz para aplaudir, ya para vituperar, sus palabras serán siempre acogidas con frialdad é indiferencia, ó irán á perderse en la infinidad del espacio. En vano quemen hoy lo que adoraron ayer, y adoren lo que ayer quemaron, en vano forcejean una y cien veces, como Sísifo, por llevar la piedra á la cresta de la montaña, ciento y una vez la piedra y ellos rodarán hasta el fondo del abismo. Si, también la opinión tiene medios de corrección y de castigo para aquellos hechos ó acciones que no caen bajo el imperio de la ley penal, y es uno de ellos retirar su confianza al que la traiciona ó negarla al que nada absolutamente ha hecho para merecerla.

La única montaña á que en tiempos calamitosos les sea dado trepar, es la del favor oficial, que proporciona entonces honores aparentes y beneficios reales y positivos, que no da honra, pero que da lo que para algunos vale mucho más, provecho, y el solo recurso que les quede cuando de ellas sean despeñados, es ver de hacerse olvi-

dar, en vez de exhibirse á todo momento, como algunos de ellos lo hacen,—que en ciertos casos hacerse olvidar no es ya pequeño triunfo.

Mucho es, sin duda, lo que pueden los despotismos corrompidos para rebajar la razón de un pueblo, extraviar su criterio político, y quebrar, uno tras otro todos los resortes de su vida moral; pero no se equivoquen los que con eso cuenten para mistificar á los incautos, para inducirlos á hacer suya una causa que en manera alguna lo es y á identificar los intereses de alguno ó de algunos con los intereses de todos. Aun en los tiempos de mayor oprobio, aun en el seno de las sociedades más descreídas y las más indulgentes para con ciertas debilidades y flaquezas, el instinto del bien jamás llega á extinguirse por completo. Por el contrario, él se mantiene oculto, como el fuego bajo la ceniza, y en tanto exista, ni pueblos ni partidos aceptarán por sus guias naturales ó por representantes de sus principios, tendencias y aspiraciones, á aquellos que en nada creen sino en los intereses; y la autoridad moral pertenecerá siempre, de derecho y de hecho, á los hombres que atesoren en sí mismo mayor suma de talento, mayor suma de discreción y de experiencia política, mayor suma de consecuencia de ideas y de principios, mayor suma de dignidad cívica y de decoro personal, de abnegación y de patriotismo, mayor suma, en fin de cualidades de inteligencia, de carácter y de corazón.—El que aspire pues, á tenerla, á influir en los destinos de su país ó en la suerte de su partido, que empiece por hacer su exámen de conciencia, y antes de lanzarse á la ca-

rrera ó de desafiar al mónstruo, que se tome una y diez veces el pulso.

Sin eso, por más que haga, por más que intente parodiar á la pitonisa antigua, y se excite á sí mismo, y suba al trípode y suelte la voz á los cuatro vientos, nadie habrá que lo siga, nadie que tome á lo sério ni sus oráculos, ni sus exhortaciones, ni sus amenazas, nadie, en fin, que ponga fé en sus palabras.

PEDRO BUSTAMANTE.

LA MADRE DE FAMILIA

La madre es el primer médico y el primer maestro del niño. No solo nutre su parte física con la savia que brota del seno materno: nutre también su espíritu con sus ideas, le trasmite sus sentimientos, lo forma, casi puede decirse á su imágen. Con los procederes de todos los días y de todos los momentos auxilia ó contraría el desarrollo de la naturaleza, física, intelectual y moral del niño.

Si el maestro, para desempeñar con conciencia su misión, necesita estudios y conocimientos especiales, cuanto más no debe necesitarlos ese maestro de todos los instantes, la madre, que enseña á hablar, y á sentir y á querer al niño? Cualquiera que sea la edad que el niño tenga cuando vá á la escuela, aunque esta sea la de párvulos, el niño ya no es una naturaleza virgen: la vida del hogar, la enseñanza de la madre ha impreso una dirección dada á las facultades embrionarias de la criatura, y más tarde, el maestro encuentra en la madre el auxiliar más poderoso, si ésta sabe educar á su hijo, y el más te-

mible obstáculo, si por su ignorancia es incapaz de comprender las exigencias de una buena educación.

Por otra parte, no se comprenden desde el primer momento todos los males que pueden resultar de la ignorancia, cuando se trata de quien, por ley natural, vela por la existencia y modela el desarrollo del niño?

No dudamos del cariño maternal: para hacerlo tendríamos que desconocer las leyes fundamentales de la naturaleza humana, y que cerrar en nuestro corazón la fuente de nuestras más gratas, más puras y más inefables alegrías. Pero el cariño destruye acaso la ignorancia?

Basta ser madre para conocer la naturaleza del niño, y los mejores medios de favorecer su desarrollo? La intuición materna puede adivinar lo que la ciencia ha tardado siglos enteros en profundizar? La razon y la experiencia de todos los días demuestran que semejante suposición está completamente desprovista de fundamento.

Quién no conoce madres que adoran á sus hijos y que los educan mal? Quién no conoce madres que adoran á sus hijos y que contrarían por ignorancia su desarrollo? Quién no conoce criaturas débiles, entecadas, enfermizas, en su parte física, y atontadas, opificadas, en su parte intelectual, y pervertidas, desnaturalizadas, en su parte moral, que han sido conducidas á ese estado por un cariño tan profundo como extraviado en la ignorancia?

Al hacer estas observaciones tocamos una llaga viva, y herimos bien á nuestro pesar, sentimientos respetables y desgraciadamente harto susceptibles. Seguros esta-

mos de que habrá más de una madre que al leer el párrafo anterior habrá dicho en su interior de la manera más enérgica: «No es cierto».

¿Qué madre tiene la culpa de que su hijo sea débil y enfermizo? Cuál es capaz de atontarlo? y ¡oh aberración del escritor! ¿cuál pervierte la conciencia de su hijo?

Es sabido que las criaturas, como las plantas, necesitan aire puro y sol bastante para crecer y desarrollarse robustos; y, sin embargo, cuantas madres, no por exceso de cariño, sinó por ignorancia de las leyes naturales, y por tener cuidados que dán resultados contrarios, condenan á sus hijos á vivir respirando el aire mal sano de habitaciones cerradas, sin dejar que los hiera y los vivifique el rayo del sol, y que hinche y espanda sus pulmones el aire fresco y puro de los campos! Así, cuantas criaturas crecen como las plantas de invernáculo, pálidas, débiles, contrariadas! Entre los hijos del pueblo, á este respecto, la necesidad hace oficio de saber: los niños crecen más fuertes porque las madres no pueden tener con ellos esos cuidados excesivos que se encuentran á menudo en las clases pudientes. Y en esto hacemos solo las observaciones generales. Qué sería si descendiésemos á los detalles? A esas infelices criaturas, que se crían entre franelas, que se resfrían si el aire de la tarde les dá en el rostro, y que se enferman si por acaso llegan á tocar el suelo con el pié desnudo, ó llega un rayo de sol á tocarles en la frente descubierta? Cuántas reformas no introduciría en la crianza de los niños el que se diese á la mujer conocimientos, siquiera elementales, de la higiene

de los niños, y de lo que se ha llamado medicina doméstica!

Con respecto á la parte intelectual, ¿quién no conoce criaturas que lloran á cada paso, que son voluntariosas, cuyo espíritu se atonta llamando *gracia* á todo cuanto dicen y hacen, y aplaudiendo, y festejando, y repitiendo hasta las más insípidas necedades? En esta materia, mas acaso que en ninguna otra, se vé fácilmente la paja en el ojo ageno, y no la viga en el propio.

Por eso nosotros preguntamos, ¿quién no ha visto en hijos agenos el defecto que acabamos de señalar?—Y quién no comprende que solo el estravío de la ignorancia puede inducir á los padres á causar á sus hijos tan grave mal?

Es género que abunda las criaturas mal criadas, y entre éstas y las atontadas, no hay más que una pequeña diferencia, en muchos casos imperceptible. Es tanto más imperdonable ese error en los padres, cuanto que, si nada hay menos atrayente, menos simpático que un niño mal criado, nada hay que despierte más interés, que guste más, que sea más lindo, como generalmente se dice, que un niño bien criado,—que una criatura que se conserva en su puesto, y que embellece todo cuanto la rodea, con el encanto, con la poesía, con el perfume que se escapa por decirlo así, de la naturaleza humana en sus radiantes y primitivos albores, cuando no ha sido contrahecha por los errores de la ignorancia y de la preocupación.

Y la misma ceguedad que lleva á muchos padres á

atontar la inteligencia de sus hijos, los lleva también á pervertir en ellos el sentido moral, sin conciencia de lo que hacen.—Todos los días vemos niños en quienes, desde temprano, se fomenta el torpe sentimiento de la venganza, aún cuando esta se haga con formas que no parecen producir ese resultado.—Si un niño se cae, si pega contra una silla, y llora, para hacer que calle y satisfacerlo, se le pega de golpes á la silla: es una broma, es cierto, pero es una broma que despierta desde temprano en el corazón del niño el sentimiento mezquino de la venganza, y que lo acostumbra á creer que hay en el sufrimiento ageno un consuelo para las desgracias propias. Cuantos padres también no acostumbran á sus hijos á tener que darles algo, siempre que quieren obtener de ellos que hagan una cosa cualquiera. Así, la conciencia de lo justo, de lo que es bueno, de lo que debe hacerse porque es bien hecho, se ahoga al nacer en el espíritu del niño, y desde los primeros pasos se le hace egoista, pequeño en sus móviles, interesado, con ese interés raquítico que nos induce á buscar en todas las acciones un resultado positivo inmediato que satisfaga nuestras aspiraciones ménos elevadas.—Y cuantos padres hay que nunca encuentran una falta en sus hijos, con respecto á otro niños, que les dan siempre la razón, aun cuando se trate del caso, harto general en los niños mimados, de que el hijo se haya apropiado de un juguete de otro niño y se niegue á devolverlo á su legítimo dueño. ¿No se pervierte así la conciencia de los niños?

Pero, cualquiera que sea el alcance y la importancia

que se atribuya á estos errores cometidos en la crianza y educación de los niños, nadie desconocerá que habría gran conveniencia en hacerlos desaparecer por completo, dando á la mujer la educación especial que necesita para el bien desempeño de sus deberes como madre de familia. Y es eso tanto más necesario, cuanto que salvo rarísimas excepciones, todas las mujeres, aún las que no son madres, desempeñan á menudo funciones maternas, interviniendo directamente en la crianza y la educación de los niños.

El carácter de la mujer, el cariño de las madres, las afinidades misteriosas que hay entre ésta y el hijo, hacen que sea la madre la que mejor puede cuidar y guíar al niño, cuando se encuentra en los primitivos albores de la vida: pero, aquellas disposiciones especiales de la mujer serán desarrolladas, robustecidas y perfeccionadas por una educación apropiada y de dos mujeres que tengan el mismo amor á sus hijos y los cuiden con el mismo solícito afán, será mejor madre la que sepa mejor como atender á las necesidades del niño, como auxiliar su desarrollo, como preservar su salud y como enriquecer su embrionaria inteligencia.

JOSÉ PEDRO VARELA.

EL RANCHO

Á la márgen de un arroyo encantador, á cuatro pasos de su orilla y á la sombra de un grupo de sauces elevados y coposos, una simple estaca en un ámbito de seis varas en cuadro, sosteniendo un techo de paja con paredes formadas de junco ó de ramas; tal es el rancho del isleño. Es su obra de pocos días, que dura muchos años. Su mueblaje se compone de un cañizo para dormir, y otro más alto para despensa; una mesa de seibo; algunos bancos y platos de la misma madera; asador, olla y *paba* ó caldera de hierro, un *mate* y un saco de camuatí para la sal. He aquí un edificio que con su menaje todo no vale tanto como uno solo de los muebles que el lujo ha hecho necesarios al habitante de las ciudades. Y esa pobre choza con su rústico ajuar comprende cuanto el hombre puede necesitar para su seguridad y reposo, su comodidad y placer... pero que no se aloje en ella el que haya llegado á enervarse al extremo de ser más delicado que el picaflor que la prefiere para suspender bajo su alero la cuna de sus hijuelos.

¡Cuán poco necesita el hombre para vivir satisfecho y tranquilo, cuando las necesidades facticias y las vanidades del mundo no le han hecho esclavo de mil gustos nocivos é innecesarios, de mil ridiculeces, y de un sin número de costosas bagatelas!

¿Qué artesonado puede igualarse á la pompa y hermosura de un grupo de sauces de Babilonia que abraza en su extensa bóveda la cabaña con su patio y el puerto y la *chalana* y el baño, defendidos del sol por sus ramas colgantes frondosísimas (*) ?

Aun consultando la variedad y delicadeza de los gustos (si se ha de combinar su satisfación con la salud) nada de las mesas opíparas se puede echar menos al probar las sencillas preparaciones del fogón de las islas.

Yo hasta ahora no he gustado un plato que supere al odorífero y jugoso asado, que solo nuestros campesinos saben preparar. Dificilmente la cocina del rico aderezará un manjar tan sabroso como sano y suculento. Para el sobrio habitante de las islas, el simple *te del Paraguay* ó *mate*, suple con ventaja para su paladar y su salud, por todos los licores y pociones conocidas. El agua exquisita que corre al pié del rancho del carapachayo bastaría para hacerlo preferible á las habitaciones ciudadanas con

(*) Chalana: pequeña embarcación plana, sin quilla y generalmente sin cubierta. Tiene timón y vela (á diferencia de la canoa que no los tiene), y cuando le falta el viento, anda al impulso de un botador. Si es muy chica se maneja como la canoa con una espadilla ó pala que sirve á la vez de remo y de gobernalle.

todas sus bebidas peregrinas. El agua del Paraná, tan digna de su fama por su excelencia, quizá sea más eficaz que todas las panaceas y elixires inventados, para recobrar la salud y conservarla.

¡Oh, qué hechicera y agradable es la morada del isleño á la margen del arroyo, al abrigo de los copudos sauces, con su baño delicioso y su chalana! ¡Qué deleitable contemplar las bellezas de la primavera desde su rústico y pintoresco albergue! ¡Qué grato es aspirar el aire vivificante de la mañana, que penetra en el rancho libremente, incitándonos á gozar el bello espetáculo de la salida del sol!

¡Qué encanto escuchar á la alborada el cuchicheo de los nidos y los alegres preludios de los himnos á la aurora que asoma por el oriente! Todavía no se muestran para el hombre señales del alba, cuando bajo su mismo techo se la anuncia la charla bulliciosa de las golondrinas, seguida muy pronto por las tiernas canciones de la tacuarita, y los gritos del bienteveo repitiendo su nombre Todas las aves abandonan la espesura que les sirvió de refugio contra los temores de la noche; dejan sin cuidado sus polluelos, y cada una á su modo celebra la vuelta de la luz que les trae la alegría y los placeres! La calandria se remonta por los aires entonando sus inimitables cantos, para anunciar desde el cielo á los dormidos el nacimiento del sol. El hornero, modelo de industria y parsimonia, nos avisa con su ruidoso claqueo, que ha llegado la hora del trabajo. El boyero (pájaro tejedor) parece despertar á los ganados con sus silbidos sonoros que imi-

tan la voz humana. El carpintero, sin pérdida de tiempo, continúa á golpe de pico en un duro tronco la obra laboriosa de su nido; y millares de jilgueros, cantando todos á la vez, aumentan el regocijo de la madrugada con el gracioso desconcierto de sus trinos.

Toda la naturaleza se despierta á gozar el placer de la existencia desde los primeros albores del nuevo día. El verdor del follaje, la frescura de la brisa, la fragancia y belleza de las flores, el susurrro de los árboles, la trisca de las aves y los peces, el brillo de la luz sobre las hojas barnizadas por el rocío, y las aguas que centellean con sus reflejos... todo infunde el puro alborozo, todo embarga los sentidos, y los llena de una deleitación sosegada y pura, todo nos inspira vehementes deseos de fijar nuestro domicilio en la cabaña situada á la márgen del arroyo, á la sombra de los elevados y coposos sauces, con su chalana y su baño entre las ramas colgantes y las flores y los pájaros canoros.

MARCOS SASTRE.

LA CALANDRIA

Ó EL RUISEÑOR DE AMÉRICA

No poca confusión ha causado en la Historia natural de América el abuso que hicieron de la nomenclatura los primeros pobladores y viajeros, aplicando á las producciones de este continente, ya nombres caprichosos, ya las mismas denominaciones de las del antiguo, al más ligero rasgo de semejanza que advirtiesen entre unas y otras. De esto se ha derivado el erróneo concepto formado, aún por los doctos, de la degradación ó inferioridad de las especies americanas. De ahí el juzgar al *llama* como un camello degenerado, y tener como un animal contrahecho al *perico ligero*, por haberlo observado fuera de su elemento, que es la dilatada copa de nuestros bosques, y por el *ay ay* de su voz, suponiendo que esta interjección de dolor en el lenguaje humano, manifestase igualmente en una bestia la triste condición de ser condenado por la

naturaleza á la desdicha. De ahí también llamar nutria al *quiyá*, cerdo al *carpincho*, oso al *tamanduá* ú *hormiguero*, y dar todavía nombres no menos impropios á gran número de animales y plantas de estas regiones.

Uno de los pájaros americanos que por la hermosura de su canto, han arrebatado la admiración del mundo antiguo, denominado por los naturalistas *mimus* ó *burlón* y *polígloto* (que habla muchas lenguas), ha recibido entre nosotros el nombre inadecuado de *calandria*, siendo así que ni aún pertenece al género de esta alondra, sino al de los mirlos. Es el mismo *burlón* de la Luisiana, la *tenca* de Chile, y el *cenzontlatole* de Méjico; nombres todos alusivos á la facultad que posee este pájaro de imitar el canto de las demás aves, y aún el grito de algunos cuadrúpedos.

También lo han llamado *Orfeo* por su habilidad musical, y Buffón lo llama *ruiseñor de América*, reconociendo la supremacia de nuestro cantor sobre la *filomena* del viejo mundo. Él es también el único en el globo que tiene el arte singular de acompañar su voz con movimientos de gracia y de expresión. Los *burlones* ó llámeseles *calandrias*, son aves exclusivamente americanas como los *picaflores;* unos y otros sin rival en toda la creación, en belleza y variedad éstos, y aquéllos en gracia y canto. Las dos especies recorren todo este vasto continente, hermoseando la una con su lindeza y su gracejo, y la otra con su música y su mímica, los sitios privilegiados con un suelo feraz y un cielo ardiente y templado.

Nuestra *calandria* tiene un ropaje pardo y sin brillo

M. Lesson, examinando una, muerta en los alrededores de Montevideo, la encontró de una extraordinaria semejanza con la especie de Cuba y de los Estados-Unidos. La parte superior de su cuerpo es de un color ceniciento oscuro, con listas blancas en las alas; tiene unas manchas blancas sobre los ojos, figurando grandes cejas; su pecho es cenizoso, y su vientre blanquecino. Lejos de hacer daño en los sembrados y jardines, persigue las orugas, y en el invierno destruye las crisálidas que las harían pulular despues de su transformación. Es difícil tenerla enjaulada si no se ha criado en casa, á causa quizá de ser de un natural tan vivo, que no se pára jamás, pues hasta para cantar va saltando ó revolando. Á poco tiempo de hallarse sin libertad muere consumida de tristeza. Sin embargo, es un ave bastante familiar y con cierta inclinación al hombre, pues se la ve acercarse con frecuencia á su morada, complaciéndose en cantar á su presencia. No debemos nosotros manifestar menos humanidad y gratitud que los Americanos del Norte para con esta avecita inocente y preciosa. «Los niños (dice Audubon) en general, no tocan estas aves, que son protegidas por los labradores; y esta benevolencia para con ellas llega á tal punto en la Luisiana, que no es permitido matarlas en ningún tiempo.»

Es imposible leer las brillantes páginas que aquel elocuente ornitólogo consagra al *burlón*, sin admirar y cobrar el más tierno afecto al objeto de su entusiasmo. «No son (dice hablando de su canto), no son las dulces consonancias de la flauta ó del oboe las que escucho, sino

las notas más armoniosas de la misma naturaleza; la suavidad de los tonos, la variedad y gradación de las modulaciones, la extensión de la escala, la brillantez de la ejecución, todo aquí es sin rival. ¡Ah! sin duda, en el mundo entero no existe ave alguna dotada de todas las calidades musicales del rey del canto, de aquel que ha aprendido todo de la naturaleza, sí todo!» «No solo canta bien y con gusto (añadiremos con Buffón), sino también con acción y alma; ó por mejor decir, su canto no es otra cosa que la expresión de sus afecciones internas; se entusiasma con su propia voz, la acompaña con movimientos cadenciosos, siempre adaptados á la inagotable variedad de sus frases, ya naturales, ya adquiridas.»

Tiempo hacía que yo me ocupaba en el cultivo de una de las bellísimas islas del Delta. Una hermosa mañana de otoño salí de mi choza al amanecer á dar un paseo por mi posesión. Caminaba lentamente; ya atravesando plantíos de jóvenes frutales que me presentaban sus primicias, hermoseadas con el lustro del relente; ya siguiendo las sendas umbrosas del monte, donde las aves que acababan de despertar, saltaban de rama en rama, haciendo caer sobre mí una lluvia de rocío; ya abriéndome paso por la espesura y vagando sin sendero.

¡Qué enajenantes descubrimientos! ¡Arroyuelos serpeando por entre espadañas coronadas de sus blancos penachos y de pintados pájaros, durazneros abrumados con su fruto en racimos rubios y carminados, hermosos panales colmados de miel!... ¡Oh, qué dicha el descubrirlos por primera vez! ¡Qué gusto andar por sendas desconocidas

trazadas por la apacible capibara; contemplar aquellas vertientes de agua cristalina, á cual mas sinuosa y bella, encontrarse sorprendido bajo una rústica glorieta que siglos haría esperaba la primera visita del hombre; y allí sobre su alfombra de musgo, intacta aún, tenderse á reposar y á enagenarse con el recuerdo de las emociones de aquel día!

Á cada paso se ofrece un objeto nuevo, una planta, un insecto en que se descubren nuevas maravillas que tienen el espíritu en incesante fruición. La naturaleza, infinita en su variedad y portentosa en sus obras, ofrece al observador una fuente inagotable de goces intelectuales, que jamás terminan en la fatiga ó el hastío de los placeres de los sentidos. Absorto en estas reflexiones, no había notado que ya un sol radiante había disipado las sombras del crepúsculo y los vapores del río. Me hallaba á la entrada de un dilatado bosque de seibos imponentes por su grandeza, bellos por sus flores y los festones de lianas que ondeaban de copa en copa, amenizados por los juegos de la luz del sol que penetraba en lampos temblorosos por entre el agitado ramaje. El árbol que me daba sombra estaba más expléndidamente decorado que los otros; entre mi árbol y el bosque se extendía un pequeño campo, y en medio de él descollaba un mirto florido. Mil susurros agradables se sucedían á mi alrededor, y un ambiente fresco y oloroso, no sé por qué, al respirarlo me llenaba de contento y embargaba mi espíritu en una vaga y dulce contemplación.

Repentinamente despierta mi atención una música

deliciosa, que parecía resonar en todos los ámbitos del bosque. Cuanto acento encantador puede salir de la garganta de las aves; cuantas seducciones hay en los instrumentos músicos más bien tocados y en la voz humana más dulce, más melodiosa y más querida, parecían haberse reunido en los acentos que escuchaba. La luz y el perfume y las bellezas que me habían enajenado, se habían confundido con la célica armonía para no formar sino un solo concierto. Mis ojos buscan anhelosos la Sílfide, la Ondina ó la Sirena que producen el encanto, cuando una faja vaporosa, compuesta de innumerables alas, elevándose en espiral sobre el mirto solitario, me presenta en su cima á la *calandria* ejecutora de aquel portento de melodías.

Á los hechizos de la música uníase la gracia incomparable de los movimientos del ave. Salían de su garganta gorjeos vivos y sonoros, y al mismo tiempo remontaba con raudo vuelo describiendo círculos, y descendía con iguales giros, para volver á subir, sin cesar en sus hermosos concentos. Ciérnese en el aire, cual colibrí ante las flores, acompañando una suavísima cadencia con la vibración imperceptible de sus alas, como si esprimiese allí toda la intensidad de su ternura. Acelera nuevamente su revuelo circular y exhala suspiros melodiosos que no pueden menos que corresponder á la voluptuosidad de sus recuerdos, degradándose al paso que asciende el cantor en rápido remolino, hasta apagarse en un silencio en que mi alma se deleitaba como si resonaran aún en mi interior los ecos de la divina armonía. Posada la calan-

dría sobre la copa del mirto, nuevos acentos estrepitosos y brillantes llenan los espacios del bosque, sucediéndose con la volubilidad de los arpegios y los trinos, y el ave los acompaña con revuelos igualmente vivos y tumultuosos, que son acaso la expresión de los transportes de su júbilo celebrando sus dichas y sus triunfos.

MARCOS SASTRE.

EL CAMUATÍ

La geometria les ha dado su regla y su compás
Quintiliano.
Detrás de las cortinas está el sublime artista.
Bonnet.

Camuatí es palabra del guaraní que significa: *avispas reunidas amigablemente.* Solo un idioma tan hermoso y expresivo, tan sencillo y filosófico como el guaraní, pudiera comprender tantas ideas en tan breves y suaves sonidos, y encerrar en el nombre de una cosa sus más notables atributos.

Esta avispa es mucho más pequeña que la abeja doméstica, pues solo tiene seis líneas de largo, y un poco más de una de grueso. Su cabeza es abultada, su color negro, con una pinta amarilla, cuadrada, en la espalda, entre el nacimiento de sus alas color café. El abdómen, que es igual á su cuerpo, se une á éste por una cintura filiforme. Su figura es más esbelta y graciosa que la de la abeja, y no tiene el vello que tanto afea el cuerpo de

ésta. Tal es el insecto que vive como la abeja en sociedades numerosas, bajo de ciertas leyes; que provee á su subsistencia y la de su familia por medio del trabajo; que construye sus ciudades pendientes de un árbol, muradas y techadas; compuestas de grandes caseríos, con sus calles y sus plazas.

Si al más sabio geómetra ó ingenioso arquitecto se le propusiese el problema de formar el mayor número posible de viviendas, en el menor espacio, con la mayor solidez y el menor gasto de materiales y trabajo, consultando también la mayor comodidad y seguridad de sus moradores, y bajo un plan que pueda continuarse indefinidamente según el incremento de la población; tal vez alcanzaría su ciencia á resolverlo satisfactoriamente, y si lo consiguiese, no podría ser otra la solución, que el *camuatí*.

Sería necesario ocupar un gran volúmen para exponer todo el arte, toda la habilidad, toda la sabiduría con que está trabajada esta obra maravillosa; arte, habilidad y sabiduría, que, sin duda, no están en el insecto que la ejecuta. Me limitaré á hacer una breve descripción que, aunque defectuosa, tendrá siquiera el mérito de la relación del primer viajero que visita un país desconocido.

El camuatí en su exterior es semejante á la colmena de los antiguos y á la que, después de mil ensayos, ha adoptado y descripto Lombard modernamente; de lo que resulta, que el ingenio del hombre no ha podido encontrar para morada de la abeja, una forma más adaptable

que la que ofrece el camuatí. Es un cono truncado, con su cúspide hemisférica; se asemeja á una campana colgada, pero la base es inclinada y convexa.

El tamaño del edificio, varía según el período de su construcción: los hay hasta de tres piés de altura y dos de diámetro. También varían mucho las relaciones geométricas entre su elevación y la amplitud de la base, según lo más ó menos numeroso de los enjambres; pero en todos los camuatíes es casi igual el diámetro del techo ó bóveda, que es de diez á doce pulgadas. Cerca de la base, en la parte más elevada del declive de ésta, tiene una abertura de dos á tres pulgadas, resguardada por un techo saliente abovedado; éste es el átrio ó portal del edificio. Todo el exterior del camuatí está erizado de gruesas y cortas púas romas que defienden las paredes contra el choque de las ramas de los árboles y el rozamiento producido por la contínua oscilación de aquel palacio colgado.

Antes de pasar al interior del camuatí, haré conocer el material de que es formado. Reune éste tantas y tan buenas condiciones que, después de bien examinado, no puede la imaginación concebir una cosa más adecuada para su destino. Ya se ha dicho que ese material es una pasta como papel, hecha de la albura ó primera madera que se halla bajo la corteza de los árboles; y es precisamente la misma de que era fabricado en la China el primer papel que se conoció en Europa no hace muchos siglos. ¡Invención admirable, que tanta parte ha tenido en los progresos de la civilización y de las ciencias!

¡Ojalá los hombres la hubieran podido aprender de la avispa algunos miles de años antes!

No podían las avispas haber elegido una sustancia más abundante en toda estación, ni más fácil de transportarse por su levedad. La cera, además de ser pesada y fusible, necesita pasar por una elaboración de veinticuatro horas en el segundo estómago de la abeja para ser secretada; más el camuatí prepara al aire libre su pasta papirácea en pocos instantes.

Para construir su colmena colgada en una rama, como le era utilísimo para mayor seguridad de sus riquezas y otras muchas conveniencias, necesitaba emplear un material que reuniese las calidades de fuerte y liviano; y estas propiedades reune en alto grado la pasta del camuatí. Y es por su naturaleza susceptible de muchas modificaciones: para el forro de la fábrica las obreras la hacen compacta y tenáz; para la cuna de los hijos, muelle y flexible; es impenetrable á las lluvias; es mal conductor del calórico para que se conserve la buena temperatura interior impidiendo el efecto, tanto del frío como del calor exterior; y finalmente es inodora é insípida, para que no incomode á los habitantes ni altere el sabor y aroma de la miel.

La misma contextura fieltrosa de esta admirable preparación, tiene una relación muy inmediata con la conservación del edificio, del tesoro que encierra y de la salud de las avispas. Al través de aquellas porosas paredes se escapan los vapores y emanaciones perniciosas que en las colmenas ocasionan el enmohecimien-

to de los panales, las enfermedades y mortandad de las abejas.

Empiezan las avispas su edificio abrazando con la pasta papirácea cuatro ó seis pulgadas de una rama delgada, de las más horizontales, y desde allí extienden la cúspide de la campana que ha de servir de techo. En el interior ó cielo de esta bóveda hacen el primer panal en forma de una taza pegada por su borde al techo, con las celdillas por la parte inferior, de modo que todas quedan boca abajo. Á media pulgada de distancia hacia abajo de este primer panal, construyen el segundo, de igual forma, pero algo mayor.

Continúan en este mismo órden, agregando panal bajo panal, en capas paralelas cada vez más grandes, extendiendo y ensanchando al mismo tiempo la pared exterior, á la cual van adheridos en disposición casi horizontal. Según se vá agrandando el camuatí, ván tomando los panales una dirección más oblícua, que vá siempre en aumento. Estos panales pueden considerarse como los diferentes pisos del edificio. Á cada panal le dejan una abertura arrimada á la pared, y todas estas puertas se comunican en línea recta, de abajo arriba, formando una galería que es el pasadizo ó la calle principal interior, desde la puerta exterior ó el portal, con su correspondiente sobrado que lo defiende de las lluvias.

Cada año hacen un portal nuevo y cierran el del año precedente. Contando estos portales tapiados, se puede saber el número de años que han trabajado las avispas. He visto hasta ocho portales en un camuatí.

Los panales tienen alvéolos solamente por la parte inferior; la superficie superior queda escueta como un patio cubierto que tiene por techo el caserío del panal de arriba, y sirve de techo al panal de abajo. La curvatura é inclinación de los panales les da más fuerza para sostener el peso de la miel y de la cría; y la posición vertical é inversa de los alvéolos es muy conveniente para la limpieza y conservación de la miel sin cristalizarse.

El dejar sin celdillas la superficie superior de los panales, debe ser también con el objeto de tener por donde transitar sin interrumpir á los trabajadores, ni andar sobre la miel y los hijos; comodidad que no ofrecen los panales de la colmena.

Los camuatíes dan á sus celdillas la misma forma exágona de las de la abeja; cada celdilla tiene seis lados ó paredes correspondiendo cada pared á cada una de las seis celdillas circundantes; pero el fondo de las del camuatí no es anguloso como el de las de la colmena, sino redondeado para mayor comodidad de la tierna prole.

La arquitectura apiaria, que ha sido y es el asombro de los geómetras y arquitectos, es más artificiosa y admirable en la colmena que en el camuatí, en cuanto á la disposición de la base de los alvéolos, porque la abeja, haciendo dobles sus panales (es decir, de dos capas ó camadas), de modo que los alvéolos se tocan por sus fondos, ha adoptado una traza admirable para ganar espacio y economizar materiales.

La avispa del camuatí, como que dispone de materiales abundantísimos, ha consultado más su comodidad que

la economía, construyendo sus panales sencillos (esto es, de una sola camada de alvéolos), y por consiguiente no necesita dar á los fondos la forma angular, y ha preferido hacerlos cóncavo-convexos, configuración indudablemente más á propósito para la cuna de las larvas.

Los alvéolos ó celdillas del camuatí todos son sensiblemente iguales, sin que se note uno solo que pueda decirse destinado para alojamiento de una reina, ó de un zángano, como sucede en la colmena, donde se encuentran algunas celdillas de doble tamaño para las larvas de las presuntas reinas.

El forro ó pared exterior del camuatí es grueso y compacto como un cartón fuerte, con mayor espesor y solidez en su techumbre. Para hacer la habitación más abrigada, con ahorro de tiempo y materiales, las avispas han aplicado hábilmente aquella propiedad del aire de ser mal conductor del calórico. Para ello han establecido contra el techo, por la parte de adentro, un sistema de cavidades, formado con hojuelas dispuestas en forma de escamas, y cubiertas con cielo raso, de modo que entre éste y el techo queda interpuesta una capa de aire. Por este medio se preserva completamente el edificio del ardor del sol en el estío y del efecto de los hielos del invierno.

Luego que las avispas han dado principio á las paredes de los primeros alvéolos, deponen un huevecito en el fondo de cada celdilla empezada, del cual sale un gusanito ó larva, sin más miembro que su cabeza apenas perceptible. Mientras las obreras adelantan los alvéolos, otras avispas se ocupan en alimentar á su informe prole. Á los

veinte días de este afán, cuando las larvas están crecidas del tamaño de las avispas, cierran éstas las puertas de sus celdillas con una cubierta abovedada. Entonces la larva se forja un capullo de una película sutil, y permanece inmóvil y sin alimento en aquel secreto encierro. Allí se efectúa de un modo misterioso su transformación en avispa, pasando primero por el estado de crisálida en que se perciben ya algunos lineamientos de su futura conformación.

Esta metamórfosis, incomprensible á la razón humana, se opera en seis días en la crisálida del camuatí, al paso que hay otros insectos que permanecen meses, y aún años enteros en aquella completa inmovilidad é inedia. Llegado el momento de su libertad, rompe la joven avispa la puerta de su prisión, sepulcro ó cuna, y sale á gozar de una nueva vida, dotada ya de la misma habilidad é industria de sus progenitores.

Las generaciones se suceden con mucha rapidez; se aumenta prodigiosamente la población; trabajan todos con actividad; ensanchan á gran prisa su ciudad; y cuando se aproxima el invierno, se apresuran á llenar sus almacenes de provisiones para la rígida estación. Éstas consisten en la miel, producto de una breve elaboración del néctar de las flores en un órgano especial del insecto.

La miel del camuatí me parece superior á la de la abeja, é indudablemente la podemos obtener más pura, porque no teniendo olor ni sabor alguno los vasos que la contienen, no la pueden privar de su perfume ni comunicar ninguna cualidad extraña, como sucede á la miel de las abejas, á causa de la cera de que son formados los panales.

¡No sé que especie de sensación tan agradable se experimenta, al tener uno en la palma de sus manos uno de aquellos hermosos panales esféricos del camuatí, rebosando de nitidísima, cristalina miel! Sea que nos lisonjee la idea de que todo aquel dulce peso que gravita en nuestras manos es puramente de la miel, pues el vaso que la contiene es tan tenue, tan leve, tan aéreo; sea que encante nuestros ojos la vista de aquella superficie, en que con perfecta simetría se diseñan los alvéolos como el engaste de una joya de diamantes; ó sea la satisfacción de admirar tan de cerca una obra tan maravillosa, y ser dueños de tan espléndido regalo de la naturaleza; ó sea, en fin, que aquel contorno esférico, la más hermosa de las formas, despierta en nuestro pecho voluptuosas simpatías: lo cierto es, que es sumamente delicioso, contemplar uno en la palma de sus manos el primoroso panal del camuatí rebosando de esquisita miel hiblea. Todo en él nos convida á llegarlo á nuestros labios, á aspirar su aroma, á gustar y paladear aquella líquida ambrosía que se nos ofrece en forma sólida, como un refinamiento del placer, para disfrutarla con más comodidad y deleite.

¡Bendita sea la Divina Providencia! Ella ha mandado al mundo esta muchedumbre innumerable de pequeños obreros para que se empleen en la recolección de una abundante y preciosa mies, que sin esto sería perdida para el hombre!

MARCOS SASTRE.

EL EXODO DEL PUEBLO ORIENTAL

1811

Después de ratificarse el tratado de pacificación, el ejército, que permanecía aún en San José, se dirigió hácia la costa del Arroyo Grande, en donde se detuvo algún tiempo. Encontrándose allí supo Artigas que el gobierno de Buenos Aires le había conferido una comisión importante, la cual le fué comunicada en la primera mitad del mes de Noviembre. Convencido por fin de la ineficacia de cuantos esfuerzos se intentaron para disolver las milicias orientales y restituir á sus hogares las familias que habían corrido á buscar un seguro asilo en las filas de las divisiones de Artigas, acabó el gobierno por reconocer la imperiosa necesidad de señalar un punto del territorio sometido á su jurisdicción, para que en él, se establecieran los que estaban dispuestos á abandonar la Banda Oriental.

Al efecto nombró á Artigas Jefe superior de las tropas orientales, y teniente gobernador de las Misiones con

residencia en el pueblo de Yapeyú, dejándole además, el cuerpo veterano de Blandengues Orientales, que mandaba Artigas, 8 piezas de artillería con tres oficiales escogidos, y un repuesto de municiones.

Las tropas de Buenos Aires permanecieron todavía en la Banda Oriental hasta los últimos días de Noviembre en que se embarcaron la mayor parte de ellas por el *Sauce*. Las restantes, compuestas de cerca de 500 hombres á las órdenes de don Nicolás de Vedia, se dirijieron á la Colonia y después de serios conflictos con el comandante español de este punto, practicaron la misma operación en el Real de San Cárlos, junto con un gran convoy y 300 personas, que, más pudientes, ó más afortunadas, podían buscar en Buenos Aires mejor refugio y libertarse de ese modo de los padecimientos á que se verían expuestos los que seguían con Artigas su heróica peregrinación.

El 1.º de Diciembre desembarcaron en el muelle de Buenos Aires, y desfilando por debajo del arco principal de la plaza de la Victoria, en medio de las salvas y de los víctores con que pueblo y soldados saludaban á aquellos valerosos campeones de la independencia nacional, juraron ese día el estatuto provisorio que acababa de promulgarse. Poco antes habían sido declarados beneméritos de la patria, como justa recompensa á los servicios prestados en la campaña de la Banda Oriental.

Poco después de la separación de las tropas de Buenos Aires, emprendió Artigas, desde el Arroyo Grande, lo que nosotros llamamos el exodo del pueblo orien-

tal como un merecido homenaje á los que realizaron, á costa de los más crueles padecimientos, uno de los hechos heróicos de que pueden engreirse los descendientes de aquella raza de titanes, evocándolo como ejemplo digno de ser imitado en las grandes crísis porque algún día pueda atravesar nuestra pátria. En aquel momento las partidas sueltas de tropa y paisanos armados de Misiones y Río Grande, merodeaban en el norte del Río Negro y ambas orillas del Uruguay, sembrando por doquiera la devastación.

El espanto que difundieron estas correrías entre los moradores de la campaña, puede juzgarse por la expontaneidad con que todos abandonaban sus casas, para correr presurosos en busca de la protección de las huestes orientales que se convirtieron así en el fuerte escudo que les sirvió de defensa contra la acción invasora de un conquistador que habían aprendido á odiar desde la cuna. «Yo no seré capaz de dar á V. S. una idea del cuadro que presenta la Banda Oriental, decía Artigas al Gobierno del Paraguay cuando aún no había pasado á la costa occidental del Uruguay. La sangre que cubría las armas de sus bravos hijos, recordó las grandes proezas que, continuadas por muy poco más, habrían puesto fin á sus trabajos y sellado el principio de la felicidad más pura: llenos todos de esta memoria, oyen sólo la voz de su libertad, y unidos en masa, marchan cargados de sus tiernas familias á esperar mejor proporción para volver á sus antiguas operaciones. La inmediación de las tropas portuguesas diseminadas por toda la campaña, que léjos de retirarse

con arreglo al tratado, se acercan y fortifican más y más; y la poca seguridad que fian sobre la palabra del señor Elío á este respecto, les anima de nuevo, y determinados á no permitir jamás que su suelo sea entregado impunemente á un extranjero, destinan todos los instantes á reiterar la protesta de no dejar las armas de la mano hasta que él no haya evacuado el país, y puedan ellos gozar una libertad por la que vieron derramar la sangre de sus hijos recibiendo con valor su postrer aliento. Ellos lo han resuelto, y ya veo que van á verificarlo: cada día miro con admiración sus rasgos singulares de heroicidad y constancia; unos quemando sus casas y los muebles que no podían conducir, otros caminando leguas á pié por falta de auxilios ó por haber consumido sus cabalgaduras en el servicio: mujeres ancianas, viejos decrépitos, párvulos inocentes acompañan esta marcha, manifestando todos la mayor enerjía y resignación en medio de todas las privaciones» (*).

Desde el Arroyo Grande, Artigas continuó lentamente la marcha en dirección al Salto chico, lugar designado de antemano para operar la traslación á la orilla occidental del Uruguay. El 7 de Diciembre se encontraba en la costa del Daiman, habiendo retrocedido á su paso las partidas de foragidos armados que el gobierno portugués había lanzado sobre el territorio oriental. En los últimos

(*) Nota de Artigas al Gobierno del Paraguay, datada en el Daiman á 7 de Diciembre de 1811.

días de este mismo mes habían pasado ya el otro lado del caudaloso Uruguay la mayor parte de las familias, quedando sólo en el territorio invadido el grueso del ejército. Fué entónces que el comandante superior de Misiones intentó oponerse al vado del río, y avanzando resueltamente obligó á Artigas á destacar sobre él una división que fácilmente obtuvo un completo triunfo en el pueblo de Belén, consiguiendo de este modo despejar completamente el frente de enemigos y terminar el paso del río con todo éxito.

El mes de Enero de 1812 encontró á los orientales en tierra extraña; el éxodo estaba consumado. Pero la tierra de promisión, aquella cuya posición anhelaban, estaba allí, río de por medio, cautiva en manos de un extraño que la ambicionaba, y de un señor ya caduco, cuya autoridad había desconocido el pueblo oriental. Para reconquistarla sería necesario emplear el hierro: los orientales tenían entónces solo voluntad enérjica para empuñarlo, y bastante grandeza de alma para afrontar la desgracia con una abnegación que raya en los límites del heroismo.

—

Todas las agrupaciones humanas, desde las más bárbaras hasta las más civilizadas, desde la salvage Araucania hasta la sabia Alemania, mantienen vivo el culto de los recuerdos nacionales. Los que más camino han hecho en la vía de la civilización, conmemoran las hazañas de sus antepasados en el mármol, en el bronce, en las

pájinas de la historia, y hasta en el ritmo alado de las armonías musicales; miéntras que los más bárbaros dan formas adecuadas al grado de su desarrollo social á esos mismos sentimientos que por ser en ellos menos complejos, no son ni menos intensos, ni tampoco menos elocuentes en sus jenuinas manifestaciones.

Al salir de la escuela, el niño lleva en Alemania impresa en el alma con indelebles caractéres la vieja tradición de sus abuelos; y la bárbara Germania con sus héroes lejendarios se alza en el remoto horizonte de las memorias de su raza, como una antorcha que guía actualmente al pueblo aleman en la árdua empresa de la unificación nacional.

Nuestra madre España mira en Pelayo el augusto padre de la patria; y cuando la conquista extranjera cae sobre ella como una avalancha, es su nombre sacrosanto, en los rudos labios del labrador ó en los inspirados acentos del poeta, el que preside la defensa heróica de sus valles y de sus montañas, y el que preside todavía las legiones de sus pósteros cuando la victoria las corona de laureles y el mundo les rinde el tocante tributo de su admiración.

Entre nosotros sucede todo lo contrario; evocamos solo las tradiciones sangrientas de la guerra civil, silenciando, ó desnaturalizando, aquellos hechos que por su naturaleza constituyen los únicos que nos pueden dignificar ante nosotros mismos, y presentarnos ante los extraños como pueblo digno de figurar con decoro entre las naciones libres y civilizadas.

Nada hay más grandioso en nuestro reciente pasado que la insurrección expontánea de 1811 en favor de la causa de Mayo, el éxodo del pueblo oriental en el propio año, y la defensa nacional que hizo Artigas desde 1816 hasta 1820, solo, sin recurso de ningún género, combatido por la saña de algunos de sus propios compatriotas que desertaron el puesto del honor y del patriotismo, lucha sostenida con una pertinacia y con una heroicidad que, siendo preclaro timbre de gloria del pueblo oriental, es el más legítimo título del inmortal caudillo á la consideración de los pueblos del Río de la Plata.

CLEMENTE L. FREGEIRO.

ORÍGEN DE LAS RAZAS CIVILIZADAS

DE AMÉRICA

No tengo necesidad de advertir que, aún cuando como turista he visitado las ruinas principales de América desde el Norte hasta Bolivia, en esta memoria he tomado los datos principales de las últimas publicaciones de los Congresos de Americanistas y de varios arqueólogos y filólogos que han estudiado las antigüedades americanas, aunque en muchas ocasiones he tenido razones de vista y presencia para rectificarlas ó ratificarlas. Sin embargo advierto que las conclusiones que establezco en esta memoria me parecen constituir la única solución probable del problema del orígen y desarrollo de la civilización americana.

Un autor distinguido criticando la obra de M. Bancroft, se ha expresado así: «Pienso como M. Bancroft que sería temerario pretender determinar con precisión la manera con que el hombre ha hecho su aparición en América; pero creo firmemente con relación á los antepa-

sados de las tribus, que sus tradiciones tienen toda la claridad que puede desearse en semejantes materias. La unidad de la especie humana y la descendencia de todos los hombres de una pareja, son para mí hechos indiscutibles. Así, pues, cuando veo que los rasgos principales comunes á las razas americanas, con excepción de los Esquimales, son precisamente los observados entre los Polynesios, los Japoneses y los Samoyedos, admito sin dificultad la conclusión deducida por Humboldt, Prescott, Tschudi y Wilson, á saber que los Americanos son de extracción asiática.»

Desde 1872, según los cálculos de M. Brookes, 41 barcas japonesas vinieron á parar á la costa americana, y 28 de estos naufragios han tenido lugar posteriormente al año 1850. Ocho de estas barcas han llegado vacías, y los hombres que se encontraron en las otras permanecieron en la comarca en donde habían tomado tierra. Conviene añadir que estos 41 naufragios son simplemente aquellos de que se ha tomado nota.

Estas barcas habían atravesado el Pacífico bajo la acción de la gran corriente que se dirije desde los mares del Japón hacia la costa americana, con una velocidad de doce millas por hora.

Es legítimo suponer que los hechos que se verifican en nuestros días, se han producido también en el pasado, y que por consiguiente, en épocas muy lejanas, naciones enteras cediendo á una grande impulsión, han podido emigrar del antiguo al nuevo Mundo, por la ruta que siguen aún hoy día los arrastradores.

M. Hyde Clarke considera las lenguas Egipcia, China. Tibetana, Accadiana y Peguan como estrechamente unidas á las lenguas de Méjico y del Perú, y asigna á todas estas lenguas un centro común en la Alta Asia, cuna de la humanidad primitiva. Á esta lengua original y al pueblo que la ha hablado le dá el nombre de *Sumeriano*, como que es el usado por los Accadianos, del país de Accad (Babilonia) en sus monumentos *Sumer* ó *Sumiri*. M. Hyde Clarke divide los Sumerianos en dos grupos, que han emigrado de un centro común; el primero comprende los Accades, los Mons, los Cambogianos, los Aymarás, los mayas (y los Toltecas?); y el segundo los Georgianos, los Etruscos, los Siameses, los Quichuas y los Aztecas.

Aparte de estas especulaciones filológicas, el carácter propio de las antigüedades americanas demuestra suficientemente su verdadero orígen y afinidades.

Desde luego un gran número de construcciones del Nuevo Mundo eran tumbas ó monumentos funerarios; y por tanto puede enumerarse el pueblo primitivo americano entre las razas de constructores de tumbas, la de los Sumerianos de América, como quiera que las analogías entre la arquitectura de los Mejicanos y Peruanos por una parte y la de los Egipcios y Pelasgos por otra, son innumerables.

Es de notarse además que todos los constructores de edificios ciclópeos han sido Turanianos.

Puede también constatarse la existencia de rasgos esencialmente turanianos en las razas civilizadas de América, por el gobierno paternal y despótico de los antiguos

americanos; por su fé profunda en la magia; en el respeto á la mujer y en la influencia considerable que ésta ejercía; y en la habilidad en extraer y trabajar los metales.

Existen además otras analogías, en el despotismo completamente chino de los Incas del Perú; en la *pluralidad* de los reyes Quichés que recuerda la de los Siameses; en el uso en el Perú como en la China y en Babilonia del parasol, como signo de dignidad; en la costumbre peruana de mascar la coca con cenizas, semejante á la costumbre asiática de mascar una mezcla de cal y nuez de betel; en el hecho de que el calendario estaba dispuesto en forma de rueda en el Yucatan y en forma de cruz en Siam; en la identidad substancial del calendario de los Aztecas y los Mongeles; en el empleo de los *quippos* ó cuerdas anudadas en el Perú, Hawai y la China; en la construcción de Pirámides truncadas y de edificios sobre terromonteros y de los *mounds*, como en Babilonia y en Egipto; y otras varias analogías que sería prolijo enumerar.

Consideradas aisladamente estas semejanzas son poca cosa; pero reunidas dan un gran valor á la opinión de los que creen que la civilización americana ha tenido orígen en el S. E. de Asia.

Siendo, pues probable que los antiguos americanos constructores de monumentos, pertenecían á la familia turaniana, falta determinar si pertenecían á la rama setentrional ó á la meridional.

Además de las razones filológicas aducidas por Max Müller, existen varias consideraciones en favor de la rama meridional.

1.° Parece difícil admitir que inmigrantes todavía bárbaros, pudiesen abrirse camino por la región ártica, mientras tenían por delante tribus feroces y salvajes.

2.° El éxodo hacia América por la vía de los archipiélagos polinesios, parece más facil y natural para las densas poblaciones del Asia, que por la larga vuelta por las regiones inhospitalarias del Norte.

3.° Los Peruanos y los Toltecas parecen haber conservado tradicionalmente el recuerdo de una llegada por mar; en todo caso no habían conservado memoria de los hielos del Norte. Sin embargo los Quichés, inmigrantes venidos probablemente del Norte en compañía de los Aztecas, conservaban el recuerdo de los fenómenos polares, y los Aztecas poseían mapas en los cuales señalaban su llegada á América por la vía del estrecho de Behring. Puede admitirse, pues, esta excepción.

La introducción del algodón y del maiz, atribuido á los Toltecas, se aduce también como una prueba de que los primeros inmigrantes vinieron por la vía del Trópico, desde las comarcas situadas al Sud.

En general, no se sabe cuán facil es la travesía del Océano que separa al S. E. del Asia de la costa americana, aún en embarcaciones pobres. El capitán Blyth, después de una revuelta á bordo del *Bounty*, hizo con felicidad, con diez y seis marineros, en una embarcación sin puente la travesia, desde la isla de Pitcairn en la Polinesia oriental (á algunos centenares de millas solamente de la América del Sud) á la isla de Timor. Y eso que la distancia era de 1300 millas!

Sir Carlos Dilke ha constatado que los vientos y corrientes que dominan en esta parte del Océano Pacífico en la Polinesia, llevaría á la costa sud-americana una canoa que saliera de la isla de Pascua, célebre por las antigüedades ciclópeas que contiene semejantes á las de América. Ha constatado igualmente la existencia de una corriente que se dirije desde California á la América Central.

Ahora bien, es de notar que la tradición hace proceder á los Toltecas de la California, y que ellos mismos habían conservado el recuerdo de un desembarque de sus antepasados sobre la costa occidental de Méjico, al internarse por mar en el continente americano.

Además cuando se reflexiona que las grandes ruinas de estructura prehistórica, cuyo carácter se asemeja más que á ningún otro, al tipo americano, están diseminadas á través de las tupidas florestas del Indostán, de Ceylán y de la Indo-China, que se prolongan al través de la Isla de Java, y que se unen visiblemente á una cadena no interrumpida de gigantescas construcciones en piedra: altares, pirámides, murallas, fortalezas, templos, palacios y estátuas, descubiertas al través de la Polinesia en las Islas de os Ladrones, en Taití, en las Islas Sandwich y en la Isla de Pascua, tan cerca de la costa americana frente á Méjico y Cuzco, no puede uno dejar de deducir que se ha seguido el rastro dejando el período prehistórico, por el paso de una gran raza de constructores, la turaniana, emigrando del Antiguo al Nuevo Mundo; emigración cuya memoria parecen conservar las tradiciones del Asia sud-oriental.

Además, ninguna duda es ya posible después que M. Hyde Clarke, americanista tan laborioso y distinguido, comparadas las lenguas americanas con las del antiguo continente, ha descubierto que las afinidades más estrechas unen los idiomas de la Indo-China, particularmente del Mon del Pegú, al Aymará y al Maya; por cuya razón no titubeo en afirmar el orígen turaniano de las razas americanas civilizadas.

MARIANO SOLER

ALOCUCIÓN NUPCIAL

«Y los bendijo el Señor Dios.»
(Palabras del Génesis.)

Noveles esposos:

Despues de haber tenido la grata satisfacción de bendecir vuestro matrimonio en nombre de Dios y de su santa Iglesia, quiero consagraros un recuerdo de mi amistad y cariño distinguido al felicitaros en este momento solemne, que dá á dos corazones y á dos almas, que se aman con perpetuo amor y con indisoluble lazada, un nuevo estado y un distinto modo de ser ante Dios, la conciencia, la libertad y la sociedad; puesto que en adelante, según la expresión enérgica de la Biblia, *sereis dos en uno, dos almas y dos espíritus en una sola carne*, confundiéndose en uno la identidad de vuestros destinos, de vuestro amor y de vuestra voluntad. Para la consagración de ese recuerdo voy á inspirarme en el poema divino del primer matrimonio, tal como lo narran las Sagradas Escrituras.

He aquí, pues, el poema paradisiaco del que vuestro matrimonio es una reiteración al través de los siglos.

Era en el principio: la obra de la creación estaba consumada y perfecta. El soberano Hacedor había revisado una á una todas sus obras y había encontrado que eran buenas; ¡qué mucho, si eran hechura de un Dios bueno infinitamente, á la vez que infinitamente sábio y omnipotente! El primero de los vivientes recorre estasiado todas esas obras; más que con su vista penetrante, con su vasto entendimiento las abarca, las analiza y las compara; y mientras las compara y analiza, mejor descubre su perfección, belleza y utilidad; con la contemplacion de la naturaleza aumenta su admiración, y con su admiración más y más crece su amor hácia el Criador, el reconocimiento y gratitud á su bondadísimo Señor. Esto es natural, y no se puede concebir haya pasado de otra manera.

El corazón de nuesto primer padre estaba sin duda sumergido en un mar sin orillas de las más puras y profundas delicias, que su inteligencia le proporcionaba al contemplar una á una las partes todas, las maravillas y armonías, los encantos y delicias la gran obra de la creación, que sin cesar preocupaba aquel entendimiento sin nubes, aquella razon sin pasiones, ni trabas, como salida apenas de las manos del Creador.

Yo me confundo, y como que se pierde mi imaginación en un espacio sin fin, al calcular las emociones que el primero de los vivientes sintiera en su pecho á la vista de la creación, con una inteligencia tan espléndida y con

un corazón tan grande como puro. Comprender, amar y adorar, he aquí el ejercicio, la ocupación necesaria y continua de aquel sér privilegiado. Todo ríe á su derredor; todo es dicha; todo amor y ventura. - Monarca único y absoluto, todo está bajo su imperio; impone á cada cosa su nombre, á todas las caracteriza, todas reconocen su dominio y sumisas le obedecen. ¡Oh! qué grande y qué feliz era el hombre al salir de las manos de Dios! ¡Nada teme, nada necesita: comprende, ama y se comunica personalmente con su Dios que era su padre y maestro... ¡Qué ventura! ¡Qué dicha!

Y sin embargo: Adan vaga á veces pensativo por los floridos y amenos pensiles del Eden! Está embriagado en sus dulcísimas mentales delicias, y busca aún, apetece no sabe qué! Su alma rebosa en la más plácida y pura alegría, y no obstante, una sombra vagorosa como que le turba de cuando en cuando! Siente deseo de entristecerse y no atina con que justificar su tristeza; la dulzura está de asiento en sus lábios, límpida luz ilumina sus ojos, la perfección y robustez campean en sus miembros, la gallardía y magestad en su persona; y no obstante la sonrisa no esmalta su rostro, ni oculto fuego hace brillar sus miradas, ni mágicos transportes hacen desplegar la hermosura toda de las formas de su cuerpo: y siente aún ciertos latidos intermitentes allá en lo más hondo de su pecho inocente, cuya causa procura averiguar en vano: vuelve á reparar las obras todas de su Señor y las encuentra muy perfectas; repite los nombres que les ha dado, y conoce son los que las convienen; pero vuelve á

vagar, y á buscar vuelve, y no sabe lo que solicita, y busca.

Siente por la vez primera la fatiga; bajo de una fresca sombra tiende sus miembros sobre la mullida yerba sombreada de pintados lirios y de olorosas azucenas: gallardos y alegres pajarillos saltando entre las ramas trinan dulce y suavemente. Adan los escucha complacido, pero á poco; ya no los mira!... ya sus tonos melodiosos los oye apenas vagos y confundidos!....

Nada escucha ya, ni siente! Cerrádose sus ojos; nada percibe.... El padre universal de los hombres duerme su primer sueño....!

En aquel momento el Señor había descendido al Eden y hace le preceda el Sueño para que repose sobre su criatura predilecta, sobre su principal hechura, sobre la imágen y semejanza suya. En su consejo eterno se ha pronunciado esta palabra: *No es bueno que el hombre esté solo.*—Y esta otra luego: *Hagámosle una compañera y ayuda semejante á él.*

Dulcísimos ensueños recreaban á la sazón el espíritu de nuestro primer padre; parecíale ver en lontananza vagar una sombra de sí mismo, pero más dulce que él; menos esbelta, pero más bella; menos fuerte, hasta débil, pero torneada y hermosa, fáltale la majestad viril, pero tiene la suave y modesta apostura; parecida un tanto á los ángeles del Señor, no tenía de estos la divinal hermosura que inspira respeto y adoración: un sentimiento medio entre el respeto y el cariño, entre la adoración y la confianza era lo que le infundía aquella imágen, como la

suya, creada á semejanza de Dios. El semblante del Rey de la tierra dormido, entonces apareció risueño! Su pecho exhaló el primer suspiro. ¡Jamás en el Eden había tenido visión semejante! Ninguna de las obras admirables de su Criador divino de tal manera le había conmovido.

En tanto el Artifice soberano había concluido su obra: extrayendo de Adan una de sus costillas, había formado á nuestra primera Madre, y, ornada de todas las gracias, de los hechizos todos, que es capaz de recibir la materia, la infundió su soplo de vida. Al abrirse sus ojos á la luz, al iluminarla la inteligencia, comprende toda su felicidad, y transportado de santo gozo, exclamó sin duda; *Bendito sea el Dios, mi Creador!* Y esta voz, muy diferente de cuántas hasta allí habían resonado en los oídos del primero de los hombres, debió despertarlo: vuelve de su reposo, y admirado encuentra cabe sí la que en su sueño columbrara: contémplala extasiado, y reconociendo que es *carne de su carne y hueso de sus huesos*, la llama *varona*, virago. Comprende al momento que era eso lo que á su dicha faltaba, y, ambos esposos se prosternan y adoran á su benignísimo y sapientísimo y poderosísimo Autor. Hé aquí el primero de los matrimonios.

La narración que de él hace el Genésis contiene en sublime compendio su naturaleza y dignidad, su carácter de mútuo auxilio para el hombre y la mujer; la fidelidad y el amor que identifica los corazones y las almas, haciendo de dos uno para sobrellevar la carga conyugal, pesada é insoportable sin amor y sin Dios, leve y suave con Dios y

con amor. Y como base de las legislaciones humanas está divinamente establecida la unidad y la indisolubilidad.

....

Vosotros quereis ser dichosos durante todos los días de vuestra unión conyugal. Pues bien; esa felicidad solo Dios puede otorgarla; es por tanto necesario pedírsela y de él solamente podeis obtenerla.

Si vosotros lo amais verdadera y sinceramente, si lo servís como él quiere ser servido, entónces atraereis sobre vosotros su complacencia y os bendecirá. Pero si no le servís, si os mostrais ingratos á sus beneficios ¿qué podreis alcanzar de él? Nada. Y no habrá en vuestro hogar ninguna dicha verdadera, ninguna verdadera y durable felicidad.

Esta fidelidad á Dios y á su santa religión, que os recomiendo, no es difícil de observar; pero eso sí, es muy necesaria. ¡Cuántos esposos noveles vienen al pié de los altares con la esperanza en el alma, y pasadas apenas algunas semanas, la tristeza se apodera de sus corazones! ¿Por qué esto? Su matrimonio no ha sido un acto verdaderamente religioso, ni han creido y sentido que el auxilio de Dios les era necesario, y vivían como si Dios no existiese.

Dios me libre proponerme entristeceros en este día con prenuncios lúgubres; pues al contrario os auguro prolongada dicha y felicidad! pero si no os penetraseis en este momento solemne, de toda la importancia del consejo que os doy en nombre de la Iglesia, si llegáseis á pen-

sar que podríais prescindir de Dios en el nuevo estado que asumís hoy, ¡Ah, entonces os presagiaría un porvenir lleno de incertidumbres y de angustias. Pero yo estoy seguro de que, comprendiendo vosotros, dada vuestra educación cristiana, cuán necesario os es el apoyo y auxilio divinos para sosteneros en la vida del matrimonio, prometereis á Dios y le observareis una inviolable fidelidad; y así él os bendecirá, será vuestra protección y os hará verdadera y perpetuamente felices.

. . . .

MARIANO SOLER.

LA CARIDAD

(Fragmentos de una Pastoral)

Desde luego el simple catecismo de la doctrina cristiana, que aprenden los niños, nos da la más completa y exacta definición que pudiéramos desear de esta hermosa palabra *caridad*, que representa la idea más hermosa, al mismo tiempo que la más sintética de cuantas puedan hallarse en los vastos dominios de la religión y de la moral, constituyendo la esencia de la vida cristiana en toda su extensión y en toda su grandeza.

«Caridad, es amar á Dios sobre todas las cosas y á nuestro prógimo como á nosotros mismos». Y tan grande, tan augusto, tan comprensivo es este amor, que en él se contienen y encierran todos los mandamientos de la ley divina como lo declaró Jesucristo. El es, por decirlo así, la condensación y el símbolo de todos nuestros deberes como de todos nuestro derechos: ley primitiva del mundo moral, principio, causa y término de la creación y de la redención, es á un tiempo mismo, el más sencillo y

claro de los preceptos de Dios, y el más profundo de sus misterios; el mismo Dios es caridad: *Deus charitas est.*

Por eso su aplicación es infinita como lo es su significado, en cualquier estado en que se encuentre el hombre, en cualesquiera relaciones que se intente examinarle, allí se encontrará la caridad como principio de sus deberes y derechos, como regla de su conducta, como término y explicación de su orígen y de su destino.

Si se le considera saliendo de las manos de su Criador, vése que no debe el ser que tiene, sino al infinito amor del que lo hizo á su imagen y semejanza; si se considera en las relaciones con sus semejantes, se verá que no vive sino por la ley del amor que le sostiene y le guarda en el hogar paterno, en el seno de la familia, en la sociedad que le rodea, en el estado político á que pertenece, la Patria.

La idea del bien absoluto es correlativa, ó mejor dicho, es idéntica á la idea del amor absoluto, de la caridad infita; y Dios no es el sumo bien, sino porque es el sumo amor.

Toda flaqueza, toda deformidad del ser humano procede necesariamente de una violación de esta ley universal.

Si vemos al hombre caído de su grandeza primitiva, desterrado del Eden, luchando perpétuamente con el dolor y la muerte, es porque le hemos visto antes oyendo la voz de la vanidad y de la soberbia, capitales enemigos de la caridad, vicios diametralmente opuestos al precepto del amor. Si se le vé en pugna con los otros hombres,

ya sea que los tiranice, porque es poderoso, ya sea que sufra su yugo, porque es esclavo, désele un átomo de amor, inspíresele una sola centella del fuego de la caridad y al punto veráse al poderoso mandar en paz y justicia, y al ciudadano obedecer con expontaneidad y sin bajeza.

Vosotros los que predicais al mundo el dogma de una libertad sin límite fijo, y aún sin una significación determinada, no le hableis solamente de sus derechos, porque el hombre se enorgullece con derechos propios: habladle de sus deberes comunes para con el Padre común; mostradle el vínculo eterno de la caridad que une á todos los hijos de la tierra con el Padre universal que está en el cielo, y así los habreis hecho á todos *hermanos*, á todos *iguales*, á todos *libres*, cuanto los hombres pueden ser libres é iguales en la tierra; de lo contrario vereis á los que son hermanos vivir en perpetua lucha bajo pretexto de libertad é igualdad y de derechos imprescriptibles.

El hombre no goza de libertad, no realiza la igualdad, ni cumple la fraternidad sino bajo la ley del amor; la libertad, la igualdad y la fraternidad perfectas no serían más que el perfecto conocimiento del deber de cada uno cumplido con amor; y este perfecto cumplimiento no consiste cabalmente en otra cosa más que en satisfacer el precepto de la caridad. Por donde se vé cuán acertado estaba Chateaubriand al declarar que la fraternidad, la igualdad y la libertad, base de las sociedades democráticas, mas bien que principios políticos son preceptos morales y religiosos del cristianismo, imposibles de realizarse, al decir de Le Play, sin el cumplimiento del

decálogo, que viene á resumirse en el grande y sublime precepto de la caridad.

Bajo el punto de vista religioso, que es el principal, cuando no el único para definir y explicar la caridad, sábese que de tal modo es ella la clave y el fundamento del cristianismo, como que ella sola contiene en sí cuanto hay hermoso y admirable en el dogma cristiano, asi como constituye su grandeza y eficacia.

Por eso la doctrina cristiana no solo la coloca entre las virtudes teologales, es decir, fundamentales del cristianismo, sino que la declara tan superior á las otras, cuanto que es su complemento necesario. La fé sin las obras es muerta; la esperanza sin las obras es impía y temeraria: nada hace el que cree, si con sus actos no rinde culto á su propia fé, y no fecundiza el espíritu que anima su creencia; del propio modo que el que espera en la inacción los dones de la infinita misericordia hace una ofensa á la infinita justicia, creyendo que ha de gozar el mayor de los bienes sin haber puesto nada de su parte para merecerlo.

La caridad, es pues, una virtud eminentemente práctica, eminentemente activa; ella nos manda tener nuestro espíritu constantemente lleno del amor á Dios y al prógimo; y ejercer todas nuestras facultades incesantemente en dar vivo testimonio, prueba tangible de que aquel amor nos ocupa, anima y mantiene.

MARIANO SOLER.

EL EXTERMINIO DE LOS CHARRÚAS

Y

LA MUERTE DEL CORONEL RIVERA (*)

Las tribus *Charrúas* eran, como se ha dicho, poco numerosas y á consecuencia de sus guerras intestinas primero, y de la persecución de que fueron objeto por largo tiempo, después, quedaron reducidas á un número insignificante, que no pasaría de 150 á 200 hombres de lanza, fuera de la chusma que era relativamente reducida.

Siguiendo pues sus hábitos, vivían donde la soledad, y crecido número de animales podía proporcionarles una vida á cubierto de la persecución, abundante alimento, y cebo á su rapacidad.

Los Ríos Arapey, Puntas del Queguay, Cuareim y Yaguaron, así como la costa del Río Negro arriba, eran sus campos de residencia habitual. Inútil es decir que

(*) De la «Historia política y militar de las Repúblicas del Plata.»

los hacendados de aquellos parajes eran los proveedores de tales huéspedes, con los que se veían obligados á guardar toda clase de contemplaciones, para conservar al menos la vida tolerando la ruina de sus intereses.

Fué en tales circunstancias que una junta de hacendados encabezados por un estanciero inglés llamado Diego Noble concibieron la idea de reunir una cantidad de dinero, y ponerla á la disposición del Gobierno con destino á promover los medios de hacer desaparecer del país á los referidos indígenas. La cantidad reunida montaba á 30 mil pesos, con la cual se pretendía que se arrojase á los Charrúas á otras costas habitadas por indígenas.

Era por este tiempo Ministro del señor Rivera, y consejero privado de éste, el doctor don Lucas José Obes, á quien el señor Noble se presentó con el motivo indicado.

El General Rivera, que era hombre de expedientes, encontró muy pronto el que debía dar cima al proyecto, aunque con una variación en el destino preparado á los *Charrúas.*

Despues de algunas conferencias el General Rivera, en cuyos propósitos no había entrado por otra parte, ni por un minuto, el de invertir 30 mil pesos en el flete de un buque y alimentos para salvajes que bien podían ir á otra parte que á la costa de Patagonia se encargó el mismo señor Rivera de la tarea de ponerlos en órden una vez para siempre evitándose el compromiso de salir garante por la propiedad y la vida de los damnificados.

La sentencia de muerte de los dueños legítimos del territorio de la República, se resolvió por el Magistrado

y para el efecto se puso en práctica la estratagema de una supuesta guerra con el Brasil.

El General Rivera envió comisionados primero, que introducidos en las tribus, empezaron por despertar la codicia de los indios, hablándoles de una próxima invasión al Brasil por el General Rivera, con el objeto de traer al Estado Oriental, los ganados de toda clase, que habían llevado los Brasileros en épocas anteriores, cuyos ganados serían destinados á poblar los campos fiscales entre los Arapey grande y chico, y que gran parte de de esas haciendas les sería adjudicada á los Charrúas, á fin de que se sujetasen para siempre, y dejaran esa vida de vandalaje á la que hacía tiempo estaban entregados. Los indios encontraron tan realizable como lisongero el plan, y desde ese momento no pensaron en otra cosa, que en sus preparativos para la invasión y reparto del botin.

El General Rivera había reunido como unos mil hombres en la *Cueva del Tigre* y mientras hacía esta reunión envió otro emisario ya directamente, invitándoles á reunírsele, para que vestidos, racionados y bien armados pudieran formar parte de la expedición. A este comisionado siguió D. Bernabé Rivera, hermano del general, con la órden de traerlos al paraje donde se encontraba el señor Rivera con la supuesta expedición, entre la que había un escuadrón al mando del pardo Luna, cuyos hombres desarmados tenían la misión de apoderarse de las armas de los Charrúas, cuando estos camparan, y sobre todo cuando se hiciera la señal de la matanza, que como se verá, estaba á cargo del Presidente de la República.

Llegados al campamento los indígenas, Rivera entretuvo haciéndole marchar á su lado al cacique *Venao*, mientras los Charrúas desmontaban en el paraje designado para que campasen. Entonces fué que el General Rivera dijo á *Venao* que venía á su derecha *prestame tu cuchillo para picar tabaco*, descargando un tiro de pistola sobre el cacique, enseguida de apoderarse del cuchillo. El cacique quedó ileso, pero huyó vociferando en charrúa, en dirección al campo de sus hermanos, que alarmados empezaron á tomar caballo como pudieron.

En el acto el escuadrón desarmado se arrojó sobre las lanzas y demás armas de los indios. D. Bernabé Rivera formó en batalla á retaguardia de éstos con el número 2; el resto de las fuerzas formó círculo, y al toque de degüello cayeron repentinamente sobre los indígenas, matándoles casi en su totalidad, incluso su cacique *Vencol* jefe principal.

En los primeros momentos el cacique *Perú*, acompañado de cuatro más, rompió herido la línea, y al pasar cerca del General Rivera le apostrofó, diciéndole, *mira Frutos, matando los amigos*. El General Rivera contuvo á los que venían persiguiendo á *Perú* y sus compañeros y les permitió que permaneciesen en el cuartel general, desde donde fueron conducidos después á Montevideo. Estos desgraciados debían tener un fin indigno de la civilización.

Habiendo despertado la especulación de un francés llamado Curel, resolvió explotar la presencia de los indígenas en Europa y pidió que le fueran entregados.

El General Rivera le *cedió* los tres caciques y el es-

peculador se trasportó con ellos á Europa donde los exhibía como fieras, haciéndoles gesticular y accionar ridículamente en la representación de pantomimas, y comer carne cruda y otras cosas por el estilo. Recorriendo aquellas regiones contrarias á su vida libre y sobre todo no pudiendo resistir el clima, murieron, aunque no tan pronto y heróicamente como sus compañeros que vendieron cara su vida.

Los indios mataron defendiéndose, algunos de los soldados de Rivera y entre los muertos apareció el teniente D. Máximo Obes, hijo del Ministro de Gobierno y Hacienda. Aquel acto puede llamarse *Vísperas Charrúas.*

Pero no debía ser solo esta la víctima espiatoria de la determinación tomada con los *Charrúas.* Pronto vamos á saber las consecuencias que surgieron de este hecho para otro de los que tomó parte en él.

Los indios que pudieron salvar de esta carnicería, que no pasarían de 25, capitaneados por el cacique *Sepe*, se posesionaron de los bosques de Arapey y Cuareim, donde fueron á reunírseles las familias, vulgo chusma.

El movimiento de los indios de Bella Union, había tenido lugar el 19 de Mayo, apoderándose de las personas del comandante Conti, mayor Ortiz y un capitan Lazota. El plan atribuido á estos misioneros, era dar un golpe de mano á las haciendas vecinas, y pasar á la Provincia de Corrientes, á consecuencia de la miseria en que se encontraban, habiéndoseles faltado á los compromisos que el General Rivera había contraido con ellos, y que consistía en recursos para su manutención; pero es indudable que

habían sido inducidos por Tacuabé, revolucionario Lavallejista poco después.

El General Rivera envió á su hermano Bernabé á someter estos colonos, y el 12 de Junio comunicó desde el Durazno al Gobierno de Montevideo el sometimiento de los insurrectos de Bella Unión.

D. Bernabé les había sorprendido el día 5, quedando sometidos Ramon Sequeira y su gente, y dispersándose enseguida en su mayor parte. Rivera había salido de Tacuarembó Chico y llegado hasta el paso de las *Cuñeitas* del Arapey Chico, donde recibió refuerzos y noticias comunicadas por el vecindario. Un pequeño número de colonos había logrado sin embargo reorganizarse en el pueblo de Belen, bajo las órdenes del Comandante Tacuabé, que pudo reunir algunos secuaces en el territorio comprendido entre Cuareim y Arapey.—Á éstos se agregaron el Indio Lorenzo y Cheveste.

Á la aproximación del Coronel Rivera, se dispersaron éstos, dejando algunos caballos y varios indios prisioneros. Después de eso Rivera se fraccionó en partidas que llevaron la persecución en todas direcciones.—Los restos de estos misioneros se dirigieron á Entre-Ríos y Corrientes.

Pero no era ese el único movimiento que se notaba. En el Departamento de la Colonia, distrito del Colla; en el de San José, por las alturas de la Sierra de Mahoma y en varios puntos de la República aparecieron simultáneamente grupos capitaneados por oficiales que habían servido á las órdenes del General Lavalleja.

Eran los preliminares de un movimiento más serio.

Los Jefes Políticos de los Departamentos movilizaron algunas milicias para perseguirlos, mientras que D. Bernabé con los capitanes Rosendo Velazco, Máximo Arias, alférez Viera y capitán Fortunato Silva, con una fuerza de ochenta hombres, se dirijió al Cuaró á perseguir al indio *Napeguá* que con un grupo de los insurrectos había repasado de Corrientes. Rivera consiguió hacerlos vadear al Brasil, y habiendo sabido que los Charrúas se hallaban en un potrero distante cuatro leguas de aquel punto, dispuso atacarlos, como efectivamente lo verificó en la mañana del día siguiente.

Sorprendidos en su guarida del potrero, los Charrúas como de costumbre se dispersaron en grupos al parecer aterrados y sin intención de volver al combate.

Pero no fué así, el grupo mayor perseguido por Rivera volvió cara, cargó á sus perseguidores, destrozándolos, y matando al referido coronel Rivera, al comandante D. Pedro Bazan, al alferez D. Roque Viera, y á nueve de los soldados—El resto de la partida de Rivera huyó refugiándose en el bosque.

El hecho empezó en un potrero del Arroyo Arapey denominado del *Yacaré*, y se desarrolló ocho leguas hácia las puntas de este río.

He aquí los detalles de la muerte de aquel Jefe, según los documentos oficiales, é informes más caracterizados

de aquella época. La casualidad tuvo gran parte en el hecho, como se verá.

Recojidos los dispersos y familias de la Colonia, Rivera disolvió las milicias que se le habían reunido, considerándolas innecesarias. En consecuencia se dirigía de regreso á Tacuarembó, cuando le avisaron la invasión del indio *Agustín*, por las inmediaciones del Cuareim.

Esto le obligó á retroceder, y dirigiéndose al punto indicado, se encontró con los bárbaros que repasaron desde luego al Norte de aquel Río. Después de oficiar al Jefe de la frontera limítrofe Bento Manuel Riveiro, comunicándole que los indios entraban en su jurisdicción, se ponía en marcha, cuando fué nuevamente advertido, que una tribu de Charrúas se encontraba en las cercanías.

Informado del número de los indígenas, y de la posición que ocupaban, Rivera encontró insignificante la empresa facilitando por demás su éxito, y despachando sus caballadas para alijerarse, redujo su fuerza á 46 hombres inclusos los oficiales que eran cuatro, y de los cuales solo uno logró escapar. Con esta gente avanzó los toldos, dispersó como ya hemos dicho antes á los bárbaros; se apoderó de la chusma que dejó escoltada, y emprendió la persecución de los restos, que tomo rumbos á las puntas de *Carpintería*, no pasando el grupo perseguido de 15 á 20 indios más ó menos. En esa persecución Rivera logró ponerse encima de los bárbaros, que siempre manifestando gran terror huían lanzando alaridos salvajes, dispersándose en todas direcciones, á término que el grupo mayor, que era donde iba el cacique, no alcanzaba

á doce hombres. En tal estado la fuga se convirtió en carrera, y esto fué lo que perdió á D. Bernabé.

Los indios conocieron que los caballos de sus perseguidores no continuarían una legua más, y que el número de éstos que les perseguía se había reducido notablemente, á consecuencia de haber quedado á retaguardia porción de soldados á quienes se les habían parado completamente los caballos, que no habían mudado, y eran los que sirvieron para la marcha de toda la noche.

Entonces pusieron los indios en juego su táctica salvaje, comunicándose por medio de alaridos, con los grupos pequeños que huían á la vista, y que empezaron á concentrarse hasta el número de 15 ó 20, cargando en el acto tan rápidamente á Rivera, y los pocos que le seguían, que no tuvieron ni el tiempo necesario para echar pié á tierra, y defenderse en pelotones de tres ó cuatro hombres. Todos estaban diseminados, y el que pudo contar con su caballo, se refugió en el bosque tratando de salvar su vida de una muerte segura y bárbara. Fué entonces que tuvo lugar aquella carnicería.—Los bárbaros tomaron á sus perseguidores diseminados, y empezaron á agruparse de cuatro y cinco para matar á uno, cuyo suplicio á *bolazos* y lanzadas, tuvo un carácter horrible.

En los momentos de tan terrible carga, Rivera volvió el caballo y trató de evitarla reuniéndose á sus soldados, pero un diluvio de boleadoras le cayó encima, y su caballo aún cuando no fué boleado, rodó á poca distancia. Rivera tuvo la suerte de *salir corriendo*, y ya el sargento Gabiano le arrimaba su caballo para que saltase á la

grupa, cuando se pusieron encima los bárbaros, exclamando á gritos ¡Bernabé! ¡Bernabé!—y empezaron á matarle á lanzadas y golpes de bolas.

Mas adelante había echado pié á tierra el comandante Bazán, y vendía cara su vida, pero sucumbió al número, así como el alférez Viera, y nueve soldados, que fueron también muertos aisladamente, y sin cuartel.

Mientras mataban los indios á Rivera, gritaban en medio de una algazara horrible—¡Queguay! ¡Queguay!—Indios hermanos muertos! Cacique *Vencel!* Matando amigos!

Los Charrúas venían mandados por el cacique *Sepe* y un indio llamado Bernabé, que había criado como hijo el mismo coronel Rivera, y de quien recibió este desgraciado jefe, el primer golpe de bola en la cabeza.

ANTONIO DIAZ.

EL GENERAL JUAN A. LAVALLEJA

(Fragmentos de un discurso)

El general Lavalleja personifica la última evolución de nuestro tránsito á la libertad, evolución original que burla hasta las mismas previsiones de su iniciador, dislocando el equilibrio sud-americano de entonces, para dar existencia á una entidad nueva, cuya capacidad moral y legal para la vida independiente fué desde luego indestructible. Porque cuando en pós de aquel estrépito de armas y discusiones que había ensangrentado los campos y atronado el espacio, surgió potente y severa la Constitución de 1830, no había triunfado solamente Lavalleja, sinó que triunfaron todas las aspiraciones y los ideales sin escluir el esfuerzo salvaje del charrúa en defensa del suelo de la Pátria, ni la resistencia cívica de los Cabildos para dar formas regulares al gobierno, ni el grito de la

primera Junta revolucionaria de América reunida en 1806 en Montevideo, ni la guerra de Artigas, todavía más grande por la pavorosa magnitud de sus derrotas, que por el brillo de sus victorias inmortales.

Mientras el general Lavalleja peleaba y vencía con sus compañeros, los legisladores y los estadistas uruguayos elaboraban paralelamente la organización institucional destinada á complementar las victorias del héroe. Debido á ese doble trabajo, la Cruzada de los Treinta y Tres no fué un movimiento militar, sinó el alzamiento de un pueblo que sancionaba sus derechos en la ley y los afirmaba en el campo de batalla, sin que tuviera el empleo de las armas otro designio que doblegar la resistencia de sus dominadores. Por eso es que al triunfo militar del caudillo, no se siguió su triunfo personal, sinó la victoria de las instituciones libres, cuya suerte, á pesar de los vaivenes del tiempo, quedó desde entonces irrevocablemente fijada.

Desde el día en que nos presentamos al mundo con el código escrito de nuestras libertades, fuimos una Nación, y no solamente lo fuimos porque así rezaba en una hoja de papel deleznable, sino porque lo demostramos en la guerra y en la paz, dentro y fuera del territorio nacional, durante medio siglo de prueba en que pusimos á concurso todas las energías para someter y encauzar nuestros propios ímpetus desordenados.

Tal es el significado que tiene la Cruzada de los Treinta y Tres, como coronamiento de la obra de nuestra independencia.

Pero, si esta es la fisonomía del episodio, no menos original resulta la del hombre que lo realiza. El general Lavalleja no fué un estadista ni un táctico, fué sencillamente un héroe, en la acepción llana de la palabra. Como todos los héroes tenía el aturdimiento genial que excluye la reflexión y que solo es grande cuando toma consejo de sí mismo en el peligro. Oficial oscuro en las postrimerías de la guerra de Artigas, llama repentinamente la atención del país al caer prisionero de los portugueses luchando él solo contra un escuadrón. Su figura varonil se destaca por el hecho entre la multitud guerrera de su tiempo, y todos presienten que aquel brazo formidable será capaz de esgrimir la espada de la República cuando suene la hora de las reivindicaciones. Y cuando sonó efectivamente esa hora, las hazañas militares, del caudillo, elevaron el presentimiento del pueblo á profecía y la esperanza de las multitudes á realidad.

Conozco entre sus hechos íntimos, algunos cuya sencillez aquilata el temple de su alma. Llovía á cántaros el día 25 de Agosto, cuando el general Lavalleja llegó á la casa donde le esperaba reunida la asamblea que iba á decretar nuestra libertad. En el interior de las habitaciones, la esposa del general Rivera y otras señoras, luego de saludarle y felicitarle, le instaron á que cambiase de ropas, antes de entrar al salon de actos. «Gracias, señoras, eso lo haré despues que tengamos Pátria»; y penetrando donde los Diputados le esperaban, saturado del lodo del camino y chorreando agua el uniforme, hizo entrega del mando á los Representantes

del pueblo, que desde aquel día vincularon la Revolución á la legalidad.

La llaneza de sus costumbres, escluía todo boato en su porte, aún cuando ocupara las más elevadas posiciones. Siendo General en jefe de los ejércitos republicanos, después de la caída de Alozar, llamó á su alojamiento á uno de los jefes argentinos de más nota, y como le recibiera en traje de confianza, el aludido que venía rígidamente enfardado tomó pié del incidente para retirarse, declarando que esperaba un recibimiento adecuado á su categoría. Lavalleja por toda contestación, vistió su mejor uniforme, se ciñó la espada, envió á buscar nuevamente al autor del desacato, y después de escuchar de sus lábios que ahora sí reconocía la persona del general en jefe y esperaba sus órdenes, le contestó con calma: «La única órden que debo trasmitirle, es que marche Vd. arrestado por no haberme reconocido á tiempo.»

Su espíritu estaba exento de aquellos rencores que envenenan la existencia, y no tenía ambiciones personales, como lo demuestra el hecho de haber servido á órdenes de sus tenientes en el período que siguió á su primitiva grandeza. La embriaguez del peligro era su único vício, porque héroe al fin, obedecía como todos sus congéneres á esa sedución brillante de las batallas que es la ambición y el alimento de las almas como la suya.

Convulsiones políticas inherentes á un estado social incompleto, oscurecieron durante las guerras civiles la figura del general Lavalleja, pero en el fondo, siempre hubo por ella, según lo demuestra la tradición no inte-

rrumpida de los recuerdos, una viva simpatía popular. De niños hemos recojido en el hogar y en la escuela los ecos de una tradición, y hoy la fortificamos como hombres frente al juicio imparcial de la posteridad que la consagra.

FRANCISCO BAUZÁ.

(1890)

BATALLA DE SAN SALVADOR (*)

....
....

Entre tanto, saltaba Garay en tierra uruguaya, medio ahogado y transido de fríc, habiendo sido sacado del agua por algunos indios de su escuadrilla que le vieron caer en momentos de poner pié sobre las riberas de San Salvador donde aportaba lleno de ansiedades. Traía 30 arcabuceros y 12 soldados de caballería que desembarcó con pérdida de un caballo, á más de los hombres de mar, milicia brava toda ella, como que era elegida de entre los soldados con que se le cometió la fundación de Santa Fé, y contra los cuales acababa de estrellarse el valor de Terú y sus compañeros recientemente vencidos. Aunque era malo el campo donde colocó su gente y poco lucida la situación de todos, su ánimo se templó al verse

(*) Fragmento inédito correspondiente á la 2.ª edición de la *Historia de la Dominación Española en el Uruguay*.

libre de los peligros del mar en los cuales estaba amenazado de sucumbir sin brillo, y trató de consolar á los suyos haciéndoles presente la proximidad en que estaban del puerto donde ya había una guardia española, la posibilidad de llegar á aquel destino luego de reponerse un poco.

La noche se pasó tristemennte. Escasos de provisiones, reposando sobre un terreno empapado por las lluvias, sin defensa contra el viento que soplaba de continuo, verde y mojada la leña del bosque cercano, los soldados se recostaban unos contra otros tiritando, sin atreverse á dormir por el sobresalto de ser sorprendidos. La llamarada caprichosa de alguno que otro fogón mantenido á rigor de constancia, hacía más sombrío el aspecto del campo, y el piafar de los caballos juntándose á los mil ruidos siniestros que la soledad produce, acentuaban el tono fantástico de aquel cuadro viviente. Los soldados españoles y su jefe, poseídos de la ansiedad que precede al último peligro, sentían aproximarse la hora decisiva de su vida.

Así trascurrió aquella noche precursora de grandes sucesos. Apenas alumbró el alba, comenzó á sentirse el ruido lejano de multitudes que avanzan; después se hizo más perceptible el rumor, y por último apareció un ejército en aire resuelto de combate. Eran los charrúas, al mando de Zapican, formados en siete grupos, cuyo número pasaba de 1000 hombres. Emoción desagradable causó entre los españoles aquella súbita acometida, pero Garay, mandándoles tomar las armas, les dijo con tranqu-

lo continente mientras formaban: *Amigos! no resta otra cosa que morir ó vencer; esperemos pues con valor al enemigo!*

Emboscó el caudillo español su caballería con el designio de lanzarla sobre los charrúas en lo más duro de la refriega, y colocándose él mismo al frente de los soldados restantes que eran arcabuceros y ballesteros, se adelantó con miras de hacer una retirada falsa que atrajera á los indígenas al lugar de la emboscada. Pero Zapican no avanzó, según lo suponía Garay, burlando así el ardid de su adversario. Llevados entónces los españoles de su natural ardimiento, embistieron al grito de *¡Santiago!* á un cuerpo de 700 charrúas, desbaratándolo. Acudieron en socorro de este cuerpo 100 flecheros que eran la flor de las tropas indígenas, pero cortados por la caballería que se echó á gran galope sobre ellos, fueron deshechos, malogrando el movimiento envolvente que deseaban ejecutar sobre el enemigo.

Se hizo general entónces la batalla, porque cargaron todas las fuerzas charrúas sobre los españoles, poniéndoles en terrible trance. Descompuesto el órden de las líneas, chocaron y se confundieron los combatientes, sustituyendo el estrago de los proyectiles y de las armas arrojadizas, por el blandir de las espadas y las mazas, de las lanzas y las macanas con que se batían en el ardor del entrevero. Tabobá y Abayubá corrieron hácia Antonio Leiva que á caballo asestó un lanzazo al primero en el pecho, pero el herido se aferró á la lanza con tal ímpetu que hubiera volcado á Leiva, si á esta sazón Juan Menialvo acometiendo por la espalda no hubiese hacheado al

indio cortándole una mano, miéntras se reponía Leiva y le ultimaba.

Furioso Abayubá de la muerte de su amigo, se abalanzó sobre Leiva, más éste le atravesó el vientre de una lanzada, y queriendo el charrúa pelear aún, se asió á la rienda del caballo del castellano sin soltarla hasta morir.

Por todos lados, igual exasperación. Sucedíanse los golpes á los golpes, que cada uno iniciaba ó devolvía sin cuidarse del número ó la calidad. Era una lucha afanosa y sañuda donde todos se batían por igual. Tocó su turno á Zapican, que al ver tendidos sus dos más fuertes guerreros, intentó vengarles, pero chocando contra aquel Menialvo cuya espada mutilara á Tabobá, fué victima á su vez del matador de su amigo. Igual suerte corrieron Anagualpo y Yandinoca, muertos á manos de Juan Vizcaino otro soldado de caballería. Magalona, después de haber arrancado la pica á un enemigo, murió luchando contra seis españoles, uno de los cuales, llamado Osuna, le apuñaleó desde arriba del caballo cuyas riendas pretendía cortar el indio con los dientes.

Viendo Garay que la lucha no cesaba á pesar del destrozo que su caballería había hecho en las filas charrúas, cargó personalmente sobre un cuerpo de reserva que aún permanecía entero, pero al embestir, fué herido en el pecho y le mataron el caballo. Acudieron sus soldados de prisa á socorrerle proporcionándole otro bridón, con lo cual se restableció la moral de las fuerzas españolas. Entonces, comprendiendo los charrúas que la batalla no se decidía al quedar vivo Garay y habiendo ellos perdido

sus mejores jefes y 200 soldados, tocaron retirada, alejándose de aquel funesto campo en el cual celebraban los españoles la más insigne victoria que en su concepto habían obtenido en estos países. Retiráronse ordenadamente los indíjenas, y los españoles por su parte, á pesar de las ventajas de movilidad que les daban sus caballos, no les persiguieron.

FRANCISCO BAUZÁ.

NUESTRA INDEPENDENCIA

(Fragmento del Estudio sobre Juan Cárlos Gomez)

Cuando se produjo la invasión de Lavalleja al territorio Uruguayo, los Estados cuyo interés político hería de distintas maneras aquella invasión, se encontraban en preponderancia señalada. Regía el imperio del Brasil don Pedro I, soberano originario y descendiente de aquella ilustre casa de Braganza, á quien Portugal debe la libertad é independencia, y en cuyo vástago el Brasil, trasformado ya en nación, había depositado las riendas del Gobierno. Era don Pedro de condición política muy sagaz, y los sucesos le acreditaron más tarde con aplauso de gran soldado. Había hecho prácticas durante el gobierno las más acentuadas aspiraciones de la mayoría de su país adoptivo, promoviendo la ratificación por la Metrópoli de la independencia brasilera, dando una Constitución al Imperio, sofocando la revolución republicana, y realizando el dorado sueño de incorporar á sus Estados todo el terri-

torio uruguayo, profundo y permanente objeto de los hombres políticos portugueses y de sus sucesores.

Por su parte la República Argentina, aunque menos habilitada que su rival para calzar el coturno de las naciones fuertes, presentaba sin embargo, por sus recuerdos militares, sus recientes tratados de pacificación con el extranjero y sus tentativas de organización gubernativa, una fuerza moral muy ponderable. Había guerreado victoriosamente contra la España y ahora entraba en tratos con ella para reanudar las relaciones rotas con motivo de la separación originada por la independencia. Además, los brillantes triunfos de Bolivar y Sucre en Junin y Ayacucho, ponían fin al dominio español en América, robusteciendo de paso la acción del gobierno argentino, sea para negociar, sea para organizarse. Por último, un hombre político muy sonado, don Bernardino Rivadavia, dirijía los negocios de su país desde el Ministerio, y se dejaba sentir ya, que muy pronto los dirigiría desde posición más elevada.

En estas circunstancias, pisó Lavalleja el Arenal Grande. No acompañaban al caudillo uruguayo más que treinta y dos compañeros, señal inequívoca de la escaséz de sus recursos. Ningun apoyo exterior daba á su empresa colorido de éxito. Todo cuanto se hiciera anteriormente para independizar al Uruguay, había fracasado del modo más desconsolador. Una misión enviada ante Bolivar por ciudadanos de Montevideo, recibió la simulada repulsa de entenderse con el gobernador de Córdoba!—Una revolución producida por el coronel Bauzá en

Buenos Aires, á fin de colocar un gobierno simpático á los uruguayos, dió por resultado la aprehensión de aquel jefe y su entrega á los portugueses!—Una tentativa de negociación de don Santiago Vazquez para aprovechar la disidencia momentánea de Portugal y el Brasil, salvando siquiera nuestra autonomía de Provincia argentina, sucumbió al iniciarse!—Lavalleja pisaba el suelo de la pátria, abandonado á su fortuna, contando con posibilidades aleatorias, empeñado á semejanza de Trasíbulo en una facción que no tenía otra salida lógica que el desastre, otra escusa que la desesperación, otra recompensa probable que la muerte.

Bajo tales auspicios comenzó la esforzada contienda de los Treinta y Tres, que debía devolvernos nuestra independencia nacional perdida, dignificándonos con la fundación de instituciones republicanas. Dios había querido que los sufrimientos de un pueblo honrado, generoso, varonil y sobrio, no se esterilizasen por el capricho de los hombres; y que la constancia y las virtudes desplegadas en tantos años de combates, encontraran al fin la recompensa que merecen el patriotismo trasmitido de generación en generación, y el sacrificio aceptado sin réplica por los herederos de un infortunio de tres siglos.

Comenzó la lucha—¿Cuáles eran los elementos del Brasil en el Uruguay? 12.000 hombres en las fronteras de la Provincia de Río Grande; 5.000 en Montevideo; 1.000 en la Colonia; 1.000 en Maldonado y Gorriti; 500 en las islas de Lobos. Total, 19.500 soldados veteranos de todas armas, y el dominio exclusivo del país.—Contra

esta masa de elementos organizados debía luchar en primer término Lavalleja, que no tenía consigo más que un puñado de compañeros, sin otra fuerza moral que su heroismo, ni otros recursos materiales que unas cuantas cañas tacuaras con cuchillos en la punta.

Pero había en segundo término otro obstáculo, que disminuía la poca fuerza moral de los Treinta y Tres.—El gobierno argentino se mostraba contrario á la empresa, ostentando conducta muy parecida á la que ostentara en 1817 cuando los portugueses concluyeron con Artigas.

....

Es evidente, pues, que Lavalleja entraba á la lucha, chocando de frente con la hostilidad militar y política del Imperio del Brasil, y con la desconfianza fría y acentuada del gobierno argentino. Por más que el caudillo uruguayo se propiciase la alianza de Rivera, decidiendo con ella el pronunciamiento pleno de elementos nacionales, esto no le quitaba de encima la enemistad de dos naciones poderosas que acechaban sus pasos para aprovechar el primero de sus desastres. De ahí que Lavalleja se viera en la necesidad de transar con las circunstancias, convocando una Asamblea en la Florida, que declaró á la Banda Oriental del Uruguay independiente del Brasil é incorporada á la Confederación Argentina. Se ha dicho sin embargo, que esta Asamblea fué traidora á su misión; y comprometió los intereses que le estaban confiados. Así se juzgan los actos de los hombres y se perpetúan las ingratitudes de los pueblos!

La Asamblea de la Florida procedió con las grandes

zas de un patriotismo sin tacha, y con las vistas profundas de una política elevada. Encontró delante de sí una nación poderosa que la era hostil, y otra nación pujante que iba á serlo. No tenía en su apoyo al instalarse, otros recursos que una fuerza moral de dudosos quilates, y una fuerza material que sumaba ochocientos *gauchos*. Colocada en situación tan árdua, rompió de frente con el Brasil que era el enemigo más terrible, y trató de comprometer en su favor á la República Argentina, presentándola las probabilidades de un engrandecimiento territorial. Esta política surtió todo el efecto deseado, luego de saber en Buenos Aires que habíamos ganado las batallas del Rincón y Sarandí. Aturdidos los argentinos por una promesa que parecía tener propicia á la victoria, admitieron en el Congreso á don Javier Gomensoro, Representante del Uruguay, resolviendo desde luego su intromisión en nuestros asuntos y su hostilidad contra el Brasil. Tal fué la historia de los trabajos de la Asamblea de la Florida.

La entrada de los argentinos á la contienda, determinó una nueva faz de la cuestión. Ellos se habían presentado venciendo en Ituzaingó, y ahora hablaban como dueños en los consejos de la diplomacia. Haciáseles poco llevadero perder una Provincia que consideraban como suya desde abolengo, y no se avenían á ninguna negociación que no complementase su triunfo. Por su parte los brasileros, pecaban por iguales inquietudes, y consideraban con razón que era un asunto de preponderancia para su país y de corona para su soberano, el perder ó ganar

el territorio del Uruguay. Comenzáronse pues, aquellas largas negociaciones lo que cada uno de los dos rivales pretendía engañarse, ora proponiendo que este país fuera un gran Ducado, ora que fuese una provincia federalizada, ó en último caso que se neutralizara por cinco años. Todo esto no hizo más que embrollar la situación poniendo de manifiesto que ninguno quería abandonar la tierra donde había sentado sus reales; pero demostrando también que tanto un rival como el otro eran impotentes para imponer su voluntad si el pueblo dueño de la tierra en disputa, no les ayudaba. La anarquía se pronunció en toda la línea.

Entónces tocó al pueblo Uruguayo decir la última palabra. De entre los escombros de tanta ruina, se levantó sañudo el verdadero partido de la revolución, hizo á un lado á los contendientes extranjeros, y tremoló impávido el estandarte de la independencia. Rivera escapado providencialmente á las órdenes de prisión del gobierno de Buenos Aires y á los fogonazos de los soldados de Oribe, invadió y conquistó las Misiones, levantó un ejército, apoyó al gobierno nacional instalado en la Florida, y se presentó como la expresión característica de nuestros deseos y de nuestras esperanzas. Desde aquel momento, todo quedó concluído, llevando cada uno en lote los designios de la suerte: nosotros, la independencia; don Pedro de Braganza la proscripción; Buenos Aires, la tiranía de Rosas. El drama había tocado á su término.

FRANCISCO BAUZÁ.

EL GAUCHO

(Fragmentos)

Entre cien individuos agrupados en el campo, se conocerá inmediatamente á un verdadero gaucho por más pobre que él sea: su caballo ensillado con esmero, tuzado y acepillado; su persona limpia, sus prendas de vestir colocadas con gracia sobre el cuerpo; sus cabellos y barbas largos, pero peinados y cuidados, y en fin, aquel aire atrevido y simpático á la vez, que parece decir á todos «Yo soy el dueño de la tierra, ustedes no son más que gringos», es lo que le dá á conocer.

.......El gaucho solo es amigo de sus amigos, es decir de sus iguales, y á los demás ó los respeta ó los desprecia: los respeta si son inteligentes ó bravos; los desprecia si son simples, cobardes ó hablantines. Por lo general el gaucho es reservado y comedido con las gentes que no conoce: el temor de decir algún disparate que le deje en ridículo, le contiene de hablar ante extraños. Como él mismo lo dice, *no da á conocer su juego á dos tiro-*

nes, lo que equivale á expresar que solo acostumbra á abrir juicio sobre lo que sabe y ante personas que trata de continuo. La guitarra y el canto lo divierten sobremanera, y es capaz de escuchar sin fastidio durante toda una noche á un guitarrista. Tiene como los charrúas la voz floja, y afecta como ellos un aire circunspecto cuando desea entender con propiedad lo que le dicen y le interesa. No le gusta apresurarse cuando está en marcha, y se da el lujo de soportar el rayo del sol al tranco de su caballo.

Para alabar como para vituperar las personas y las cosas, tiene recursos de lenguaje, giros poéticos, expresiones originales, que hieren los sentimientos penetrando de un modo especial en la inteligencia. Sin cuidarse de completar sus frases, las enuncia por medio de comparaciones y de referencias que á pesar de su sencillez vulgar, tienen comunmente un alcance profundo. Así para expresar que un hombre es valiente, dice él: *es como las armas;* que un hombre es vivo, *es como luz;* para hablar de una mujer linda, *es como las estrellas;* para indicar un caballo rápido, *es como águila;* para elogiar á un individuo firme que no cede á los embates de la mala fortuna, *es como cuadro.* Cuando habla de su caballo, le llama *mancarrón*, á su mujer *la china*, á sus amigos *aparceros*, á los muchachos del campo *charabones.* Si le entusiasma alguna aventura heróica que le cuentan, demuestra su admiración por el héroe con esta exclamación: *¡Ah criollo!* Si él narra algún lance en que un ginete bien montado evitó un sablazo ó una lanzada, ladeando el

caballo, dice que *soslayó el pingo.* No dice «tome usted» sino *velay;* al mate le llama *el verde,* á la botella *limeta,* á los tragos de caña ó de ginebra *gorgoritos,* á un buen caballo de paseo *flete,* al telégrafo eléctrico *el chismoso,* al ferro-carril en señal de admiración el *bárbaro.*

Pero donde agota todo el repertorio de sus dichos, es en la enumeración de las calidades de un caballo que estima, y así dice: es aseadito para andar, es liberal, es el peón de la casa, es mi crédito, es un trompo en la rienda, es manso de abajo, es seguidor en el camino, es liberal por donde lo busquen, es caballito mantenido, orejea como guanaco en cuanto divisa, es de buena vuelta, para el lazo es como cimbra, es escarceador y aseado, á donde quiera endereza, etc.

En la conversación familiar y cuando desea mostrarse cariñoso, sea con los que están presentes ó con algún amigo cuyo recuerdo le asalta, emplea términos de su invención ó diminutivos que dan una flexibilidad singular á las palabras. Así á un hombre entendido en el baile ó la guitarra, ó muy sobresaliente en el juego, el canto ó las carreras de caballo, le llama *taura.* Á un amigo de valor personal reputado, si es viejo, le llama *viejito quiebra* y si es joven *indio crudo.* Á un parrandero que poco pára en su casa, le denomina *hombre gaucho.* Si juega de manos con algún aparcero y llega á tocarle el cuerpo, en el acto exclama: *¡oígale el duro y se duebla!* Si le choca el modo de proceder de alguno, ó las palabras que dice ó las armas que trae *¡miren con que carta se viene á baraja!* Si pide algo á mujeres: *hágame el favor de darme eso por*

su vida. Si pregunta su nombre á alguno, y éste responde soy fulano para servir á usted, él le replica: *para servir á Dios.* Si entra á una pulpería y le convida un extraño: *gracias amigo, á pagar lo que guste.* Cuando da las señas de un paraje cercano, no dice más allá sino *más allasito*; cuando se despide de los que estima no dice adios, sino *adiosito;* cuando quiere afirmar que no conoce absolutamente nada de un asunto dice: *no sé cosísima ninguna!*

Sobresale también en buscar el lado ridículo de las cosas, y sus sátiras son á veces divertidas, pero en las más de las veces sangrientas. Del hombre que sale poco de su casa, dice: *como peludo en la cueva;* al individuo de ciudad le llama *maturrango;* al extranjero *gringo;* y en algunos casos *nación.* Tiene refranes particulares de su cosecha para caracterizar todas las circunstancias en que se ven aquellos á quienes profesa ojeriza. Cuando alguno ó algunos individuos que no son de campo, se presentan á participar del asado que arde en el fogón, el gaucho que sabe bien que van á estropear la carne, dice: *ya cayeron los chimangos!* Si alguno habla ó hace alguna cosa mal: [illegible] *sobe la guasca contra el pelo.* Á los caballos de sobrepaso les llaman *caballos de médico*, y si encuentra algún individuo montado en un caballo de esa laya, le saluda con mucha formalidad, diciéndole: *adios doctor.* A su enemigo le llaman *sotreta;* al caballo de su enemigo *matungo;* á las armas de un enemigo *armas solas.* Para significar que una división ó un escuadrón huyó del campo de batalla sin pelear, dice: *esa gente se fué de arriba;* para ridiculizar al jefe de la gente huidora: *disparó en la puntas*

y si el jefe es su enemigo: *castigó el caballo hasta con el sombrero.* A los agrimensores les llaman *pilotos;* á los demás hombres de ciencia *físicos.* Cuando alguien roba alguna cosa, dice: *de arriba no lleva golpe.* Si duerme en un campo de batalla después de una victoria, al recojer sus prendas de montar para hacer la cama dirijirá á sus compañeros esta frase significativa: *caballeros muertos no hablan, pero roban cojinillos,*

Las tres grandes pasiones del gaucho son: el juego (naipes, taba y carreras), las mujeres y la guerra. Sus vicios son: el mate, el cigarro y el baile. El juego acorta los largos días de holganza campestre, las mujeres suavizan la aspereza de su carácter eerril, y la guerra ejercita su espíritu aventurero. Cuando no juega, enamora ó pelea; fuma, toma mate ó baila. Su modo de dormir es un misterio, y hasta parece que el sueño no fuese para él una necesidad. Tiene el más completo desprecio por los dormilones, asi es que de los que duermen siesta antes del medio día, dice *que duermen la siesta del burro,* y cuando quiere satirizar á alguno que ha sido desgraciado en la guerra, dice: *que lo agarraron durmiendo.*

. . . .

Se comprende sin esfuerzo, que semejante modo de vida ha comunicado una virilidad asombrosa á las poblaciones de la campaña, y si ellas adolecen de grandísimos defectos en cuanto á las nociones de la existencia regular y ordenada, les sobra energía para afrontar los peligros que aman á falta de mejores pasatiempos. De la misma manera se esplica el imperio de los caudillos sobre tales

gentes, puesto que siendo el gaucho un hombre sumamente frugal y sumamente medido en sus exigencias nunca ha solicitado de sus jefes cosas que no pudiera él mismo tomarse por su mano. Un pedazo de carne, en país donde hay vacas por millones, una lanza cuyo cabo se arranca de un monte de cañas y cuya moharra se forma con un cuchillo viejo, un poncho que se adquiere en todas partes, un caballo que el hombre trae sin que se lo digan, porque tampoco puede vivir sin él: he ahí todo. Al caudillo no le pide más que el valor personal si triunfa, sus gentes le abandonan el poder y la influencia que nunca han codiciado, porque no sabrían que hacer de ellos: si es vencido, nuevo motivo de agradecimiento por haberles proporcionado aventuras que narrar. Se comprende también que sobre tales soldados, las palabras de un general medido no hagan efecto alguno, y que mucho más aptos para vencer se encuentren bajo una mano de hierro que con un retórico al frente. Por eso las arengas de nuestros generales respiran cierta ironía insolente y soberbia, como esta de Fausto á sus soldados al dar una carga desesperada: *Quitarse los ponchos que en el otro mundo no hace frio!* y esta otra de Rivera á su ejército sorprendido pocos días antes de Cagancha: *Ea ¡cobardes no disparen!* y esta otra de Flores al iniciar la batalla de Coquimbo: *El que tenga miedo, que se vaya!*

....

El *poncho* muy superior á la capa española por la facilidad de cubrirse con él y la soltura en que deja los movimientos el *chiripá* que aventaja al pantalón para e

hombre que está todo el día á caballo, la bota de potro, fabricada por el mismo con un cuero de ese animal y cómodamente dispuesta para no estrecharle; el pañuelo del cuello que sirve de adorno y además de filtro para tomar agua en los arroyos y cañadas, por cuya razón siempre es de seda; el lazo, las boleadoras y el facón, que sirven para defenderse del hombre y de los enemigos; el recado con todas sus *pilchas* que constituyen la silla y la cama del viajero, hacen que el gaucho así vestido y pertrechado lleve consigo á donde quiera que vaya sus menesteres, su casa y su fortuna.

. . . .

Se ha dicho que el gaucho es supersticioso, preocupado y fanático. Hay algo de verdad en esto, pero no tanto que pueda escribirse sin esplicación. Cree en los aparecidos ó muertos resucitados, á quienes denomina *pantasmas* en vez de fantasmas, y si cree en ellos es porque no hay ningun forajido del campo que haya dejado de contar con mucha seriedad aventuras de muertos que le han perseguido en los montes, ó se le han cruzado por los caminos, ó le han despertado á la siesta sacudiéndole el cuerpo. Sus ideas religiosas, sin embargo son tiernas. Del culto católico bajo el cual ha nacido, lo que mejor comprende es la adoración de la Vírgen á quien llaman la *Inmaculada* y también *Nuestra Señora*: Como nunca se ha humillado ante nadie, cree que cada vez que se arrodilla delante de la Vírgen, le son perdonadas sus culpas. Cuando vá al templo, lo que no es muy frecuente, porque no hay muchas iglesias en él campo ni el llega

con facilidad á los pueblos, la pompa del culto católico le embelesa y suelen rodar lágrimas por sus mejillas, al escuchar esa música solemne y melancólica con que nuestra religión hace penetrar sus misterios hasta el fondo del alma de las gentes sencillas. Allí permanece abismado hasta que la ceremonia concluye; después se retira, pasea por el pueblo, y durante quince días no habla de otra cosa entre sus amigos que del cura viejo que ofició en la iglesia, del incienso y de la música.

No ha faltado quien niegue al gaucho patriotismo, y hasta se le ha hecho aparecer como el sostenedor de todas las tiranías. Esta opinión es una de las tantas que se emiten sin fundamento y se generalizan por la misma razón de que nadie las somete á un análisis. Gauchos eran aquellos Dragones que bajo el mando de uno de los Artigas batieron á Bustamante en San José; gauchos aquellos Blandengues que echaron pié á tierra contra los veteranos de Posadas en las Piedras; gauchos aquellos muchachos que doblaron las huestes imperiales en Sarandí, y aquellos escuadrones que desnudos y con el sable en la boca se arrojaron al agua para asaltar los parque brasileros de la isla del Vizcayno; gauchos aquellas nubes de ginetes que rompieron y destrozaron el ejército de Echagüe en Cagancha; gauchos los seiscientos orientales que se dejaron degollar en India Muerta por Urquiza sin articular una palabra de sumisión; gauchos los que defendieron con Blanco y Fausto la ciudad del Salto contra un ejército; y después de haber hecho prodigios se retiraron á pié por entre los montes. A semejantes hombres que

se han batido sin pedir recompensa, concurriendo voluntariamente á las filas, no puede negársele el patriotismo. Tampoco puede negarse á quien de esta suerte procede, el instinto y la pasión de la libertad.

De todo lo dicho puede concluirse, que el gaucho es el tipo primitivo de la civilización uruguaya, con todas las virtudes y con todos los defectos que ella presentaba en los primeros días de su borrascosa infancia. Tal como hoy vive y se desarrolla el hombre libre de nuestros campos, tal vivió y se desarrolló nuestra raza en la época laboriosa que presidió á los primeros rudimentos conscientes de su personalidad, y á los primeros ensayos de su vida propia. La triple fusión de la sangre charrúa, española y portuguesa, presentó por resultado el tipo original que acaba de bosquejarse; inteligente, impetuoso, caballeresco, á la vez que supersticioso, peleador y lleno de sí mismo.

FRANCISCO BAUZÁ.



LA FIESTA DEL MONUMENTO

EN PAYSANDÚ

(Fragmento de un discurso)

Recojo en mi corazón, de los purísimos labios de la infancia, las últimas notas de ese himno cuyas estrofas valientes y severas resuenan como golpes de un escudo guerrero en mis oídos, ya habituados á la enervación y á la molicie; y evocan involuntariamente en mi espíritu los gloriosos recuerdos de este sitio, un día no lejano convertido en altar sangriento de heróico y sublime sacrificio.

La solemnidad del sitio se agrega á la solemnidad del momento, y me siento débil y pequeño para interpretar el pensamiento de la Comisión que tengo el honor de presidir—débil y pequeño para poner mi palabra á la altura de los sentimientos que agitan sin duda al pueblo congregado.

Dentro de breves instantes el hilo eléctrico nos anun-

ciará que queda inaugurado en la Florida el monumento á la Independencia de la República.

El fausto mensaje circulará á la vez en todos los pueblos de la República, y todos los corazones verdaderamente orientales, por el nacimiento ó por la simpatía, vibrarán unísonos, cual movidos por los efluvios de esa electricidad moral ó con que el amor á la patria une á todos los buenos hijos de una misma tierra.

Nosotros, que hemos adorado y levantado tantos ídolos, tantos ídolos de barro! —en los días tempestuosos de la lucha y en esas horas sin luz de la fatiga, no habíamos tenido un solo recuerdo de mármol ni de bronce para honrar á los héroes y conmemorar las hazañas de 1825— Parecíamos poseídos de un patriotismo iconoclasta;—la religión nacional, de culto cívico no tenía un solo templo, un solo monumento levantado en nuestras villas y ciudades—El viajero que las hubiese visitado habría podido preguntarse: ¿qué pueblo es este, que no cuenta en sus anales una de esas tradiciones gloriosas, de todos aceptada, de todos venerada, digna de ostentarse al mundo en mármoles y bronces imperecederos?

De hoy en adelante todos podemos decir: «Viajero! si deseas saber si también tenemos tradiciones heróicas, acércate al monumento que conmemora la independencia de la República.—Habrás visto en otras tierras monumentos más lujosos y soberbios; obra tal vez de los esclavos que regimenta el despotismo para embellecer las cercanías de su alcázar, ó de la ambición criminal que convierte en gloria humana el insensato abuso de la fuerza;—

pero no habrás encontrado á tu paso, condensadas en mármol palpitante por la mano del artista, ni glorias más puras ni grandezas más altas.

Concentrar en el alma un pensamiento santo, un destello del ideal;—poner á su servicio una resolución heroica; romper el molde de los acontecimientos, creándolos por la sola fuerza de la voluntad; arrancar la victoria al carro de los fuertes para uncirla al carro de los débiles;—convertir en realidad viviente, en hecho victorioso y definitivo la utopía de un instante, condenada al absurdo por todos los principios de la lógica y todos los consejos de la previsión y la prudencia,—oh! no puede subir más alto la grandeza humana, y esa grandeza es la grandeza de los *Treinta y Tres* orientales, cuando se lanzaron á desafiar el poderío de un opulento imperio y del gran monarca que sus destinos regía.

Paréceme que veo en este instante sus figuras trazadas por la mano maestra de nuestro gran pintor [1]..... Asoma el sol del 19 de Abril de 1825.—Acaban los héroes de pisar las húmedas arenas que besa el Uruguay; flotan todavía en las costas las débiles barquillas que han cruzado el *Plata* llevando los destinos y la libertad de un pueblo.

Allí están.—Palpita en ellos el alma de la patria, que se expande al respirar sus auras. Un fuego heroico anima sus miradas; una fuerza extraña parece crispar todos

---

(1) Juan Manuel Blanes.

sus músculos; y allí reunidos en indefinible grupo, juran sobre sus aceros inmortales redimir la patria ó sucumbir gloriosamente en la demanda..... Oh! quien pudiera detener el curso inexorable de los tiempos y cerrar el libro fatal de la memoria, para contemplarlos siempre así, jóvenes, gallardos paladines de la patria, antes de que la guerra civil extendiese entre ellos la nube rojiza de los odios y rompiese la santa unidad moral de nuestra tierra, cuando todos eran puros y habria parecido una blasfemia horrible pensar que la vida de aquellos hombres no sería para siempre sagrada é inviolable para nuestro suelo!

El monumento levantado en la Florida no conmemora unicamente la portentosa hazaña de los *Treinta y Tres* orientales. En aquellos grandes días, el ciudadano no fué ménos heróico que el soldado. Casi todos los orientales tenían entonces temple de metal, y al lado del guerrero se alzaba el estadista como firme columna de la patria. Una asamblea era en aquel entonces una fuerza y la conquista sintió extremecerse su poder cuando la Asamblea de la Florida hizo llegar á su oído y proclamó ante el mundo que el pueblo oriental «de hecho y de derecho era libre é independiente del rey de Portugal, del emperador del Brasil y de cualquier otro del universo.» Nunca el derecho y la justicia hablaron un lenguaje más altivo sin otro apoyo eficaz que la explosión de la conciencia humana y del sentimiento patrio, porque entonces, el 25 de Agosto de 1825, la victoria no había sonreido todavía á los patriotas y la empresa libertadora aparecía apenas como una calaverada heroica.

Una marcha forzada habría bastado al poderoso ejército que hacía flamear la bandera auriverde en los muros de Montevideo, para llegar y encontrar indefenso al pueblo donde aquel Senado augusto promulgaba sus decisiones soberanas; más ¡que importa!—en el trance supremo á semejanza de los viejos patricios de la antigua Roma, ellos habrían esperado la cuchilla del invasor á la puerta del recinto que guardaba el eco de sus declaraciones inmortales.

La idea se hizo verbo: el verbo se hizo ley.—Id á cumplirla!—dijeron los próceres de la Florida—y muy luego Rivera la hace imperar con su astucia en los campos del *Rincon*, y Lavalleja resplandecer con su sable en las orillas del Sarandí.

El rumor de ese combate glorioso se dilata hasta la pirámide del pueblo de 1810.—Estaba encadenada la victoria!—Y ella seguía arrastrando nuestro carro y el de los hermanos que en nuestro auxilio acuden hasta el último confin de nuestros mares y hasta el propio suelo de los conquistadores.

. . . .

. . . .

Carlos María Ramirez.

EL OSTRACISMO DE ARTIGAS

(Del libro «Artigas»)

El 23 de Setiembre de 1820, seguido por algunos centenares de sus más fieles soldados, trasponía Artigas la barrera del Paraná, buscando asilo en la Provincia del Paraguay. Tenía entonces cincuenta y seis años de edad, y acababa de vivir más de nueve años en los campamentos, sin apartarse un solo día de su caballo de guerra. Si algunas faltas cometió,—¿cómo pensar que no recibieron suficiente expiación en aquellas horas lúgubres de la partida para el ostracismo eterno?—Sobre las almenas de la ciudad donde había nacido el Jefe de los Orientales flotaba sereno el estandarte portugués, y en la campaña dilatada, teatro de sus mayores hazañas, los cabildos y los gauchos acataban la ley del vencedor. En las provincias donde se le había aclamado Protector de los Pueblos Libres, hallaba ahora la ingratitud, el anatema, los rigores de la misma proscripción, con que lo fulminaba Buenos Aires desde 1814. Había dicho: «no sacrificaré el rico patrimonio de los orientales al bajo

EL OSTRACISMO DE ARTIGAS

(Del libro «Artigas»)

El 23 de Setiembre de 1820, seguido por algunos centenares de sus más fieles soldados, trasponía Artigas la barrera del Paraná, buscando asilo en la Provincia del Paraguay. Tenía entonces cincuenta y seis años de edad, y acababa de vivir más de nueve años en los campamentos, sin apartarse un solo día de su caballo de guerra. Si algunas faltas cometió,—¿cómo pensar que no recibieron suficiente expiación en aquellas horas lúgubres de la partida para el ostracismo eterno?—Sobre las almenas de la ciudad donde había nacido el Jefe de los Orientales flotaba sereno el estandarte portugués, y en la campaña dilatada, teatro de sus mayores hazañas, los cabildos y los gauchos acataban la ley del vencedor. En las provincias donde se le había aclamado Protector de los Pueblos Libres, hallaba ahora la ingratitud, el anatema, los rigores de la misma proscripción, con que lo fulminaba Buenos Aires desde 1814. Había dicho: «no sacrificaré el rico patrimonio de los orientales al bajo

Padre de los Pobres de Curuguayti, entre los que distribuía la mayor parte de sus cosechas y todo su sueldo, prodigando á los enfermos cuantos auxilios estaban en su mano.» *(Ensayo histórico sobre la Revolución del Paraguay* cap. IX) Las investigaciones de la historia no han podido hallar esos *enormes crímenes* cuya tradición oral espantaba á los naturalistas suizos, y solo autorizan á decir que aquel que en el pináculo de la buena fortuna llevaba con orgullo el título de Jefe de los Orientales y el de Protector de los Pueblos Libres, supo realzarse en los oscuros sinsabores de la caída mereciendo el título no menos honroso de Padre de los Pobres!

Pasaron así veinte años. La Provincia Oriental había sido trasmitida como una joya de familia, del patrimonio de Portugal al patrimonio del Brasil. Se habían lanzado los Treinta y Tres á rescatarla, y la habían restituido al tesoro común de las Provincias Unidas del Río de la Plata. En los pueblos orientales, habíase proclamado sucesivamente el régimen unitario, la federación y la independencia.

Existía una nueva república, con su ley constitucional desde 1830, y en su seno, á fines de 1840, ardían ya las llamas de la más larga y desvastadora guerra intestina que haya ensangrentado el suelo de América, pero Artigas, recluido en el desierto paraguayo, seguía labrando la tierra y repartiendo bendiciones, sin la más remota idea de los acontecimientos de su patria. Ocurrió entonces la muerte del dictador (Setiembre de 1840). Artigas, encorvado ya bajo el peso de sus setenta y seis años, fué

inmediatamente arrestado. Se le creía, sin duda, capaz de aprovechar aquellcs días de atribulada transición para enseñorearse de la tierra que lo albergaba; tal era la fuerza imponente de su antigua nombradía!

Pero las alarmas cesaron en breve. Don Cárlos Antonio López, sucesor de Francia, estableció un gobierno, sinó menos despótico, más humano y más civilizado, derribando las barreras que separaban al Paraguay del resto del mundo. En esos días debió conocer Artigas veinte años de la historia de su país. ¿Qué impresión causaron en su alma esas revoluciones tumultuosas? Nadie ha recojido con precisión fehaciente el eco de sus confidencias íntimas. Sábese, apenas, de una manera segura, que guardaba como preciosa reliquia un ejemplar de la Constitución Oriental, regalado por el naturalista Bompland, y que fué sordo á las instancias de los dos partidos que se despedazaban en la tierra de su nacimiento, cuando pretendían repatriarlo como un viejo trofeo destinado á prestigiar la causa exclusiva del uno ó del otro. Ya no podía Artigas poner su brazo decrépito al servicio de la pátria —Rehusando los favores de las bandas armadas, salvó su nombre y su gloria como herencia común de los orientales.

Los años, entretanto, seguían haciendo su estrago. En los alrededores de la Asunción, donde pasó á residir el anciano ya no labraba la tierra; ya no tenía cosechas que repartir á los pobres. Vivía en la mayor indigencia, en un rancho de barro y paja, olvidado, oscurecido, sin más compañía que su viejo ordenanza. Su cuerpo se do-

blaba, pero su espíritu se conservaba altivo, y se erguía aún más al recuerdo de los antiguos hechos. Solo podía caminar apoyado en un bastón, y necesitaba ayuda para montar á caballo, pero una vez montado, renacía, por decirlo así, el centauro en la vejez impotente, y sus ojos centellantes recorrían el horizonte con anhelo, buscando á las huestes de sus viejos enemigos!

Hubo en 1846 un incidente casual que debió proporcionar al héroe inerme y casi inerte raros instantes de soberbio placer mezclado con profunda melancolía. Había llegado á la Asunción un jóven y distinguido oficial brasilero, el mayor Beaurepaire Rohan, hombre de talento y de estudio,...... Así que el jóven oficial tuvo noticia de la existencia de Artigas, hizo empeños por verlo, y él mismo ha dado fé, con sinceridad conmovedora, de la noble y respetuosa curiosidad que lo impulsaba. Oigamos su relato: «Por los arrabales de la Asunción existen muchas chacras. En una de ellas visité, hoy viejo y pobre, pero lleno de reminiscencias de gloria, á aquel guerrero tan temible de antes en las campañas del Sur, el afamado don José Artigas. No me cansaba de estar frente á frente con este hombre temerario, de cuyas hazañas oí hablar desde mi infancia, y á quién de há mucho, reputaba muerto. Por su parte, no menos satisfecho se mostró el decadente viejo al saber que á su habitación me conducía la fama de sus hechos.—Entonces, preguntome, risueñamente: mi nombre suena todavía en su país? » Y como le contestase afirmativativamente repuso después de pequeña pausa: «Es lo que m—

resta de tantos trabajos;—hoy vivo de limosnas». Leyenda del óbolo de Belisario convertida en realidad viviente y llorosa de la historia de América!

Todavía vivió Artigas cuatro años. Leeremos siempre con dolor la partida parroquial que atestigua su muerte: «En esta parroquia de la Recoleta de la Capital á veinte y tres de Setiembre de mil ochocientos cincuenta; yo el Cura interino de ella enterré en el tercer sepulcro del lance número veinte y seis del Cementerio General el cadáver de un adulto llamado don José Artigas, extrangero, que vivía en la comprensión de esta Iglesia. Di fé.—*Cornelio Contreras.*»

Se había extinguido el primer Jefe de los Orientales sin ver extinguida aquella misma guerra cuyos siniestros resplandores vislumbró en 1840, al abrirse las puertas claustrales del Paraguay.

CARLOS MARIA RAMIREZ.

LOS PUEBLOS DE AMÉRICA

Cuando á fines del siglo pasado circulaba por Europa el plano de «Wáshington», de la *ciudad reina*, que debía levantarse á orillas del Potomac, un escritor célebre, Joseph De Maistre, decía: «Se puede apostar mil contra uno á que la ciudad no se edificará ó no se llamará Wáshington ó no tendrá en ella asiento el Congreso».

La profecía emanaba de un espíritu capaz de penetrar en el porvenir; pero la previsión humana, por extraordiria que fuese, no tenía entonces más puntos de partida que la democracia griega, la monarquía hereditaria y el contrato social de Rousseau.

Ni esta monarquía, ni aquella república ni la vuelta á la naturaleza, como la concebía Rousseau, sugerían al pensamiento una transformación social y política que solo encerraba en sus destinos la América, donde los antiguos moldes habían de romperse, dando orígen á otros en que al súbdito se sustituyera el hombre libre, al aristócrata y al patricio, el ciudadano, y al gobierno de la multitud y de la plaza pública, el gobierno representativo republicano.

Así, la apuesta y el reto lanzados á las ideas del porvenir por el apóstol de la sociedad que se derrumbaba en 1795, fueron contestados con la resonancia que demandaba la fatídica profecía.

El *decreto* de las colonias, creando una Capital, se levantó á orillas del Potomac; se llamó Wáshington; en ella tuvo asiento el Congreso, y fué más tarde, desde su recinto que se proclamó con Lincoln la guerra por la comunidad de derecho de todos los hombres que habitaban el territorio de la Unión, como es hoy, desde ese alto Capitolio, que se convoca á todos los pueblos del mundo para festejar en Chicago, en la *reina del Oeste*, el acontecimiento más grandioso de la edad moderna, aquel que deparó, con una nueva tierra y un nuevo cielo, vasto teatro á las aspiraciones humanas, cuna á la libertad, asilo y hogar á las razas, desheredadas, para festejar, en un palabra, la entrada triunfal de la América en el siglo XX. (*)

Admirable espectáculo!—Allí, donde hace tres siglos todavía, apenas se señalaba, de un extremo á otro del continente, una vivienda en la eminencia, un baluarte levantado por la conquista, un *paradero* de la tribu, despertada en su sueño de la naturaleza por la visión de fantásticos seres que doblegaban su alma más que el silencio

---

(*) Este artículo fué escrito y publicado en la ocasión del 4.º centenario del descubrimiento de América, en 1892.

El Colector.

del desierto y el pavoroso asalto de las fieras, y herían sus ojos más que el fulgor del relámpago, se alzan hoy ciudades y pueblos, fastuosas metrópolis, cuya vida y estructura no conocieron los pasados tiempos y cuyo impulso creador no provino de la omnipotencia de ningún guerrero que hiciera brillar su espada, *como una antorcha del cielo*, sobre muchedumbres ciegas y sumisas, cual redil humano, sino del trabajo del hombre, de sus energías vivas, libradas ya del peso de la opresión y encaminadas á realizar la obra propia, personal, aquella que había de llevar el signo de su esfuerzo y medir la grandeza de sus ideales y esperanzas.

Cuatro siglos, el período de una evolución histórica, han bastado á la América para aproximarse en su nivel moral al nivel geológico de sus prodigiosas alturas.

Las escalaron Bolivar y San Martín, y después de haberse mostrado ellos, en sus cimas, como Wáshington en el paso del Delawarre, no son el Cotopaxi, ni los Andes, ni los «cuadros de la naturaleza» en que Humboldt describía el suelo, el mar y el cielo, los únicos relieves del Continente Americano.

Ese trabajo fecundo del hombre que se siente libre, agente de su propia fuerza y de su destino, responsable ante sus iguales, responsable ante la patria que contribuye á formar con el vigor de su cuerpo y las abnegaciones de su espíritu, ha señalado otras alturas y otros puntos luminosos que el genio de Humboldt no pudo encontrar para las magnificencias de su pincel y de su estilo.

Los pueblos de la América del Norte, los pueblos de

la América española, sus instituciones, sus leyes, su estructura social, he ahí los puntos luminosos, las nuevas alturas del mundo descubierto por Colón.

De Augusta, en el Maine, á Montevideo en el Plata, á esta ciudad que en 1516 no ofrecía otro dosel á Juan Díaz de Solis para tomar posesión de la tierra del *charrúa*, que «las hojas de un grupo de árboles añosos, agitados por los vientos en la cúspide de un cerro», y que, ayer no más, proclamaba en un gran congreso de juristas Sudamericanos, que lleva su nombre, las nuevas fórmulas de las relaciones en el derecho privado internacional, colocando la ley del domicilio sobre la ley de la nacionalidad y de la raza,—del Maine, en el Norte, al Plata, en el Sur se extiende una cadena de países, paralela á la cadena de montañas, regidos todos por la forma republicana, alimentados todos por la idea democrática y en cuyos dilatados espacios se agitan y viven hombres de todas las creencias y de todos los pueblos, constituyendo una civilización particular, como su flora y su fauna, y seleccionándose, bajo la acción de causas tan múltiples, organismos humanos más fuertes en lo físico, más enérgicos en la voluntad, más variados en el pensamiento, que los organismos de las viejas razas.

De esa cadena, sólo quedan los extremos, como eslabones perdidos, para recordar al aborígene del Continente: el esquimal y el fueguino, que el frío de las latitudes aisla en su lecho de piedra y de hielo.

El salvaje, el indio!—Cuánto hay que retroceder para reconstituir su cerebro!

En su ignorancia, empuñó por la punta la hoja de la espada desnuda que le presentaba un soldado el día del pasmoso desembarco; y, como el Caliban de Shakespeare, solo pudo ofrecer á Colón la sombra de sus palmeras, las vertientes de agua fresca de su isla, el pan de cazabe de su informe industria; solo pudo brindarle con los frutos recogidos por sus manos y arrancados con sus uñas, en cambio de una adoración que solicitaba rendir, como mísera criatura, débil y esclava.

Ah! pero cuán grande es la ascensión. Mide toda la distancia de un escenario á otro.

De la isla de las Lucayas, vegetación que apenas sobrenada en el mar de las Antillas, á esa creación de la industria, las artes y el comercio que tiene su asiento en Illinois y atrae con sus resplandores de ciudad de estado, como si fuera Capital de imperio, burilada por la imaginación de Marco Polo.

De la faja de tierra vislumbrada por Colón en la noche de realizar su divino sueño, á los palacios encantados que guarda Chicago para festejar el gran acontecimiento de la edad moderna.

De la morada de cañas y de paja, que apenas se separa de la habitación lacustre primitiva, á la májica Exposición del Centenario, con sus genios dormidos que solo esperan la señal de despertar.

Mañana, cuando se abran sus puertas al golpe eléctrico dado desde el otro confín del océano, golpe más maravilloso que la palabra cabalística del árabe en sus fantásticos cuentos, el yankee, el americano del Norte, que

lleva en sus músculos y en su nervios la fibra de los *natches*, cuya sombra vaga todavía en las riberas del Mississpi, mostrará á las miradas absortas de las gentes la máquina movida por invisibles alas que surca los espacios con más velocidad que la flecha del *sioux*, y la fragua potente de sus fábricas que forja el riel en la extensión de toda la redondez de la tierra, como para depararle una «luciente faja de acero».

Entonces el yankee, el americano del Norte, que. con la fibra del *natches*, tiene también impresa en su rostro la acción de las mismas causas etnológicas que actuaron sobre el aborígene mostrará, sí, á las gentes asombradas, en vez de las raices y frutas silvestres, de las aves de la selva y de la tosca rama del algodón, únicos dones con que brindaba el indio de las Lucayas en su primer encuentro con el hombre civilizado, en vez de la moribunda luz que señalaba un hogar salvaje y que vió Colón correr, furtiva, como llevada de mano en mano por la solitaria playa, los tesoros de su invención y de su ciencia, el libro escrito en todas las lenguas que contiene la revelación de todas las repúblicas del continente, el organismo mecánico que llena su tarea y mueve sus articulaciones, como el organismo vivo, la máquina que habla y guarda el pensamiento y, sobre todo, estos prodigios del progreso humano, la luz portentosa que conducen ondas etéreas por hilos invisibles á la frente de la estátua de la libertad para iluminar al mundo.

Es la civilización europea, la civilización acumulada por los siglos y heredada por las generaciones modernas

que opera estos milagros á través del tiempo, pero es ante todo y singularmente, la fusión de razas y la conjunción de las conquistadoras con el medio que vinieron á habitar.

Los descubrimieutos del siglo XV trajeron un litigio que podía colocarse en las páginas del Génesis.

Alejandro VI lo resolvió, dando el occidente á los Reyes de Castilla y de León.

La naturaleza cobrando su imperio más tarde, reformó el dictamen, dividiendo el occidente en América inglesa y América española. Eran los dos actores dignos del gran teatro: el anglo sajón, el uno, y el celtíbero, con mezcla de visigodo, el otro.

Aquel era el tipo nuevo surgido de su refundición con el normando y que, después de las luchas de religión en el siglo XVI y de las luchas política en el siglo XVII, hasta llegar á la revolución que arrancó la corona á Carlos I, tenía el mayor poder de dominio y la mayor aptitud de fecundación entre todas las razas de la Europa.

La América, tierra virgen, asimiló la simiente arrojada en las costas de Virginia, y si allá, en la vieja Inglaterra, muerto Cromvell, la restauración radicó otra vez el privilegio y el trono, acá, en una vasta zona del nuevo Continente, el anglo sajón encontró aire y luz para la vida democrática que ansiaba vivir, y partiendo de las regalías de la carta magna y de la Asamblea sajona, cuyos orígenes se pierden en los filamentos del embrión social, llegó con su tesón y su porfiada lid á la constitución de los Estados Unidos del Norte, á esa obra, « la más estu-

penda, dice Gladstone, que jamás produjo de una vez la inteligencia y el propósito del hombre.»

La naturaleza física ó sociológica, elabora por sí mismo sus moldes, como el ser vivo su envoltura.

El puritano, el desterrado de Inglaterra por la mano de la tiranía, hizo la república representativa, y basta solo contemplar el molde que creó, para reconocer en el nuevo tipo la fuerza de absorción y predominio que había de depararle un puesto en el escenario recién abierto de la América, como á grandioso y sin rival actor.

El otro, el tipo hispano, no tenía que conquistar, por que ya lo había conquistado todo.

La España debía perdurar, porque, como el leon de su escudo, deja siempre la marca de su garra, vengan los que vengan después, y quedó ella dueña de la mayor extensión de la tierra que había descubierto y de las innumerables islas que, como inmensas esmeraldas, matizan el mar de las Antillas.

Si el anglo sajón era el ejemplar que surjía como representante de las modernas concepciones humanas, armado en su mente y en sus ideas, de fuerzas para realizarlas, el ejemplar hispano tenía la resistencia del granito y no podía ser desalojado ni fundido.

Era el tipo férreo, descripto por Strabón, fantástico en sus amores, fantástico en sus guerras, y que después de los horrores de la edad media, de luchas legendarias y padecimientos sin cuento, se encontraba el mismo, soñador y osado, como para conquistar un mundo y agregar con sus proezas un nuevo canto á la Iliada.

Era el actor del pasado; pero tan fuerte y poderoso era, que el actor del porvenir, venido más tarde, lo contempla todavía en el mismo escenario del siglo XVI, reproducido en sus descendientes, los americanos del Sur.

Por eso, si allá en el Norte fulgura constelación federal, aquí, en el Sur, lucen y se agitan con vivos resplandores las repúblicas españoles, cuya vida democrática y cuyas proyecciones del futuro no serán, no, eclipsadas por los destellos de la gran república, como no lo fué el tipo hispano por el tipo anglo-sajon.

Oh! La España, la Inglaterra, las enemigas de siempre en eternos campos de batalla, no perpetuarán ya sus guerras, pero perpetuarán su genio y su raza en la América, mientras dure la civilización cristiana y hasta que otra transformación de la humanidad no venga á arrancarla de sus bases.

Pasará el tiempo y llegará la hora de cumplirse el V Centenario del descubrimienro del Nuevo Mundo, y otra ciudad, Montevideo ó Buenos Aires, convocará á las gentes para festejarlo en el Plata, en la región del Sur, como ahora convoca Chicago, para festejar el IV, en la región del Norte; y entónces la Inglaterra, se alzará orgullosa, diciendo: hablan mi lengua, la lengua en que escribió Shakespeare, *el creador de almas*, más millones de seres que los que habitan la Europa entera; y la España, á su vez, se alzará, no altiva, porque eso lo es, sino á la altura de su gloria, y dirá: hablan mi lengua, la lengua en que escribió Cervantes, *el creador de ideales*, más millones de

seres que los que estaban bajo mi dominio cuando en mis estados no se ponía nunca el sol!

Los países del Sur y del Norte, entónces también, no contradecirán los timbres heróicos de las razas madres; pero, personificando la América toda, sus luchas, sus desrrotas y sus triunfos por la democracia y la libertad, en la vida de un ciudadano, saludarán en Wáshington al *creador de pueblos*, como lo llamarán mañana al abrirse las puertas de la magna Exposición.

Ah! pero la Italia, la diosa inspiradora, la Italia, que nunca muere, y que si vacila alguna vez surge luego más grande y más potente, presenciará la apoteósis, señalando á Colón y al altísimo poeta que al disiparse las sombras de la edad media sorprendió la aurora del Renacimiento y «*se volvió al otro polo y distinguió las cuatro estrellas únicamente vistas por los primeros humanos*», las cuatro estrellas del cielo de América que hoy brillan sobre todos sus hijos unidos en la República!

JUÁN CÁRLOS BLANCO.

ALFREDO TENNYSON

Las costumbres nacionales convertidas en instituciones políticas ó sociales, sirven de tronco secular á este árbol gigantesco de la civilización inglesa cuyas raíces se pierden en el más remoto pasado, donde toman su vigor y su sávia, mientras su copa se eleva al cielo y sus hojas recojen de las brisas bonancibles que pasan, lo mismo que altas emanaciones tempestuosas de la atmósfera, el nuevo principio de vida y lozanía.

Entre esas costumbres antiguas convertidas en instituciones, se encuentra la de rendir culto á la poesía en la persona de sus bardos nacionales.

El puesto público, remunerado por el tesoro Nacional, de *poeta laureado* que existe en Inglatera desde tiempo inmemorial, trae su orígen de la institución druídica de los *bardos*, á quienes el Rey tenía la obligación de vestir y alimentar y el pueblo rodeaba de respetos y honores.

El poeta laureado goza de 127 libras anuales (635 pesos fuertes) y tiene la obligación de componer dos odas *oficiales* en el año, una sobre el natalicio y otra sobre la

muerte de alguna de las personas de la familia real. Las vacantes que la muerte deja en ese honroso puesto, las llena el gobierno designando al nuevo candidato. Alfredo Tennyson, hijo de un modesto sacerdote protestante de Provincia, es uno de los poetas laureados de Inglaterra. Nació en 1810, tenía 41 años cuando en 1851, la reina Victoria ciñó su frente con aquellos laureles oficiales que tantas inspiraciones ardientes han helado, como si los muertos de cuyas cabezas se recogen, trasmitieran á los vivos por herencia, el frío glacial de las tumbas.

Tennyson no pertenece á esa clase de espíritus precoces que llevan en la frente desde que nacen, la estrella rutilante del genio, con cuyo cuño augusto marcan todas sus obras, como el león deja impresa la estampa de su garra donde quiera que la posa. Sus primeras poesías no revelaban que perteneciese á esa raza de águilas caudales, que desde el nido miran impávidas frente á frente al sol, buscando atrevidas entre las nubes la más alta cima de montaña para ensayar el poder de su vuelo.

Su aparición en el mundo de las letras solo produjo, entre los literatos contemporáneos de Inglaterra, esos murmullos de impaciencia y de disgusto que levanta en toda reunión populosa la entrada intempestiva de un nuevo concurrente que reclama su puesto entre la multitud apiñada.

Los grandes poetas á quienes la muerte ha ungido con su óleo sagrado de inmortalidad, no pensaron sin duda al aparecer aquel jóven soñador, melancólico, escéntrico, que un día tendrían que oprimirse para hacerle lu-

gar en el panteón de la historia disputándose el honor de codearse con él en la posteridad.

El estreno de Tennysón fué poco feliz: su astro ha sido más brillante al ponerse en el ocaso que al levantarse en el oriente, envuelto entre los vapores y las nieblas de una metafísica teológica que se ha rarificado con los años, que ha tomado á veces los colores brillantes del arco-iris al ser penetrado por los rayos *artínicos* de la imaginación; pero que no se ha disipado del todo y ha solido oscurecerlo en su carrera.

Los veinte años es la edad de la poesía, porque es la edad del amor, de las ilusiones y del entusiasmo; en esa edad crepuscular de la vida todas las ambiciones, todos los deseos, son sueños, y todos los sueños llevan las álas de la infancia inocente; el ángel convertido en hombre conserva todavía en su mente los recuerdos del paraiso de donde viene; todo en esa hora de medios tintes fantásticos, se combina armónicamente para la espectrologia poética; la luz de la aurora que tiñe de oro y rosa todos los objetos, la naturaleza que habla á los instintos é intuiciones internas con sus voces misteriosas de suspiros en la brisa, de murmullos en las olas, de himnos en los pájaros; la tierra toda se nos presenta como un inmenso incensario suspendido en el espacio, que eleva al cielo sus nubes perfumadas del místico incienso del corazón.

El corazón es una lira, el mundo es un poema; el hombre entreabre los lábios y el viento que pasa arranca al arpa eólica del sentimiento, notas vibrantes y conmovedoras. Es la primera aurora primaveral de la vida, la

única aurora, acaso al menos la única que trasmite su frescura y su perfume á todas las emanaciones del espíritu.

Ahora bien: en esta edad privilegiada en que tantas medianías han hecho creer en grandes talentos, el grande talento de Alfredo Tennyson fué considerado como una insignificante medianía. La crítica no vió bajo los numerosos defectos, y no pocas extravagancias de sus primeros ensayos poéticos, esos destellos fulgurantes con que el génio, como el rayo, se revela á los hombres desde el seno de las oscuras nubes en que se oculta. El poeta mismo llegó á dudar de su vocación, buscando con empeño todos sus versos para quemarlos en un momento de abatimiento y decepción.

Su musa amordazada por la indiferencia pública permaneció triste y silenciosa durante once años. Pero es en vano; nadie puede ser infiel á su destino, la vocación en el hombre es lo que el instinto de la raza en los animales. Cortad las álas al águila y al cóndor y soltadlos al corral con las gallinas; allí permanecerán tristes, tranquilos y al parecer domesticados; pero un día miran al cielo, abren las álas como un hombre que se despereza, sienten entre sus plumas pasar el aire de las montañas que los llama y remontan el vuelo y se pierden entre las nubes en medio del asombro y del susto de las gallinas y gansos.

Tennyson se había dedicado al estudio de la filosofía utilitaria de Bentham, la más apropósito para apagar bajo el hielo de sus deducciones materialistas la llama pura de

toda poesía, esa flor delicada del espiritualismo, ese ritmo sagrado de la libertad y de la justicia. Pero un día ese poder misterioso de producción que los antiguos llamaban *numen*, Dios, y los modernos simplemente inspiración, se apodera de su alma; en vano el filósofo quiere sofocar al poeta, la mariposa concluyó por vencer á la oruga. Como Fausto en la hora de la desesperación y el desencanto llevó á los lábios la copa hirviente de la juventud y de la vida, y ante aquella invocación suprema al amor, á la esperanza y al deseo, cayeron á sus piés como por encanto los vetustos atavíos de filosofía y de ciencia que lo habían tenido oculto hasta entonces á su país y á sí mismo. Ese canto de resurrección con que Tennyson se reveló á la Inglaterra, como uno de sus primeros poetas líricos, es el poema *Locksley Hall*, publicado en el año 1843. Tennyson tenía treinta y tres años.

Como siempre, ante la fórmula mágica del genio, las puertas de la celebridad que parecían amuralladas para el joven autor de los *Poems chiefly lincals* de 1822, se abrieron como por encanto; la crítica que antes no había tenido ojos sino para ver sus defectos, no tuvo ojos desde entonces sino para ver sus bellezas, la injusticia se convirtió en fanatismo, dos palabras distintas que expresan una sola idea.

Yo me explico estas alternativas contradictorias que parecen una veleidad de la opinión pública por la índole y el carácter de la poesía de Tennyson. Los libros de la juventud son demasiado puros, por demás inespertos, para que pueda vibrar en ellos con encanto y vigor la

nota fría y dolorosa de una poesía realista y escéntrica. La juventud es la edad de la poesía del sentimiento y de la imaginación, esa urna de oro en que según la expresión de un poeta, las más pobres limosnas resuenan al caer como un tesoro.

La poesía metafísica descarnada, siu la *espectrologia* fantástica de la pasión, requiere la autoridad de los años, de la experiencia y del saber. Lo que hoy se considera y se encomia como la originalidad de Tennyson, son aquellas mismas *estravagancias* de sus primeros versos, en que la crítica contemporánea encontró tanto paño que cortar. En mi concepto, ningún poeta inglés es más inglés que Tennyson por sus cualidades y sus defectos. Acaso podría encontrarse en esto la explicación del fanatismo nacional que ha sacado los ojos á la crítica inglesa para que no vea los defectos de su poeta laureado. Los pueblos como los hombres se rinden culto á sí mismos en las personas y en las obras, que hacen objeto de su adoración. La Grecia no hizo justicia á Sócrates, ni la humanidad ha rendido culto á Cristo, sino cuando la sabiduría de Sócrates y las virtudes de Cristo, se convirtieron en sentimiento público.

La predilección de la Reina Victoria por el poeta Tennyson, refleja el sentimiento unánime del pueblo inglés, acaso porque Tennyson en su poesía analítica, fría, incolora, en su filosofía utilitaria, en sus teorías fantásticas y estravagantes, en su espíritu metódico, refleja la índole y el carácter de su nación.

La poesía de Tennyson carece de esos raptos de en-

tusiasmo inconsciente, en que las palabras brotan de los labios del poeta á su despecho, como las profecías de una Sybila inspirada; sus versos no irradian el calor ni reflejan las llamas del incendio interior; bajo todo sentimiento busca la ley, psicológica á que responde; su descripción es correcta, anatómica, exacta como la verdad y la ciencia; su pensamiento se refleja sobre la pasión, lucha con ellas cuerpo á cuerpo, la derriba, y poniéndole la rodilla sobre el pecho la obliga como los caballeros antiguos, á rendirse y á entregar su secreto.

....

Tennyson es el inglés de la poesía, como Shakspeare es el Van Dyck y Byron el Españoleto y el Ticiano. No quiere decir esto que su poesía carezca de imágenes frescas y brillantes; Nada de eso. Pocos poetas han llevado á más alto grado de perfección, el primor de los arabescos de la palabra y las delicadezas de las filigranas del estilo; sus descripciones parecen grabadas de relieve con el cincel prodigioso de Benvenuto Cellini.

Las cabezas de ángeles y de mujeres que asoman sus rostros sonrosados, ya sonrientes, ya melancólicos, al través de sus versos, son de una belleza y de una frescura dignas del pincel delicado de Murillo ó de Rafael. Las descripciones de cabalgatas y fiestas en sus *Idilios* y sus *Leyendas*, son verdaderas fantasmagorías. Se siente como crugir la seda y el brocato de los ricos trajes; se siente, se toca la suavidad del raso y del terciopelo; se ve relumbrar al sol el oro y el pulido acero de las lucientes armaduras y de las armas de los caballeros que cruzan en

brillantes ricas cabalgatas. Este lujo de la expresión para pintar el lujo de la riqueza, ha dado motivo para que álguien diga: *Que Tennyson desempeña las funciones de paje en la córte de las hadas.*

Pero á esta aptitud, para producir la belleza plástica de las formas y colores, une otra calidad, que es su originalidad y es un *no sé qué* de vago, de puro, de inmaterial en las aptitudes, en los movimientos, en la expresión, que ilumina sus cuadros con un suave rayo de espiritualismo.

No es el colorido de la imaginación, pues, sinó el colorido de la pasión lo que falta á sus obras, que hablan á los ojos, á la imaginación, al corazón á veces, con uno de esos acentos tiernos, trémulos de emoción que hacen saltar á los ojos esas lágrimas sin objeto que le han inspirado su precioso canto *Idle tears*, pero que no encuentra el entusiasmo porque no vibra esa nota doble del dolor personal preñado de suspiros, empapado en lágrimas, saturado de amargura, destilando sangre, de las poesías de Byron y de Alfredo de Musset. Si pudiera establecer comparación entre estos dos géneros de poesía, yo compararía la poesía de Tennyson á una de esas imágenes que se ven en los templos católicos ricamente vestidas con traje de oro y seda, sembrados de piedras preciosas, ocultando un grotesco pedazo de madera que sirve de cuerpo á una bellísima cabeza de vírgen. En tanto que la poesía de Byron y de Musset tiene la desnudez de una estátua griega. En el primero, se admira la riqueza y el primor del vestido, en los segundos, se ama y se siente la belleza de las formas palpitantes.

La poesía de Tennyson deslumbra, distrae, arrulla, como el murmullo de una fuente cristalina, sin turbar la tranquilidad del alma, dejando una huella suave y perfumada de su paso. La poesía de Byron y de Musset, atrae, arrastra, apasiona, arrebata en los torbellinos borrascosos de su pasión, conmoviendo con los alaridos de sus dolores la paz de nuestro espíritu, en el que dejan al atravesarlo de parte á parte, la huella calcinada del rayo.

Y es que el poeta, á su despecho, se refleja en sus obras, animándolas con el calor y la vida de sus propios sentimientos.

Alfredo Tennyson, en su vida retirada, apacible, tranquila, con su carácter dulce y amable, mimado por la fortuna y por la gloria que había alcanzado en la flor de su juventud sin luchas tempestuosas, feliz cuanto puede serlo un hombre en este mundo, no se ha visto obligado, en medio de la furiosa carrera de su existencia, á inclinarse jadeante sobre ese mar profundo de las pasiones, y á beber en el hueco de su mano el agua amarga de sus ondas para apagar su devoradora sed.

Byron y Musset, por el contrario, se han abrevado en esas sulfúricas corrientes; conservando en sus odios el eco atronador de sus furiosas olas y en su imaginación su propia imágen, reflejada fielmente sobre la oscura superficie, con la palidéz fébril de sus ambiciones y de sus luchas; con el gesto fiero de su orgullo, con la contracción amarga y dolorosa de sus angustias, con los arrebatos delirantes de sus alegrías y de sus placeres insensatos.

Los dolores del alma no se adivinan por inducción,

no se aprenden *in anima vilis* como los dolores del cuerpo. Jamás describirá bien esos sentimientos quien reconcentrándose sobre sí mismo, no los vé moverse en el fondo de la vidá.

Una serenidad olímpica como su vida, hé ahí el rasgo distintivo de la poesía de Tennyson. El ritmo acompasado, la expresión sencilla, las imágenes melancólicas ó risueñas, pero siempre apacibles, los sentimientos dulces y afectuosos, todo exhala un perfume exquisito de paz y de tranquilidad imperturbable. Es sentimental sin duda, ¿sin eso cómo sería poesía?—pero su sensibilidad no tiene nada de nerviosa, de enfermiza, de femenina; es una sensibilidad contenida, varonil, vulgar, casi sin gritos ni convulsiones, sin apóstrofes ni grandes frases, sin trasportes y sin éxtasis. Su inspiración puede ser dramatica, pero no es jamás patética, como si faltaran en su imaginación el rojo sangriento, y el fúnebre negro de la epopeya y de la tragedia. Pero sin duda cuando abandona á la Musa apacible de sus risueños idilios para abordar la poesía de colorido, de pasión y de movimiento, los colores se embrollan en su paleta, el movimiento se vuelve confusión, el tono épico, declamación enfática, como le sucede en las dos odas *La carga de los Coraceros en Balaclava* y *La muerte del suegro de Wellington*, compuestas en 1851 con motivo de su promoción al cargo de poeta laureado en reemplazo de Wordsworth.

El talento poético y el género de poesia de Tennyson es objeto de ardiente controversia en el mundo literario. ¿Cuál de los dos géneros es preferible, se ha dicho reno-

[illegible]

... belleza [illegible] uniformidad [illegible]

[illegible] de su [illegible]

¿Pero es acaso indispensable [illegible]

[illegible]ía, que el [illegible]

imaginación a filosofía [illegible]

perfeccionada y depurada de sus defectos [illegible]

ideal?

La belleza del colorido sin la exactitud del diseño [illegible] imaginación sin la filosofía, la forma sin la idea, [illegible] la verdad á medias, una armadura vacía y un guerrero desnudo: unir la realidad y el ideal, la imaginación y la filosofía, el diseño y el colorido, la forma y la idea, vestir

al guerrero con su armadura, es la misión del arte y la obra del genio.

El exceso de detalles, la minuciosidad del análisis, si es un mérito en escultura y en pintura, es, con frecuencia un defecto en poesía, que no en vano tiene por atributo un arpa en vez de un escalpelo. El poeta canta el amor, la belleza, la virtud, la gloria, esos resplandores de la divinidad en la tierra, como los llama Platón, y su misión está cumplida. Como las aves del cielo se alimenta del grano esparcido en los surcos profundos de las ciencias sociales, cuyas verdades concentra en síntesis poderosas.

Tennyson procede de un modo inverso: el moralista, el filósofo, el teólogo, usurpa los derechos del poeta en las sutilidades casuísticas de sus análisis psicológicas. La oscuridad es compañera inseparable de la profundidad metáfisica. La poesía de Tennyson, en sus monólogos íntimos en que pretende darse cuenta de todas sus sensaciones antes de darles espansión, tiene algo de los trabajos del minero que trabaja en las galerías subterráneas.

Es la consecuencia de esa filosofía severa, deductora, inflexible, del *utilitarismo*, de que Tennyson ha sido el sacerdote y el Homero á la vez, «El hombre reducido á «la sensación no puede decir sino lo que contiene en su «sustancia individual, dice Dupont White; como sér sensi«ble tendrá impresiones de placer y de pena; como ser «inteligente, tendrá idea de que debe huir la una y bus«car la otra de aquellas sensaciones; como sér activo y «moral, tendrá el movil contenido en esta idea: el im«pulso de los intereses.»

¿Por dónde penetrará á iluminar el espíritu y fecundizar la conciencia ese rayo solar de la divinidad que se llama la Justicia? *La mayor felicidad posible del mayor número posible!* han escrito los utilitarios en el pórtico de sus templos. ¿Sabéis á donde conduce esa fórmula dantesca? A la tiranía y al servilismo. Preguntadlo á Hobbes, que ha deducido de ese principio con un rigorismo lógico por nadie criticado, su teoría del hombre lobo que tiene por corolario sintético el Gobierno absoluto de uno solo.

Estos son los defectos que sombrean el génio indisputable de Tennyson. Su originalidad que raya en extravagancia, resalta en su teoría sobre la trasmigración del alma. La fantasía lo arrebata sobre sus alas de acero, desde que pisa ese terreno, y la imaginación del poeta recorre en sucesivas encarnaciones toda la escala de los seres animales, desde el león y la ballena hasta el mono, desplegando tesoros de imaginación y fantasía que á veces lo hacen rayar en la locura.

JULIO HERRERA Y OBES.

PENSAMIENTO

(EN UN ALBUM)

La montaña de la vida se sube lijera como un pájaro en alas de la esperanza, y se baja tristemente como un inválido en brazos de los recuerdos.

Tú subes cuando yo voy bajando la empinada cuesta que tiene á sus dos extremos claridades semejantes en horizontes distintos.

Para tí, la luz crepuscular que tiñe de oro y grana la cima del monte, es la luz del sol, que nace; para mí, la luz violacea que agiganta las sombras en el valle, es la luz del sol, que muere.

Para tí, gorjean alegres las ilusiones y las esperanzas que como las alondras, solo cantan en la mañana de la vida; yo oigo ya la voz suave y melancólica de los recuerdos que como los ruiseñores solo cantan á la claridad pálida de la luna en la oscuridad misteriosa de la noche.

Más claro y más breve y más prosáico: tu eres todavía casi una niña y yo soy ya casi un viejo.

Todavía no he perdido el derecho de decir galante-

rias; pero he adquirido ya el más triste de dar consejos, basados *en la experiencia*, es decir, en la mayor cantidad de vida gastada en los placeres, en las luchas y en los dolores de cada día.

Ah! Yo quisiera aquí darte un consejo que fuese una galantería, ó decirte una galantería que fuese un consejo, pero ¿cómo hacer para dar forma á esa especie de murciélago literario, que no sea pájaro ni sea ratón, y que sea las dos cosas á la vez?

¡La cosa es difícil!

Si yo no fuera tu tío, cuántas cosas buenas y sobre todo sentidas te diría de tu belleza física y de tu belleza moral!

Pero aun cuando hay tíos, (es cosa averiguada) que se enamoran de sus sobrinas y se casan con ellas, lo cual prueba que las encuentran jóvenes hermosas, inteligentes, buenas; no hay tío, por más *tío que sea*, que se atreva á poner en el *album* de una sobrina—aunque sea verdad—lo que pondría en el de la primera venida—aunque sea mentira.

Y sin embargo no debería ser así. Pase por lo que hace á la belleza física que está á la vista de todos y cada cual juzgará como la sienta, ya que eso es cuestión de gustos. Pero tu bondad inalterable, tu hacendosidad afanosa en el hogar, tus virtudes todas de *María Cenicienta*, tu belleza moral, esa que no se vé, es la verdadera y mas bella flor, porque no se marchita con los años, ni sigue las destrucciones de la materia.

¿Esa, quien la ha de alabar sino son los que te cono-

cen en la intimidad y te ven puesta á prueba en los combates silenciosos de cada hora?

¡Y bien! Piense la gente lo que quiera: Si Dios te ha dado esa belleza, ¿por qué yo, que la conozco, no he de decir que la tienes y te he de excitar á que la cultives, para que cuando llegue la hora inevitable del descenso de la materia, no te asusten las sombras crecientes de esa noche profunda que no tiene aurora en la tierra?

¿Qué otra cosa pueden hacer los que subieron ayer y bajan hoy, que dar el itinerario del camino recorrido, á los que suben hoy y bajarán mañana?

Oye: Si alguna vez abrumada por los desencantos ó postrada por la fatiga de la lucha, sientes flaquear tu voluntad, acuérdate para retemplarte y perseverar que en la vida no hay esfuerzo noble perdido y que toda acción buena ó mala dá al fin su legítimo fruto.

No es solo en los cuentos de Hadas que la virtud tiene siempre su recompensa y el vicio su castigo en este mundo.

Yo no te diré que todas las mujeres buenas y virtuosas encuentren un día al *Príncipe Perfecto* que las saque de la oscuridad de la cocina para sentarlas en los esplendores de la riqueza y del trono; pero, sí te diré, que las que pueden calzar ese pequeño zapato de cristal del bien por el bien, tienen la seguridad de llegar al término de su viaje en paz consigo mismas, respetadas y apreciadas de todos, trocados los cabellos rubios de la juventud, que son una corona de oro, por los cabellos blancos de la ancianidad que son una aureola de luz.

Poder mirar al pasado sin remordimiento y avanzar sin miedo al porvenir esa es la fórmula práctica de la felicidad terrenal.

Todas las mujeres tienen al alcance de su mano un Príncipe Perfecto, con quien desposarse y ser felices: el deber.

Solo que como ese Príncipe viaja de incógnito por el mundo y suele disfrazarse de abnegación, de sacrificio, de dolor, de resignación, hay muchas que lo desconocen y le niegan su mano. Tú no serás de esas, estoy seguro. Y aquí tienes engastados en un solo trozo un consejo de tío, y mi galantería de hombre de mundo.

JULIO HERRERA Y OBES.

EL MATERIALISMO

Las doctrinas *pseudo-cientificas* de la filosofía moderna, franca ó encubiertamente materialistas, al paso que repugnan á nuestra razón producen en nuestro espíritu al verlas transportadas á nuestro país, honda y patriótica tristeza.

Los tiempos que atravesamos de prepotencia y de lucha, son poco propicios para el desarrollo y propagación de esas teorías desalentadoras y enervantes que empiezan por una duda y concluyen en una negación; que empiezan en el excepticismo y concluyen en el ateismo.

Nunca es más necesario robustecer la fibra de los caractéres por la profesión de altos y rígidos principios de filosofía y de moral que en épocas como la nuestra, en que los intereses materiales ocupan tan gran lugar y ejercen tan gran influencia en los destinos humanos.

Cuanta mayor riqueza adquieren las sociedades, dice Emilio Laveleye, más necesario es inocular en los espíritus las nociones del bien y de lo justo que deben regular su empleo.

Es un grande y hermoso espectáculo ver al hombre armado de la ciencia, vencer todas las resistencias de la naturaleza y obligarla á satisfacer sus necesidades. Pero sería triste y deplorable que la adquisición de todas esas nuevas fuerzas solo hubieran servido para dar á todas sus pasiones groseras un impulso más violento y una denominación más absoluta.

Y esto es lo que sucederá si para hacer equilibrio á las preocupaciones crecientes y desbordantes de la vida sensual, se debilitan en vez de fortificarse esas creencias profundas, esas ideas, esos sentimientos generosos, que tienen su fuente en las ideas absolutas de bien, de derecho, de justicia, que traen su orígen del espiritualismo, y que el materialismo pugna por borrar de la conciencia y proscribir de la ciencia humana.

Localicemos la cuestión y miremos á nuestro rededor. ¿Cuál es el hecho que predomina, que nos oprime, con el que luchamos y contra el cual ván á estrellarse todos nuestros esfuerzos?

....

El despotismo armado de la fuerza material que oprime y de los halagos de las tentaciones de los beneficios materiales que corrompen; he ahí el mal que nos amenaza y el peligro con que luchamos.

¿Y es en estos momentos y en esta situación que se viene á sembrar en los espíritus esas semillas fecundas de humillación y servidumbre que se llaman las doctrinas materialistas?

¿Se ignora acaso que el materialismo ha sido, es, y

será siempre por una consecuencia forzosa de sus doctrinas, el más poderoso auxiliar del despotismo?

....

Y en efecto, casi todos los republicanos materialistas, aún los que más se habían distinguido en la Convención y en el Directorio por su exaltación intransigente, concluyeron por plegarse y servir al Imperio.

Y no puede ser de otro modo. Esa filosofía que no vé en el Universo sino formas transitorias, *evoluciones* incesantes, transformaciones progresivas, que se operan bajo la influencia irresistible de fuerzas físicas incontrastables, adaptándose y respondiendo á las necesidades del momento no ve ni puede ver en el desarrollo lógico de los acontecimientos, otra cosa que la resultante fatal de todas las fuerzas físicas y morales que actuan en el mundo y ante la cual la voluntad del hombre es impotente para cambiar su dirección.

El hombre mismo sometido á esas fuerzas ciegas no es un artífice, sino un instrumento inconsciente que por una ilusión óptica de su vanidad, cree ser libre cuando es esclavo, y director cuando es arrastrado.

Los principios absolutos de bien, de justicia, de moral, que suponen una finalidad en todas las cosas y un destino en el hombre, no tienen sentido ni encuentran cabida en esa filosofía.

Sustituido lo accidental y trasitorio á lo permanente y eterno, sustituido el fatalismo á la libertad, la noción de derecho desaparece, el sentimiento de la responsabilidad se apaga, y la consecuencia en la práctica tiene que ser y

es que el interés sustituya al deber, la utilidad al derecho, la habilidad á la honradez, el egoismo á la abnegación. El culto de la fuerza; la teoría del éxito. He ahí la política del materialismo.

Darwin lo ha dicho, la derrota es signo y prueba de inferioridad y de ineptitud. La ley del progreso condena á los débiles á desaparecer para dejar su lugar á los más fuertes.

¿Y quién es el más fuerte? El que triunfa.

En la batalla de la vida como en los antiguos *Juicios de Dios* la victoria decide inapelablemente de parte de quien está la verdad y la razon.

No la verdad eterna y la razon permanente, porque aquí no hay nada absoluto, todo es relativo y contingente, sino la razón y la verdad del momento.

Para juzgar los acontecimientos y los hombres, el criterio histórico debe cambiar y ajustarse á las condiciones y necesidades de la época en que vivieron los hombres y los hechos se produjeron.

Lo que hoy consideramos y es un bien y una necesidad, es un mal transportado á otro tiempo y á otro país, y vice-versa.

Bajo el influjo de estas ideas filosóficas se llega en la práctica necesariamente en moral y en política, al sensualismo egoista de los Epicúreos ó á la resignación desesperada de los Estóicos, pero jamás á la libertad que es fé, entusiasmo, actividad, lucha incesante, antagonista implacable, de lo que debe ser con lo que es; del derecho

con el hecho; de la idea con la fuerza; de la ley con lo arbitrario; del hombre con las cosas y los hombres.

La causa remota pero visible de todos nuestros males políticos y sociales, está en la falta de creencias morales y religiosas arraigadas, está en la falta de convicciones profundas, en la falta de fé en el poder de las ideas y en el triunfo inevitable de la justicia y del derecho.

El espectáculo de la fuerza y del atentado triunfante ha concluido por relajar la fibra del patriotismo y destemplar los caracteres en los que no ven de los sucesos sino la superficie, y no abarcan del tiempo sino la hora presente.

En esta situación, lo que el país necesita y reclama como remedio á sus males, no es por cierto esas ingeniosas y falaces doctrinas positivistas y materialistas que al consagrar en forma de ley científica y de doctrina filosófica la legitimidad del hecho y de la fuerza imperante, vienen á agravar las causas de los males con que luchamos, que no encontrarán para resistirles sinó la sumisión del abatimiento desesperado de la impotencia.

JULIO HERRERA Y OBES.

(1881).

LOS EJÉRCITOS DE LÍNEA

Y EL

DERECHO DE TENER Y LLEVAR ARMAS (*)

En los acontecimientos luctuosos que azotan la vida de los pueblos, se encierran casi siempre lecciones severas que la humanidad debe recojer para guiarse en su marcha futura.

La experiencia se ha dicho muchas veces, es una sábia maestra, cuyas lecciones se pagan á caro precio. Y es de errores en errores que, generalmente, nos vamos aproximando hácia el conocimiento de las grandes verdades. Apenas hay una noble conquista en el órden político que no haya demandado á la humanidad esfuerzos dolorosos, y muchas están escritas con sangre preciosa en las páginas de su historia.

Nada es más oportuno y eficáz que hacer resaltar esas lecciones ante la huella reciente y fresca de los males producidos. El cuadro de las víctimas del error, de la ofuscación de la pasión, imprime entonces no sabemos

(*) Fragmentos del folleto asi titulado.

que incisiva elocuencia á la palabra.—¡Qué acento más persuasivo y convincente que el que brota de las heridas abiertas en el corazón de los mártires!—Qué ejemplo más moralizador que el espectáculo real de las desventuras que llora la patria!

Señalar una de esas severas lecciones, y hacer resaltar la moral envuelta en los acontecimientos recientes, es el objeto de este artículo. No se busque en él recriminaciones acerbas, que no se hallarán, sino la expresión de una convicción serena y de una íntima aspiración.

Sin duda, uno de los más grandes errores que se han padecido en nuestro país en diferentes épocas, error común á varias nacionalidades de América, ha sido el de buscar la garantía del órden público y la defensa de las instituciones en las fuerzas de línea: en las fuerzas de línea que han sido casi siempre el punto de apoyo de todas las conspiraciones contra el órden y las instituciones!

Los gobiernos republicanos han seguido en eso el ejemplo de las monarquías, sin detenerse á reflexionar en que, el sistema de gobierno es el que determina la organización peculiar de los elementos que han de servirle de apoyo. En los Estados monárquicos, en donde el Gobierno es una institución que existe por sí misma, independientemente del pueblo, necesitan los príncipes rodearse de fuerza militar para mantener su autoridad y su influencia en el interior y el exterior. Pero allí, en donde el Gobierno reposa sobre el principio de la soberanía del pueblo, y nadie ejerce poder sinó por delegación, la fuerza pública no puede ser extraña á ese pueblo; debe ema-

nar directamente de él, ser carne de su carne, y sangre de su carne. No reconoce otro orígen el derecho de tener y llevar armas, derecho incontrovertible entre los ingleses y los americanos del Norte, que lo consideran en su proverbial sensatez, como un freno para los poderes arbitrarios; como el paladín de las libertades públicas.

Los americanos del Sud no han disfrazado el temor que siempre han abrigado hacia el uso de ese derecho. A título de que podrían peligrar las instituciones, se ha despojado á los ciudadanos del único medio eficaz de conservarlas en toda su integridad y su prestigio. El único medio, sí, porque no puede existir positivamente una democracia representativa allí donde el gobierno mantiene un ejército organizado, mientras el pueblo está desarmado y es impotente para contenerlo en los límites de su autoridad. Ese pueblo podrá llamarse soberano, como dice un publicista, pero solo lo será en el nombre.

La historia de nuestra agitada vida política, está ahí para acreditar que la sociedad nada ha adelantado con el sistema actual, y que, por el contrario, los elementos perturbadores han arrancado de él toda su fuerza.—¿Qué otro resultado debía esperarse en donde el pueblo está desarmado, disuelto, donde no se reconoce en el ciudadano el derecho de tener y llevar armas, donde no existe la milicia nacional organizada democráticamente?—Allí el mal elemento, para el cual no hay barreras en la ley, porque todo lo allanan la temeridad y la infidencia, se prevale de la debilidad del buen elemento, para sobreponerse por la sorpresa y de la violencia. Allí los gobiernos impopula-

res encuentran un medio fácil de imponerse, y las instituciones que arrastran apenas una existencia lánguida y enfermiza, están lejos de ser un escudo contra las arbitrariedades del poder.

Si no puede considerarse afianzada la combinación de un gobierno basado sobre el principio de la soberanía del pueblo, donde éste no ha reivindicado para sí el derecho de tener y llevar armas, organizando de ese modo aquella fuerza invisible pero latente en que reposa la primera garantía de las instituciones libres.—¿A qué condición estará reducido un pueblo desarmado, sin organización, cuando el gobierno busca en el ejército una fuerza propia é independiente para afianzar su autoridad?

En un pueblo sometido á esas condiciones, la democracia representativa acaba por ser una ficción apenas sostenible: la soberanía del pueblo se convierte en una palabra vana, en una simple ilusión con que se halaga nuestra vanidad pueril, mientras que los derechos sagrados y primordiales del hombre y del ciudadano están abandonados á los golpes y á los caprichos de la arbitrariedad oficial, cuando no á los motines y á las asonadas con que amenazan casi siempre elementos no bien avenidos con el orden y la estabilidad.—¡Tan cierto es que no basta darse una constitución escrita para fundar un sistema político! ¡Tan cierto es que no hay verdadero sistema político sinó allí donde los ciudadanos han hecho causa comun con las instituciones; donde éstas son una creación viva animada por el fuego interno del sentimiento popular!

No nos hemos posesionado bien de esa verdad. No hemos comprendido aún lo bastante que esas declaraciones de derechos y libertades con que adornamos el frontispicio de nuestras constituciones políticas, no tienen la virtud de asegurarnos la existencia normal de los pueblos verdaderamente libres y democráticos. No hemos comprendido aún que solo el día en que los ciudadanos tengan conciencia acabada de su derecho, sepan apreciarlo y defenderlo, habrán adquirido una garantía que residirá en ellos mismos, y ante la cual, las simples declaraciones de derechos en la ley, serán de un órden secundario; así como ninguna importancia ni significación tendrán esas mismas declaraciones, cuando el pueblo carezca de una antonomía propia, de una conciencia viril y de los elementos esenciales á su libertad política.

Esto no es una vana teoría. Hemos dicho antes que es un principio incontrovertible de la ciencia política entre los ingleses y los Americanos del Norte. En la constitución de Estados Unidos se encuentra esta declaración que no es sino la consagración de un derecho originario, nunca puesto en duda: «Siendo necesaria una » milicia bien arreglada para la seguridad de un Estado » libre, *no podrá coartarse al pueblo el derecho de tener y » llevar armas.*»

Por no hallarse consignado tan esplícitamente en la ley inglesa, no es menos absoluto y más cuestionable [illegible] en el pueblo británico.

[illegible]ente la mayor parte de los Estados Sud [illegible]egado á conquistar la forma de

las instituciones libres, faltándoles el fundamento vivo, esto es, el pueblo, único poder soberano y en quién debe residir la fuerza, condición inherente á su personalidad autonómica, y único medio eficaz con que ha de concurrir á facilitar la acción desembarazada del gobierno dentro de la esfera del mandato legal, así como á contenerlo en sus justos límites, toda vez que intente cometer un atentado ó una usurpación.

....

No puedo convenir, en que, bajo un orden de cosas estrictamente constitucional, pueda ser necesario el mantenimiento de una fuerza de línea para garantir el órden público. No es de ese modo que se asegura la paz y el reinado de las instituciones.

Esa fuerza disciplinada, se convierte fácilmente en instrumento de opresión: careciendo de disciplina, es una amenaza de anarquía y de relajación. Y en todo caso, constituye una masa costosísima para el país, esteril para la producción y que nos absorve inteligencia y brazos de que necesita la sociedad en el desenvolvimiento de su enérjica actividad.

Así es que, es una verdad para mí que la organización de esos elementos militares acusa en una sociedad un estado propiamente anormal y enfermizo. Y frecuentemente en nuestra República como se ha observado más de una vez, se ha fraguado ó exajerado el peligro, como pretesto para conservar un ejército cuyo objeto verdadero era apuntalar una situación política que no hallaba apoyo suficiente en la voluntad nacional.

Así, se ha visto muchas veces que, siempre que ha surjido en los Estados Americanos un Gobierno ó un partido que no ha contado á su favor la opinión de mayoría del pueblo, ha demandado á la fuerza de línea el apoyo que le faltaba. Así á pretesto de sostener el órden, hemos visto las bayonetas sirviendo de escudo y de guardia pretoriana á los gobiernos más divorciados con el sentimiento popular. A pretesto de mantener el órden, hemos visto á las fuerzas de línea interviniendo en las funciones electorales de los pueblos y viciando en su base el acto cardinal de la vida democrática. A pretesto de mantener el órden, se ha visto á los batallones de línea ejerciendo presión sobre los gobernantes y sobre las Asambleas. Y por último, háse visto á esos mismos batallones, destinados según se ha dicho, á sofocar las revueltas, convertirse ellos mismos en elementos de perturbación, y dirigir contra el pueblo las armas confiadas á su lealtad para hacer efectivas las garantías sociales.

Solo las situaciones políticas qne no tienen apoyo en la opinión pública son las que necesitan de esos elementos extraños para sostenerse. Y apoyados en esa fuerza los gobiernos se sustraen cada vez más á la influencia legítima y saludable de la opinión. Las bayonetas que los rodean, halagando su vanidad y acallando sus escrúpulos de conciencia, impiden que lleguen á sus oídos el eco de los reclamos y de las exigencias del sentimiento público. Y el pueblo también se acostumbra á mirar con recelo y desconfianza esas situaciones políticas en que, según la expresión de un publicista, á la idea del gobierno se aso-

cia, como elemento inseparable, la idea de la fuerza y del militarismo.

Hemos emprendido el ensayo de la descentralización administrativa. Tengamos igualmente fé para emprender el ensayo de los gobiernos apoyados únicamente en la opinión; de los gobiernos que confían su defensa al mismo pueblo, á la milicia ó á la guardia nacional, que, como ha dicho un insigne comentarista de las instituciones de la gran República del Norte, es la defensa natural de un país libre contra las invasiones repentinas del exterior, insurrecciones domésticas y usurpaciones de poder por los gobernantes.

. . . .

AGUSTIN DE VEDIA.

1875

DERECHOS POLÍTICOS

DE LOS EXTRANJEROS (*)

Bajo el imperio del regimen Colonial, el vastísimo territorio de la América Española permaneció cerrado para los extranjeros. El mantenimiento de la fé religiosa era el pretesto falazmente invocado por los monarcas españoles para justificar esa medida despótica que en realidad solo tendía al mantenimiento de un absurdo monopolio mercantil y á privar á las Colonias de poderosos elementos de cultura que harían imposible la perpetuación del poder de la Metrópoli.

No podían dejar de desaparecer esas barreras, opuestas al desenvolvimiento de las nacientes Sociedades Sud-Americanas, con el sistema político-social que las levantara. El desierto y la barbarie se presentaban como obstáculos poderosos á la consolidación de las nuevas nacionalidades, surgidas de la emancipación de la América Española, y solo podían salvarse con la inmigración de la población exuberante de las sociedades del viejo mundo. Asi lo comprendieron desde el primer momento

(*) Del libro "La Libertad politica."

todas las Repúblicas Sud-Americanas, y abriendo de par en par sus puertas al extranjero, una considerable corriente migratoria se produjo trayendo desde entonces incesantemente á sus dilatados territorios los elementos indispensables para su conservación y desenvolvimiento.

Y constituida así permanentemente la población de los Estados de este Continente con una masa considerable de extranjeros, ha adquirido para ellos una importancia excepcional un punto de legislación política que jamás ha preocupado seriamente á las sociedades Europeas. Ese punto es el siguiente: ¿deben los extranjeros ser admitidos al ejercicio de los derechos politicos?

Continuando con el exámen de las condiciones exigidas por las Constituciones políticas de las modernas sociedades para la adquisición y el goce de los derechos de la ciudadanía activa, debo en este momento ocuparme de resolver esa cuestión tan grave como trascendental.

Es un hecho evidente que en nuestro país, y en las demás Repúblicas Sud-Americanas, los extranjeros, tanto por las leyes como por las costumbres, gozan de la misma condición civil que los nacionales. Antes que el Código Civil declarara en su artículo 22 que la ley Oriental no reconoce diferencia alguna entre nacionales y extranjeros en cuanto á la adquisición y goce de los derechos civiles, ya ese principio había sido consagrado por la costumbre desde los primeros albores de nuestra Independencia. Los extranjeros en nuestro país, y en las demás Repúblicas Sud-Americanas, adquieren sin ninguna restricción legal, propiedades, tanto muebles como raíces,

y pueden transferirlas á cualquier título, no estando ni habiendo estado jamás sometidos al absurdo derecho de albinagio, derecho insensato, como le llamara Montesquieu, que aun conservan muchas sociedades europeas. La libertad de trabajo, de cambio, de pensamiento, de asociación, de enseñanza y de conciencia, son derechos que nuestras leyes reconocen y garanten igualmente á nacionales y extranjeros. La familia, los contratos, la propiedad y, en general, todos los vínculos que ligan estrechamente al hombre con una sociedad determinada, existen con idéntica extensión y caractéres tanto para los nacionales como para los extranjeros.

Todos los hombres que habitan el territorio de la República, cualquiera que sea la patria en que hayan nacido, están sometidos á las mismas leyes, tienen la misma esfera de acción legal para el ejercicio de sus facultades personales; sus intereses y sus derechos son afectados del mismo modo por los fenómenos que se producen en el seno de la sociedad; y los intereses generales de esta: la libertad, la seguridad, el órden, el progreso intelectual, económico, moral, etc. tienen la misma importancia y ejercen la misma influencia sobre los intereses personales de todos los miembros de la comunidad, sin distinción de nacionalidades.

Quiere decir, pues, que los extranjeros que llegan á nuestras playas y se establecen en el país se incorporan á nuestra sociedad, entran á formar parte de ella y se convierten en verdaderos elementos componentes del organismo social.

Una sociedad es un organismo formado por un conjunto de individuos, sometidos á unas mismas leyes, y estrechamente unidas por el vínculo de intereses y de necesidades comunes. Luego, nuestra sociedad, así como todas las de población inmigrante, está constituida, tanto por los individuos que han nacido en su territorio, como por los extranjeros que en ella se establecen, pues que unos y otros están sometidos al imperio de nuestras leyes, y se encuentran fuertemente unidos por el vínculo de intereses y de necesidades comunes.

No es necesario aglomerar más datos para dar á la cuestión que en este momento ventilo, una acertada solución.

Los derechos políticos, como lo he demostrado anteriormente, no son otra cosa que las diversas funciones de soberanía ejercidas por la sociedad. Entonces, pues, para determinar si los extranjeros deben ser admitidos al ejercicio de los derechos políticos, es necesario previamente averiguar si son ó nó miembros de la soberanía popular.

Y este punto ha quedado resuelto tacitamente en las precedentes observaciones. Todos los miembros de la sociedad son miembros de la soberanía siempre que reunan las condiciones de inteligencia é independencia indispensables para poder ejercer las funciones propias de esa potestad inicial del Gobierno. Los extranjeros domiciliados en la República son miembros de la sociedad Oriental, y en consecuencia y desde que sería absurdo deducir del mero hecho de haber nacido fuera del territorio

nacional, que carecen de las aptitudes que acabo de mencionar, necesario es reconocer que son tambien miembros de la soberanía social. Forzoso es, pues, concluir, partiendo de estas premisas de una verdad perfecta, que los extranjeros deben ser admitidos al ejercicio de los derechos de la ciudadanía activa.

Por otra parte, la igualdad de derechos civiles entre nacionales y extranjeros, consagrada en toda su amplitud por nuestras leyes, implica necesariamente la igualdad de derechos políticos, desde que éstos no son más que una garantía de los primeros. «Las ventajas de la democracia sobre cualquier otra forma de gobierno, ha dicho el publicista norte-americano Joel Tifany, deben buscarse en la presencia potencial del pueblo en la administración de la autoridad, por la que aquel está en aptitud de obtener que se incorporen sus derechos é intereses comunes en las leyes que han de gobernarlo. Pero los derechos é intereses populares no estarán asegurados por un gobierno que no sienta la presencia potencial del pueblo en su administración.» El pueblo, en las sociedades sudamericanas, está formado en gran parte por los extranjeros domiciliados en su territorio; y no tomando éstos una parte activa en la política, no concurriendo á la formación de los Poderes Públicos, todos sus derechos civiles quedarían desprovistos de su correspondiente garantía, no estarían asegurados por un gobierno que hubiese sido constituido sin su concurso, que no sintiera como lo dice el autor que acabo de citar, su presencia potencial en su administración. Colocados los extranjeros en esta con-

dición «compondrían una gran masa de opinión, de intereses, de elementos sociales y morales, subordinado á la prepotencia de un pequeño grupo investido, á la manera de los antiguos patricios romanos, con el derecho pleno de la ciudadanía.» (*)

Desde que el Estado no tiene más misión que garantir la libertad civil, ó el órden social, que son términos que explican una misma idea, y administrar los intereses comunes, no es la nacionalidad la fuente de los derechos políticos; no es ella la que acuerda á un individuo el derecho de intervenir en las funciones de soberanía, sino el hecho de ser miembro de la sociedad, de poseer derechos civiles y tener participación en los intereses sociales cuya garantía y administración al Estado se confían. Y así, el individuo que, habiendo nacido en el territorio de la República, abandona el país y se domicilia en el extranjero no tiene el derecho de intervenir en la elección de los Poderes Públicos, porque, no obstante su nacionalidad, no forma parte ya de nuestra sociedad política; mientras que el extranjero que se domicilia en nuestro pais, incorporándose por ese hecho á nuestra sociedad, siendo afectados sus derechos civiles por la acción de los Poderes Públicos de la misma manera que los de los nacionales, y adquiriendo, como miembro de la comunidad; participación en los intereses colectivos, debe concurrir á la formación de los Gobiernos que van á tutelar y administrar esos derechos é intereses.

Nacionalidad y ciudadanía son, pues, dos condiciones

(*) José Manuel Estrada—«Curso de Derecho Constitucional pág. 149.

individuales completamente distintas; y la última no procede de la primera, sino de la calidad de miembro de una sociedad política. La nacionalidad es un estado permanente de los individuos que no sufre alteración alguna, cualquiera que sea el punto de la tierra que habiten. La ciudadanía es, por el contrario, variable y se altera con los distintos domicilios que adquieren los hombres en las diferentes sociedades en que se encuentra dividida la humanidad.

JUSTINO JIMENEZ DE ARECHAGA.

LOS MATREROS

(Fragmentos de "Ismael")

Los montes extensos del Río Negro asilaban el mayor número de *matreros;* que ora vivían aislados, y en grupos de dos ó tres en parajes desconocidos,—ora en bandas de treinta y cuarenta, allí donde eran más apropiados los claros ó potriles de la selva.

El observador que no estuviese en el secreto de las astucias y estratagemas usadas por los habitantes de las malezas, dificilmente podría descubrir huella ó signo de vida en el mismo centro de sus maniobras; aún en el caso, inverosímil, de que él se hubiese aventurado hasta allí, sin recibir antes un golpe de *facón* ó una descarga de trabuco á quema ropa.

Sus únicos refujios contra el hielo, el rigor de los inviernos, las lluvias torrenciales y la crudeza de los vientos, consistían en las espesuras del follaje ó en los zarzos hechos con ramas flexibles en forma de *ranchos* que cubrían y recubrían con cueros vacunos y aún de carneros por todas partes, dejando apenas espacio para removerse ellos en sus camas duras de caronas y cojinillos.

Trataban siempre de improvisar estas viviendas en terrenos altos, para evitar que las aguas corriesen por debajo. Preservados asi de la humedad, el calor de los cuerpos, el humo del cigarro y la proximidad del fogón á un lado de la puerta ó abertura, por la que era preciso entrarse á cuatro manos, mantenían en el interior un ambiente tibio y agradable que estimulaba los hábitos de holganza y de indolencia, especialmente en los días sin sol y en las largas noches de Junio, mezcla de heladas, de tinieblas y de constante lluvia.

En el interior de esas viviendas, los *matreros* colgaban sus guascas y utensilios más rudimentarios, tocaban la guitarra, jugaban á la baraja, y concertaban sus golpes de mano y estratagemas nocturnas, respetándose recíprocamente al ménos los que tenían el mismo poder de garra y de *ronca*, asi como se respetan las fieras aún tratándose de la prioridad en los despojos.

Si alguna vez, por un avance atrevido de los agentes de vijilancia, sus guaridas eran descubiertas, no volvían ya ellos á esos sitios, y hacían otras en lugares más distantes é intrincados, con mayores precauciones, sin miedo al tigre y al yacaré, por más que el primero tuviese por allí su madriguera y el segundo incubase sus huevos en la arena del ribazo.

Por la noche, los fogones ardían, casi invisibles á pocas varas de distancia.

La leña se echaba en hoyos á propósito,—remedos de taperas,—de modo que la llama se expandiese en las anfractuosidades de la excavación, lamiendo arena y gre-

da; y en abertura regularmente ancha se colocaba la caldera sobre trépedes de troncos, que se reemplazaban así que el fuego los consumía.

De igual manera quedaba encubierto el resplandor de esos hornos especiales, cuando se asaba la carne; los asadores circuían la boca, y todo quedaba en la penumbra, ó claridad dudosa de un crepúsculo.

De día no se encendían estos fuegos, porque el humo los denunciaba á la distancia.

En realidad no dejaba de presentar un aspecto imponente el cuadro original formado por un grupo de *matreros* en rededor de un fogón, tomando *mate* en las altas horas de la noche; especialmente si contra toda costumbre, ese fogón había sido encendido al ras del suelo con grandes troncos secos y trozos de estiércol vacuno.

Los árboles negros y tupidos, la soledad selvática, las señas misteriosas del espía ó «bombero» colocado á la entrada del monte entre algunos «talas» ó «sarandíes» el sordo bramar de las alimañas á lo lejos, el ruido de algun caballo al azotarse al río con su jinete en el interior de la selva, la rotura imprevista de las ramas al empuje de un novillo «alzado» que luego se volvía estrujándolo todo sobrecojido por la sorpresa ó por el grito gutural de uno de los *matreros*, el resplandor rojizo del fuego en los rostros pálidos y barbudos del grupo, las voces bajas de los que hablaban de alguna hazaña lúgubre ó hacían alguna historia de ataque ó salteo, la inmovilidad de los cuerpos con las piernas cruzadas en el suelo, envueltos en sus ponchos oscuros abuchados hácia atrás por la culata del

trabuco ó el mango del *facon*, la mirada torva y el taimado gesto de los semblantes, las manos de peludos dedos saliéndose á cada momento del abrigo para cojer el *mate* ó sacar los puchos de atrás de la oreja, alguna risa bronca á labios cerrados, algun terno rudo, alguna ironía sangrienta escapándose como un tiro de bola de una boca escondida entre un monton de pelos erizados, todo esto, era bastante para extremecer á un observador trasladado de súbito á semejantes lugares, y mayormente aún, si llegaba á escuchar como este robó un cinto lleno de onzas de oro á un «tropero» empujándolo luego al fondo de un barranco, como éste dió muerte á dos soldados de un trabucazo por el ventanillo de una cocina al caer de una noche, como aquel desnucó á un capatáz con la marca de hierro un día que estaban solos junto al corral de las yeguas, y como el de más allá sacó una tarde á su «china» de un rancho en que se bailaba, después de abrirle el vientre con una cuchilla mangorrera al «cantor», que le había roto la guitarra en la cabeza «blanqueándosela» de astillas....

Vería el observador al apuntar el día, como el aislamiento agreste había impreso su sello duro y áspero en aquellas figuras, y como el interior de sus almas se transparentaba en los rostros con la cruda altivez del macho que no ha conocido el freno; algo como una carnadura de hombre primitivo en esos seres siempre agitados bajo el ala del «pampero», en crecimiento y connubio con las fuerzas de la naturaleza, algo de modelo escultural y de belleza *protea* en sus cráneos cabelludos, en sus pechos

salientes, en sus cuellos robustos, en sus miembros admirablemente conformados, en la trabazón férrea de sus músculos, en las formas correctas de sus caras varoniles, en la flexibilidad de sus talles y la plenitud fisiológica de sus troncos de centauros, habituados al columpio de los potros y á la embestida de la hacienda brava.

Y al contemplarlos ágiles y airosos sobre el caballo arrancar á escape por las cuestas y sofrenar en la loma altaneros y arrogantes, para mirar al horizonte; ó revolear en su diestra las *boleadoras*, arma temible que ellos tomaron del charrúa perfeccionándola de una en tres bolas anudadas, con el pintoresco nombre de *las tres Marias;* ó ajitar el *lazo* de trenza sobre sus cabezas en un día de combate para cojer infantes y maturrangos dentro ó fuera del entrevero; ó pelear á cuchillo en alguna pulpería y abrirse paso por en medio de las gentes del preboste derribando hombres aquí y acullá con los encuentros de sus caballos, para golpearse luego las bocas en són de burla á la orilla del monte; convendría entonces el que los observase, que todo en ellos era instinto y fuerza—materia prima del valor heróico,—sin otra noción moral de la patria que el fanatismo del pago, ni otra idea de Dios que una creencia fría vaga y casi indiferente.

Por eso—fuerzas é instintos— aveníanse bien con la vida montaráz.

Extraña vida, y escenas de vigoroso colorido las de la odisea gaucha en los montes!

En las altas horas, el tañido de la guitarra y a canto melancólico interrumpían el silencio. A men

se oía el *pericon* alegre, ó el cielito cadencioso, en cuyo éter á fuer de cielo en miniatura, deberían vagar al rayo de la luna ángeles de trenza y téz morena, perseguidos por silfos de luengas melenas, hermosos y apasionados que calzaban «domadoras», en vez de coturnos con alas transparentes.

Estas tertulias, amenizadas á veces con la presencia de garridas criollas, capaces de sujetar un bagual en el declive de una loma, constituían el acto sociable por excelencia en el falansterio de la floresta.—El concierto cotidiano de las aves, al rayar el alba, y el de las alimañas á media noche por filo, suplían otro género de distracciones; si bien el primero era para sus oidos como gotear de lluvia, y el segundo se iniciaba en mitad de un sueño profundo,—solo perturbado por algún sonámbulo, de grito más penetrante que el de los zorros pendencieros.

Cuando no había probabilidad alguna de ataque ó sorpresa en campo raso, los *matreros* pasaban largas horas en los *ranchos*, en bailes ó velorios de «angelitos», reposando en la lealtad de los vecindarios, que les advertían la hora conveniente del repliegue, así que vislumbraban algo de sospechoso en el horizonte.

Si llegaban á ser sorprendidos hacían causa común, y se batían con bravura, en la firme convicción de un fin desastroso, en caso de caer prisioneros.

Más de una vez, un solo *matrero* ha hecho frente á un destacamento, y aún salvádose por su arrojo de entre los sables y lanzas.

A un instinto poderoso de existencia libre, se unía en

ellos un coraje indómito. Verdaderos hijos del clima, como Artigas, poseían la tendencia irreductible hácia las pasiones primitivas, y la crudeza del vigor local. Peleaban sin contar el número, y caían con resignación heróica.

No deja de ofrecer también originalidad cierta faz psicológica por decirlo así del *matrero*, y que lo presenta con un tipo simpático é interesante en medio de los azares y extravíos de su existencia semi bárbara; y es la de muy acentuados sentimientos de gratitud y nobleza en determinadas ocasiones, los que revelaba en sus actos como una prenda segura de su amistad nativa.

EDUARDO ACEVEDO DIAZ

MONTEVIDEO BAJO LA DOMINACIÓN PORTUGUESA

(Fragmentos de «Nativa»)

Buenos tiempos aquellos en que la ciudad de San Felipe no era más que un hacinamiento confuso de casas bajas sin reboque, con techos de teja, distribuidas y alineadas en calles muy estrechas sin solado firme, llenas de lodo, alumbradas con velas de sebo en faroles de pescante, con plazas en que crecían yerbas y pacían bestias, campanarios al ras de las cumbreras, cementerios dentro del recinto, casernas de granito y negros trozos de muralla, como roto cinturón, dispersos hacia el norte y el levante entre pantanos y malezas!

Por entonces la Plaza de la Matriz servía de mercado ó féria, realizándose allí sobre los cordones de la vereda, junto á postes y cadenas las ventas y compras de legumbres, hortalizas, pasteles, frutas y mazamorra con leche; confundidas todas las clases y razas, blancos y negros, pardos, zambos, cambujos, indios; propietarios mercade-

res, militares y esclavos; con calzones de tres botones unos, de uniformes otros, de chiripáes estos, aquellos de melena y poncho, en tanto una de las charangas lusitanas provista de «chinchin» con adornos de cerdas, lanzaba á los aires sus musicales ecos desde la acera del cabildo.

Tiempos famosos aquellos de usos y costumbres sencillas, en que los goces y novedades sociales se reducían al cuento y á la intriga en las salas de pesados cortinados, y la virtud era tan austera que por la menor falta se reducía á penitencia una doncella en la casa de ejercicios, bajo la dura regla de la beata mercedaria Sor María de Jesús; en que se llevaba el rapé blanquillo ó colorado en cajas con música, usándolo como quien aspira oxígeno puro hasta las ancianas más pulcras; en que el recato iba al extremo de no mirar con fijeza á los hombres, y el sentimiento del pudor al punto de no enseñar jamás las vírgenes en sus composturas y modas, ni el nacimiento siquiera de la garganta. Ya están léjos!

....

....

.....Llamaba cada mañana la campana tartajosa de San Francisco. A veces la concurrencia era tan numerosa que el recinto aparecía muy reducido y tan densa la atmósfera que se hacía necesario habilitar el atrío para los sermones en días bonancibles. En concepto de algún circunstante campesino, «el aire de adentro podía cortarse en tajadas por lo espeso.»

Limpias las conciencias, bien podía irse al teatro. Cer-

ca este del Fuerte, con unas puertecitas que obligaban al concurrente á clavar la barba en el pecho al penetrar en un vestíbulo de circo, ofrecía en su interior á la claridad dudosa de un gran disco de candilejas el aspecto de un retablo correjido y aumentado de Maese Pedro, dada la perspectiva del escenario, el género del espectáculo y el vestuario pintoresco de los cómicos de la legua que declamaban á asfixiarse, más que en beneficio de la pieza clásica en el interés del aplauso. La asistencia del gobernador y de los jefes superiores en los palcos, así como la de damas principales engalanadas de prendas de oro y brillantes que hacían juego con las presillas, medallas y galones militares, y correspondían al frac y chaleco blanco de raso de los caballeros, daba tono al centro y poderoso estímulo á los personajes que se movían desaforados en las tablas. Mientras en estas se mutilaba sin piedad á Calderon de la Barca, sorbíase rapé con disimulo y funcionaba el catalejo.

Aparte de este inocente entretenimiento, el bello sexo tenía también el de bailes y saraos para resarcirse de las largas horas de oratoria y místicas vijilias en rosarios y misas de alba. Desplegaba en esas exhibiciones, no muy frecuentes, en la casa de Gobierno ó en la capitular, lujo extremo y buen gusto; descollando las cabezas y bustos hermosos con el peinado á lo María Luisa, los piés pequeños dentro del zapato blanco con flores de oro y los brazos cubiertos á mitad por el guantelete fino. Los rulos naturales y perfumados jugaban al descuido, rozando á la pareja en la contradanza y el minué, y domeñaban *sua-*

viter in modo la soberbia del conquistador............

....

Los centros escojidos para los hombres, eran los cafeés. En salones estrechos y bien ahumados por el tabaco, reuníanse en las primeras horas de la noche y platicaban sobre los asuntos de interés preferente, con la mesura que las circunstancias exijían. Hacíase tambien tertulia en várias casas particulares de españoles viejos y de «lagunistas» decididos, ó sea partidarios de la anexión. El pro y el contra en estas reuniones aristocráticas, llegaba á asumir proporciones de disputa de barrio; pues como en toda época difícil todos tendían á buscar en la escena su colocación más conveniente.

En la calle denominada más tarde de Treinta y Tres estendíase hasta una y otra costa del río una línea de casuchos, cobertizos y barracas,—moradas de gente pobre. Olíase en todo ese trayecto á palometa y pescadilla de rey, y exhibíanse á los ojos de los transeuntes remangas, aparejos y redes de jorro, cañas y relingas, piolas y plomadas, así como hombres descalzos cargados de palancas y de peces. Más interesante que todo eso, á no dudarlo, según la tradición, eran los rostros lindos en la prole femenina; afirman que allí brillaban tantos ojos expresivos y lucíanse tantos gentiles cuerpos, que la galante oficialidad portuguesa afluia en masa al barrio de los pes-

cadores con el intento de bucear en la seguridad de encontrar perlas.

Hácia la parte del mediodia, á poca distancia, la escena cambiaba por completo: chatos edificios dispersos, de ladrillo desnudo, en callejones tortuosamente delineados, eran madrigueras de negros africanos y de zambos, donde se bailaba á la luz del candil--única que en ciertas noches hendia á trechos las tinieblas después del toque de queda. A este barrio costanero concurría con guitarras el peonaje de carretas del hueco de la Cruz, para mezclar á sus hábitos de campo un poco del placer de poblado, refinando en algo el gusto silvestre con la tosca golosina del suburbio: germinación y principio del tipo híbrido que había de desarrollarse y difundirse paulatinamente en las afueras en el andar del tiempo, sin llegar al nivel del hombre de ciudad ni ponerse á la altura del gaucho altanero. El baile de «candil», debía ser el precedente forzoso del baile de «academia». El tipo primitivo empezaba á derivar por la ley de evolución; y como el avestruz macho, incubaba sin saberlo el huevo del «compadrito» al calor del vaho del conventillo y del sensualismo grosero.

En cambio de estas clases que no se alzaban del nivel común por la naturaleza del sistema imperante y la índole misma de su orígen, coexistían otras dos sin excluirse ni chocarse; por el contrario, vinculadas solidamente, mantenían el equilibrio de los intereses económicos y financieros, sustentando con sus robustas fuerzas las situaciones más difíciles, como que eran las que explotaban las fuentes de la producción y el trabajo. Bajo tal fórmula

debían reputarse los comerciantes y ganaderos ó hacendados. Los primeros constituían una clase verdaderamente privilegiada, formando con las segundas un rango superior; teniendo como reglas de procederes. viejas leyes y estatutos coloniales que se consideraban en su aplicación como inviolables. El tribunal del Consulado había dado, en su caracter de institución excepcional, seriedad y tono á este gremio; el que por otra parte se imponía por si mismo, á partir de la proverbial honradéz de sus actos

Si bien eran limitados los capitales en giro, llenaban por completo las exigencias del mercado; y aún se atesoraba, sin tirantez ni usura. Los estancieros, dueños de la grande propiedad,—no conocida entonces la pequeña sino en reducida escala y, por lo mismo, embrionarias la agricultura é industrias accesorias,—constituían á su vez un factor poderoso, y quizás la piedra angular de la vida económica. De tal modo primaba como industria el pastoreo, que las demás, sin excluir la de transportes tan necesaria á su incremento, nacían y se desarrollaban anémicas—ya que no se extinguieran en breve tiempo,—como las plantas que brotan á la sombra del «yatahy» ó del «ahué» legendario.

En esas grandes propiedades,—á veces comarcas enteras,—pacían numerosos ganados, que cuidaban pastores de índole tan bravía como la de los mismos toros indómitos. Las soledades nivelaban los instintos! Sustraíanse por épocas numerosos rebaños; consumían multitud de reses los ejércitos; ocultábase en los montes por falta de rodeo la flor misma de hacienda vacuna;—pero, todo eso,

no disminuía de una manera sensible la cantidad enorme de animales, esparcidos en las abruptas sierras y feroces campiñas como una bendición del suelo. La riqueza pecuaria pues, merecía ser calificada de don natural, desde que en nada se hacían sentir por entonces la previsión y el cuidado para su aumento, mejoramiento y cruza. El crecimiento expontaneo suplía el esfuerzo del hombre, y no importaba mucho al grande propietario que un tercio de los novillos gordos se hubiesen hecho cimarrones, y que la lana de sus ovejas fuese ordinaria y tosca, y llevase de adorno mil abrojos y flechilla. Cosas del tiempo y virtudes del clima!

Por no desautorizar sin embargo, el sentencioso dicho de que el ojo del amo engorda el buey, casi todos los hacendados abandonaban la ciudad en ciertos meses del año, acompañados de sus familias, para ponerse al frente de sus estancias y vigilar de cerca las faenas, tomando en ellas alguna parte activa. Aparte del móvil del interés cedíase tambien á un hábito consagrado cual era el de procurarse el aire libre y los placeres campestres en la estación estival. La atmósfera de Montevideo, durante los calores, y la falta de alicientes dentro de la esfera de una existencia rutinaria, agravada por el sistema opresivo de los dominadores, impelía á los nativos á alejarse sin pena en busca de goces más tranquilos. De ahí que los hacendados, aún á riesgo de contrariedades frecuentes por el estado de desasosiego en que se encontraba la campaña, pasasen largas temporadas en sus establecimientos,—invierno y verano, á veces; más dispuestos á

sufrir aquellos que á vejetar en una atmósfera viciada, tolerando en silencio actos depresivos de gobierno y miserias de cortesanos.

Siempre se respiraba en los campos un aire puro, y la pluma de ñandú se ajitaba al soplo del pampero en la cabeza de los caciques.

EDUARDÓ ACEVEDO DIAZ.

LA BATALLA DEL SARANDÍ

(EPISODIO DE «GRITO DE GLORIA»)

. . . .

Por un segundo cesó de improviso el trote nervioso de la línea y una voz que ya se había dado, pero que se repetía ahora viril é imperiosa como una exhortación suprema al valor heróico, volvió á resonar de cuerpo en cuerpo y de escalón en escalón, diciendo breve y secamente:

—Carabina á la espalda, y sable en mano!

Después, los clarines rompieron en el toque de degüello, los mil sables se alzaron destellantes, los escuadrones arrancaron á media brida, cayendo con la violencia de un torrente en el llano, á cuyo opuesto extremo se desplegaban dos mil cuatrocientos carabineros, y apenas en mitad del valle, á tiro de pistola, otras tantas detonaciones resonaron, dividiendo una densa humareda los dos campos, como para cegar más su furor.

Disipada la nube, vió Luis María que sus amigos seguían ilesos á su lado, tendidos sobre el cuello de sus monturas y que en pos de la línea, clareada á trechos, pero siempre inflexible en su carga imponente, quedaban más de cien hombres sobre las hierbas, entreverados con los caballos que habían sido tambien muertos ó heridos en el pecho y la cabeza.

El ronco son de los clarines volvió á alzarse sobre el estruendo de la descarga, y en pocos instantes las dos líneas se chocaron.

La formación desapareció en el acto.

En medio de la espantosa confusión, pudo Luis María observar que las dos alas brasileñas eran acuchilladas por la espalda hasta encima de sus reservas; pero que, en cambio, cortada en dos la extrema derecha enemiga por los dragones de Rivera, una de estas mitades formando masa compacta con las tropas del centro imperial que cargaban sobre el centro republicano, caía con irresistible violencia sobre la izquierda de este, arrollándola impetuosa y comprometiendo el resto, en rededor del cual se arremolinó en un instante un c rculo de hierro.

La acción del centro oriental quedó anonadada bajo el peso del número.

Entonces la pelea se trabó tremenda entre un grupo pequeño y una mole enorme de adversarios, al punto de no verse el horizonte, estrechados, ahogados los nativos entre barreras de lanzas y sables que habían surgido de improviso reemplazando á las ya inútiles carabinas.

Habían caído muchos en esa carga de frente y de

flanco. El suelo estaba cubierto de heridos y de ginetes desmontados que corrían en todas direcciones, chocando con los grupos en su afan de abrirse paso en el tumulto ó de apoderarse de los caballos que habían librado sus lomos en el choque.

Luis María vió á Oribe atravesar por dos veces entre el tumulto golpeando aquí y allá con su espada y enardeciendo con su voz á sus soldados; vió caer al clarin de su escuadrón herido en un costado por las cuatro medias lunas de una lanza; á Ismael rodeado por un grupo de dragones, con el caballo en tierra; á Cuaró que salvaba el cerco abriendo ancho camino con su sable; y al porta-imberbe que alzaba intrépido el estandarte acosado por los hierros gritando con un acento de niño á quien ya anonada el rigor:

— A mí.... á mí, valientes! Aquí de la bandera!

Y luego, como á través de un velo color de tierra, vió que los sables envasaban aquel cuerpo endeble y lo derribaban por las grupas manando sangre á borbotones.

Acometióle un vértigo. Sin apartar los ojos de aquel episodio, sordo á los ruidos fragorosos que venían de todos lados, mezcla de rabias, quejas, llamados supremos, rugidos, botes y caidas, picó espuelas, lanzóse sobre el grupo, que clareó á golpes de filo, y echando mano al estandarte, que no había abandonado el porta moribundo arrolló al ástil el paño y bajando la moharra, cargó ciego, hundiéndola en el pecho del primer enemigo que encontró á su frente.

Al instante lo cercaron, entre furiosos voceríos.

El ástil, manejable como una lanza, hería por doquiera con su rejón empuñado con soberbio denuedo. El golpe repetido de los sables hacíale saltar astillas á cada encuentro, y auque herido ya en el brazo de una estocada, Berón rompió el círculo, sujetó su lobuno espantado junto á la loma, allí donde Ismaél se batía cuerpo á cuerpo; y haciendo flamear el estandarte, gritó con voz de cólera terrible:

—Libertad ó muerte!

Otra voz, semejante á un bramido, le contestó cerca; y el teniente Cuaró entróse al cerco nuevamente formado, moviendo como un ariete su sable poderoso.

—Maten! maten! — exclamaba iracundo un capitán de dragones de rio Pardo, señalando á Luis María con la punta de su acero.

Los soldados amagaron otro ataque, encontrándose á Cuaró por delante, cuyo brazo, al voltearse de revés, dió en el suelo con el más cercano, obligándole á salir de un salto de los estribos.

Oíase siempre encima el toque á degüello, y los escalones pasaban como fantasmas por los flancos, extremeciendo el suelo en pavoroso tropel.

El capitán brasileño, notando que sus hombres tenían de sobra con Cuaró, y que no adelantarían un palmo de terreno mientras tuviesen al frente aquel temible ginete cambió de posición, hizo andar á toda brida su caballo y acometió con ímpetu á Luis María por retaguardia.

El jóven ayudante permanecía en el centro del torbellino como abrazado al ástil, pálido, desangrado, imponen-

te en su misma actitud cuando su tenáz adversario le llevó el ataque.

Herido en las grupas de dos ó tres cuchilladas que habían abierto hondos surcos en la piel hasta mostrar la carne viva, el lobuno de Berón se abalanzó de improviso haciá delante al sentir el avance, se encabritó, y revolvió enfurecido por el dolor.

Cuaró encajó al suyo las espuelas haciéndole brincar en semi-círculo, con los remos en el aire, y al sentar el redomón los cascos con un bufido de espanto, su ginete, echado sobre las crines, levantó el fornido brazo trazando con el sable otra curva y lo descargó en la cabeza del oficial brasileño arrancándole con el morrión la mitad del cráneo, que le volcó sobre el rostro como una máscara horrible.

El sablazo lo sacó como en volandas de la silla; rodó su cuerpo por las hierbas, y al agitarse en convulsiones cojiéronsele los cabellos á las matas volviendo el fragmento de cráneo á su lugar y dejando de lado, visible, lívido, salpicado de sesos, un rostro jóven que arrancó un grito á Luis Maria:

—Pedro de Souza!

—Mata! mata!—rugía Cuaró revolviéndose más furibundo con el brazo lleno de sangre y la pupila dilatada.

Y se lanzó sobre el grupo de enemigos con todo el poder de su caballo.

Fué como un turbión; al principio llevóse todo por delante; luego la tropa volvió á cerrar el cerco á manera, de una onda arrolladora; el sable terrible brillaba en el

medio en siniestro culebreo; y en tanto este montón de centauros se escurría en la ladera entre alaridos arrastrando como en un remolino de aceros á Cuaró, Berón era de nuevo acometido por otro grupo de refresco, estrujado, envuelto en la balumba hasta la loma en medio de gritos feroces, tiros y estocadas.

Todavía sirvió al jóven de defensa la moharra del estandarte; pero al llegar á lo alto de la colina, su caballo cayó muerto.

Quedóse con él entre las piernas; y agitando la bandera gritó con desesperado brío:

— Sarandí por la patria!

Otro combatiente cayó de pronto sobre el núcleo apenas resonara el grito, armado de una enorme daga de dos filos que esgrimía con admirable destreza.

Montaba un redomón tostado, cuyas narices como hornallas despedían dos humazos, y en cuyo cuello la sangre salpicada se mezclaba á la espuma del sudor.

Era el ginete un negro de contextura atlética, ágil, airoso, sentado sobre los lomos desnudos.

Entre sus piernas de vigoroso domador se arqueaba y torcía el tornátil vientre del potro despavorido, sin que éste en la violencia de sus arranques lograra separar á su amo del crucero.

Luis María lo reconoció en el acto. Era Estéban.

A la vista de aquel á quien había devuelto sus derechos de hombre que tan bien ejercitaba en la hora de prueba, el jóven volvió á levantar con el estandarte por encima de su cabeza su tonante voz herida:

—Libertad ó muerte!

El negro, amorrado y silencioso, apretó rodajas: el redomón dió un bote enorme cual si buscase salvar una valla de riscos, y echándose Estéban de costado á la usanza charrúa, tiró un golpe de daga al pescuezo de uno de los dragones.

El tajo fué horrible.

La cabeza del herido cayó sobre el hombro á modo de penacho volteado por el viento, brotó un surtidor rojo y bamboléandose un instante, derrumbóse al fin el cuerpo inerte.

Cogido el pié en el estribo, fué arrastrado el cadáver á lo largo de la colina en vertiginosa carrera, y pudo verse por breves segundos girando como un molinete la cabeza del degollado.

El resto de los dragones se precipitó en masa sobre los dos combatientes; y en tanto Estéban era separado del sitio en reñida pelea un auxiliar más entró en acción, anunciándose con un grito ronco semejante al de una fiera que acude rápida á la defensa de la cria atacada por los perros.

Simultáneamente con el grito, una lanza blandida por una mano nerviosa hiriendo allí donde mas ceñido y compacto era el grupo, formó hueco y dió paso á un ginete jóven, lampiño, de semblante moreno y ojos negros, agraciado, robusto, que vestía blusa de tropa y calzaba botas de piel de puma.

Parecía su aspecto de otro sexo, aunque venía á horcajadas en un caballo arisco.

La duda duró poco, pues en el momento la denunció su voz de mujer bravía, que clamaba:

— Atrévanse, cobardes! vengan á mí, apestaos.... aquí está Jacinta Lunarejo que les ha de pelar las barbas con esta media luna!

Y echó pié á tierra junto á Berón, tratando de defenderle por todos lados con su lanza; ora saltando como una tigre, ya arrastrándose sobre las rodillas, desgreñada, furiosa, bella en su mismo espantoso desórden.

Resonaron varias detonaciones de pistola.

Una bala atravesó el pecho de Luis María, derribándolo de espaldas.

Quedó tendido con el estandarte de su escuadrón abrazado sobre el pecho, de cuya herida manaba un hilo de sangre muy roja que se fué distendiendo en la seda hasta formar una gran mancha en el blanco y celeste.

Otro de los proyectiles se alojó en el cuerpo de Jacinta.

El disparo había sido hecho á quema ropa, y su blusa humeaba.

Al reincorporarse iracunda, cayóle de costado el taco ardiendo, y ahogó por un instante su voz el humo de la pólvora.

Dos ó tres de los más valerosos, tentaron levantar el estandarte con la punta de sus sables; pero Jacinta dió un brinco y sepultó su lanza á dos manos en el vientre del dragón de talla gigantesca, que alargaba cuanto podía su brazo para alzarse con el trofeo.

Se alzó, sí, mas con la lanza prendida en sus carnes,

por la media luna invertida á manera de arpón; que se llevó en la fuga.

Luego, Jacinta cogió el sable de Luis María en su diestra, rodeó con su otro brazo el cuerpo del herido y empezó á arrastrarle con todas sus fuerzas, diciendo desesperada:

— A él no, bárbaros!.... Déjenlo por compasión que yo le cierre los ojos; no ven que ya está muerto!.... A él no salvajes!

Y sin dejar de arrastrarle, repetidas veces herida en la cabeza y en los brazos, bañado el rostro en sangre, tambaleando, asiéndose entre crispaciones de las hierbas, su mano sacudía el sable apartando los hierros á golpes de filo.

Por dos ocasiones gritó, saliendo su voz como un ronquido:

— Cuaró!...... Cuaró!

El teniente no podía oirle.

En cambio, sintió de cerca el toque de carga, y la reserva, con Lavalleja al frente, acuchillando todos los escuadrones enemigos dispersos en la ladera, apareció bruscamente en la loma, descendió á escape al llano, y en lúgubre entrevero fueron cayendo uno á uno la mayor parte de los que habían hecho cejar á la línea del centro.

En esta carga cayeron prisioneros, entre otros jefes y oficiales, Pintos y Burlamaquí.

Jacinta, arrodillada junto al jóven y libre ya de implacables adversarios, percibió entre desfallecimientos zumbidos sordos, dianas y gritos de victoria.

Miró azorada á través de tules rojizos.

La llanura aparecía cubierta de centenares de cadáveres y despojos. Lejos en el horizonte iluminado por los esplendores del sol, percibió regimientos en desórden, caballos sin ginetes, cuerpos hacinados entre los pastos, galopes furiosos, ecos de cornetas que semejaban ahullidos de pavor.

Después se volvió hacia Luis María, cogióle el rostro entre las dos manos, levantóle los párpados para mirarle las pupilas, peinóle los rulos con los dedos temblorosos, dióle un beso en la mejilla, y exclamó al fin desolada entre hipos violentos:

—¡Ay, flor de mi alma, sol de mi pago! Que salga de estas heridas toda mi sangre, por una mirada de tus ojos......!

Pálida, vacilante, sus manos crispadas se cogieron al cuerpo inmóvil; sacudiéronlo; y en pos de este esfuerzo abrió los brazos para estrecharlo, resbalóse suavemente y quedóse acostada á su lado, exangüe, tiesa, sin temblores.

EDUARDO ACEVEDO DIAZ

UNA ACAMPADA

(Fragmento)

Cien hogueras ardían en el campamento ahumando el cielo, y en torno de cada una de ellas se veían grupos de soldados que mateaban, mientras se cocían los asados. Las lanzas clavadas por el regatón en la tierra, espejeaban al sol, pendientes las banderolas lácias por falta de viento.—Había lanzas de todas formas y tamaños, desde algunas largas y agudas como dagas hasta otras cortas y ovaladas como pequeños peces; lisas unas, y otras labradas, estas con medias lunas sencillas, aquellas con doble media luna, estotra en forma serpentilana, al lado una de tres filos como una bayoneta, y por todo el campamento lanzas comunes, de moharra sencilla, la lanza de tropa encabada en asta corta y recia. Los aperos eran tan variados como las lanzas, ricos unos, chapeados de plata, y otros pobres, miserables, compuestos de una mala jerga, un lomillo de bastos destripados, y un cuero de carnero. Todo oreaba al sol en aquel mediodía tibio, pintada la

ladera con los colores de los ponchos tendidos en el suelo y las prendas multicolores de los vestuarios caprichosos.

Á las tres de la tarde nos pusimos nuevamente en marcha, después de haber dado descanso á la gente y á la caballada. Nos quedaban algunas leguas de jornada para llegar con día hasta Casupá donde debíamos esperar instrucciones, y picamos trote largo desde que nos movimos, apurando para acampar, antes de que se echase encima la tormenta que avanzaba en el cielo desde el Norte en densos y oscuros nubarrones. Al repechar una loma alta se vió toda la columna en formación, las banderas de las lanzas flameantes, agitada toda aquella masa de hombres y de caballos con el sacudimiento del trote. La cola de la larga columna se esplayaba en la llanada, mientras la cabeza coronaba la cuesta de la cuchilla. El clarín de órdenes lanzó una nota aguda, vibrante, prolongada en un calderón que despertó todos los ecos de la campiña concertándolos en bélico coro, y toda la división hizo alto, en una parada brusca. Desde el lomo de la cuchilla en que nos habíamos detenido se divisaba un paisaje dilatado, blanqueando en las alturas sobre el fondo oscuro del cielo tormentoso, varias poblaciones. El nublado no cubría el sol todavía, contrastando sus reflejos en la pradera y en las casas con el tono plomo mate de las nubes.

Después de cinco minutos de descanso seguimos la marcha. La tarde se echaba pesada y calurosa en el bochorno de la tormenta próxima. Detrás, á lo lejos, se borraban entre las brumas las accidencias de la sierra, que aparecía como una cordillera azulada, recortando sus

perfiles sobre una franja de luz amarillenta que iluminaba el cielo en el horizante. Los ganados huían á un lado y á otro ante el tropel sordo de la caballada al trote. Tres ó cuatro peones que recorrían el campo desaparecieron á toda rienda á la vista de la columna, temerosos de ser reclutados.

El sol caía rápidamente, sin rayos, encendido como un globo de fuego entre los vapores condensados. Era apenas una luz en el cielo, velada por un tul de brumas, sin irradiar un reflejo, sin proyectar una sombra, como esas fosforescencias errantes que no iluminan en torno suyo.—Sordos redobles lejanos, como de tambores fúnebres, llegaban hasta nosotros anunciándonos la tormenta. La cúspide blancuzca y redondeada de un nubarrón que se levantaba desde el horizonte se inyectaba de fuego continuamente, anaranjándose y oscureciéndose como si el fuelle de una fragua la encandeciese á soplidos.

El vaqueano apuraba el sobrepaso de su bayo viejo para poder acampar antes de que empezase á llover.—El monte del arroyo negreaba á lo lejos en las últimas claridades de la tarde.—El sol se apagaba en el horizonte como una lámpara falta de aceite.—Era ya apenas una mancha amarillenta próxima á ser borrada por el nublado que avanzaba lentamente, conquistando palmo á palmo todo el cielo. Solo en el poniente quedaba una laguna de azul pálido, mientras el firmamento se ennegrecía y parecía descender hacia la tierra, como una inmensa tapa cóncava de plomo, próxima á cubrir todo el paisaje. Solo al resplandor de los relámpagos nacidos bajo el horizonte, se

detallaba aquella masa oscura en pesados nubarrones, franjeados de luz fugitiva, volviendo enseguida á unirse en una nota apizarrada.

Llegamos por fin al sitio designado para campamento, en un seno que hacía el monte. Se mandó desensillar de prisa y atar á soga los caballos que cada soldado traía de tiro. El campamento quedó instalado en corto tiempo. En la garganta del seno, acampó el piquete de fusileros. En el centro se armaron las carpas de los jefes y ayudantes, y en contorno del monte, todo el resto de la tropa. En la ladera de la cuchilla vertiente se hizo ronda á la caballada, que coreaba en continuos relinchos, de extrañeza de la querencia, de llamada á los compañeros, de recelo de la tormenta inmediata. En la penumbra del crepúsculo se vislumbraban, allá en las alturas, las siluetas confusas de los centinelas avanzados.

Se hizo la carneada de una punta de ovejas que habían arreado en la marcha, y que balaban desesperadas, estrañando el resto de la majada, las madres separadas de las crías, los corderos reclamando á las madres, azoradas todas en aquel movimiento y bullicio de la soldadesca que las pialaba y degollaba en medio de risas y gritos.

El cielo se incendiaba todo en resplandores pajizos que dejaban entrever trozos de paisajes como visiones de linterna májica. De repente la luz se prolongaba en una raya temblorosa de fuego lívido que hacía palidecer las hogueras del campamento, apagándose enseguida sin dejar un rastro de luz, mientras el trueno repercutía en un redoble contínuo, que se acentuaba por momentos como

si de pronto se acercase, y ensordecía por momentos como si se alejase en la retirada. Y en medio de ese rumor perpetuo, se oían á ratos, estampidos lejanos de cañones, detonaciones de descargas de fusilería, tropel de caballos lanzados á la carrera, como si todo el ejército del cielo viniese avanzando desde los extremos del horizonte para cercarnos y librarnos batalla en aquel reducido espacio que ocupábamos, en aquel seno de monte, cuya arboleda oscura se iluminaba de un verde claro ceniciento al resplandor de los relámpagos.

Los caballos, atados á las estacas con los maneadores, no pastaban, nerviosos y asustadizos ante aquel pestañear vívido del cielo fulgurante. La cabeza erguida, las orejas paradas, el ojo brillante, se revolvían inquietos, enredándose en las sogas, temblorosos á cualquier roce, como si de todos lados temiesen el peligro. Los cuidadores no cesaban de rondar en torno de la caballada suelta, que amagaba á cada momento arrancar á la disparada.

Los jefes y ayudantes, después de cenar el asado, mateaban y charlaban en la carpa principal.—La tropa descansaba ya, y solo quedaban encendidos en brasas los fogones, que se apagaban á cada relámpago que serpeaba en el firmamento, como rindiéndose á la mayor potencia de luz.

De repente, una llamarada de un azul lívido abrasó todo el cielo. El paisaje entero surjió de las tinieblas titilando ante los ojos en un resplandor fosforescente durante dos segundos, desapareció repentinamente como si le hubiesen echado encima un denso velo negro y en la

lobreguez de las tinieblas brotó una escala de notas atipladas, que fué subiendo en tonos estridentes hasta estallar en una detonación aterradora que se prolongó en retumbos sordos, como si dos moles inmensas hubiesen chocado en el espacio, desmenuzándose en fragmentos que se derrumbaban sobre la tierra.

Y todavía no acallados los últimos rezongos de aquel trueno que había hecho retemblar el suelo, otra tronada se oyó, sorda, continuada, que parecía brotar de las entrañas del terreno que pisábamos, como si la tierra, en lucha con el cielo, quisiese hacer alarde de sus fuerzas desvastadoras. Aquel fragor de terremoto, originado en la altura, descendió hasta el bajo en que estábamos acampados, se detuvo en la línea de fogones que cerraba la boca del campamento, y de nuevo se replegó á la altura con redoble ensordecedor, al mismo tiempo que dentro del campamento mismo se oía nuevo tropel. Era la caballada suelta, que al estallar el trueno, había disparado asustada arrollando á los rondadores y precipitándose al bajo. Detenida allí por la línea de fogones, había remolineado y vuelto á emprender la carrera hacia el repecho. Asustados á su vez los caballos atados á soga, habían echado á correr, reventando unos los maneadores, arrancando otros las estacas, azuzándose todos entre sí con los latigazos de los maneadores. Algunos soldados consiguieron montar en pelos antes que sus caballos se soltasen; los demás se refugiaron en el monte, y gracias á ese reparo no hubo que lamentar muchas desgracias, pues los caballos, encegüecidos por el miedo, enredados unos con otros, dispa-

raban azorados, llevando por delante todo lo que encontraban, ligados en una trailla inmensa formada por los maneadores, cuyas estacas, viboreando por los aires, se habían liado. La carpa de los asistentes fué arrasada por aquel ciclón viviente, que disparaba á la redonda enloquecido, mientras el resto de la caballada se disgregaba en pequeños grupos que se atropellan en una carrera sin rumbo, aquí detenidos por un obstáculo insuperable, allí retrocediendo á los tiros que les disparaban las guardias avanzadas, más allá deslumbrados por la luz enceguecedora de los relámpagos, aterrados por el fragor de los truenos, chocando unos con otros aquellas falanges de animales arrastrados por el vértigo, en tanto que el cielo como si no quisiese perder un solo detalle de aquella escena que en las tinieblas de la tierra se producía, se inflamaba en un incendio imponente, iluminando todo el paisaje con resplandores de una lividez aterradora.—Y se oían gritos, y tiros y el suelo temblaba al redoble de los cascos de los caballos disparados, hasta que el fuego del cielo se derritió en una lluvia torrencial que dominó todos los ruidos y apagó las últimas áscuas de los fogones.

. . . .

DANIEL MUÑOZ.

LOS POCITOS

Si no va errada mi cuenta hará cosa de cuatro años que no iba á los Pocitos, y con decir esto se comprenderá mi sorpresa al encontrarme con todo un pueblo trazado y edificado en lo que por aquella fecha eran áridos médanos de arena poblados tan solo por algunas lavanderas que empavesaban sus tendederos con las ropas y lienzos que colgaban á secar, flameantes como banderolas y gallardetes al soplo de la virazón que azota aquella playa abierta al Sur.

Lo que ha perdido el sitio de su agreste poesía lo ha ganado en comodidades de vida civilizada, con sus calles empedradas, con sus casas de recreo de caprichosa y elegante arquitectura, con sus jardines y parques y con los comercios y establecimientos que suplen todas las necesidades de los que alejándose de la ciudad buscan refugio ante el verano en aquella pintoresca costa siempre ·cida y refrescada por el oleaje del dilatado mar, en cu· solitaria planicie apunta tan solo el pequeño caserío · la Isla de Flores, que blanquea á lo léjos, casi en los

confines en que el azul del cielo se funde en el azul de las aguas.

Forma allí la playa un seno en cuyo centro se levantan las construcciones del Establecimiento Balneario, arrasadas varias veces por las iracundias del mar que embravece el pampero, y reconstruidas otras tantas por la infatigable constancia de las diversas empresas que se han empeñado, hasta conseguirlo, en hacer de aquello una estación de baños, ensanchando cada año las instalaciones que son actualmente amplísimas y espléndidas con todo género de comodidades.

Aquello es ahora un verdadero casino balneario como los que se ven en las más renombradas playas europeas. No hay lujo decorativo ni de amueblado, pero hay espacio, limpieza, aire, luz, buena mesa y mejor paisaje, de manera que está complementada la sanidad y el bienestar del cuerpo con el recreo del espíritu, que tiene su ambiente de salud en lo pintoresco del medio en que se vive.

Aquel hotel primitivo, de un solo piso y construido de maderas que sirvieron de pasto al incendio que hace un año devoró todas las instalaciones, es ahora un edificio de dos cuerpos, de paredes de fábrica, ocupando el primer plan el salon comedor, vastísimo y lleno de luz, y el segundo las habitaciones para los huéspedes, dispuestas en compartimentos muy cómodos. El comedor se prolonga en una extensa terraza que llega hasta la playa, y esa terraza está techada, casi hasta la mitad, por la balconada del piso superior, que sirve de ámplio desahogo á las viviendas y donde se podrá comer por las tardes

respirando el aire fresco de la playa y gozando del movimiento de la concurrencia que allí acude.

Es imposible veranear en condiciones de mayor comodidad y recreo: buenas las habitaciones, nuevos y confortables los muebles, el servicio esmerado, la mesa bien atendida, selecta la sociedad, el baño á la puerta de la casa por la mañana y por la tarde; y siempre á toda hora el variado panorama del campo y del mar y el ir y venir de multitud de mujeres elegantes, ataviadas con la frescura y gracia de los trajes veraniegos cuya tenuidad deja entrever y adivinar los contornos que ellas no quieren mostrar.

La playa se curva en un arco cuyos extremos avanza más adentro en restingas pedregosas casi siempre coronadas de espumas, pues rompe en ellas el oleaje encrespado por la virazón que es constante en estos días, no dando reposo al mar sino por la madrugada, en cuya hora se aquieta y se adormece sobre las arenas cardadas y mullidas con el incesante afán de las aguas, que parece que se entretienen en pulir y suavizar durante el día el lecho en que han de descansar por la noche al sosegarse ese viento inquieto que las revuelve y agita.

Bordan la graciosa curva de aquella ensenada grandes médanos de arenas doradas por el sol que las hornea, entre las que crecen vegetaciones éticas y descoloridas, calcinadas las raices en las entrañas caldeadas del médano y marchitas las hojas por el mar que escupe sobre ellas babas salitrosas que se cristalizan en las plantas abrillantándolas como confituras azucaradas.

Tierra adentro la vegetación es más lozana, aunque no viciosa, porque las brisas marinas aplacan las exuberancias de la sávia; pero con todo se ven grupos de árboles frondosos y el campo todo verdeando con los cultivos de hortalizas, dispuestos en cuadrados simétricos, cada uno de los cuales da un tono diverso de colorido, formando como un mosaico de variadas gradaciones de tintes verdosos.

Todo esto, sin embargo, médanos, árboles, costas, promontorios, no es más que el marco del gran paisaje del mar, siempre mudable y cambiante, según la hora, según el viento, según vengan las corrientes de los cenagosos canales del delta ó de los profundos y transparentes senos del Océano; ora tendido como una inmensa sábana azul, ora agitado y convulso en olas barrosas devueltas por el pampero, otrora moteado de vellones blancos rizados por la virazón; solitario un rato, otro rato surcado por la afilada proa de algún trasatlántico que entra en reclamo del puerto ó se aleja para apartadas costas, poblado al caer la tarde por las barcas pescadoras que regresan de sus atrevidas escursiones como bandadas de aves, impulsadas por sus grandes y graciosas velas latinas que tienen corte y vibraciones de alas, cruzándose las barcas que vienen en busca de la anhelada amarrazón con las gaviotas que van en demanda de su amoroso é ignorado nido, llevando unas y otras el sustento de los suyos.

Completan esta animación del dilatado cuadro del mar las escenas de la playa en que son actores bañistas y paseantes, los unos refrescándose en las inquietas aguas,

los otros recorriendo la costa, cambiando saludos y miradas, otros sentados en la ámplia terrraza contemplando el atrayente proscenio de que son protagonistas las olas, que parecen seres vivientes por la movilidad con que retozan, atropellándose unas sobre las otras como aguijoneadas por el afan de ver cual de ellas ganará más terreno sobre las pulidas arenas, hasta que despues de mil tentativas infructuosas por alcanzar un montículo que se defiende como un baluarte, llega una mayor que las demás, toda enrulada de espumas rubias, y pasa la meta allanándo la deleznable prominencia objeto de tantos ataques.

El mar tiene el mismo poder de atracción que el fuego, como todo lo que es mudable y vario. Las olas como las llamas, fijan la atención del espíritu en esos ratos en que se quiere no pensar en nada, y las horas pasan insensibles en esa contemplación vaga, esperando siempre ver algo nuevo, interesándose en el avance lento de las aguas que van ensanchando sus dominios por pulgadas, hasta que la costa se revela contra la invasión y empieza á hacer retroceder al asaltante, desalojándolo de las posesiones con tanto tesón conquistadas, y quedando ambos dentro de sus naturales fronteras rehaciéndose para volver al poco rato á empeñar la interminable lucha.

Los Pocitos es el punto de recreo veraniego más encantador que tiene Montevideo en sus pintorescos alrededores, y con ser ya un centro importante, lo será mucho mayor á medida que se generalicen los hábitos de vivir agradablemente, que es el gran vivir para el que puede alejarse de la estrechez de la ciudad en esta estación en

que todo el aire parece poco para satisfacer las funciones respiratorias y en que el espíritu busca amplitud para espandirse, concertando sus necesidades con las del cuerpo que tambien quiere espacio para solazarse.

Las comodidades de la casa las ofrece el hotel hasta donde el más exigente las desee, los atractivos de la sociedad los brinda la bulliciosa multitud que allí se reune; los encantos de la soledad se encuentran á pocos pasos en diversos sitios de los agrestes contornos; los variados accidentes del paisaje se abarcan desde la cómoda terraza; y para la frescura é higiene del cuerpo está allí, á la puerta misma de la cómoda vivienda, la gran bañera de aguas trasparentes y azules en que se mira el sol al nacer, en que se contempla en todo su explendor cuando campea en el centro de los cielos, y en que se desmaya en la hora triste del crepúsculo, reflejando sus últimos rayos que pintan de carmin el torreón del faro de la Isla de Flores, que fulgura allá lejos, muy lejos, por donde parece que viene entrándose la noche arrebujada en su negro velo moteado de chispas de plata, como el traje de una de aquellas hadas poseedoras de una vara de virtud cuya ayuda pediría ahora para que con su toque mágico diera vida, color y luz á este cuadro que tan pálido y sombrío me resulta cuando recuerdo todos los esplendores del paisaje que no ha muchos días ví y que no me atrevía á describir temeroso de la insuficiencia de mis letras para reproducir el panorama en toda su realidad.

DANIEL MUÑOZ.

LOS CARNAVALES

ANTAÑO Y OGAÑO

Echárame yo ahora á hacer un estudio histórico desde los comienzos del Carnaval, y tuviera, de seguro, para indigestar á mis lectores con un par de columnas de citas, fechas, Lupercales y Saturnales y mil otras antiguallas que hablarían mucho en favor de mi erudición, para los que no saben que estas cosas se encuentran en cualquier librajo de esos en que muchos cosechan los partes y novedades con que se dan ínfulas de ser sabedores de cosas de otro siglos, sin darse cuenta, las más de las veces, de lo que acontece en el que viven, como que va mucho de copiar lo que otros dijeron á hacer por sí las observaciones y comentarios á que se presta lo que nos rodea.

No crea, pues, el lector, que voy á remontarme hasta los orígenes de la fiesta que hoy comienza, pues solo

echaré un vistazo á quince años atrás, la mitad de los que tengo, con un *item* que no hay para que detallar, pues sabido es que, tanto hombres como mujeres, no salimos de los treinta hasta que los cuarenta nos suenan, y de acá á allá, todavía va largo para mí. ¡Así pudiera estirarlo... !

Decía, pues, y digo, que ahora quince años, y menos aún, se jugaba el carnaval á huevazo limpio, cosa de todos sabida, pero como el tiempo pasa, y con él se van los recuerdos, no estará demás hacer memoria de aquellos tipos especiales de nuestro carnaval, y digo nuestro, porque no he oido jamás hablar de que, fuera del Río de la Plata, se jugase á carnaval como entre nosotros, de aquella manera *criolla*, que degeneraba, las más de las veces, en sopapos.

Convengo con los que dicen que aquello era bárbaro, pero quiero, también, que convengan conmigo en que era muy divertido; era más expontáneo, más popular, y, sobre todo, más barato.

Los edictos policiales sólo prohibían el uso de huevos de avestruz y otras armas por el estilo, capaces de dar en tierra con los transeuntes, y el comienzo del juego se anunciaba con un cañonazo, disparado desde la que fué fortaleza de San José, y no hay para que pintar la ansiedad con que los jugadores esperaban, reloj en mano, el estampido guerrero para emprenderla con el primer incauto que pasase.

Todo era sonar el cañonazo y echarse á la calle centenares de muchachos, con canastas los unos, y con cajo-

nes los otros, colgados con un cordel de los hombros, anunciando á grito pelado:

¡Á los buenos güevitos de olor
Pa las niñas que tienen calor!

á lo que otros contestaban:

Á los buenos güevitos de triqui traque
Pa las niñas que usan miriñaque.

Llevaban los muchachos su frágil mercancía muy arreglada en hileras rojas, verdes, azules y amarillas, según el color dado á la cera con que se tapaban las cáscaras despues de llenarlas de agua nominalmente perfumada, á razón de un frasco de *eau de cologne*, de aquellos larguiruchos, por cada balde de agua, y retobadas con trapos de todos colores, cortados en redondo, y sumerjidos dentro de la cera hirviendo para pegotearlos en el huevo relleno, que quedaba convertido en temible proyectil.

Estos chicuelos surtían á los jugadores accidentales, paseantes que se entusiasmaban al recibir un balde de agua, y devolvían la fineza con una docena de balazos, que no de huevazos, según era la fuerza con que arrojaban las cáscaras, muchas de las cuales, mal rellenas, se estrellaban en el aire, disolviéndose la carga de agua en menudísima lluvia, tal era el impulso que llevaban.

Pero el jugador típico era el orillero de sombrero gacho, poncho, pañuelo de golilla y en la mano otro, atado

por las cuatro puntas, dentro del cual llevaba su provisión de basta dos docenas de huevos, bastantes para divertirse los tres días. Á buen seguro que mi hombre lanzase un huevo á la ventura. Apuntaba como quien va á tirar al blanco, revoleaba el brazo dos ó tres veces, y si consideraba dudoso el golpe, volvía á guardar su huevo, por no malgastarlo.

Y así se recorría toda la ciudad, soportando los baldes de agua que de las azoteas y balcones le llovían, ó recibiendo en plena cara uno de esos jarrazos traicioneros que salían de atrás de una puerta entornada, disparados generalmente por una fornida gallega ó por alguna morena de esas que tienen cada brazo como un tronco.

Al caer la tarde, se veía venir en una ú otra dirección una gran comitiva, precedida y seguida de una turba de muchachos. Eran los jugadores de alto tono, la juventud dorada de Montevideo, que salía á jugar por lo fino, con cáscaras de cera y cartuchos de confites. Era de verlos tan ufanos y alegres con sus garibaldinas azules ó rojas, pantalón blanco, bota de charol á la granadera, lujosa faja de seda, y en la cabeza una boina graciosamente achatada hacia un lado. Allí era el salir apresuradamente á los balcones las señoritas, armadas de sus jarros, echando agua con una mano sobre aquellos peripuestos donceles, y defendiéndose con la otra de los proyectiles que ellos les arrojaban con toda mesura, *á barajar*, para no lastimarlas.

—Acérquese, pués, no sea cobarde, decía una dirigiéndose á alguno de los campeones.

—Me acercaré si usted me tira esa flor que tiene en la cabeza, contestaba el amartelado galan.

—Allá vá, venga á recogerla.

Caía la flor bajo los balcones, apresurábase el caballero á levantarla, y cuando con una amable sonrisa iba á saludar á la dueña, recibía en el rostro un torrente de agua que le enceguecía y ahogaba, desgracia que él trataba de disimular diciendo con toda galantería:

—¡Como ha de ser! No hay rosas sin espinas.....

Y así seguía el juego por largo rato, ellos aguantando un diluvio de agua que les dejaba ensopados, y ellas recibiendo los huevos de cera, que se estrellaban en sus manos, perfumándolas con esquisitas esencias, no sin que de vez en cuando se oyese á alguna gritar:

—Puf! Está podrido.

Cuando ambos belijerantes quedaban ya rendidos de la refriega, empezaba la parte galante de la fiesta. Los caballeros arrojaban á manos llenas cartuchos de confites, y ahí era el gritar y manotear de los chicuelos, que estaban á los desperdicios, lanzándose en masa sobre la vereda cuando algún cartucho no llegaba á su destino, empujándose, pateándose por agarrar la codiciada presa, mientras los jugadores hacían toda clase de esfuerzos para barajar las coronas que en cambio de los confites les llovían, retribuyendo ellos todavía el obsequio con cajas especiales, de antemano destinadas á fulana y á zutana, á quienes las enviaban por medio de sus sirvientes, no

atreviéndose á correr el albur de que al arrojarlas cayesen entre la turba multa de arrapiezos que andaban á caza de gangas.

Venían por fin, los saludos, que por lo general iban rociados de algún jarrazo especial, combinado con la mucama, estratégicamente colocada para no errar el golpe, y trás de esta húmeda despedida, retirábanse los jugadores, mojados hasta la médula de los huesos, las camisetas lácias, destiñendo el azul ó el rojo de la tela sobre los pantalones, pero muy orondos con sus coronas, terciadas al hombro, cifrando cada cual su orgullo en el mayor número de las conquistadas en la acción que acababan de librar. ¡Pobres coronas! Al finalizar la jornada, solo quedaba de ellas algún girón de tarlatan marchito, y como triste realidad, el arco de barrica en torno del cual la delicada mano de fulanita abullonara crespones y tules para obsequiar á su campeón.

Muchas veces, cuando las heroinas estaban ya muy tranquilas haciendo el recuento de los regalos y narrando los episodios del combate, se veían de repente sorprendidas, invadidas por un grupo de intrépidos que iban á librarles batalla dentro de sus propias trincheras. Gritos, cerramientos estrepitosos de puertas, vidrios rotos, repliegues de las jugadoras á un rincón, y protestas de los dueños de casa,—tal era el comienzo de la lucha.—El campo de batalla era la sala, prudentemente desamueblada desde el día anterior, sin alfombra, sin cortinas, sin ningún adorno, en fin, más que la gran tina de baño colmada de agua, el baño de asiento, la tinaja, los tachos

grandes de la cocina, y todo cuanto cacharro pudiera servir de depósito para tener mucha agua á mano.

Respuestas las niñas del susto, emprendían el ataque, provistas de sus jarros, pues buen cuidado tenían de no dejar sus armas para que el enemigo las aprovechase. Defendíanse los hombres como podían, con las manos, con el sombrero, con lo que les caía al alcance, pero generalmente acababan por quedar vencidos, por que es irresistible una carga de jugadoras de esas que se calientan en la refriega y ya no miran para atrás, arrojando agua mientras tienen agua, y concluyendo á jarrazo limpio cuando ya no tienen con que mojar. Escurríanse los asaltantes como podían, perseguidos hasta en la escalera por la servidumbre que hacía de reserva á las patronas, pero frecuentemente sucedía que el [illegible]os listo ó el más aturdido quedaba solo, encerra[illegible]ro de un círculo femenino que, no por serlo, era ménos terrible, y entonces pagaba él la calaverada, por él y por sus compañeros. Esta le aturde con un jarro de agua en los ojos, aquella le aplasta encasquetándole un balde lleno en la cabeza, la otra le pellizca de un brazo, tironeále la de más allá de las orejas, hasta que, entusiasmadas de veras, cargan las cuatro con él, y apesar de sus manotadas y pataleos, le zambullen dentro de la tina, y de buena gana le ahogarían, si la oportuna intervención, del dueño de casa no pusiese fin á la gresca. ¡Cómo saldría de mohino y cariacontecido el zarandeado asaltante, es cosa que ya el lector sobradamente se imaginará.... !

Había también, los jugadores hípicos, grandes ginetes

que se hacían cerrándole piernas al caballo para pasar entre dos cantones, en medio de una granizada de huevazos y una lluvía de bombas, costaleando el caballo sobre las piernas, azorado con la bulla, con los proyectiles que lo herían, con lo resbaladizo del suelo y con la constante amenaza de los lados y del frente y de atrás, sin atinar por donde huír para librarse de aquel infierno.

La calle, sembrada de retazos de papel y de cáscaras de huevo, denunciaba á los jugadores que, ocultos trás de los pretiles de las azoteas, acechaban á los incautos. De repente aparecía un transeunte, y mirando con cara de pillo se aventuraba por la cuadra peligrosa, en la seguridad de burlar á los que le esperaban. Si las bombas y cáscaras estaban sobre una acera, tomaba él por la de enfrente, calculando entre sí que los jugadores estarían encima de él, y contra ellos se defendía pegándose todo lo posible á la pared para resguardarse con las cornisas y balcones. ¡Inocentes! Cuando más contento iba felicitándose de su travesura y sonriéndose del chasco que había dado ¡ zás! de atrás de una puerta que él ni sospechaba, le disparan un balde de agua que le ensopa de los piés á la cabeza. Aturdido por la sorpresa y temeroso de una nueva arremetida, saltaba al medio de la calle, y entónces le aprovechaban los de arriba, apedreándole á huevazos, haciéndole tambalear á baldes de agua, y muchas veces, dándo con él en tierra de un bombazo certeramente acomodado en la cabeza. Entonces se armaba una de silbidos, de gritos, de toques de corneta y de matraca que atraían á todos los curiosos, prudentemente aglomerados en la esquina

y cuando más encantados estaban estos gozando con las desgracias del caido, ¡cataplum! llovía sobre de ellos una tina de agua que les dispersaba, echando pestes y maldiciones contra el travieso que tan donosamente les había burlado.

DANIEL MUÑOZ.

AMÉRICA ANTES DEL DESCUBRIMIENTO

(Fragmento de un discurso pronunciado en el Ateneo de Madrid en 1892)

Para daros una idea de aquel gran suceso, (el descubrimiento de América) y poder en seguida apreciar la significación relativa, geográfica, etnológica é históricamente considerada, del descubrimiento y conquista del Río de la Plata, que se derrama en el Atlántico allá á los 35 grados de latitud Sur, yo quisiera llevaros con la imaginación, señores, al extremo de las latitudes del Norte, allá al círculo polar ártico, y señalaros con la mano el teatro espléndido del drama histórico iluminado por el crepúsculo del siglo XV y la aurora del XVI; mostraros ese continente, especie de vertebrado colosal, que se baña en dos océanos, y qué, tocando con sus extremidades superiores, con la mano de la Groenlandia, la Europa, y con la que acaso fué el istmo de Beering, el Asia, va á sumergir más allá de la tierra del Fuego, su larga extremidad inferior, entre las profundidades del mar y los eternos hielos del polo Antártico.

Ahí está, señores: con su superficie de *cuarenta millo-*

nes de kilómetros cuadrados; con su columna vertebral de dos mil quinientas leguas; con sus montes como nubes, y sus llanuras, y sus selvas; con sus volcanes, ardientes tributarios del cielo, y sus ríos, soberbios tributarios del mar.

Mirad hacia abajo, desde la cima de vuestra imaginación, y ved primero esas montañas que se bifurcan y trifurcan teniendo por núcleo la *Rocallosa;* esos cinco lagos que ocupan una superficie de *trescientos mil kilómetros cuadrados;* esos ríos como mares que se llaman el *Misisipí* y el *San Lorenzo*, y deteneos á escuchar un momento esa voz soberana de la naturaleza: es el *Niágara* que se despeña cantando sus canciones inmortales, y prolongando las vibraciones de su voz casi hasta alcanzar las últimas del *Tequendama*, su incomparable rival de la América del Sur.

Cruzad, señores, la gran meseta de Méjico; mirad de paso, en pie sobre ella, al *Orizaba* y al *Popocatepell*; distinguid el golfo, el de las leyendas y las glorias, y pensad, al mirar aquella península de California, que se adelanta en el mar, que es oro lo que circula por las venas subterráneas de esa especie de víscera silícica.

Más allá, la América se estrecha para formar el istmo y, como si la tierra, estrujada y casi estrangulada, respirase con mayor violencia, levanta más su seno y abren en él sus cráteres los veintisiete volcanes activos de Guatemala, que parecen surgir de las entrañas del mar; se hunde en su profundo lecho el extenso dormido lago de Nicaragua; asoman las Antillas sus trescientas sesenta cabezas del

fondo del mar, como náufragos que sobrenadan aún del naufragio de un trozo de la tierra sumergido por la lucha sin historia de dos océanos que, para encontrarse, quisieron acaso partir en dos el continente sin lograrlo, y busca por fin expansión y se dilata, más allá del istmo, en las hermosas regiones bañadas por el *Magdalena* y el *Orinoco*, precursores del *Amazonas*, el mayor de los ríos del mundo, y del *Paraguay*, del *Uruguay*, y del *Paraná*, que, naciendo en las entrañas de la América Meridional en la sierra del Brasil, que lo separa de los ríos que van hacia el Oeste, corren de Norte á Sur atravesando distintas latitudes y climas en un trayecto de *tres mil setecientos kilómetros*, para formar el caudal del Río de la Plata, grandioso estuario que, con una anchura de 40 leguas, se derrama en el Océano allá á los 35 grados de latitud Sur.

Porque mi mente tiene que detenerse, señores, aquí en esta costa del Atlántico, no os he mostrado, siquiera de paso, esa región inmensa que hemos dejado á nuestra derecha en nuestro descenso de Norte á Sur, para completar este vuelo de nuestra imaginación sobre las cumbres, no os he hecho detener en esa trifurcación de los Andes, en esa región que sigue á las Antillas y escucha, en medio de su eterna primavera, la voz del Tequendama; no os he señalado la expléndida vegetación tropical que fecunda el Amazonas; no os he indicado siquiera la cumbre del *Chimborazo* que se eleva en el desierto, ni el cono truncado del *Cayambé*, especie de columna miliaria del mundo sobre cuya cabeza cana pasa la línea del Ecuador, ni el *Pichincha* que, como el Cerbero de la fábula, ruge por sus cua-

tro cráteres; ni el *Cotopaxi* de esbeltas formas matemáticas; ni el Ilimani más allá, ni el *Sorata*, ni aquellos últimos gigantes guardianes de un mundo, que se levanta en aquel extremo y que se llaman el *Descabezado*, el *Maipú* y el *Aconcágua*, la cumbre más elevada de los Andes, que se pierde en las nubes á una altura de 6.834 metros sobre el nivel del mar.

No os he indicado los valles que se extienden entre los innumerables contrafuertes de los Andes, ni los lagos de las cumbres, ni esa cuenca del Plata que se dilata entre las dos cordilleras que franquean el Continente, con sus pampas sin horizontes, sus ríos sin riberas y sus azules cielos sin nubes.

Todos los climas están allí: desde el frío del polo hasta el calor del trópico; todos los cielos se proyectan en su cielo; todos los cantos se oyen en sus bosques; todos los metales circulan en las arterias subterráneas de ese mundo, como corrientes de fuego que bañan las raíces de ese bosque de piedra que se llama los Andes; la fauna y la flora todo lo invaden, sin dar casi espacio al dominio de la infecunda arcilla; la naturaleza está pronta allí á recibirlo todo; á fecundizarlo, á multiplicarlo todo.

Y sin embargo, señores, ese mundo estaba casi vacío. La soledad, sentada en las cumbres ó discurriendo por las riberas oceánicas, miraba el mar al morir el siglo XV.

Mirad al hombre que allí existía: procede de una noche misteriosa y vive sumergido en ella; despojo de las tempestades del alma y de la naturaleza, vino acaso formando caravanas sin historia; á excepción de algunas se-

mi-civilizaciones que agrupan algunas razas en torno á fragmentos monumentales ó vestigios de civilizaciones humanas sin recuerdo, el hombre vaga, desnudo y solitario, como el ciervo ó el tigre, por los bosques, las montañas, las costas ó las llanuras; va triste; sufre acaso la nostalgia de su olvidado divino origen; el tiempo le ha teñido la piel con los cambiantes del rojo; tiene la frente estrecha, los cabellos rígidos, el pómulo saliente, los ojos pequeños, melancólicos y negros; parece que camina á tientas con actitud huraña, irresoluta y desconfiada; es un extranjero; en su rostro casi no se refleja el alma; parece impasible, atónito; habla en voz baja; nunca ríe; apenas si una amarga sonrisa contrae alguna vez sus labios formando en ellos una mueca desdeñosa ó sarcástica; lucha gritando, mata rugiendo, pero muere en silencio; no ama, no espera, no canta sino alguna que otra melodía triste y monótona, y lo que es más triste señores, el desgraciado no sabe llorar.

¿Era para ese hombre el mundo expléndido sobre cuyas cumbres hemos volado?

¡Infeliz! Ni siquiera podía sospechar sus riquezas, ni comprender la voz de su elocuente naturaleza que lo llamaba en un idioma indescifrable para él.

¿Era acaso señor y dueño, con derecho de propiedad estable sobre ese mundo?

Tampoco: ni siquiera lo ocupaba moralmente: era dueño solo de aquello en que imprimía sus escasas facultades: de la pieza que hería con su flecha de punta de silex ó de espina de pescado; del árbol que derribaba para

comer su fruto ó ahuecaba al fuego para flotar en las aguas; pero era nómade, errante; no poseía la tierra; la mujer clavaba y desclavaba el toldo de pieles á cada paso llevando á cuestas el fardo de su hijo y de su triste vida esclava; encendía el hogar en la llanura para volverlo á encender de nuevo en la cumbre, mientras al hombre de la tribu se le prolongaba la pupila, como á la especie felina, á fuerza de acechar para atacar á la tribu enemiga ó esperar su siempre inminente ataque, y satisfacer su suprema aspiración: luchar, matar ó morir.

Res sacra miser, ha dicho con razón el poeta latino: es sagrada la desgracia; por eso está bien un latido de compasión y casi de ternura en el pecho del poeta americano, señores, y aun del pensador cristiano, cuando se piensa en el inexorable destino de nuestras razas aborígenes que desaparecieron bajo el peso de una ley providencial que ofusca la mente y contrista el corazón.

Pero yo tengo la persuasión de que ese hombre no era un término, un último vestigio. Era jóven y hermosa la naturaleza; el hombre era decrépito; el hombre agonizaba; la naturaleza nacía ó renacía; el hombre temía y notaba en todas partes funestos presagios; la naturaleza ansiaba; el hombre cavaba su tumba, mientras la naturaleza cubría de musgo y flores esa tumba, y preparaba en ella una cuna ó un tálamo nupcial para el hombre que esperaba ó presentía, capaz de comprenderla, de amarla y de hacerla madre.

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTIN.

ARTIGAS

Se ha pronunciado su nombre, y él solamente resuena en este momento en nuestros oídos; se van á evocar sus cenizas venerandas, y en ellas irá nuestra alma, toda nuestra alma, con todos sus grandes amores y sus grandes entusiasmos.

El nombre de Artigas suena en nuestro oído como una evocación solemne, y si él se pronuncia en conmemoración de su muerte, de aquella muerte acaecida en la memorable aldea de *Curuguaty:* si se nos recuerda á nuestro héroe decrépito, solo, olvidado, rodeado de algunos infelices de los que fué providencia en la tierra, y sacudido por una de esas agonías grandes como el silencio de una tempestad que nace, entonces una lágrima se desprende de nuestros ojos, un grito de patriotismo brota de nuestros labios y nuestra cabeza se inclina poseida de veneración ante la sombra jigante que se levanta en medio de las desiertas soledades del Paraguay.

Artigas es un símbolo; es la encarnación genuina de

nuestra pátria; es la condensación de todas nuestras tradiciones y nuestras glorias.

Sin él no se concibe la pátria uruguaya, porque él es la personificación de nuestra genealogía nacional, que se pierde quizá en los esfuerzos instintivos y salvajes de nuestros indomables aborígenes.

Con él, la obra de los Treinta y Tres es la consecuencia natural y necesaria de una ley providencial escrita por Dios en nuestro suelo y en las almas de todos los que en ese suelo vieron la luz.

Esa y sólo esa es la ley, el verbo que crea las nacionalidades independientes y soberanas. Nada importan las formas en que esa ley se cumpla, debe cumplirse.

Instrumento evidente de quien esa ley divina grabó en nuestro suelo, se presenta Artigas como el Moisés del libro sagrado guiando al pueblo uruguayo al través del desierto, guiándolo por vías providenciales á la consecución de la tierra prometida.

No vemos en la historia sud-americana una figura más grande que la del hombre de las Piedras y Guayabos.

Y esta afirmación no la formula nuestro corazón: la formula nuestra cabeza, que ha examinado tranquilamente la gran figura de nuestra historia nacional.

¿Quién examina detalles para formar esos juicios?

¿Quién examina el proceso de la guerra á muerte declarada por Bolivar cuando, como Artigas en marcha hacia el Hervidero, arrastraba en pos de sí cuando marchaba hacia Carabobo los hombres, las mujeres, los viejos y los niños, el pueblo colombiano entero, en una palabra?

Artigas llevaba consigo al pueblo uruguayo tal cual era, tal cual debía ser: la levadura de nuestra nacionalidad, la materia prima de nuestro ser característico, la era de transición entre la barbarie y la civilización.

Eso debía de ser nuestra pátria; era la arcilla, el barro groseramente modelado sobre el cual debía caer la palabra que había de infundirle espíritu y personalidad.

Artigas, sólo Artigas, que había modelado ese barro, podía infundirle el espíritu de nuestra pátria, porque sólo él tenía la clarovidencia de sus grandes destinos, porque sólo á él le había sido revelado que en aquello estaba el germen de un gran pueblo.

Allí en aquel campamento se refundían las razas para formarse la raza nueva; allí el último indio entregaba, sin darse cuenta de ello, su espíritu indomable, su instinto salvaje de libertad, á los que debían sucederle en la tierra en que clavó sus toldos y encendió sus fuegos, ya apagados para siempre.

Había llegado el momento de cambiarse los instintos por la idea, sin solución de continuidad; había sonado la hora de cambiar la formula "¡LIBERTAD!" por otra palabra, hija de esa fórmula, pero más inspirada, más comprensiva: "¡INDEPENDENCIA!

Artigas pronunció la palabra; la consagró con sangre, la sostuvo sin cejar jamás, la inoculó en el aquel organismo informe congregado á su alrededor. Era el espíritu.

El germen estaba fecundado.

Artigas podía ya morir; la pátria, nuestra pátria, ha-

bía nacido. Entónces el grande hombre murió; murió durante treinta años en el Paraguay. Sus últimos años parecen un desierto plantado de laureles.

¿Por qué pronunció Artigas la palabra creadora?

¿Por ambición personal, él, que murió miserable y desterrado en Curuguaty, bajo el poder de un tirano sombrío, después de realizada la completa independencia de su país; él, que rechazó toda clase de proposiciones que lo hubieran encumbrado al primer puesto del Río de la Plata?

¿Por instintos salvajes, él, que supo encontrar la única fórmula que hace brotar los pueblos de en medio del caos, y que sólo puede ser encontrada por la meditación ó el genio?

Eso es absurdo; con las doctrinas que se han hecho valer para denigrar á nuestro héroe inmortal, no quedaría en pié una sola de las grandes glorias de la humanidad.

No puede mirarse la figura de nuestro Artigas con la cabeza inclinada por las mezquinas preocupaciones: es necesario levantarla, levantarla mucho, porque sin levantar la cabeza no pueden verse las montañas.

Un pueblo que cuenta entre sus tradiciones de gloria con un nombre como el de Artigas, debe conceptuarse uu pueblo feliz. Ese solo nombre es un sello indeleble de inmortalidad.

El simboliza nuestras *cuatro* independencias, y si en el cielo de las glorias americanas se quisiera escoger tres estrellas de primera magnitud para formar la constelación gloriosa de nuestro continente, una de esas estrellas

brillaría necesariamente en la frente de Artigas, en esa frente formada por la gloria para llevar los laureles de nuestra pátria.

Fué el espíritu de Artigas el que llevaron al ostracismo después de nuestra caída los hombres que habían de componer más tarde la cifra inmortal de la Agraciada: sin ese espíritu nuestra gran cruzada libertadora no hubiera tenido significado ni consistencia; nuestra patria no tendría ejecutoria: nuestra independencia sería un simple accidente de la guerra, hijo de circunstancias ó de conveniencias transitorias.

Por eso el pabellón sostenido por Lavalleja era el pabellón de Artigas, la misma bandera tricolor que algunos años antes había guiado á los orientales á la victoria en los campos de *Guayabos*, bandera de un pueblo, y no de una provincia, símbolo de autonomía, de independencia absoluta, de gloria oriental, puramente oriental.

Con ese pabellón de los Guayabos fuimos á *Sarandí;* también con él fuimos á *Ituzaingó.*

A la sombra de esa bandera sostenida por Artigas amamantó la gloria á los lugartenientes del héroe que más tarde habían de invocar su nombre y hacer sentir el soplo de su espíritu á los soldados de *Sarandí* y las *Misiones*, de la *Agraciada* y del *Rincón.*

Esa es nuestra gloriosa genealogía; esas nuestras tradiciones íntegras, inseparables, indivisibles: que es necesario vigorizar en el alma del pueblo uruguayo.

De ese recuerdo viven los pueblos grandes, y si se quiere buscar en nuestra patria un nombre que los con-

dense á todos, el patriotismo no puede, no debe vacilar: ARTIGAS ha sido y será siempre el primero en el tiempo en el pensamiento y en la gloria.

Toda la pátria vivió en su cabeza: la pátria toda tiene que inclinarse reverente ante su sepulcro y levantar su plegaria cristiana por el héroe que, en un día como hoy, entregó su espíritu al Dios en quien siempre creyó, á quien siempre amó y de quien fué instrumento para cumplir el mandato divino que trajo á nuestra pátria querida á la vida de los pueblos independientes.

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTIN.

(1884)

ORACIÓN FÚNEBRE

DE MONSEÑOR JACINTO VERA

PRIMER OBISPO DE MONTEVIDEO (*)

¡Padre!... ¡maestro!... ¡amigo!... ¡providencia!... ¿donde estás?

Dinos que tus ojos se han cerrado para siempre; dinos que tu mano cayó postrada para siempre á fuerza de bendecir; dinos que la última sonrisa que cambiabas con la muerte está para siempre helada sobre tus labios de ángel; dinos que el amor que lo agitaba ha apagado para siempre los latidos de tu corazón inmaculado..... pero dínoslo una vez siquiera, para que sintamos un momento

(*) Muerto en misión el 6 de Mayo de 1881.

más el contacto de tu vida, para que podamos decir á nuestros hijos, á las generaciones á quienes trasmitiremos tu memoria querida, cual fué la última vez que escuchamos tu voz, esa voz, fuente exhuberante de consuelo y de amor.

. . . .

. . . .

Señores, hermanos, pueblo uruguayo: el santo ha muerto!

Su espíritu invisible vaga en torno nuestro y recoje nuestras lágrimas; de su pueblo, á quien amó hasta el sacrificio con infinita ternura.

Era sacerdote de Dios, era apostol, era patriota y ha caído como él lo presentía, como él lo anhelaba ardientemente abrazado á su cruz; martir de su deber sublime.

El tenía derecho, el tiene derecho de arrastrarnos como nos arrastra, en el dolor de su muerte, porque siempre nos envolvió en las bendiciones de su vida.

El panegírico de sus virtudes lo ha meditado mi llanto: perdonadme la insuficiencia de la palabra porque ella encarna solo el pensamiento de las lágrimas.

El santo ha muerto!

Ahora, inmovil pero dulce aún en su último lecho, es la sombra de una predestinación.

Vedlo: la misma muerte pierde su horror en su rostro dulcísimo.

Nació predestinado á hacer la felicidad del pueblo uruguayo y ha cumplido la voluntad de Dios.

Fué la fuente de la verdad, el consuelo del afligido; fué el árbitro de la paz; fué el ejemplo de la virtud.

El pobló de consuelo infinito la soledad del lecho de muerte de nuestros padres, de nuestros hermanos, de nuestros amigos; su sonrisa afable y serena ahuyentaba los rencores; él reconciliaba á las familias y desarmaba á los enemigos con la misma suave ternura que usaba para bendecir á los niños; su presencia consolàba, su voz alentaba y su plegaria redimía.

La historia de ese muerto venerado es la historia íntima, amarga y desconocida del espíritu de su pueblo.

El ha llevado en su alma, el alma de nuestro dolor al foco de las eternas redenciones.

El es nuestra vida alentando en el espíritu de la eternidad.

Maestro querido: las plegarias que nos enseñaste perfumarán constantes tu memoria venerada; reclina en paz tu cabeza adorable en el regazo de Dios.

Padre perdido para nuestro amor de la tierra: enséñanos á llenar el vacío de nuestra alma con los amores del cielo.

Muerto sublime y santo: recuerdo filial será un ósculo constante impreso sobre la faz de tu sombra, ayúdanos á seguir el ejemplo de tu vida como hemos seguido, oprimidos y llorosos, el camino de tus despojos.

Padre, amigo, maestro, providencia, Dios lo ha querido; tendremos que abandonarte para siempre en la soledad de tu sepulcro.

Cúmplase la voluntad divina é incomprensible.

Bendita sea la mano que nos castiga arrebatándonos al que tanto amábamos y tanto lloramos.

Adios, padre. La fé y las plegarias que nos enseñaste perfumarán constantemente tu memoria venerada. Tu has muerto en el Señor. Reclina en paz tu cabeza adorable sobre el regazo de Dios que te esperaba.

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTIN.

(1881)

CONCEPTO DE LA ENSEÑANZA PRIMARIA

1. A pesar de la divergencia de las opiniones, todos los pensadores concuerdan hoy día en que la educación tiene por objeto preparar á la vida. Y como la ciencia moderna ha demostrado que la vida consiste en la adaptación del individuo á las circunstancias de su ambiente, y que el medio social es para el hombre el principal factor externo, y que para obtener el óptimum de bienestar individual y social es preciso que todas las funciones, tanto del individuo como de la sociedad se ejerciten de tal suerte que lo que sea bueno para el uno sea también bueno para la otra, fluye naturalmente que aquella condición fundamental de toda enseñanza pueda formularse en el principio de *armonía individuo-social.* De él se deduce que podrá ser objeto de educación todo aquello que contribuye á conservar ó aumentar las aptitudes y fuerzas individuo-sociales; pero que deberá evitarse todo lo que se oponga á ese fin.

2. El principio de la transformación y equivalencia de las fuerzas, constatado primero en los fenómenos físicos

y químicos y aplicado después á los de órden psicológico y sociológico, ha conducido á la ley de la economía de las fuerzas, que ha de respetar toda educación que se funde en la naturaleza del hombre y la sociedad. Es esta ley la que sirve de criterio al verdadero pedagogo para establecer el valor relativo de los diversos objetos de educación. Así, no basta que algo pueda contribuir al bienestar individuo-social para que se autorice su enseñanza; es preciso, además, estimar si existen otras cosas que puedan producir mayor bien en el mismo sentido: ya por requerir menor gasto de fuerza individual, ya por producir aumento de las fuerzas sociales, ó ya también por conseguir ambos resultados.

La ley de la economía de las fuerzas implica que se proceda en la enseñanza con método y que se unifiquen las fuerzas individuales y los conocimientos.

3. También están acordes los psicólogos y los educadores en que el objeto de la educación es doble: por una parte puede contribuir á desenvolver la observación y formar el juicio recto, á cultivar los sentimientos superiores y reprimir los inferiores, á asegurar la acción honesta, y á fortificar la salud; por otra parte puede suministrar á la inteligencia conocimientos varios en cantidad y calidad. Estos dos resultados no pueden producirse independientemente; pero la enseñanza favorece al uno más que al otro. Los alemanes denominan *educación normal* (normale Billdung) la que busca el primer resultado y *educación material* (materiale Billdung) la que trata de conseguir el segundo. Esta distinción generalmente se hacía hasta hace

poco tan sólo en lo que se refiere á la enseñanza mental, y eso expresan los vocablos *educación* é *instrucción*. El no haberse reconocido esa diversidad de resultados en la enseñanza física, ha sido causa de graves errores en la práctica de los ejercicios corporales, como lo fué anteriormente en la enseñanza mental por causas semejantes.

4. Los tres principios que acabo de exponer son comunes á todo género de educación; pues ésta tiene siempre por objeto preparar á la vida, hacer esta preparación con la mayor economía de fuerzas y teniendo en cuenta los resultados *formales* y *materiales*. Pero, la Enseñanza Primaria se halla sujeta á principios propios que definen su carácter. Es el primero que dicha enseñanza ha de tener « principalmente » un objeto *formal*, esto es: que ha de favorecer el desenvolvimiento de las fuerzas propias del individuo, más bien que suministrarle una suma más ó menos importante de conocimientos, puesto que lo que más vale es poseer la capacidad de saber servirse de lo que se sabe. De este principio y de los anteriores se derivan otros varios, cuales son: que la Enseñanza Primaria debe desenvolver « todas » las fuerzas, tanto físicas como psíquicas, esto es, ha de ser *integral;* que debe efectuar dicho desenvolvimiento sin « especializarse » en ninguna de ellas sinó con ponderación y medida, de suerte que cada fuerza reciba la cultura que corresponde á su importancia relativa en la conservación individuo-social, vale decir, que la educación sea *general* y *armónica*; y finalmente, que la Escuela Primaria sea *fundamental*, sirva como de base á toda otra enseñanza, para que así todos los

individuos, por diversas que fueren sus condiciones, antes de dedicarse á una carrera cualquiera, reciban una cultura general que unifique sus fuerzas y defina sus verdaderas aptitudes.

5. Por ser la enseñanza primaria *educativo-instructiva*, vale decir, por ser su fin principal desenvolver los poderes del individuo (y á mi juicio toda enseñanza ha de tener este carácter), resulta que lo que ha de aprender el niño no ha de ser ni tan fácil que apenas le exija alguna atención, ni tan difícil que le fatigue: sinó que ha de presentar alguna dificultad, la que reclamando un esfuerzo pueda, no obstante, ser vencida por el niño con placer; de aquí que la enseñanza *se adapte á las condiciones físico psíquicas de la persona.*

Como la educación, en general, no se limita en el tiempo á un momento determinado, sino que puede decirse que acompaña al individuo desde su nacimiento hasta su muerte, es necesario, pues, que se ajuste á las leyes del desenvolvimiento humano, lo que equivale á decir que la enseñanza ha de ser *gradual* y *progresiva.*

De lo dicho se infiere que todas las leyes del desenvolvimiento fisiológico y psicológico han de ser respetadas por todo maestro. Entre estas leyes hay una que constituye el fundamento de las prácticas educativas, y es la que proclama que los poderes ó fuerzas individuales solo se desenvuelven mediante el ejercicio propio. Esta ley impone que todo maestro en sus comunicaciones con sus alumnos, proceda en la *forma* que más estimule la actividad del niño.

Desde el punto de vista social, la enseñanza ha de ajustarse á las leyes de evolución de los agregados humanos, y por esto tiene que experimentar continuamente modificaciones más ó menos importantes, de acuerdo con aquellas variaciones mesológicas que hayan de tenerse en cuenta en el principio de armonía individuo-social, que constituye el fundamento de toda educación, y que he establecido en otro lugar.

Resulta de lo expuesto que toda educación ha de ser *natural*, *económica* y *completa*, y la Primaria debe ser, además, *educativo-instructiva*, *integral*, *general* y *armónica*, y *fundamental*. También se infiere de lo dicho que, en la práctica, ha de adaptarse la enseñanza al individuo acompañando su desenvolvimiento gradual y progresivo, y estimulando su actividad propia de manera que se obtengan los resultados que se pretenden.

Podrá haber quien disienta en cuanto á la forma con que he expresado estos principios y leyes; pero en el fondo, ellos corresponden á verdades establecidas por la pedagogía científica.

JOSÉ H. FIGUEIRA.

LOS PARADEROS Y LOS TÚMULOS

(Capítulo de «Los Primitivos habitantes del Uruguay»)

1. En el territorio uruguayo se hallan á menudo, dispersos en varios puntos de la superficie del suelo ó enterrados accidentalmente á poca profundidad, objetos de una industria humana rudimentaria. En la costa del océano, de los ríos y arroyos, es donde se les encuentra con preferencia. Allí existen porciones limitadas de terreno cubiertas de piedras, generalmente angulosas, entre las cuales se distinguen objetos de forma esférica, cantos rodados con depresiones más ó menos circulares y pulidas, fragmentos de sílex trabajados á manera de rascadores ó de puntas de flecha y varias otras piezas de uso diverso, mezcladas con gran cantidad de resíduos del trabajo. También se descubren aquí y allí pedazos de una alfarería grosera, mal cocida, y, en algunos casos, piedras con vestigios de haber recibido la acción del fuego.

En estos parajes faltan completamente los objetos de metal, y las rocas que se han empleado son muy diversas,

hallándose representadas, principalmente: pórfidos, sílex, cuarcitas, jaspes, granitos, esquistos, pizarras arcillosas, hematites, magnetites, ocres, plombagina, pyrolusita, etc. Muchos de estos materiales, á veces fueron transportados desde largas distancias.

Todo esto demuestra que dichos sitios fueron poblados en otras épocas por el hombre que no conocía aún los metales, y constituyen, por lo tanto, *estaciònes* del hombre primitivo, ó *paraderos*, que es como aquí se les denomina.

2. Los paraderos puede decirse que existen, aunque con interrupciones, en todo nuestro litoral sobre el Atlántico y en gran parte de la costa de los ríos de la Plata y Uruguay. Yo los he examinado desde el arrroyo del Chuy, en la frontera del Brasil, hasta cerca del Río Negro.

En el interior del país se han descubierto estaciones semejantes, en la margen de algunos arroyos y ríos; pero hasta la fecha no han sido estudiadas.

El área ocupada por dichos depósitos es variable: algunos apenas comprenden una extensión de cuatrocientos metros cuadrados, son los más comunes; pero los hay que llegan á cubrir hasta 4 kilómetros de largo, por 500 á 600 metros de ancho. En este último caso, las piedras se hallan distribuidas formando grupos más ó menos reducidos, que corresponderían indudablemente á la distribución de los pobladores.

Entre los paraderos más importantes del litoral, deben mencionarse los que se hallan en las siguientes localidades: Coronilla y Valizas (Departamento de Rocha),

Rincón de San Rafael, Punta del Este y Solis Grande (Departamento de Maldonado), Solis Chico y playa de Santa Rosa (Departamento de Cauelones), Carrasco, Buceo, Miguelete, Cerro y Ñames (Departamento de Montevideo), Barra de Santa Lucía, San Gregorio, Pereyra y Arazatí (Departamento de San José), Cufré, Sauce y Víboras (Departamento de la Colonia), y Sauce, Agraciada y Arenal Grande (Departamento de Soriano). Las principales estaciones del interior están situadas en el arroyo de Cuadra y en el Yí (Departamento del Durazno), en el Rincón de Ramirez, en el Parado (Departamento de Treinta y Tres), y en Itocumbú y Cuaró (Departamento de Artigas).

3. Todos los objetos que se hallan en las estaciones á que me he referido, yacen, las más veces, sobre un lecho de arena; pero también se les encuentra sobre el terreno arcilloso y aun sobre la turba.

Un examen de dichos yacimientos demuestra que ellos pertenecen á la época reciente ó actual de los geólogos.

En la estación del Cerro, por ejemplo, las arenas que contienen los objetos de antigua industria humana descansan sobre un estrato de humus de escasa potencia, que á su vez se halla en relación, cerca de la costa, con los conocidos bancos de conchilla de la especie *Corbula (Azara) labiata* Maton. Estos bancos conchíferos que se encuentran en todo el litoral de los ríos de la Plata y Uruguay, desde Montevideo hasta la embocadura del Río Negro, demostrando que las aguas del estuario llegaron hasta

aquella latitud, son posteriores á los terrenos denominados por D'Orbigny légamo pampeano, y según Burmeister, su formación es moderna (*), si bien se remonta á algunos millares de años. La capa de humus á que he hecho referencia es posterior á la formación de dichos bancos, y, finalmente, la arena sobre que yacen las piedras talladas por el hombre, es reciente, y ha sido transportada por los vientos fuertes del S. E. y del S. W., que son los predominantes en estas regiones. Los yacimientos de humus y turba, sobre los cuales se suelen hallar vestigios de estaciones, son también de orígen moderno, y la presencia de objetos trabajados en contacto con el légamo pampeano, es accidental y debida á la acción denudante de las aguas.

Cuando los paraderos se hallan en estas últimas condiciones, por lo regular los objetos están cubiertos por dunas ó médanos de arena; de suerte que para recogerlos es menester esperar á que la acción de los vientos haga cambiar la posición de dichos médanos.

Estos arenales son de orígen más moderno que los del Cerro. Hace unos cincuenta años, en el litoral del océano, desde el Cabo de Santa María hasta el arroyo del Chuy, gran parte del terreno era fértil hasta cerca de la costa, según así lo atestiguan varios vecinos, y según lo demuestran las ruinas de habitaciones que se hallan hoy entre las dunas y que antes debieron estar rodeadas de

(*) Description physique de la République Argentine, vol. II, pag. 167.

terreno fértil. Sin embargo, en la actualidad, las arenas llegan, en la Angostura, hasta la Laguna de los Difuntos, y en Valizas se han corrido tierra adentro cerca de dos kilómetros. Este fenómeno sigue produciéndose por efecto de los fuertes vientos polares que predominan sobre todo en la primavera, y sus proporciones son tales que, en ciertos parajes, hay año en que las arenas invaden una zona de trescientos metros, paralela á la costa.

Debo advertir, de paso, que es en los paraderos cubiertos por los médanos, como en el de la Coronilla, donde he hallado algunos huesos de mamíferos indígenas que sirvieron de alimentación á los primitivos pobladores de la localidad, como lo indican el haber sido fracturados y el hallarse, en su mayor parte, algo carbonizados. En las estaciones descubiertas, dichos restos orgánicos faltan completamente, y esto debe atribuirse á la acción destructora de los agentes atmosféricos.

Se puede afirmar, por lo tanto, que todos los materiales arqüeológicos recogidos en las condiciones que he expuesto tienen una antigüedad que no remonta más allá de algunos centenares de años, y pertenecieron, muy probablemente, á las tribus que hallaron los españoles cuando por primera vez vinieron al Río de la Plata.

4. Los paraderos que he indicado se caracterizan por la ausencia de huesos humanos y también por hallarse los objetos trabajados, normalmente, en la superficie del suelo; pero existen otras estaciones en donde los productos de la industria se encuentran sepultados en pequeños

montículos hechos artificialmente, los cuales contienen, además, huesos humanos, siendo, por lo tanto, verdaderos túmulos. Tales son los montículos situados cerca de la extremidad occidental del Lago Merín, y los que se encuentran en las islas del Uruguay, principalmente en la del Vizcaíno.

Esos túmulos, geológicamente hablando, pertenecen á los tiempos modernos. Así lo demuestra el yacimiento en que se hallan, constituido, en general, por la capa de humus que cubre la formación pampeana.

5. Hasta la fecha en que escribo estas líneas, no me consta que se hayan hallado en el Uruguay pruebas de la existencia del hombre en los tiempos geológicos.

El señor Ameghino, sin embargo, manifiesta que cuando emprendió su viaje á Europa, se detuvo de paso en Montevideo, y aprovechando el corto tiempo de que disponía, fué á explorar las barrancas de légamo rojizo que existen en la costa de la bahía, habiendo tenido la fortuna de hallar una punta de dardo en sílex, con la superficie completamente alterada, de color blanco algo amarillo hasta más de un milímetro de espesor. Ese ejemplar lo representa en la figura 642 de su obra (*). En las mismas barrancas donde recogió dicho objeto, había hallado el Sr. Ameghino, anteriormente, fragmentos de un *Panochtus;* por lo cual concluye que su hallazgo

(*) La antigüedad del hombre en el Plata.

confirma la presencia del hombre en el Uruguay, en la época en que vivía dicho desdentado (*).

A mi juicio el Sr. Ameghino establece dicha conclusión con demasiada ligereza.

Yo he tenido oportunidad de examinar detenidamente las barrancas á que se refiere el Sr. Ameghino, y debo manifestar mis dudas acerca de la antigüedad que dicho señor atribuye á la punta de dardo que en ellas ha encontrado. Las barrancas situadas en la costa de la bahía de Montevideo, han sufrido remociones continuas, por motivos de terraplenes y de otras obras. Además, esos parajes fueron poblados en otras épocas por los indios, quienes dejaron en la superficie del suelo vestigios de su industria. Nada más fácil, pues, que el objeto que halló el Sr. Ameghino al pie de la barranca, no estuviera *in situ*, y se encontrara allí accidentalmente, como algunos que yo he recogido en iguales condiciones y que también me alucinaron en un principio, pero reconocí después mi error.

La pátina que presenta el sílex á que se refiere el Sr. Ameghino, no puede servir para demostrar que dicho objeto pertenece á los tiempos geológicos. Esa alteración, producida por el calor, luz, humedad, y sobre todo, por la acción del anhidrido carbónico, se observa con frecuencia en los sílex de los paraderos, algunos de los cuales tienen en la cara que está en contacto con la

(*) Ob. cit., vol. II, pág. 527.

atmósfera, una espesa capa de *cachalón*, mientras que la cara inferior se encuentra poco alterada.

Las observaciones del Sr. Ameghino, por lo tanto, son deficientes para demostrar la existencia del hombre fósil en el Uruguay. Esto no significa de ningún modo que el hombre no haya vivido en nuestro país en los tiempos geológicos. Habiéndose comprobado su presencia en el Brasil y, según parece, en la República Argentina, es lógico inferir que también debe haber existido en nuestro suelo; empero, nos faltan las pruebas experimentales de ello, y hasta tanto no se obtengan, no se debe adelantar afirmación alguna al respecto.

José H. Figueira.

(Mayo de 1892)

FANTOCHES

(Del libro «Cobre Viejo»)

Quisiera poseer ese lenguaje sencillo y suave de que se vale Andersen para hacer comprender las cosas más extrañas y maravillosas, á los niños que oyen sus cuentos fantásticos de boca de alguna mamá complaciente. Quisiera poseer el secreto de despertar en las imaginaciones infantiles esos benditos sueños de color de rosa, que ponen en las cabecitas inteligentes una expresión adorable de curiosidad mezclada con encanto. Quisiera tener paleta de mil colores, los más variados, los más brillantes, los más intensos, para pintar el fondo de esos cuadros deliciosos, tan del agrado de los niños, en que aparece la princesa Azucena navegando en un pétalo de rosa sobre el agua azulada de un estanque, y el príncipe Cañamón empeñado en descomunal combate contra un escarabajo monstruo, de gruesas patas y caparazón verdosa. Quisiera todo eso, que no es poco querer, para hacer una descripción tal de las maravillas de Holden, que no pareciera pá-

lida á la imaginación ardorosa de esos niños que en el silencio de la noche, cuando ha sonado la hora de dormir, y la luz vacilante de la lamparilla pinta grandes y móviles sombras en las paredes, se entretienen con los ojos ya cerrados, en fraguar cuentos imposibles, de hadas que regalan dulces y juguetes, de jardines fantásticos en que la fruta más apetecible está al alcance de la mano, y de palacios encantados, deslumbrantes, grandes y lujosos, que no se parecen por cierto á las salas sucias y antipáticas de la escuela.

Pero, sin el lenguaje de Andersen, sin la mágica paleta que presta color á las ilusiones infantiles, trataré, sin embargo, de dar una débil idea de lo que anoche ví en San Felipe. He visto unos artistas maravillosos, muy pequeños, muy bien vestidos, con las caras curiosísimas, y los trajes más lujosos, y elegantes que es dable imaginar. He visto princesas de voz atiplada, con grandes mantos bordados de oro y cubiertos de pedrería deslumbrante; acróbatas prodigiosos, que durante un cuarto de hora hacen los equilibrios más difíciles sobre la cuerda floja; bailarinas hermosísimas que sonríen graciosamente al adoptar las posturas más arriesgadas y provocativas; *clowns* de primer órden, que obligan á reir á carcajadas con sólo revolver los ojos y abrir desmesuradamente la boca. Esos artistas son maestros en la pantomima, gesticulan divinamente, hacen esfuerzos nunca vistos para dar expresión al rostro, y, ¡cosa increible! son tan nerviosos, que todo lo ejecutan á saltos, al compás de la música, y como si tuvieran azogue en las venas. He visto también un artista ori-

ginal, graciosísimo, especie de payaso, que no puede estar sin hacer diabluras, maestro sapientísimo en picardías y *farrista* de marca mayor. Se llama Boby, según el programa, y sale á la escena para hacer morir de risa á los infantiles espectadores, que siguen con la mirada ansiosa y el corazón palpitante, las peripecias accidentadas del sainete. Boby es un pillastre consumado: roba la canasta de una pobre sirvienta que va al mercado, con tanta desvergüenza como la que despliega al hacerle una zancadilla á su amigo y cómplice Pantalón; es un vago que pierde lastimosamente su tiempo cazando mariposas ó haciendo *barullo* en los cafés y en las confiterías. Hace las delicias de los muchachos traviesos, que aplauden hasta romperse las manos, cuando Boby lleva á cabo una de sus gloriosas hazañas. Hay algunos que no saben contenerse y rasgan de pronto el silencio con grandes aclamaciones ó carcajadas cristalinas, que tienen un eco inmediato en todos los espectadores. Anoche, en el momento en que Boby se aproximaba cautelosamente á una de sus víctimas acostumbradas, amenazándola, á traición, con un bastón formidable, se oyó una vocecita gozosa, en medio de la platea, que dijo con toda gracia: — ¡Papá, papá! ahí le *atraca* un palito! Boby no se inmutó, porque es muy desvergonzado, y descargó el golpe como si tal cosa. Al rato entró en un magnífico restaurant, y con su lenguaje peculiar, en que se mezclan todos los idiomas, gritó á la dueña: — *Madame*, tráigame *Bierra*, Champagne Cognac... ¿Cuánto valer *bottiglia* Champagne? — Cuatro nacionales, contestó la dueña con su voz de falsete resfriado. — ¡Aoh!

¿cuatro nacionales? Ser muy caro!... no traer Champagne. — ¿*Bierra* tampoco? -- *Bierra* tampoco. — ¿Qué traer entonces? — Un *verre d'eau.* — ¡Oh, *no*, *signor!* — contestó la dueña, indignada. Entonces Boby, con una maldad increible, hizo volar platos, cuchillos, manteles y sillas; volteó la mesa atropelló á la dueña y á los mozos se trabó en descomunal combate con un celador que entró á restablecer el orden, y después del triunfo, el pícaro sonrió maliciosamente, metióse la punta de los dedos en la boca é hizo oir un silbido insolente y provocador cómo él sólo.

Me dicen que los artistas de San Felipe son muñecos de palo y goma vestidos de seda y manejados desde arriba por hilos invisibles. No lo puedo creer; y para mí, los artistas de San Felipe son enanos perfectos, hombrecitos de una raza especial, parientes de aquel general Tom Pouce, que causaba la admiración y el asombro en las ferias de Europa. ¿Cómo suponer que son simples muñecos de madera esos acróbatas ágiles y ligeros, esos payasos que hablan con los ojos y la variable expresión del rostro; esos personajes que saben comer, bailar, beber y agarrar los objetos como personas decentes? Muñecos, sí, eran aquellos con que el célebre Salsilli hacía las delicias de una juventud que ya peina canas; aquel don Procopio tosco y contrahecho; aquellos reyes mamarrachos, con un queso de bola por cabeza y una corona de oropel deslucido; aquellos guerreros tiesos y duros, con un pedazo de latón clavado en la mano derecha; y finalmente, aquel Misericordia Campana, negro graciosísimo y valiente, ter-

ror de sus compañeros, á quienes descalabraba á garrotazo limpio, y héroe de cien contiendas, en las cuales, según el dicho vulgar (nunca mejor aplicado), no dejaba títere con cabeza. Yo he visto muchos y buenos títeres en mi vida, hasta he sido empresario de una compañía de muñecos (cuando usaba pantaloncito corto), que en teatro de mi exclusiva propiedad ponía en escena *El valle de Andorra*, *La casa del duende*, *Misericordia y el fantasma*, y otras piezas por estilo. En París he conocido los graciosos *Guignols* de los campos Elíseos, el Polichinela espléndido del teatro Serafini, que reparte dulces y regalos á los niños.... si los padres tienen la precaución de pagarlos á la entrada. Pero jamás he visto títeres que sean capaces de hacer las hazañas que anoche llevaron á cabo los artistas que dirige Holden; artistas tan aptos para un fregado como para un barrido, y que con la misma voluntad dan una voltereta en el aire que un paso de baile, y la misma destreza tienen para dar un garrotazo al más pintado que para cantar un aria en voz de falsete, ó tocar el instrumento más complicado y difícil.

Niños juiciosos y aplicados, que merecéis el cariño de propios y extraños: si vuestros padres os ofrecen un premio á vuestro juicio y á vuestra aplicación, pedidles que os lleven á ver los célebres *Fantoches* de Holden. Una función de San Felipe vale la pena de que os portéis bien durante una semana entera. sin hacer rabiar á mamá, sin merecer una sola penitencia en el colegio ni una sola palmadita en la casa paterna. Todas las maravillas del teatro de Holden: bosques encantados, palacios lujosísimos, trans·

formaciones de magía, paisajes seductores, osos que bailan majestuosamente y perros que muerden y hacen presa como los de carne y hueso, valen bien la pena de que os toméis el trabajo, pequeños diablillos infantiles, de marear y cansar á vuestros padres con caricias y zalamerías. Subíos á sus rodillas, habladles de todos estos prodigios que os he contado, y entre beso y beso, como quien no quiere la cosa, preguntadles: —¿Cuándo vamos?

SAMUEL BLIXEN.

(1888.)

NOVELA NACIONAL

(Fragmento)

La novela naturalista tiene entre nosotros campo bien vasto donde ejercitarse. Nuestra sociedad ofrece al novelista observador é inteligente todo un conjunto de cuadros, caracteres y costumbres completamente nuevos y originales. No hay necesidad, para escribir novela americana, de ir á buscar personajes en los arsenales de la imaginación ó de imitar servilmente el perfil de Saint Preux, de Werther, de René, y tantos otros no menos románticos; nuestros personajes están ahí á la mano, esperando que alguien los advierta, los estudie y los trasplante á la novela. Ahí está el tipo legendario del *paisano* nuestro, pronto á desaparecer envuelto en las ráfagas inexorables de la civilización que avanza, ofreciendo campo fertilísimo al estudio y á la observación. El psicólogo que sepa penetrar en las profundidades secretas del carácter de nuestro *gaucho*, el que logre explicar sus contradiciones y sus sutilezas, hallará tema inme-

jorable para una novela de costumbres. Pero no es tarea fácil la de pintar al *gaucho* tal como es hoy en día, porque en él se está operando una de las transformaciones más extrañas y complicadas; transformación que alcanza á la vez al espíritu, á los hábitos y al sentimiento.

Antiguamente el *gaucho* era un salvaje, acostumbrado á la vida nómada, al combate sin cuartel, á las correrías interminables por las cuchillas monótonas; era feroz en la guerra, compasivo y hospitalario en su pobre guarida; terrible como el león para los ódios, dulce y manso como un cordero para los amores. Vestía holgado *chiripá*, bota de potro y poncho, y en la cabeza, á lo más, llevaba una *vincha*, un pañuelo atado sobre la frente. Blandía la lanza como el mismo Aquiles; tocaba la guitarra con dulce expresión é improvisaba melodías impregnadas en la tristeza de la soledad y del desierto. Entonces, el *gaucho* era un personaje legendario, dramático y romántico de por sí, fácil de pintar en sus diversas fases, fácil de comprender como todo lo que es grande, lo que es hermoso, lo que es heróico. Era una naturaleza virgen, excesivamente impresionable, lo mismo para el bien que para el mal, desprovisto de esa noción de esa moral convencional que la sociedad ha formulado para enfrenar con ella las pasiones desbocadas de los hombres. Era un tipo poético, con su constante apatía musulmana, con su pereza indestructible, fértil en melancólicas ideas, nacidas de la solitaria contemplación de la inmensa Naturaleza que parece ensancharse aún más en los desiertos, y expresadas en el verso tosco y quebrado pero pintoresco

como ninguno, de los cantos populares. ¡Pero ahora!... La civilización, introduciendo nuevos elementos en las costumbres de nuestro paisano, ha complicado el antes sencillo mecanismo de sus ideas y pasiones. El *gaucho* ha perdido ya su antigua fiereza indomable, y se ha hecho humilde á la fuerza, con esa humildad hipócrita del que teme los golpes de un superior odiado; ha perdido la poesía vírgen de sus hábitos, reemplazados por otros nuevos, más civilizados tal vez, pero menos hermosos y sencillos. Ya no corretea por montes y cuchillas, rebelde á toda ley y á todo yugo; ahora, atrapado á la fuerza, es soldado disciplinado en los cuarteles, ó vigilante *policía* en la campaña.... Ya no resuenan los melancólicos *tristes* bajo el ombú frondoso, en las calladas noches de estío; pero en cambio estallan las milongas *quebrallonas* en los sucios tugurios de los arrabales. En la barbarie, era el *gaucho* altanero y noble; en la civilización, se está haciendo hipócrita y falso; el héroe de proporciones colosales, se transforma poco á poco en el *compadre* de silueta ridícula. Por un lado, teme á esa civilización de las ciudades que lo deslumbra con el fulgor de su brillo, y no pudiendo dominarla con el valor, trata de vencerla con la astucia; pero por otro déjase seducir por sus halagos y acepta, poco á poco, las costumbres que ella impone. Así vemos al *gaucho* cambiar su primitivo traje pintoresco por otro más heterogéneo y complicado, del cual forman parte prendas de ropa de factura la más moderna. El *chiripá* ha abandonado el campo al pantalon y á la *bombacha*, el pañuelo de la cabeza al chambergo de alas

anchas, la bota de potro al calzado de doble suela y de importación extranjera, y hasta el poncho se eclipsa lentamente haciendo sitio al saco corto y desairado. La misma transformación que en el traje, se opera en las costumbres del *gaucho*, y prefiere ya, á tomar mate bajo la enramada tosca ó el alero de su rancho, saborear el *Vermouth* de Turin en la pulpería vecina, y á jugar á la taba en el empolvado suelo del ancho camino, exponer los pocos reales que tiene, en un partido de *casin* ó carambola, en el pueblito más cercano. ¡El *gaucho* jugando al billar! ¿No es cierto que entristece contemplar como se despoja poco á poco de la aureola de grandeza y de poesía que lo rodeaba; aureola que se disipa como el humo, y que al desvanecerse nos muestra á nuestro *paisano*, gigante en la tradición y en el recuerdo, convertido en pigmeo voluntario ante la civilización y el progreso que lo humilla y doma, fascinándole como á las fieras salvajes?

He ahí tema de estudio para el novelista, que tiene en el *gaucho* moderno el *documento humano* más curioso é interesante. Si Magariños Cervantes no hubiera escrito en sus mocedades el *Caramurú*, tal vez el *gaucho* clásico habría desaparecido completamente del país, sin que nadie se preocupara de cantarlo ó describirlo. Sería conveniente dedicar un estudio serio é interesante como aquél, á ese *tipo* que ofrece tan raras contradicciones en su carácter y en sus costumbres. Un novelista hábil hallaría en la descripción de la vida de campaña, campo fecundo de análisis, objeto dramático á veces, pintoresco

siempre. En cuanto á la vida de la ciudad, en pocas partes se ofrece á la crítica y á la observación con tan variados temas como aquí. No poseemos, es cierto, la gran vida de París y Londres, y el novelista se vería en los mayores apuros para introducir en su obra personajes semejantes á los del *Faubourg Saint Germain* ó á los de *Berdkeley Square*, prototipos de la elegancia y del buen tono; no podría pintar un medio ambiente de boato, lujo y gusto refinado, ni podría interesar la atención del lector con nombres heráldicos, más ó menos retumbantes. Pero si no tenemos condes, príncipes y marqueses; si no tenemos *cocottes*, ni *boulevares* de asfalto, ni inmensos clubs de juego, ni bosques de *Boulogne*, ni nada de lo que constituye la parte más interesante de las novelas que tienen por teatro obligado á Paris, poseemos en cambio una familia que tiene su organización especial, un hogar con sus costúmbres propias, una sociedad con hábitos, preocupaciones, defectos, virtudes y hasta vicios peculiares en ella. ¿No hay en todo eso campo de acción para el novelista? Pues bien: que estudie esa inmigración heterogénea que llega diariamente á nuestras playas, y que viene á fundir con los de nuestra sociabilidad, los distintos caracteres de su nación y de su orígen. Esa es la tarea que con tanto éxito ha llevado á cabo Bret Harte en California, donde, como entre nosotros, la mezcla contínua de la inmigración ha producido en poco tiempo hábitos originalísimos y personajes típicos.

SAMUEL BLIXÉN.

EL CUENTO DEL TIO MARCELO

ESCENA XI

Marcelo y Clara, Enrique (por el fondo)

Enrique (Aparte á Marcelo) ¿Y bien?

Clara (Idem) ¡Por Dios! no diga Vd. nada en mi presencia!

Enrique (Idem) ¡Habla! no vés que me consumo!

Clara (Idem) ¡Marcelo! ¡que me muero de vergüenza!

Marcelo (Aparte á Enrique) ¡Despacio! despacio! *(Aparte á Clara)* ¡Tu suerte está en mis manos.... déjame hacer!.... *(Alto)* Siéntense ustedes.... *(Marcelo se apoya en el velador. A su derecha, Clara en un sillón, se tapa la cara con las manos. A su izquierda, Enrique de pie)* ¿Les agradan los cuentos?

Clara y Enrique (Sin comprender.) ¿Los cuentos?

Marcelo. Sí, los cuentos de hadas. Supondremos que les gustan. Voy á relatar uno interesantísimo, que no se parece ni á la Caperucita Roja, ni á Pulgarcito ni á la Be-

lla Dormida, ni á Piel de Asno. Es de un repertorio exclusivamente mio.

Enrique (*Aparte*) Pero tío!....

Marcelo ¡Calla y atiende! (*Alto y con tono enfático*) Pues señor, érase una vez un rey muy poderoso y muy bueno, casado con una reina tan amable como hermosa, los dos esposos parecían destinados á ser muy felices: la suerte les había concedido riquezas, dominio y poder.

Sin embargo, su dicha no era completa; figúrense ustedes que les faltaba precisamente lo que más deseaban: un heredero. Después de cierto tiempo, tantas buenas obras hizo la reina para propiciarse los favores del cielo, tanto suplicó, tanto rezó, que compadeciéndose de ella una buena hada fué á visitarla en su carro aereo, todo hecho de piedras preciosas y le dijo: «Vé á tal parte, que encontrarás lo que deseas». Fué efectivamente la reina á donde le indicó la hada amiga, y sobre un jergón de paja, y envuelta en miserables harapos, encontró á una mujer moribunda, que puso en sus manos á la princesita más linda que se puede imaginar: (*Mirando á Clara*) blanca, rubia, con unos ojos divinos, con una boquita de rosa, en fin, un angel. Imposible pintar el regocijo de la reina al verse dueña de tal preciosidad. La recogió la llevó á su palacio en el mismo carro de la hada bienhechora.... (*Enrique muestra impaciencia*) No te impacientes, que ahora viene lo interesante.... Pasaron años, y la princesa Amable — que así la llamó la reina, — creció en gracias y donaire, hasta que un dia la vió el príncipe Gene-

roso, quién, como es natural, se enamoró perdidamente de ella, y la pidió en matrimonio. Ya iban á realizarse las bodas, cuando una hada enemiga, llamada *Curiosidad*, indujo á la princesa á escuchar detrás de una puerta lo que conversaban un día en secreto el rey y la reina. ¡Cual no fué la desesperación de la pobre niña al averiguar que en vez de ser de regia estirpe y nacida en un palacio, era de origen bajo é ignorado, y que había sido recojida en una choza miserable! Desesperada, fuera de sí, temerosa de que el príncipe Generoso, al saber la verdad, desistiera de su empeño y olvidara su amor, se adelantó ella misma á pedirle que no volviera á presentarse á su vista, pero, (*Mirando fijamente á Enrique*) el príncipe Generoso, por intermedio de su tío.... quiero decir de un mago amigo, supo poco después el secreto que afligía á la princesa Amable, y como era (*Lentamente*) noble, leal y hombre de honor, no vaciló un instante: buscó á la princesa, se arrojó á sus piés, y la dijo....

Enrique (*Comprendiendo, se arrodilla á los pies de Clara*) ¡Os quiero más que nunca, princesa mía, ahora que conozco vuestro secreto!.... ¡os adoro, os adoro, os adoro!

Marcelo Sí, poco más ó menos fué eso lo que dijo, aunque no sé si con tanto fuego. Y tú, Clara, ¿sabes lo que hizo la princesa?....

Clara (*Sonriendo á través de las lágrimas y alargando su mano á Enrique*) Soy una pobre huérfana; pero si me amais ¡oh, príncipe! mi corazón es vuestro.

Marcelo ¿Y conocen ustedes el desenlace?

Enrique (*De pie y teniendo en la suya la mano de Clara*) Fué muy senciilo: se casaron, como sucede en todos los cuentos de hadas.

Marcelo Pues si sabían ustedes el cuento ¿por qué diablo me han obligado á referirlo?

SAMUEL BLIXEN.

UNA HOMBRADA

(CUADROS DEL CAMPO)

.... En un extremo del corral ardía una gran hoguera, á cuyo lado se alzaban enormes pilas de leña seca. Entre las ardientes brasas despedían chispas fulgurantes las marcas de hierro, caldeadas hasta el rojo blanco. Al lado de la hoguera había una gran lata de sebo de riñonada para introducir en él la marca después de haber estampado su forma en el anca del ternero.

El corral, inmenso, desplegaba su cuadro en las caídas de una loma. El ganado, arisco, empujando el encierro, asustado por los preparativos, se agrupaba en el fondo. Se abrió la puerta y entró la cuadrilla de enlazadores, compuesta de seis hombres, jinetes en caballos vivaces y diestros.

Por las inmediaciones del fogón, sitio que dejaba libre el ganado, estaban distribuidos hasta unos treinta peones como tendidos en guerrilla: en mangas de camisa, con un pañuelo atado á la cabeza, una piel de una vara de largo y media de ancho sujeta á la cintura y el lazo trenzado de cuatro *tientos* en la mano.

Empezó la faena: dos de los jinetes avanzaron al fondo del corral; el ganado se arremolinó, trepando unos animales sobre otros y estrujándose contra los palos del cerco.

Los enlazadores armaron sus lazos, los revolearon un instante en torno de sus cabezas y los despidieron sobre el elegido blanco. La *armada* partió silbando, cayó, se tendieron los lazos, y dos toros quedaron sujetos por los cuernos.

Al sentir el contacto escurridizo del lazo, comprende casi siempre el toro de dónde parte la agresión y atropella al jinete. Esta acometida, que llaman *venirse sobre el lazo*, la evitan los enlazadores con destreza y facilidad admirables: ora con una huida rápida, ora con un brusco escape á uno ú otro lado... el toro yerra el golpe, cornea el aire, da un traspié, torna á erguir la cerviz humillada para herir y sigue furioso la carrera. El jinete acompaña su movimiento para evitar el tirón seco; el lazo silba y cruje al quedar de súbito tirante; el caballo resiste el tremendo impulso, diestramente apuntalado en sus remos y el toro es casi siempre espaturrado por el tirón.

Pero es imposible sujetarlo allí.

Se levanta rápido, bramando sordamente y buscando enemigos en torno; acuden los pialadores (*), y poniéndo-

(*) Enlazadores á pié, cuyo objeto es sujetar con sus lazos las patas delanteras del animal y derribarlo con un tirón brusco, dado precisamente cuando la res alza las patas para avanzar en la carrera.

se á su vista, fuera de alcance, le llaman con gritos y alboroto la atención.

Acomete, pero el lazo se tiende y le hace describir á la carrera un círculo cuyo centro es el caballo que lo sujeta. Al pasar, los de á pié le arrojan sus lazos á las patas delanteras. Uno ú otro consigue sujetárselas, lo deja correr, pasa con rapidez el extremo del lazo en torno de su cintura y se echa atrás con violencia para hacer pie. Aquello es la astucia domeñando á la fuerza estúpida. En la violenta huida siente el toro que le falta de súbito el apoyo: clava el hocico en el suelo, da una vuelta sobre sí mismo y queda en tierra, sujeto por los lazos y atontado por la caída.

Llega el castrador y en menos de diez segundos termina, sin gran cuidado, su bárbara tarea. El animal, convulso, pone en blanco los ojos y se muerde la lengua, á veces hasta cortarla, haciendo rechinar los apretados dientes....

Los que apresaban al toro lo dejan en libertad, corriendo presurosos á encaramarse á los postes del inmediato cerco. El toro se levanta loco de dolor y de coraje, vertiendo sangre á chorros de la parte mutilada; gira en derredor los ojos torvos; hiere la tierra con su uña, hendida y se lanza con sordo mujido, tras de sus verdugos, que, ya en lugar seguro, se mofan de él gritándole: *¡cha, cha, cha, cha,* torito! *¡cha, cha, cha, maula!* y otras voces usuales de desafío.

Llega, pues, tras ellos; pero llega tarde, y su furor sólo puede cebarse ora en un poste, ora en un poncho ol-

vidado, en una damajuana, en un tizón. Con frecuencia al ver el resplandor de la llama su irritación se aumenta. Baja la cabeza y acomete al fuego, lanzándose en medio de la enorme hoguera; ruge de dolor, pero no ceja; salta, se retuerce, endemoniadamente, arde su piel; la cerda y el pelo quemado infestan con su olor acre; los tizones y las marcas vuelan aventados en todas direcciones. Cuando sale de allí es para caer á los pocos pasos, donde es ultimado por los peones que desde el cerco intentaron en vano impedirle la consumación de su bestial hazaña.

Tal era el fondo del cuadro cuando presencié el episodio que quiero referir; episodio que reveló á mi entendimiento de niño la grandeza de ese movimiento de amor humanitario que, en las almas bien templadas, ahoga al de conservación. Movimiento magnífico, instinto rápido como lo inspirado, sencillo como lo grande. Yo ignoro por qué me conmueven tan hondamente esos actos de valor supremo. Parece que encarnada en mi ser la sensación psicológica de la humanidad, tan cargada de egoísmo, sintiese ante la consumación de un hecho noble, algo así como desahogo, como consuelo. Es lástima que no tenga mi mano la necesaria firmeza para hacer que la hazaña de Julian se destaque con toda su enérgica belleza en el cuadro nacional que con indócil pluma acabo de esbozar.

Habríase llegado á la mitad de la faena y hacía un calor sofocante. Por ambas razones seguía el trabajo sin la rapidez y uniformidad que requiere, tanto para evitar que se estropee y adelgace el ganado con el largo encie-

rro, como para regularizar lo más posible el servicio de mutua protección que entre sí se prestan los pialadores. Éstos, que por la mañana hicieran gala de agilidad y presteza, estaban rendidos de fatiga, merced á seis horas de ruda tarea, en donde alternaba la necesidad de cumplir bien el cuidado, con la vigilancia sobre la ajena y la propia conservación.

Uno de los pialadores enlazó un ternero, no pudo hacer pie, dió el tirón en falso y tuvo que soltar el lazo. Para recobrarlo echó á correr tras del ternero que huía, balando, hacia el fondo del corral. En este momento los castradores soltaron un toro mutilado.

La gente de á pie se puso en salvo sobre el cerco, sin advertir la imprudencia del pialador que, habiendo conseguido cojer el lazo, pugnaba por derribar al ternero para quitárselo. El toro, postrado por la operación dolorosa, no se había levantado aún. Un jinete se llegó á él y le dió un golpe con la argolla del lazo. Se levantó rápido y tambaleó un momento, borracho de ira; vió cerca al jinete, tomó carrera y se lanzó sobre él. El jinete evitó la acometida, y el toro, burlado, siguió galopando en dirección al fondo del corral. El pialador había sacado el lazo al ternero y volvía arrollándolo tranquilamente. El sol le impedía ver al toro. Este lo vió y se plantó en la carrera, erguida la cerviz, altos los cuernos, mirando al hombre. Azotó sus flancos con la cola ensangrentada, tiñéndolos de rojo, dió algunos pasos atrás, agachó la cabeza y arrancó. Todos los ojos lo vieron; todas las bocas lanzaron un angustioso *¡guarda el toro!* El hombre,

al ver de súbito el peligro, perdió la serenidad y echó á correr desatinado. El que huye ante un toro es cogido sin remedio. Aquel hombre estaba perdido. Nadie dió una voz, nadie se arrojó á salvarlo: era imposible. Todos lo comprendieron y todos temblaron.

Pero en aquel momento hirió los aires un grito—un grito salvaje de audacia y desafío. Cien ojos anhelantes, vieron un jinete lanzado á la carrera sobre la espalda de brioso *pangaré*, en dirección contraria á la que llevaban el perseguido y la fiera.

Saltó á todos los ojos su designio, y algo así como un viento de epopeya azotó aquellas caras sudorientas. Allí venía Julian, venía un hipántropo, no escalando el cielo con afán impío, sino oponiendo la abnegación suprema á la fiereza bruta para salvar una vida. ¡Hermoso venía aquel hombre! Tostado como un Antinoo de bronce, la mirada fulmínea, el cabello medio erizado batiendo la cabeza, la cabeza erguida sobre el cuerpo, el cuerpo firme sobre el potro, el potro firme en la carrera sujeto á la rienda, la rienda en la mano izquierda y en la derecha el rebenque de recia lonja!.... Aquello fué un relámpago; allí nadie vió: todos cegaron ante la visión instantánea del heroísmo. Tendidas hacia atrás las orejas, las narices dilatadas, las crines flotantes, el caballo herido por la espuela, avanzaba recto, veloz, incontrastable, magnífico: el toro venía espumeante, erizado el morro, arqueada la cola, humillado el cuerno, la boca entreabierta, el ojo cerrado: era la bestia ciega. Las dos fuerzas se encontraron: la fuerza salvadora chocó con la fuerza trágica.

El pecho del caballo dió de lleno en la cerviz del toro. Un alarido de triunfo salió de una nube de polvo, ahogando un relincho lastimero; el caballo cayó desplomado al suelo; el jinete, lanzado por encima del toro, cayó de pié, sobre sus piernas de acero, diez pasos más allá.... El toro quedó balanceándose, moviendo á derecha é izquierda la cabeza agachada, como un perro que husmea; se contrajeron con hipo sus hijares; su lengua colgante se dilató en erección nerviosa y sus pupilas se ocultaron enseñando la sangrienta córnea. Abrió las patas con tiento, como para apuntalarse, ensayó á andar, y atontado, tropezando en sí mismo, dió algunos pasos, le flaquearon las patas delanteras y cayó de rodillas, hiriendo el suelo con el hocico. Quedó así un momento, intentando levantarse, hasta que cayó del todo. Uno de los pialadores le dió un golpe con el pie, y él, con el último aliento de rabia, sacudió la cabeza, ensartando con el ya impotente cuerno una boñiga de vaca, endurecida.

MANUEL BERNÁRDEZ.

EL VELORIO VACUNO

De flaco, de viejo, de cansado, de aburrido de arar, el pobre buey se acostó á morir una mañana en las inmediaciones del corral.

Lo cuerearon. Aquella piel barrosa, tan fuerte y tan curtida, que durante doce ó quince años lo había abrigado contra las inclemencias de la vida, aquella piel que había agujereado la picana con su pua de hierro, le fué sacada á cuchillo, entre risas, por los peones de la Estancia. Lo desollaron de un lado, lo dieron vuelta y acabaron de arancarle el poncho. El pelo había caído en partes, al refregarse el animal en tierra, en las ansias, cuando la muerte venía y le quitaba aquella vida que él había arrastrado tantos años á lo largo del surco.

Quedó muerto y desnudo. Coloreaba en el bajo su enorme cuerpo, enseñando la carne flaca, donde la sangre había quedado cuajada. Los perros iban allá, lo olfateaban y lo hallaban feo. Estaba muy flaco el pobre, y ni los perros lo querían comer.

Pasó todo el día asoleándose el cuerpo de aquel oscuro y miserable soldado de la siembra. Cuántas espigas había hecho nacer! cuántas semillas habían hallado cuna en el surco abierto por aquel buey! Y ahora, allá estaba la osamenta, abandonada, terrosa, resecándose, llena de moscas. El héroe del surco, que había hecho germinar tanto alimento, tanto grano, tanta espiga, tanto pan, había muerto de flaco!

No. No podía morir así. Los hombres lo dejaban, pero sus semejantes debían ser más justos. Los hombres se olvidaban, pero entre los animales quedaba un sentimiento. Los hombres le sacaban el cuero porque se podía vender. Era el último servicio que prestaba el viejo buey. Tenía el cuero pesado. ¡Lástima que aquel diablo de animal se había andado revolcando al morir! ¡Tal vez el cuero fuera desecho, por eso! Y no pensaban nada más. Para ellos había concluído la desgraciada y bondadosa bestia. Pero las vacas, los toros mansos, los novillos tamberos, los bueyes veteranos, compañeros de yugo del buey muerto, tenían obligación de rendirle un recuerdo antes de abandonarlo, al verlo caído, incapaz de seguir tirando el arado, tan duro y tan pesado como la vida para la pobre bestia resignada!

Vinieron al caer la tarde. Las cuchillas prolongaban sus sombras; en los bajos empezaba á ser de noche; los pájaros ganaban los paraísos y se quedaban quietitos, con la cabeza escondida bajo el ala.

Entonces el ganado tambero fué cayendo al velorio. En el crepúsculo, el finado buey viejo, desollado, se veía

colorear, con los matambres estirados, ya resecos por el sol de todo un día.

Los animales llegaron despacio, con aire fúnebre. Balaban con balido sordo y triste, como diciendo un responso. Eran mugidos cavernosos, tétricos, que resonaban sordamente en la tarde silenciosa y sosegada. Las ovejas, despavoridas, salían al galope, y los perros paraban la oreja, con gana de ir á ladrar al ganado doliente.

El más triste era un novillo yaguané, sin duda pariente del buey. Era el que presidía el duelo. Mugía con verdadero dolor, y de pronto rompía en balidos desesperados. Un buey overo-negro, llamado *Retruco*, se acercaba al yaguané y lo tocaba con el hocico, balandó á media voz, como si le dijese: «¡Hombre, no se aflija, que todos somos mortales! Todos hemos de tener la misma suerte! Iremos tirando hasta que nos toque clavar el asta!»

Como en los velorios humanos, había allí los indiferentes, animales que habían venido por compromiso, por no chocar, por ceremonia vacuna. Habían llegado al muerto, lo habían olido, le habían balado quien sabe qué, por fórmula, y se retiraban rumiando sus asuntos. Otros, cuando el yaguané no los veía, agarraban algún bocado de pasto y lo mascaban disimuladamente....

En esto, un peón que pasaba, molestado por los mugidos, atropelló á caballo y deshizo el velorio á rebencazos.

MANUEL BERNÁRDEZ.

ALUSTRA MARCHANTE!

Ese día hubiera querido ser pintor. Uno de esos raros pintores de cuentos fantásticos, que poseén secretos imposibles y saben traducir al color las impresiones recónditas del ánimo. Y ¿para qué? Para pintar dos niños.

Era en Montevideo, la ciudad blanca, que brilla al sol como metal bruñido. Hallábame recostado á una de las columnas del átrio de la Catedral.

En frente—en la plaza—jugaba un grupo de chicos. Lo más que alcanzaban, en edad, era diez años. Corrían, saltaban, trepábanse á los bancos, jugaban á la mancha, al rescate, al trompo y al balero, y prorrumpían de vez en vez en carcajadas cristalinas y gritos penetrantes.

Era una alegría de pájaros. Algunos de ellos solían caer, rasparse las manos en la arena, y desgarrarse la ropa; y el pobre se levantaba con un gesto de dolor, hacía un puchero.... mas contenía heróicamente el llanto, aunque la carne le escocía, aunque estaba seguro que en casa

le zurrarían por el rasgón; al fin y al cabo ¡él no era una mujer! y sobre todo, si lloraba, ¡sus compañeros se reirían!

Y esta idea bastaba para rechazarle las lágrimas, y traer á sus labios inocentes una lívida risa de encargo, tan triste, tan forzada como esa con que reimos muchas veces los hombres en el mundo.

De pronto, un nuevo personaje se acercó al tropel, pero sin osar mezclarse á ellos. ¡Pobre napolitanito! Era un humilde y embadurnado lustra botas, que se detuvo á contemplar sus juegos. Tampoco él no pasaba de los diez abriles, diez abriles sin flores y muchos abrojos sin duda á juzgar por los surcos de su rostro! Pero con qué infantil envidia los miraba! Pero no se atrevía! Sus ropas disonaban tanto con las de aquellos ricos! Servíale de sombrero un capacho sin forma ni color; por los rotos codos de una chaqueta asomaba la trama del lienzo de su camisa, y los pantalones estaban remendados de cien modos y se partían en andrajos sobre sus tamangos abiertos y groseros. ¿Cómo iba á osar?

Y sin embargo, aquel pequeño tenía una carita viva é inteligente, unos ojos rasgados y chispeantes: si carecía del prestigio de la fortuna, tenía algo que vale más: la aristocracia de la belleza. No sé si habeis notado que de cuando en cuando, entre esas familias del pueblo italiano, surge entre las facciones toscas generales, un tipo hermosamente distinguido, una fisonomía que hace soñar con caras de antiguos caballeros arrancados de viejos cuadros del siglo diez y seis. La de mi lustrabotas era una de

éstas y recordaba vagamente la expresión del hijo del mosquetero en la célebre estampa de Callot.

Los niños del grupo fijáronse al fin en el mudo espectador; ¿qué se dijeron al verle, qué cuchichearon, que crítica hicieron,—porque también los niños manejan la tijera,—qué idearon? Uno de ellos separóse del círculo, uno de cabecita rubia y blusa azul, en cuyas manos níveas se balanceaba un expléndido balero, y aproximóse al napolitanito. Qué iba á decirle? Lo pelearía?... Hubiera sido tan feo, tan cruel! No, no podía ser; aquel niño revelaba en su faz un alma noble. ¿Qué iba á suceder?

No tardé en saberlo. Los otros muchachos se habían acercado lentamente á los dos. El de la blusa azul habló al gringuito, éste contestó con la cara encendida y los demás á una palmotearon. El busca vidas levantó la correa del cajoncillo, que llevaba á la bandolera, pasó la cabeza por ella y lo tendió al chico rubio, que á su vez lo entregó el mirífico balero.

Todo había sido un trato, un préstamo, un cambio de de juguetes, porque para los del grupo, el rudo instrumento del trabajo del otro era solo una curiosidad, una diversión!

Qué júbilo el del *tanito* al recibir el balero! Un balero amarillo como el oro!

En tanto el de la blusa azul, endosó alegremente la caja de cepillos, y comenzó á gritar, entre las risotadas de sus compañeros: «alustra marchante! alustra!» parodiando al verdadero dueño. Pero su voz no conocía las inflexiones

de la miseria y sonaban sus gritos en sus labios róseos como gorjeos que brotan entre flores.

Qué cuadro delicioso! El uno ensayando ensartar el mango del juguete en el globo girante y caprichoso, sin éxito al principio, con alguno después, sacando la lengua fuera de su boca, como quien hace inmenso esfuerzo; corriendo el otro acá y allá, lustrando los botines, no solo á sus compañeros, sino á cuanto chico por allí pasaba: «alustra marchante! alustra!» le decía, «vení! no te cobro nada!» y golpeaba con los cepillos en la caja tal cual lo hacen los lustradores de verdad.

De este modo, haciendo camino insensiblemente, llegaron hasta cerca de mí, sobre la acera de la iglesia.

Y era de ver aquel miserable niño, olvidado de sus penas y fatigas, extasiado con el chiche y radiante de contento!

Y era de ver el rico, hincado sobre el cordón de la acera, cepilla que te cepilla y gasta que te gasta el betún del infeliz chicuelo!

Pero al mismo lustra botas eso no le importaba!

Era dichoso en aquel instante, y aunque al regresar á casa de sus patrones le pegaran por malgastar los útiles y perder el tiempo.... bah! bien valía una soba aquel instante de supremo goce! Jugar como los poderosos! Tener en sus manos un juguete que brillaba como una joya, él, que no conocía más juego, que el vaiven de los cepillos!

Aquella escena me conmovió profundamente. ¿No era el abrazo místico de la opulencia y la miseria? Lo

irrealizable, á no ser que emprendan la tarea la Caridad ó la Inocencia! Sentí un hervor de lágrimas en mis párpados y una sonrisa de júbilo zigzagueó en mis lábios.

Aquel balero, que en manos del rico era un chiche tedioso y atediado, transformábase en las del napolitanito en símbolo de dicha y brillaba entre los tiznes de betún como un cetro de oro—y por que no?—la felicidad es una reina! ¡Lástima que, al revés de los monarcas humanos, ávidos de tierra y vasallos, ella, princesa desdeñosa, pasa sin atender los homenajes de los que pretenden serle súbditos y sin plantar sus palacios en ningún pueblo.

En cambio, la tosca caja de labor, terciada sobre el cuerpecito del niño, delicadamente rubio, trocábase á su vez en inusitado y originalísimo juguete. Que sin duda, él no se daba cuenta ni razón de toda la misteriosa poesía que encerraban aquellas cuatro claveteadas tablas!

No comprendía las angustias y privaciones que significaban, ni el mundo de miseria de donde venían. «¡Alustra marchante!» ¡Tomaba á juguete la gran ley de la vida: el trabajo!

A más de ser niño, no sabía nada de sufrimientos y pobrezas. Qué estraño que él.... ¡cuando aun siendo hombres, los más de los grandes de la tierra no creen en la miseria y toman por bagatela el dolor ajeno! Por eso los pobres tienen una ventaja intelectual sobre los ricos: pueden imaginar su existencia y sus tesoros, mientras que los ricos no descienden jamás ni aun con la mente, al fondo de la vida, á no ser que la mano de la Providencia los empuje.

Poco dura la dicha. Al ruido y algazara que levantaba el grupo, que se habia ido aumentando considerablemente poco á poco, vino, y se presentó como siniestro turba-fiestas, un vigilante, que ordenó la inmediata disolución del risueño enjambre.

Sentí un ímpetu de cólera. Pero ¿qué podía exigir de aquel rudo guardian del órden público, cuando tal vez muchos de mis lectores hallen nimios mi cuadro y mi interés?

Pesaroso entregó el napolitano su balero, tercióse de nuevo el incómodo fardo de su caja y mientras que los otros dispersábanse hácia un lado, él, por órden del vigilante, emprendió marcha por otro, volviendo de cuando en cuando la cabeza y envolviendo al tropel que se alejaba en dulce mirada de tristeza y enviando sin duda, al balero, perdido para siempre, un suspiro de anhelo y de cariño!

Toméle la delantera, y le aguardé en la esquina.

«Alustra marchante! ¡alustra!» suplicóme al llegar. Qué diferencia entre su modo de decir y el de aquel niño de la blusa azul que diría sin duda á su madre con aire de triunfo: mamá, he trabajado! El sí, que poseía la inflexión del ruego, y estaba lejos de la voz alegre y vibrante del niño del balero!

No tenía necesidad, pero consentí en lustrarme. Coloqué el pié sobre su cajón, sacó los cepillos, y la caja de betún; abrióla, y se inmutó. «*¡Non ce n'è più!*» y se le aguaron los ojos, no había nada en la caja. La dicha había pasado, y la realidad se presentaba.

—«No importa,» le dije, y saqué unos cobres que le dí, para que al menos pudiera autorizar la desaparición del betun, sobre todo, para que esa noche sin reprimendas ni golpes se acostara.

Tal vez soñaría con el balero, con los niños de la plaza, tal vez se viera rico, rico, como ellos y tal vez....

¡Tal vez mañana su sueño fuera cierto! Los brazos de los rudos trabajadores tienen el poder de dar vuelta la rueda de la fortuna.

Rafael Fragueiro.

EN EL PESEBRE

Para ellos, sólo para ellos, no había alojamiento en las casas y mesones de Belem.

Y allá iban mendigando albergue, ella, María, el lirio de Judá, la Vírgen de las Vírgenes, la Obra Maestra de Dios, y José, el Patriarca, electo para representar al Padre en la tierra, José, que debía ser en el mundo la sombra del Señor.

Y el viento invernal zumba y azota, y cae la nieve blanca y gélida, más blanca que plumazones de ánades y fría como la muerte.

Pero en vano la tiniebla y el frío y el egoismo y la muerte les rodeaban.

En el seno de María iba el que es el Amor y el Camino y la Vida.

Y guiados por Él, llegaron á un sitio agreste y solitario de las afueras del pueblo.

Y hallaron un desmantelado establo, donde un buey y una mula guarecíanse de la intemperie.

Y allí, en aquella mísera guarida, iba á pasar la noche la Reina de los Cielos, y bajarían los príncipes del Paraiso á adorar á su Dios, Jesús.

Emanuel, el Mesías de la Palabra de Dios y de su éco en los profetas tenía por trono un pesebre y había elegido para mecer su cuna la mano de nieve del invierno.

María y José adorábanle y se oían las voces de los ángeles esparciendo el Hosanna y la Paz en el Cielo y la Tierra.

La persona de Dios, revestida con nuestra carne, sintió frío y lloró: y aquellas lágrimas primeras de Dios sobre la tierra comenzaron la obra de la Purificación.

Y el buey se acercó al Niño y le confortó con su hálito salubre y tibio, y Jesús sonrió y abrió los brazos.

Y los brazos de Jesús abiertos por vez primera en el pesebre, fueron un llamado á la Cruz.

La Cruz obedecerá como el Hijo obedece al Padre: de esta obediencia del Hijo brotará la vida. La vida nace de la obediencia: si los átomos no obedecieran la Ley que Dios les ha impuesto, el universo volvería á la nada, á la muerte.

Porque los hombres no obedecen la Ley del Señor, el mundo se ha trocado en caos y las almas mueren.

¿Por qué no recibieron á María y á José en los albergues de Belem?

Porque María y José representaban la Pobreza.

¿Por qué no reciben á Jesús los corazones de los hombres? Porque Jesús quiere la Pobreza.

Y la Pobreza es la Reina de la tierra.

Ella exalta la Santidad, fecundiza el Genio y prueba al corazón.

Pero los hombres la desprecian: el desprecio es el lujo del Infierno: la maldad fría.

Más en vano el mundo rechaza á Jesús: á su Pesebre descenderán los Tronos y las Dominaciones, bajarán los astros y acudirán los Reyes á postrarse.

Pero antes que los reyes llegarán los Pobres, los pastores.

En su pesebre brillará el oro de la Caridad y arderá el incienso de la adoración y resonarán los cánticos angélicos.

Y la Mirra de la amargura será también uno de los grandes homenajes que el hombre podrá ofrecer á su Dios.

Este es uno de los mayores títulos de la humana vida: será áspera y dura; pero el hombre la oblará á Jesús y Jesús se la cambiará por la Ventura Eterna.

Ah! es que Dios ha dado más valor á una lágrimas que á todos los diamantes de la tierra y que á todas las magnificencias de los astros.

Con todos los diamantes de la tierra, y con todas las magnificencias de los astros,—si pudiera tenerlos en su poder—no podrá el hombre comprar un instante de vida de los que Dios le tiene marcados; con una sola lágrima

de dolor contrito, puede el más abyecto moribundo comprar la Eternidad!

Señor Jesús, mi Dios, hoy que el hombre es siempre para tí el mesonero de Belem, que te niega un rinconcillo en su corazón, yo, el último de todos vengo en pos de tus ángeles, de los Magos y de los zagales de Belem, y me acerco á tu Divino Pesebre para ofrecerte la mísera morada de mi alma.

Es pobre, lo vez, pero tú que aceptaste el Establo la aceptarás también: que ella sea perpétuo albergue tuyo y de María—el Lirio de los Cielos—y de José—tu Báculo, Señor.

Níño Divino, óyeme, y que mi plegaria humilde y amorosa llegue á tu corazón aterido por el invierno del amor humano, cálida y dulce como el hálito del buey!

R. FRAGUEIRO.

LA BATALLA DE LAS PIEDRAS

(Capitulo de la «Historia del Uruguay»)

Toda la fuerza del caudillo oriental (Artigas) consistia en 700 soldados y dos piezas de artillería, cuando acampó, el 12 de Mayo, á la altura de Canelones.

Los españoles defendían las Piedras, pueblo de escasá importancia, sitiado á 4 leguas de Montevideo y rodeado de un panorama hermoso, con su claro arroyo hacia el monte.

Allí estaba el capitán de fragata don José Posadas, militar español, á quien obedecían 1230 soldados.

El mismo día de su llegada á Canelones despachó Artigas á sus *bomberos*, con el fin de que observaran las fuerzas enemigas y esploraran todos los secretos que un general sagaz consulta ántes de atacar á un enemigo desconocido.

Con fuerzas tan inferiores no se resuelve el caudillo nacional á jugar la suerte de su causa y pide á su herma-

no don Manuel Francisco Artigas, se le incorpore seguido de 300 ginetes que tenía á su mando.

Saben los españoles ó presumen la intención del caudillo y se disponen á impedir la reunion de don Manuel Francisco qué ya venía á marchas forzadas, desde Maldonado. Más sucedió que una espesa lluvia les impidió maniobrar tan pronto como desearan, para gloria de los independientes.

La lluvia que había empezado el día 12 por la noche duró hasta las diez de la mañana del día 16. Los campos se habían puesto blandos y fangosos, los caminos intransitables; la acción era por lo tanto imposible.

Los soldados patriotas habían sufrido con alegre constancia las inclemencias del frio.

Pequeños fogones combatidos del viento, eran la sola lumbre y el calor que por la noche tenían.

Un mal churrasco, asado en la brasa, formaba su alimento.

Apenas cesada la lluvia, el 16, Posadas destaca una fuerte columna que llega hasta el Sauce y es sentida y evitada por don Manuel Francisco.

Avisado el caudillo oriental de lo que pasa celebra una breve junta de guerra por la que se resuelve cortar al enemigo.

Al declinar el día se mueve una parte de la fuerza acampada en Canelones, que emprende marcha al Sauce, haciendo alto ya muy entrada la noche.

Felizmente el 17 amanece lluvioso para don Manuel Francisco que logra incorporarse á su hermano; en desa-

gravio de la burla los españoles saquean la estancia del Sauce, del casi centenario padre de los Artigas. Levantan todo el ganado y vuelven con él á las Piedras.

Se estaba en los momentos preliminares de una batalla. Los patriotas solo tenían 36 escopetas y 2 pequeños cañones. Lo demás era arma blanca. Mandaba la parodia de artillería don Eusebio Valdenegro, intrépido soldado, gran tocador de guitarra é improvisador de versos patrióticos que el ejército se sabía de memoria.

El 18 de Mayo, de 1811 apareció en el Uruguay despejado y hermoso. Era un día claro, sereno, de mucha luz y lejanías azules.

A las 9 de la mañana supo Artigas un movimiento avanzante del enemigo. Mueve el también su campo, compuesto de 600 ginetes y 400 de infantería y al poco tiempo se inicia el fuego de guerrillas.

Es la primera vez que la pátria descarga sus armas contra los apresores tan cerca de Montevideo. El enemigo ocupa su línea en una posición ventajosa. Es preciso arrancarle de ese terreno y llevarle á otro. El hábil caudillo criollo ordena á don Antonio Perez, que al frente de sus hombres haga una evolución estratégica.

El enemigo sin comprenderla, con la ansia de batirse, pierde el terreno propicio y se presenta á luchar en campo abierto.

Artigas celebra nueva junta de guerra. En ella se resuelve el ataque.

El libertador, esbelto, noble, lleno de bríos, proclama á los suyos en una arenga ardorosa y de todos los labios

se levanta un ¡viva la Patria! y se jura morir por ella en la pelea.

El plan de acción es rápido como un meteoro, exacto, inspirado. El ala izquierda la manda el poeta Valdenegro. Manuel Francisco Artigas, jefe de la derecha, recibe el encargo de cortar la retirada á los españoles.

Se necesita conocer el terreno para apreciar lo que significa utilizar las posiciones. El suelo es pedregoso en las cercanías de las Piedras, con capas de arcilla esparcidas á flor de tierra y cercos de pita, tras de los cuales se podría parapetar un ejército.

Los enemigos se buscan. La batalla empieza bajo el hermoso sol de aquel día, testigo augusto de la estruendosa pelea. Los españoles quieren apelar al ardid. Los patriotas echan pié á tierra y el español simula una retirada al ver los ginetes desmontados.

«A caballo y carguen!» es entónces la órden del jefe oriental, á la que responden los ginetes con un ataque brioso, incontenible, al enemigo que flaquea. Los cañones son apagados á ponchazos; los infantes diezmados; las filas retroceden llevadas á golpe de lanza por los independientes.... de lanzas formadas con cañas de tacuara y hojas de puñal.

El enemigo reconsidera el error cometido y trata de recobrar su posición abandonada en una loma agreste, de que los patriotas les desalojan quitándoles un cañón y un carro de municiones.

Tratan entonces los españoles, perdida la esperanza de ganar la acción en campo abierto, de replegarse á la

villa, sostenidos por sus bocas de fuego; más en esta retirada el hermano del Libertador los flanquea y encierra en un verdadero círculo de hierro.

Se inició un segundo combate; más tenáz que el primero. Los briosos criollos cargan otra vez hasta confundirse en un entrevero sangriento, al que dan por una parte el honor de la lucha y el amor á la patria y por la otra el amor al rey y la tradición guerrera, el colorido casi fantástico de las más encarnizadas peleas. Este segundo choque es largo y reñido; pero al fin de él, viendo Posadas la dispersión de los suyos, levanta bandera de parlamento para que cese el ataque.

Artigas tiene en este momento que imponer su autoridad para que la caballería no acabe con los fugitivos. Clemencia para los vencidos, grita el bravo guerrero y puede apreciar en aquellos momentos, según sus propias palabras, «la generosidad que distingue á la gente americana». Un sacerdote vá á recojer la espada del guerrero vencido. Es un rasgo de hidalguía de Artigas, que rinde ese honor al valeroso castellano.

Rato después, enviado por Artigas, Valdenegro se dirige á las Piedras, á rendir la gran guardia, allí asilada. La guardia no quiere entregar sus armas. Valdenegro la amenaza con hacerla volar de la iglesia en que estaba, y en cuyo pórtico coloca dos cuñetes de pólvora y se pone á blandir una tea.

El argumento es ingenioso. Ante su fuerza la gran guardia entra por los términos suaves y se rinde á discreción.

En esta acción la más sonada de aquellos dias y la de mas influencia moral, puesto que acreditaba el denuedo de los bisoños héroes, pierden los españoles 158 hombres entre muertos y heridos, cayendo cerca de 500 prisioneros. Entre ellos 23 oficiales.

La acción empezó á las 11 del día y se dió por terminada en el instante de ponerse el sol, 5 y 5 p. m., cuando venía en marcha de Montevideo, una columna de 500 hombres, á socorrer á Posadas. Este jefe y muchos otros fueron remitidos á Buenos Aires á disposicion de la autoridad superior. Algunos soldados de los rendidos, pasaron por su propia voluntad á formar parte de las fuerzas de Artigas.

Cañones, fusiles, caballos, todo quedó en poder de los patriotas entre quienes figuraba Fructuoso Rivera que en la batalla fué ascendido á capitán.

Ni una sola gota de sangre manchó las manos del Libertador después de la pelea.

VICTOR ARREGUINE.

LAS SOBRINAS DE FRAY DIEGO

Afines de 1800, después de un inacabable viaje de cuatro meses, vino al Plata huyendo de su pésima estrella Fray Diego Hermosilla, virtuoso viejo nacido en un terruño de España y de suyo tan inclinado á obrar caridad que no eran de extrañar el verdor de su hábito y la flacura de su bolsa.

Eran por entonces sencillas las costumbres de los pueblos de la Corona, y vanidad de vanidades hubiese parecido que una dama hiciera ostentación de joyeles y mucho más de su gentil apostura. De modo que cuanto menos se ataviaban las seductoras herederas de Eva por tanto más virtuosas se las consideraba. A pesar de ello menester es confesar que la femenina turba no despreciaba ocasión de realzar sus naturales hechizos con artificiales composturas, redes eternas para nosotros los hombres que tras la verde cinta flotante de un sombrerito de paja echamos á vagar la imaginación cuando no el alma.

A las ocho de la noche quedaban desiertas las calles

de Montevideo y las buenas viejas recogidas en sus oratorios presidían el rezo de sus nietecillos y de la negra servidumbre.

Tres sobrinas había dejado á Fray Diego una su difunta hermana, y todas tres de descollante hermosura. María la de quince años, unía á los más divinos ojos de su tiempo el desdén más olímpico por sus adoradores; Francisca, la del medio, era de tan piadoso carácter que por santa la ponderaba su tío; Inés, la menor y la más graciosa con el frescor de sus doce no cumplidos años y la alegría de su irreflexiva naturaleza endemoniaba la casa.

Poquito á poco, enorme anciano buey de cortos pasos, anduvo el tiempo su trillado sendero, y con este andar incesante llegó 1808 y pudo ver como Elío, gobernador de Montevideo desconocía al virrey de Buenos Aires, y como los *godos* proclamaban fidelidad á su lejano monarca.

Las tres sobrinas de Fray Diego se habían desarrollado mucho en físicos encantos y gracejo de espíritu por lo cual, tal vez, lenguas murmuradoras se ocupaban de ellas más de lo necesario, sosteniendo que andaban en picos pardos con otros tantos apuestos donceles criollos, no muy bien quistos de Fray Diego, pues siendo él de médula realista no gustaba de tales futuros parientes, prefiriendo que hombres de su raza y si posible fuera de su pueblo, acariciaran aquellas tres magníficas y albísimas flores de su huerto.

Con el seguir del tiempo los instintos nativos fueron despertando en el país de modo tal que en 1811 ardía la guerra en toda la Banda Oriental, y en un día de Mayo Artigas destemplaba las armas de Castilla en la famosa acción de las Piedras y poco después el gaucho Culta hacía flamear la libre bandera de la patria en la misma cresta del Cerrito, poniendo sitio á la plaza con no escasa zozobra de las sobrinas de Fray Diego, que habían visto á sus novios salir á tomar campo en las filas de los independientes, más no sin antes jurarles que volverían victoriosos á consagrar ante Dios y los hombres aquel amor que ellas les inspiraban.

Así pasaron los abrumadores meses sin dar la plaza muestra de desmayo, ni mostrar intento de retirarse los sitiadores. Un buque venido de Lima entusiasmaba á los *godos;* un regimiento de refuerzo acendraba la audacia del bando patriota.

Llegó por fin 1814 y mientras Brown se las entendía por mar con el desdichado Romarate, Alvear se las entendía con Vigodet haciéndole entregar la plaza.

Fué una tarde de invierno aquella en que Alvear entró á la ciudad. Tristes estaban los rostros, sombrías las casas, las calles silenciosas. Bien se veía que entraba en tierra conquistada.

Sin embargo, rompiendo la helada monotonía, en la calle del Portón veíase una casa engalanada como en día de gran fiesta. Pasó el ejército con su alegre aire de victoria y de los balcones, manos femeninas arrojaron puñados de flores, manos de jovenes que lucían sobre la opu-

lenta, negra y sedosa cabellera los vivos y resplandecientes colores de la patria.

Eran ellas las tres sobrinas de Fray Diego que á fuerza de maña habían conseguido catequizarle, hacerle embanderar la casa en el día triunfal de los independientes y hasta convertirlo en tan hombre de la tierra como el primero de los rebeldes artiguistas.

No mucho después el mismo Fray Diego bendecía la unión de sus sobrinas con sus amadores criollos que es fama fueron durante toda su vida, modelo de esposos y espejo de caballeros.

VICTOR ARREGUINE.

VIDA LOCA

Fermin había sido siempre de carácter raro. Se le veía en silencio vagar largas horas por el campo, solo y sin objeto, de día ó de noche, lo mismo á pié que á caballo. Si lo detenía alguien para preguntarle qué hacía, lo miraba sorprendido como si despertara de repente sin haber oído, y después de repetírsele la pregunta, contestaba invariablemente:

—Nada; tomo el fresquito.

Y á veces hacía un sol que achicharraba.

Una tarde de un día de esquila, varios peones dormían la siesta debajo de un galpón, y entre ellos estaba Fermín, tendido sobre una carona, recibiendo todo el sol que le caía á plomo, haciéndolo sudar á mares como si lo derritiera. En frente del galpón estaba la casa: un rancho inclinado que parecía quererse echar á la sombra de los álamos, cuyas ramas se doblaban agobiadas por el calor, y un poco más allá, se veía el ancho y bajo corral lleno de ovejas, que, ansiosas de sombra, se apiñaban en grupos jadeantes y embrutecidas.

Temprano había empezado la tarea. Las ovejas agarradas y maneadas en el corral, eran llevadas al galpón y colocadas sobre cueros tendidos expresamente; y allí los paisanos, casi todos trayendo chiripá de merino ó arpillera, inclinados sobre el animal, en cuclillas unos y otros arrodillados, manejaban hábilmente la tijera de esquilar, quitando el vellón, que entero y limpio otros ataban con un hilo.

Eran quince los que trabajaban, y sólo bromas livianas y el resoplido de cansancio que lanzaban los animales por las móviles narices de su apretado hocico, resaltaban sobre el áspero é incesante chirriar de las tijeras. De cuando en cuando alguien concluía, y una oveja era soltada, saliendo del galpon á tropezones, entumida por las ligaduras, extrañada de ver á sus compañeras tan feas y de sentirse desnuda, sin el vestido que hacía un año no mudaba.

Mientras tanto, Fermín seguía durmiendo. De pronto despertó, y se sentó sobre el recado afirmando las dos manos en el suelo. Estaba pálido, parado el lacio y cerdoso pelo, y con una expresión de terror en sus pardos ojos, brillantes y saltados, como si la fermentación de su cerebro los empujara.

Las tijeras dejaron de chirriar y todos lo miraron. Entonces Fermín se puso en pié, con el cuerpo echado hacia adelante, los brazos entreabiertos y en tensión, los puños crispados y temblando todo. En seguida atropella al grupo, con fuerza incalculable toma en los brazos á uno, lo aplasta contra el suelo, y le aprieta el cuello como queriéndolo estrangular.

Es preciso el esfuerzo de tres hombres para sujetarlo y mientras el contuso se alza medio ahogado y uno del grupo grita: «sujeten bien á ese mamao!», él sigue forcejeando, nervioso y terrible, mostrando que en un momento su mansa manía se había transformado en locura furiosa.

Al otro día el comisario se hizo cargo de él para llevarlo al pueblo. Ya entonces estaba más tranquilo, se reía á carcajadas sin motivo, miraba á sus amigos sin conocerlos, y á todos les ofrecía vacas y caballos por cigarros que mascaba en vez de fumar.

El día de la marcha, se dejó sin resistencia atar los pies por debajo de la barriga del caballo, y, escoltado por la policía, marchó siempre riendo ruidosamente, dejando sin sentimiento el campo, las casas y los montes que lo habían acompañado toda la vida. Cuando llegó al pueblo mostró la misma indiferencia: parecía no ver nada.

Lo llevaron al cuartel, donde estaba lo que llamaban impropiamente cárcel.

El cuartel lo formaban dos cuadras largas y paralelas en que vivían los soldados; un cerco muy alto separaba la mitad del fondo de un terreno baldío y la otra mitad la limitaba el calabozo: una pieza obscura con un patio al frente, al que cerraba una reja de hierro enclavada sobre una pared baja; en lado opuesto el cuerpo de guardia que protegía la entrada, á cuya derecha se veía el pequeño cuarto de la mayoría.

En el conjunto y mirado de fuera, era un edificio grande y viejo, que con descaro mostraba sus paredes hendidas y sus revoques deshechos, como pordiosero acostumbrado desde tiempo á sus andrajos. En los ladrillos desnudos y gastados, en las puertas y ventanas desvencijadas, en todo él, se leía ese triste convencimiento del que siente que se arruina sin remedio; y el portón, que era lo más alto, con sus robustos pilares vencidos, parecía la gran cabeza del cuartel, inclinándose con resignado cansancio.

Ese día, como en todos, se notaba dentro de él, el aspecto y actividad propios de los cuarteles. Dos soldados hacían fagina barriendo con escobas de chilca el espacioso patio; otros, sentados en las puertas de las cuadras, limpiaban con perezoso cuidado sus armas, que debían apronctar para la próxima revista. En el fondo del patio, un cabo armado de una vara enseñaba á tres reclutas á marcar el paso, al son del incesante: «uno, dos; dos, dos», que pronunciaba con aburrido esfuerzo, sin interrumpirlo ni para dar los frecuentes varazos. En las cuadras, muy limpias y vigiladas por una imaginaria, brillaban sobre caballetes los largos fusiles, caladas las bayonetas, lucientes y puntiagudas. Sobre las tarimas había ponchos arrollados mostrando su roja bayeta; otros, tendidos, servían de cama á los soldados que descasaban de la guardia anterior, acostados, sentados y echados en distintas posturas, haciendo cigarros los unos, y otros tomando mate en la *galleta* lustrosa y con la característica bombilla de lata, vieja y cortada.

En la mayoría, el oficial de guardia leía la táctica, mientras el capitán se hacía afeitar por un asistente. Los presos, algunos se mostraban en la reja, recostándose aburridos, y otros se paseaban en su estrecho patio con las manos atrás, silbando ó fumando.

Cuando entró la comitiva qus traía á Fermín, muy poco se modificó el aspecto del cuartel: nadie se movió, acostumbrados como estaban á aquellas entradas. Sin embargo, cuando el oficial de guardia dijo que se trataba de un loco, hubo un poco de agitación, un momento de curiosidad; después, como si tal cosa.

Fermín, dentro del calabozo, estuvo tan á gusto desde el primer momento como si fuera su casa. Hablaba á todos con gran confianza y les pedía cigarros, que era una de sus manías. En cambio ofrecía siempre caballos y novillos, y hablaba á gritos de los innumerables animales de su hacienda imaginaria.

Y allí vivía gritando, siempre contento, conversando familiarmente con los militares y dirigiéndoles la palabra á los centinelas, á quienes llamaba «hermanos».

Las evoluciones y los ejercicios de la compañía, lo entusiasmaban. Marcaba el paso como ellos, gritaba hasta desgañitarse en las alegres dianas y se excitaba principalmente con las formaciones, que él llamaba «paradas de rodeo».

Una noche, tiempo andando, Fermín dormía como de costumbre en la tarima, junto con los demás presos. El cuartel estaba en silencio. En las cuadras, alumbradas por una lámpara que quebraba su luz en las bayonetas de

los fusiles, todos dormían, menos la imaginaria que caminaba perezosamente. En el cuerpo de guardia, varios soldados rodeaban en grupo el fogón, otros se sentaban en los bancos del frente bien iluminado, donde paseaba el centinela, que se eclipsaba á ratos al pasar por la sombra alargada de la garita. Desde el patio sólo se veían el oficial de guardia leyendo en la mayoría, y un farol grande que parecía un ojo vigilante del cuartel, desparramando su soñolienta mirada sobre el calabozo, y á cuya luz otro centinela paseaba también con aire distraído. No se oía otro ruido que el susodicho de la guardia y esas palmadas con que á intervalos regulares los centinelas se preguntan si están alertas.

De repente Fermín despertó, como le sucedía con mucha frecuencia; mas si había de quedarse con los ojos muy abiertos pero indiferentes, medio se recostó en la tarima, empezó á observar el techo y las negras paredes á la escasa luz que penetraba por la única puerta del calabozo, que siempre quedaba abierta. Por primera vez, desde que estaba allí, hacía aquello, como si un vestigio de lucidez hubiera alumbrado su mente, como si hubiera amainado un instante el viento que se agitaba dentro de su cráneo, arrebatando su pensamiento.

Después, en obscura asociación, empezó á concebir girones de ideas que le evocaron recuerdos turbios y lejanos. Pensó vagamente en su vivienda, que comprendía no era aquella, en sus animales, en sus cuchillas queridas y se le despertaron anhelos de reanudar sus solitarios paseos.

Se levantó de la tarima brusco y asustado; pero una vez en pie se tranquilizó en seguida y se dirijió hacia la puerta con el paso calmoso y la actitud silenciosa que en otros tiempos le eran preculiares.

Salió al patio, y al primer paso que dió en él, el centinela le mandó hacer alto. Como no fuese atendido, le gritó con mucha más fuerza á la vez que martillaba su fusil.

Esta vez Fermín oyó. Se estremeció sorprendido, se le embravecieron los ojos y el huracán de su locura se desencadenó con más fuerza que nunca dentro de su cabeza, como si quisiese volarle el cráneo. Fijó la mirada incierta en el centinela, y amenazador, con los puños crispados, se precipitó hacia él en un salto de fiera.

Pero éste disparó su fusil, y la bala, arrastrada por una impulsión vertiginosa, le fué al encuentro para detenerlo en su arranque loco, abrasándole el pecho y tumbándolo de espaldas en el suelo. Esto fué tan rápido, que el golpe seco de su caída, levantándose entre un grito de rabia, fué el eco pesado y lúgubre de la detonación que se produjo.

Aún no había tocado el suelo, cuando Fermín, revolviéndose con el esfuerzo rápido de la fiera herida, se levantó abalanzándose, ciego, hacia el centinela que preparaba su fusil de nuevo, gritando por el cabo; pero se estrelló contra la reja sin conseguir abrirse paso. Allí, rabioso, forcejeando hasta desgarrarse las carnes por querer pasar su espantosa cabeza por entre el espacio de dos barrotes, tomó entre sus puños otros dos, zamarreándolos

con vigor centuplicado, capaz de arrancarlos, moviendo la reja toda, que crujió en un largo quejido, como si sintiese destroncarse sus miembros metálicos.

En aquel esfuerzo de un segundo, esfuerzo sobrehumano, monstruoso, pareció gastar las energías todas de su vida, pues cerró los ojos entre temblores violentos y resuellos rápidos, entrecortados y difíciles. Después volvió á abrirlos, húmedos y tristes, iluminados por la luz de la razón, ausente en ellos desde antes que por primera vez los hiriera las del día; y envolviendo el centinela en una mirada de angustia, llena de una amarga expresión que nunca sus miradas habían tenido, le dijo con una voz quejumbrosa, débil, que parecía abrirse paso apenas al través de una espuma sanguinolenta que ya le llenaba la boca:— «¡que bárbaro, hermano.... me lastimaste!.... »

Sus brazos se aflojaron, su cabeza pegó en el pretil de la reja, produciendo un ruido mate, y rodó por el suelo, silenciosamente, para no levantarse nunca más.

La detonación, el grito y el ruido, pusieron en movimiento en un instante á todo el cuartel. El oficial salió al patio, la guardia corrió á sus armas, la soldadesca, despertada con sobresalto, se levantaba y corría, saliendo en confusión, desatinada, sin saber de lo que se trataba ni á dónde dirijirse, y los presos, fuera de su calabozo, se aglomeraban al rededor del pobre loco cuyo cuerpo ensangrentado alumbraba la luz del farol. Órdenes, gritos, ruidos de armas, carreras por las cuadras, pisoteos

en las tarimas, se oían á la vez, confundidos, produciendo un rumor sordo, que sonaba como un amplio murmullo malhumorado y enorme, creciente más y más.

Pronto se supo el origen de aquella baraúnda, que fué disminuyendo poco á poco. Se relevó el centinela, levantóse el cadáver y se mandó que todos volvieran á sus puestos.

Empezaron á acallar los rumores; las corridas por las cuadras y pisoteos por las tarimas se hicieron menos frecuentes; se oyeron los últimos ruidos de armas, los últimos comentarios, y un cuarto de hora más tarde todo estaba enquiciado y tranquilo. El frío egoísmo convidaba al descanso y el viejo cuartel volvió á sumirse en su letargo de la media noche, sólo interrumpido por los cuchicheos de la guardia y por las palmadas, con que, á ratos, los centinelas anunciaban estar alertas.

Domingo Arena.

(1892).

LA DOMA

(Fragmento)

Después de encerrar la tropilla en la manguera. Floro se apeó, descolgó el lazo que traia atado á los tientos y después de armarlo y revolearlo un momento haciendo correr así á los caballos en el ancho círculo, lo arrojó, y silbando fué á enroscarse en el puescuezo de un bagual que al sentir por primera vez aquello que le castigaba las carnes hasta quemárselas, relinchó lleno de miedo y con la cola levantada buscó á la carrera la salida.

Floro corrió algunos pasos detrás de él, con los brazos estirados sin soltar el lazo; después, por una contracción violenta los encojió, apoyó los puños en la cadera y echado para atrás resbaló un momento arrastrado por el malacara, hasta que, sujeto, éste se quedó clavado sobre sus patas mirándolo con ojos extraviados, tal vez preguntándose como aquel hombrecito podía dominar su salvaje vigor.

En seguida el compañero de Floro volteó al animal

maneándolo. En el suelo, entre los dos lo embozalaron, le ataron fuertemente las riendas á la boca, y después de ensillado, levantado y sacado fuera, mientras lo sujetaban fuertemente tapándole á la vez un ojo con la oreja, Floro lo montó de un salto.

El potro desde que lo hicieron levantar, atontado con tantas maniobras, no hacía más que arrollarse y bufar. Cuando sintió el peso de aquel hombre, al sentársele en el lomo, se arrolló más, dió un salto, y empinándose sobre las manos largó una formidable coz creyendo de seguro deshacerse así de aquella molestia, y como lejos de conseguirlo sintiera enseguida en los flancos los mordiscones de las espuelas y los golpes del rebenque, sacudió la cabeza entre las manos y arrollado siempre, empezó á corcobear al compás de los azotes de Floro, que firme en los estribos, ageno al peligro, sonreía tranquilo haciendo gala del incansable poder de su brazo.

Y así, sin avanzar, retrocediendo á veces y corcobeando en círculo y de una manera frenética, estuvo mucho rato. Al fin la terquedad de la bestia fué vencida por la voluntad mañosa del hombre, y entonces, el animal, loco de dolor, con los ojos inyectados de sangre y la desgarrada boca llena de espuma sanguinolenta, levantó la cabeza y al ver que corría delante de él el caballo que lo apadrinaba, se lanzó sin tino en una carrera vertiginosa, hostigado siempre por el rebenque y las espuelas.

Una hora después los dos jinetes volvían, Floro detrás en el bagual á quien seguía castigando y tironeando con fuerza de las riendas. Cuando llegaron cerca de la casa,

lo desensillaron y atado á un fuerte cabestro, vencido, cubierto de sudor y con las carnes palpitantes el pobre animal iba á pasar su primera noche de esclavitud junto al palenque, soñando tal vez con su querida libertad que tan injustamente le arrebataban.

DOMINGO ARENA.

PAISAJE DE SIERRA

(Fragmento)

Ya desde allí se veía la sierra cortando el horizonte casi de Norte á Sur, como una muralla cenicienta de líneas sinuosas que se extendían más allá de lo que alcanzaba la vista.

Un camino vecinal llevaba hasta ella, atravesando al principio un terreno bajo de tierra negra, que reblandecida con las lluvias, transformábase en extenso bañado, conservando al endurecerse, entre su pasto grueso que crecía en matas aisladas, la huella de cuanto animal ó vehículo lo atravesaba.

Más adelante se levantaban pequeñas lomas que á poco andar se volvían cuchillas al mismo tiempo que el pasto se afinaba y se extendía corto y tupido como un tapiz; hasta que, quebrándose más y más el terreno, y haciéndose muy pedregoso, se llegaba á los cerros, más numerosos á medida que se avanzaba.

Finalmente se enfrentaba á un paredon alto y contí-

nuo que se ensanchaba en aquel lugar en forma de semicírculo. Presentábase inaccesible por todas partes y con su verde superficie llena de arrugas y protuberancias, salpicado á ratos de arbustos alimentados por pequeños manantiales; de rocas salientes que parecían desplomarse sobre el que las miraba, y de animales que en algunos puntos á donde se podía llegar pastaban tranquilamente, mirando á veces con curiosidad á sus compañeros del bajo como sorprendidos de verlos desde allí tan chiquitos.

Para subir aquello que interceptaba el paso se necesitaba una escalera enorme proporcionada á la enormidad del obstáculo, y eso había hecho la naturaleza construyendo una con la ruda magnificencia de quien todos los materiales y las fuerzas todas tiene á su alcance.

La formaba un girón del muro semejando uno de los tantos cerros que por allí andaban y que por el esfuerzo de un Hércules nacional sin leyenda hubiese sido echado hácia atrás y aplastado y soldado á la gran muralla; haciendo más verosímil la comparación los zanjones que rodeaban la base como si la tierra se hubiese desgarrado al empuje, y el monte que crecía á los lados—á guisa del callo de cicatrización que se forma al juntarse los labios de una herida,—por donde subía el camino costeando los árboles y encaramándose poco á poco hasta la cima.

Y en aquel pequeño bosque encajonado en una garganta donde abundaban pitangueros, talas y espinillos que en verano lo llenaban de sus coloreados frutos y del perfume de sus flores, fijaba su residencia toda una colonia de los hijos de nuestras pequeñas selvas.

Se veían allí hermosas y extrañas mariposas acariciándose al volar con sus grandísimas alas, y moviéndose con tanta lentitud que parecían hojas muy ténues columpiándose en el aire; picaflores sin parar un momento buscando con sus largos y delgados picos el néctar en el fondo de las flores; carpinteros, cuervos y entre otros pájaros de distintas clases, descollando en las copas de los árboles, algunos loros, los tontos de la familia alada, que como los tontos de todas partes, envanecidos con el colorido de sus vestiduras, no hacían más que gritar, llenando el aire con su insulsa cháchara; mosquitos que volaban en montones formando copos, y moviéndose de una manera ordenada, disciplinada, como un batallón al son de su música de zumbidos; y por el suelo algun apereá jugueteando entre los troncos que al menor ruido corría atropelladamente para la cueva; y todos aquellos seres se movían más, chillaban más cuando algun viajero atravesaba su vivienda y hasta las ramas parecía que aguzaban más sus espinas para clavarlas en las ropas del intruso y desgarrárselas.

Cuando saliendo del monte se llegaba á lo más alto se dominaba desde allí un panorama incomparable.

Hácia el Este, y del lado de donde venía el camino, se veía un caos, un momento de delirio de la naturaleza traducido en moles de granito, como si la tierra hubiese querido mostrar la exuberancia de fuerzas que encierran sus entrañas, sembrando en una ancha faja de su superficie, desordenadamente, cerros de todos tamaños y figuras, cónicos los unos, achatados otros y algunos rodea-

dos en su cúspide de un círculo de matas y arbustos. Al Sur otras elevaciones cortaban por completo el horizonte; hácia el Oeste y empezando desde allí mismo las vertientes de la pequeña cuenca de una zanja la cual completamente cubierta de pajas y pastos verdes, secos, y algunos floridos, parecía una víbora enorme de muchos colores, que tendida á lo largo en el bajo, se enroscaba un momento al rededor de unos árboles é iba á hundir su chata cabeza en un arroyito, quien despues de serpentear mucho tiempo en la sierra, cansado de que sus aguas en el incesante trabajo de siglos no hubieran podido labrarse más que un mezquino lecho sobre los lomos resbaladizos de la misma, despuntó el paredón y buscó el llano, donde se le veía correr medrado y satisfecho; más al Oeste todavía, se divisaba un cerro muy grande cuya cima pedregosa brillaba como una calva enorme reflejando los rayos del sol; y más lejos, otra vez el caos, el delirio de cerros, que seguían viéndose los unos como encaramados sobre las espaldas de los otros, hasta que los últimos, los más distantes, se proyectaban en la bóveda azul como una decoración monstruosa de un escenario colosal.

DOMINGO ARENA.

LA MUERTE

I

¡Qué triste es el invierno en el campo!

Corren por las cuchillas las partidas sueltas del viento, llevando rigores de escarcha á los confines solitarios de la llanura, en donde están los ranchos tristes; buscando en las asperezas de las sierras á los pobres ganados que se reparan en estos abrigos; y llegando hasta los montes de follaje vivaz para asaltar á las avecillas ateridas.

Las hojas de los árboles han volado como bandadas de pájaros desparramándose por los surcos; dejando desnudos á los pobres ombúes que sienten en la esponjosa corteza el primer frío precursor de la muerte, á los paraisos que viven junto á las casas perfumando el aire en el verano, y á las acacias donde los horneros levantan sus casitas que apenas resisten á la intemperie.

Las ovejas con sus vellones largos y enredados sienten deslizarse por entre las lanas las puñaladas del frío que les recuerdan las punzaduras de la flechilla seca en el

verano; y los caballos, pelechando, con un aspecto de viejas focas se estremecen cada mañana y deben correr como locos por el campo, para ahuyentar el entumecimiento de los miembros.

Y las vacas, pobres vacas! las que no tienen el calorcito del establo; que deben acurrucarse en las arrugas de la tierra del rodeo al reparo de alguna piedra, ó en la costa del arroyo rodeadas de los hijos y compañeros, con quienes cambian los alientos tibios, en los que se siente olor de gramilla seca y trebol marchito.

Ah! y en los charcos y en las lagunas, en las zanjas pantanosas y en los bañados, las víboras y los sapos se mueren también de tristeza!

En el rancho erguido, los vientos tientan la resistencia de las paredes y escarban la paja del techo; en las puertas golpean todas las rachas desbandadas de los temporales.

De la cocina aplastada sale humo todo el tiempo, día y noche; y allí los peones buscan el calorcito junto al fogón y hasta los perros encojidos se deslizan rozando las paredes, á recibir el vaho caliente que sale del fuego envuelto en humo.

En la casa, la familia no pisa fuera del rancho. La madre, moza todavía, apenas si se asoma á vigilar á la peona que suele eclipsarse en la cocina; y la niña única, de seis años, traviesa y alborotada, se desespera no pudiendo poner los pies en el patio para corretear al igual de los patitos que chapalean en el barro.

Y los días largos, tristes, llenos de frío y de lluvias, se

quedan como suspendidos entre los dos horizontes sin querer ocultarse para dejar su lugar á las noches más largas, más frías y más tristes.

Desde el rancho la mujer y la niña, á la espera del padre que salía á sus faenas como en el buen tiempo, miraban aquella muerte de los campos reflejada en los pastos marchitos, en los montes deshojados y en los animales achuchados que desde lejos miraban el humo de la cocina, como envidiando en sus reconditeces de bestias aquel calor, que humeaba como sus cuerpos y sus bocas, en la atmósfera llena de humedad.

Se tenía en el cuarto todo el día una lata con brasas traidas del fogón de la cocina, y allí el agua hervía en la rechoncha pava, madre del mate, convidando á beber aquel líquido caliente que produce cosquillas deliciosas en los estómagos cuando hay mucho frío sitiando al motor del cuerpo.

Y de noche, vuelto el padre á la casa, se ponían los tres muy juntos, muy cerca, como para trasmitirse el calor, é impregnarse del amor que se siente en las aproximaciones afectuosas.

Asi el invierno asolaba la campaña, y asi se vivía esperando que la primavera espantara á ese viejo hosco y malhumorado, para sonreir hermosa durante la estación de las flores.

II

Una noche, muy tarde, cuando el sueño había vencido los estremecimientos y chuchos del frío, se oyó desde aquel rancho ladrar á los perros vigilantes y luego un ruido como el que hace un caballo al caer aplastado.

Despertaron todos en la casa; se sintió conversar en el patio y las voces llegaban al rancho entreveradas con gruñidos de los perros que rodeaban como es su costumbre al recien llegado.

Sonó un golpe en la puerta del rancho y la sirvienta con voz agitada llamó.

—«Don Nicasio! Don Nicasio! Viene Juan de «las cacas», á avisar que Doña Manuelita está muy mala.

Saltó Nicasio de la cama y su mujer Cristina ya angustiada hasta no acertar con los fósforos para encender la luz, se levantó también, mientras la chiquilina sin saber porqué, lloraba desconsoladamente en su camita.

Se aprontó el carretón en un momento porque los peones se habían levantado y parecían sentir igual emoción que sus patrones.

Y poco rato más tarde, muy abrigadas Cristina y su niña, acomodadas en el vehículo que guiaba el mozo que había traido la noticia, se pusieron en marcha en medio de la noche obscura, mientras Nicasio, emponchado, galopaba escoltando al carretón con dos peones agregados á la comitiva.

Cristina sollozaba ahora y decía que ya su madre estaba muerta, que ella lo había soñado y que la ocultaban la desgracia engañándola al decir solamente que la vieja estaba muy mala.

Nada valían las exhortaciones de Nicasio que á cada rato se acercaba á consolar á su esposa. Y en la noche triste y silenciosa, sin luna, con las estrellas pestañeando soñolientas en las tinieblas del cielo, iba quedando el llanto lastimero, que se unía al chirrido del eje de la carreta y las pisadas sonoras de los caballos que parecían en su compás monótono acompañar á un cortejo fúnebre.

Era noche todavía cuando se llegó á «las casas», que blanqueaban en la obscuridad y aparecían con muchas luces; los perros en vez de ladrar aullaron desde el rincón donde los tenían atados y salieron varias mujeres y hombres á recibir á los deudos.

Nicasio dió la mano en silencio á los que esperaban, pero Cristina sin atender á la niña que quedaba llorosa y asustada en el carretón, se echó en brazos de la primer parienta que encontró al paso; y no hubo más.... como si tácitamente convinieran todos en que la desgracia que se cernía sobre las casas era tan irremediable, cual lo había sido cuando la muerte se llevó al padre de la familia, al viejo don Justo, que todavía á los once años de su muerte, era llorado por toda la familia y todo el pago.

III

La casa grande, de material, como madre de tantas estancias pequeñas, acampadas en aquellas lomas y asperezas, donde abundaban los ganados, era una casa altiva con un mirador alto rodeado de baranda, y toda la construcción sobresaliendo de la masa de árboles que circundaba los edificios.

Adentro, en las piezas grandes, había mucho movimiento; y se notaba un contínuo vaivén de sirvientas que corrían de la cocina á la casa principal, en silencio, evitando hasta el roce de los vestidos en las puertas.

En el cuarto principal, donde el lecho matrimonial de caoba, la antigua *cuja*, cuna de tres generaciones, llenaba la mitad con su anchura, estaba la enferma. Allí se veía una de esas grandes cómodas capaces de encerrar los ajuares de veinte novias, cubierto su mármol de floreros con penachos de paja brava, y por efecto de la circunstancia de frascos de remedios, vasos y tazas, todo revuelto. En un rincón, la percha de pié se doblegaba bajo el peso de un montón de trajes y ropas cubiertas con una funda de zaraza; y más cerca de la puerta un gran arcón, todo remendado con pedazos de hoja lata, tenía la tapa lustrosa á fuerza de servir de asiento.

Cuando se levantaba la cortina que separaba de la sala aquella habitación, aparecía á la vista, primero, la *cuja* con su lanza de donde pendía el gran cortinado que la cu-

bría, luego un espejo de marco de jacarandá, rodeado por la tohalla de largos flecos, en cuyo remate de arriba se ostentaba una gran moña de cinta del color del partido de la familia.

Entre la cama y el espejo, un nicho de madera calada encerraba la imagen de la Virgen del Cármen teniendo á los piés una palma de domingo de Ramos, una vela de la candelaria y dos ó tres gajos de oliva. En este nicho ardía luz todo el año, la mariposa dentro de un vaso con aceite; y ahora, se agregaban tres velas, derramando por toda la habitación obscura sus reflejos tristes y mortecinos.

Esta habitación es en todas las casas de la campaña el *sancta sanctorum*, el lugar más respetado, donde no entran los hijos sino en las grandes circunstancias de la vida. Allí se reune la familia cuando vienen á pedir una hija en matrimonio; cuando un hijo pide permiso para formar hogar aparte; ó en más triste ocasión, cuando como en la presente, está en trance de muerte alguno de los padres.

Desde niños los hijos se acostumbran á mirar con respeto que casi llega al temor, aquella habitación donde han nacido. Apenas si se asoman de vez en cuando para curiosear, y eso temblando, con miedo de que salga de repente de la obscuridad algún *cuco* de esos que son pesadilla de los chicuelos.

Y las muchachas cuando son mozas encuentran en la habitación el modelo y tipo para las suyas de casadas; es el ideal de su nido futuro.

IV

En el momento que entraron Nicasio y Cristina, toda la familia estaba reunida en torno de la cama donde doña Manuelita, se moría, alegre como quien siente la conciencia limpia de faltas y el alma llena de fé al avistar el linde de la vida.

Era una viejecita de cara larga muy arrugada, con bozo varonil en el labio, los ojos chispeantes todavía, y la cabellera blanca suelta sobre las almohadas muy limpias.

Tenía entre las manos descarnadas una cruz de marfil con el Cristo enclavado, mirando con sus ojos de muerte dulce, que atraen y efunden fé y esperanza.

Junto á la cama estaba el médico venido del pueblo, jóven aún, que parecía hallarse á desgano allí, sentado en el sillón de hamaca, sobre un trozo de alfombra, único que había en la habitación. De tiempo en tiempo miraba á la enferma, indiferentemente, convencido de lo inevitable del desenlace, y acaso extrañado de la paz y sosiego de la alma de la anciana, en aquel trance supremo.

Un hombre de barba negra sentado en un rincón sin levantar la cabeza, que parecía abatido por el peso de una inmensa desgracia, era Remigio, el hijo mayor de doña Manuelita, estanciero de crédito, que tenía invernadas más grandes que ningun vecino del pago y se enorgullecía con razón de que sus ganados se pagaran caros en la Tablada de Montevideo.

Cerca de él, Juan Maria, otro criollo de ley, que había hecho dos campañas en guerras de partido, y ahora con el grado de capitán vivía retirado en su estancia de la sierra, con la vanidad de tener dos hijos en carrera, uno en la Universidad y otro en el Colegio Militar.

En el arcón estaba sentada Rosaura, la hija mayor, casada con un comerciante enriquecido y hecho estanciero; suyos eran tres niños que andaban por allí sin poder darse cuenta de por qué todos rodeaban á *mamá vieja;* y no se animaban á correr ni á hacer el menor ruido.

Y entre la cama y la pared, con la cara entre las manos, lloraba sin tregua ni consuelo, Elías, el pobre lisiado, el más triste de la familia, que hacía tres días no se movía de aquel sitio, temiendo perder el último suspiro de su madre querida.

Cristina, era la menor de la familia, y fué á echarse de rodillas al lado de la cama después de besar á la anciana moribunda.

Esta se sonrió; pidió á su nietecita la *Nena* hija de Nicasio, y la tuvo largo rato abrazada.

Después, quedóse como ántes con la mirada fija en el Cristo, moviendo apenas los lábios en la oración.

Corrieron las horas largas, en silencio, y cuando cantaron los gallos en el corral, el médico pulsó á la enferma y miró en seguida á los deudos de la moribunda, indicándoles que se acercaba la muerte.

La viejita alcanzó á ver la mirada y comprendiendo su sentido habló despacio:

—«Hijos, hijitos»—Todos se acercaron á la cama y

cayeron de rodillas sollozando—«Hijitos, no hay que afligirse. Sean buenos como su padre que Dios tenga en la gloria.... Acuérdense de la Virgen siempre.... y pídanle que me reciba»....

La voz se apagó.... pero todavía los lábios se movieron con un temblor que duró hasta después que se cerraron, quedando plegados por una sonrisa imborrable, y las manos quisieron apretar más el Crucifijo.

Entonces Juan María tuvo que sostener á Cristina que se desmayó sin dar un grito, y Remigio salió del cuarto con la cara sombría, cayendo de los ojos las lágrimas una á una, muy grandes.

Y mientras todos los otros se agrupaban para consolarse estrechados, llorando, el pobre lisiado que no podía moverse, hundía su cabeza en la cama, desesperado y dolorido como ninguno.

Todos sus hermanos tenían ya familia que los consolara. Solo él á quien ninguna mujer querria porque no podía andar ni trabajar, se quedaba más abandonado que todos, al perder á la madre.

Rosaura acudió á consolarlo cariñosa y abrazada con él unieron sus lágrimas.

Pronto se sintieron carreras de las sirvientas, que llorando y gimiendo también, buscaban, unas aguas para hacer volver en sí á Cristina, y otras revolvían los cajones de la gran cómoda, sacando las ropas más ricas y más finas para amortajar á doña Manuelita.

El día amaneció triste sobre la casa, y la animación de la vida pareció alejar aquel dolor compacto de la noche

Empezaron á calmarse los llantos y dieron lugar á los rezos alrededor de la cama donde yacía la muerta.

Los chiquilines vinieron curiosos á mirar á *mamá vieja* llorando unos, arrimados á las faldas de la madre, y otros riendo porque veían la sonrisa de la muerta que parecía llamarlos para hacerles caricias.

Pero todavía el pobre Elías lloraba sin consuelo, encajado entre la cama y la pared, como si no quisiera convencerse de la desgracia que lo dejaba tan solo y tan triste....

B. FERNANDEZ Y MEDINA.

(1893).

EL FERRO-CARRIL

I

En el pago de Santa Isabel, en el paso de los Toros del Río Negro, se vivía en 1885 la antigua vida.

Años antes había llegado á la margen del gran Río una falange de hombres de la ciudad, que iba dejando á su paso unos hilos vibrantes que pasaban de un poste á otro, enlazándose á los aisladores de porcelana de forma de campanillas.

Era el telégrafo, mensajero del progreso, que marchaba á pasos de gigante, dejando sus miembros interminables, clavados en la dura tierra que no conocía aun la mordedura del arado.

Los paisanos, al ver aquel alambrado aéreo atravesar en salto audaz el ancho cáuce del Río Negro, y seguir escalando las cuchillas siempre en línea recta hacia el Norte, lo miraron con desconfianza. Escucharon el ruido del viento que silbaba en los hilos y en los aisladores y se les antojaba que eran las voces que corrían, contando los

ganados para las contribuciones, contando los mozos para la leva; y pronto odiaron mortalmente á aquel intruso.

Cada aislador parecía una oreja del monstruo vuelta hácia la tierra, para escuchar todos sus rumores y recojer las palabras, para llevarlas lejos, muy lejos, al Sud, á la ciudad que se baña en el mar y que tiene el *espia* del Cerro con el ojo pestañeador de su farola giratoria, iluminado de nóche por extraños resplandores.

Las golondrinas, viejas conocidas del Progreso, fueron las primeras aves que se posaron sin miedo en aquellos hilos siempre vibrantes. Los horneros, después, registraron curiosos los aisladores; y tranquilizados, se adueñaron de los postes para construir sus casitas de barro, con el orgullo de los que adoptan una moda nueva. y se burlan del riesgo que otros forjan en cada novedad

II

Hacía tiempo que el telégrafo había pasado; los postes de hierro fueron vestidos por las lluvias y humedades con capa de orín, los vendabales torcieron algunos; aquí y allá reventaron hilos; y todavía los paisanos odiaban al intruso. En días de tormenta, veían correr por los alambres chispas eléctricas, que bajaban de los postes á hundirse en el suelo, y se confirmaba su idea, de que aquello tenía algo de infernal y diabólico.

Cobraban un rencor sordo á esa avanzada de la nueva civilización, y ni aún cuando los ganados chúcaros se

acostumbraron á rascarse en los postes, á acostarse y dormir tranquilos á su lado, ellos se doblegaron, temerosos y desconfiados siempre.

Había pocas casas en aquella márgen derecha del río Negro. Una larga, de piedra, era la pulpería de un francés dueño también de la balsa del paso; había dos fondas bautizadas con el pomposo título de *Hotel* y cuatro ó cinco ranchejos que estaban habitados por los peones de la balsa, criollos indolentes que habían encontrado allí una ocupación fácil y que les dejaba muchas horas para el sueño y el reposo.

Otro rancho más grande estaba junto al camino, al lado de la posta de la Diligencia, señalada por un cerco de palo á pique, y un alambrado que servía de brete para los caballos.

Vivía en ese rancho una china vieja conocida por *ña Ciriaca la flaca*, de esas viejas criollas con mucha sangre charrúa, que la edad seca y arruga como las frutas que se guardan en las cocinas, pero que se mantienen fuertes, con la última savia reconcentrada, desafiando á la muerte que parece esquivar á las plantas secas y encojidas cuando siega en el sembrado exuberante del mundo.

Vivía en aquel rancho desde tiempo inmemorial. Había tenido una hija, que murió jóven, dejando una niña destinada á acompañar á la abuela y alegrarla la vida de desolación de la vejez.

Esa niña era Martina, morochita avispada, que los pasajeros de aquella travesía habían visto crecer en gracia y hermosura, hasta ser en el año 1885 un pimpollo

silvestre, con el aroma recojida y oculta en la aspereza de su incultura.

La casa de ña Ciriaca servía de posada á los pasajeros que no querían alojarse en la pulpería del francés ni en las fondas del lugar, y con lo que ese hospedaje y el cuidado de la posta le producían, vivía la vieja bien, holgadamente, mirando correr los días detrás de los días, viendo á su nieta hacerse moza rozagante que atraía ya á los picaflores del pago en figura de paisanitos bien aperados; y secándose ella, como si la yerba del mate que chupaba sin cesar solo alimentara la savia reconcentrada de la vida y no alcanzara al resto del cuerpo.

A la casa de ña Ciriaca llegó en aquellos días de 1885 la noticia aterradora para los paisanos: El ferro-carril que había pasado el Yí y marchaba hácia el Norte, venía acercándose al río Negro.

¿Qué era el ferrocarril para los paisanos?—El terror de los ganados chúcaros que huían campo afuera al sentir los bufidos de la locomotora; el terror de los campos que cortaba, dejando su huella indeleble en aquellos fierros paralelos acostados y ligados sobre la cama de ñandubay; el incendio de los pastizales secos por el sol del verano, con las chispas que volaban del fogón calentador de la barriga del mónstruo; el corte de los alambrados por aquel viajero incansable, caprichoso, que no torcía el rumbo, á quien ninguna valla detenía; y la muerte de la diligencia y las carretas que daban vida á las postas y á tantos vecinos...

Nada querían saber ellos del progreso, ni de los bienes

futuros. Lo que veían, lo que sentían era que el *chismoso* del telégrafo había venido á espiarlos, á escudriñar en los campos para denunciar sus riquezas, y había abierto el camino á la inmensa serpiente que corría sobre los dos fierros interminables, acostados en la tierra; que atravesaba las montañas abriéndose paso como los tucu-tucu, y que llenaba las hendiduras y los bajos formando largos lomos de tierra colorada, donde no arraigaban ni los yuyos de maldición, las ortigas, los abrojos y las espinas.

III

En aquellos días, se reunían los vecinos cada domingo en la pulpería del francés, á jugar á los naipes y á beber; y en las mesas de juego, bajo la solera, donde se encontraban los paisanos, era el principal motivo de las conversaciones, el peligro que venía del Sud, procedente de la misma ciudad de donde salían las contribuciones y las leyes, y en donde gemían en cuarteles los hijos de la campaña.

Un viejo de larga barba, reposado en sus movimientos y lento en el hablar, sonreía oyendo el cálculo de los otros paisanos acerca del ferro-carril.

El conocía bien al Río Negro, el *Hum* de los indios, el viejo río que arrastraba en sus aguas jugo de zarzaparrillas seculares; que petrificaba en el fondo de su cauce las astillas de los árboles destrozados por las tormentas, y las frutas que los vendabales quitaban á los guayabos, á

los ñangapirés y á los mismos araticúes, ásperos y miserables como viejos avaros. Y ese río, que todos los inviernos salía de su lecho, extendiendo las riberas hasta las altas barrancas, arrastrando gramillales y dejando los campos fertilizados con su inundación; ese río padre, ¿permitiría acaso que máquina alguna lo dominara, cortando sus aguas correntosas y clavando en medio de su cauce los postes que rompen la corriente?

Recordaba el viejo que cuando se estableció la balsa en el ancho Paso de los Toros, el río se había sublevado y sacudiendo sus aguas obscuras, invadió los altos terrenos, humillando los gramillales, dejando sobre la tierra inundada huella desvastadora pero fecunda.

—«¿Qué le parece ño Remigio; (preguntó al viejo uno de los paisanos) pasará el ferro-carril?»

El viejo sacudiendo la cabeza con gesto irónico dijo:

—«Déjenlo llegar al paso y ya veremos si hay quien dome la corriente... »

Y acentuó las palabras con una carcajada.

Pero otro de los presentes, un jóven tropero acostumbrado á recorrer la campaña y á llegar á la ciudad, que había escuchado en silencio los comentarios de los demás, habló á este tiempo para decir:

—«Miren paisanos que el ferro-carril es una fiera y no hay defensa contra él: yo he visto el puente del Yí, larguísimo, con toda su armazón de fierro, y he visto domar la corriente hasta acostarlo entre las dos barrancas para que el ferro-carril pase con sus humaderas y sus bufidos por los campos de Villasboas derecho, á nuestros pagos.

Pasará el viejo Río Negro y seguirá el camino hasta perderse en las sierras, allá donde dicen que todo el año están los campos blanqueando, tapados por la escarcha, donde llueve frío y los vientos castigan á los árboles con rebenques de hielo».

Calló el jóven tropero. Sus palabras habían causado gran sensación en los oyentes.

El francés pulpero tomó parte á su vez en la conversación:

«Amigos (dijo con acento tranquilo;) el ferro-carril es una felicidad para la tierra. Corta los campos, espanta los ganados, pero después aumenta el valor de todo, y hace más fácil la vida, se llenan los campos de trigales; el ferro-carril lleva á la ciudad los productos del país con más seguridad que las carretas, más pronto y con menos gasto; y trae toda la riqueza de las industrias de Europa, para derramarlas en esta nación que todos deseamos se haga rica y grande entre sus hermanas.»

—«No; no--(dijeron varias voces á un tiempo). Esas invenciones del ferrocarril y el telégrafo son la desgracia de la campaña. Desde que hay ferrocarriles en nuestra tierra hay epidemias y calamidades; se mueren los ganados y todo se arruina; y además las empresas son extranjeras que vienen á explotar el país para llevarse su riqueza! »..................................

....

los ñangapirés y á los mismos ar-
rables como viejos avaros. Y
viernos salía de su lecho,
las altas barrancas, arrast
campos rtilizados co
mitirí so que m ones recorrían las estancias de
sus corran s las casas, donde se reunieran al-
le blaba del peligro cada día más cer-
dificultades y se estimaban probabilida-
todo en indecisión.

Pero vino la guerra, la guerra civil del año 1886. En los campos se interrumpieron los trabajos y las partidas volantes, de ambos bandos ahuyentaron la paz y el sosiego de todos los hogares, abiertos á la desgracia como á la dicha.

Las primeras partidas que se formaron en aquel pago desahogaron en el telégrafo el odio de tanto tiempo, derribando con implacable saña los postes de fierro en larga extensión, cortando los hilos y rompiendo aquellas orejas blancas del mónstruo, donde querían encontrar el oculto mecanismo que recojía los sonidos para transmitirlos á los hilos.

Salvaje alegría parecía animar á aquellos pobres, desheredados todavía de la educación, y que al hacer frente al progreso se parecían á los toros bravos que embisten á la locomotora....

Cuando tornó la tranquilidad y el órden, cuando los trabajos se reanudaron con la triste impresión de la derrota de la buena causa, también prosiguió su marcha el

·o-carril. La vía iba llegando á la margen izquierda 'o Negro.

ı mañana despertaron los vecinos con el asombro :asas: una legión de obreros trabajaba en el río, la impetuosa corriente, sondeando la profundi- do la resistencia del lecho y las fuerzas de las

Pocos días después llegaban cargamentos de maderas, llegaban grandes martillos y máquinas enormes. Clavaron gruesas vigas y construyeron pilastras en el río, domaron con ciclópeos golpes la resistencia del fondo, y sobre aquellos piés de piedra arraigados en el duro terreno, empezaron á tender y á trabar fierros hasta formar el puente inconmovible, airoso, que quedó extendido con sus dos cabezas en ambas márgenes y los piés innumerables clavados al través de las aguas carrentosas, que se abrían y pasaban quebradas por entre las pilastras.

Y mientras los paisanos creían estar en un sueño, viendo al gran río domado, el temido enemigo, vencedor de todos los obstáculos, apareció triunfante, coronado de humo, bajando de la cuchilla en marcha majestuosa á inaugurar con la alegría de una victoria del progreso, aquel gran puente, que gimió al paso de la locomotora y del convoy engalanado con banderas, sintiendo la opresión poderosa del señor.

Todo estaba concluido para lo antiguo. La vieja vida asustada, huía al través de los campos, á refugiarse en los montes vírgenes y en las serranías impenetrables, has-

ta donde la perseguía el telégrafo anunciando á la nueva civilización.

La balsa quedó amarrada en los sarandíes de la ribera; la diligencia alargó sus viajes; se levantó un gran hotel, y numerosas casas poblaron aquel lugar arenoso rodeando la estación de piedra del ferro-carril adornada con veletas, y postes de pararayos y del telégrafo; y la capilla con su cruz se levantó más alta, coronando aquel triunfo de la civilizacion con su enseña redentora.

Ña Ciriaca vió con la tristeza de quien mira derrumbarse bajo un golpe fatal todos sus ideales y todas sus creencias, el triunfo del ferro-carril, avanzando cada día en su marcha hácia el Norte.

Ella no tuvo más pasajeros en su casa, porque el nuevo hotel atraía á todos; la posta fué llevada a otro campo y con todo esto la vieja sintió crecer en su corazón el rencor y el odio al progreso.

En sus oídos, sonaban como anuncios fatídicos, como ruidos infernales las pitadas de la locomotora y las férreas vibraciones de los trenes, arrastrándose sobre la vía, cargados de ganados, de lanas ó de mercaderías, con los pasajeros asomados en las ventanillas para curiosear en la campiña todavía sorprendida.

Martina, la nieta de la vieja, cada día más hermosa, se había encariñado en cambio con el ferro-carril... por que en el pasaba un jóven que se iba adueñando del corazón de la muchacha.

Ella iba todos los Domingos con las otras mozas á la estación, á ver pasar los trenes y á engolosinarse con la

vista de aquel reflejo de la vida atrayente y llena de novedades de la capital lejana.

Corrieron días y al despertar ña Ciriaca una mañana llamó á Martina y el silencio, que en adelante sería único compañero de la vieja, la aterró con su mudez.

La morochita, había alzado el vuelo á colmar sus esperanzas de libertad, llevada por el ferro-carril rumoroso á la gran ciudad del Sud, que tanto tiempo la había hecho suspirar, con las ansias de verla: de ver su mar, sus paseos, las innumerables casas de azotea; las estátuas, personas de piedra; las chimeneas que echan el humo hasta el cielo, los grandes buques que se balancean en las aguas del puerto y los carruajes donde se pasea cómodamente, con el lujo, fantástico para una campesina, de sedas, brocatos, terciopelos y blondas....

Al verse abandonada y sola, la vieja ña Ciriaca sintió que perdía con su nieta uno de sus últimos consuelos; que quedaba en la desolación más triste, teniendo que escuchar los ruidos del ferro-carril que pasaba por delante de su rancho lanzando bocanadas de humo negro. Sintió la vieja que privada de aquel hermoso retoño, su vida quedaba sin sombra ni apoyo, que nada le quedaba en la existencia amargada por tantas desilusiones; pensó en la muerte y un temor grande llevó el frío á su corazón. Casi se seca la última sávia, y cae como árbol sin raices.

Pero se consoló despues de llorar mucho. Y tomó una resolución: Irse lejos, lejísimo, á donde no sintiera el paso del tren ni viera el humo negro de la odiada locomotora.

V

Una noche pasó el ferro-carril en viaje extraordinario, con cargamento de ganados.

En los campos dormidos quedó flotando una nube pesada y un rumor sordo que corría por los fierros vibrantes de la vía.

Cuando despertaron los vecinos en la madrugada, se sintieron conmovidos y asustados. En un rincón que formaba el río en una de sus vueltas, junto al paso, los pastizales altos ardían, incendiados por una chispa desprendida de aquel tren, que había pasado como un ladrón en el silencio y en la obscuridad de la noche.

Ardían los pastos secos y rechinantes; y el fuego, entre nubes de humo, subía iluminando con sus resplandores el paisaje alegre de los campos en la madrugada de verano.

Se reunieron pronto los vecinos atraidos por aquella luz que presagiaba una gran desgracia. En aquel rincón tenían todos sus esperanzas para salvar los ganados de la seca que dejaba los campos pelados y estériles.

El fuego se extendía, pasaba los límites del rincón y amenazaba invadir los campos circunvecinos.

La cañada seca que en otro tiempo habría obstado á la propagación del incendio, no era entónces más que una zanja donde el sol ardiente había formado calcagüesales

Todos los hombres se reunieron y provistos de cueros de ovejas empezaron á combatir al fuego con los medios ingeniosos que les ha sugerido la necesidad. Cargaban varias pieles en el anca de un caballo, las mojaban en el río y á todo correr volvían al campo incendiado y entonces cada hombre con uno de aquellos cueros empapados golpeaba en el pasto, gritando todos para animarse mutuamente, mientras el humo y la ceniza voladora les ennegrecía los rostros.

Pero no bastó este recurso para contener el incendio; las llamas se extendían como una inundación al ras del suelo; era ese fuego que por ironía sin duda se llama manso, siendo el más terrible.

Al fin se tuvo que recurrir á un remedio extremo. Mataron algunas yeguas, las abrieron y despatarraron con todas las vísceras y atándolas de á una á las cinchas de dos caballos con largos maneadores, arrastraron aquellas carnes todavía palpitantes, sobre el fuego implacable.

Iban quedando en el pasto y en la tierra, trozos de las vísceras sangrientas, y las carnes después, pedazo á pedazo y los huesos deshechos hasta que los caballos solo arrastraron un manojo de cuero revolcado, sujeto en el extremo de los maneadores.

Así se cortó el incendio encerrándolo en el rincón donde ardieron hasta las últimas matas. Y la tierra quedó cubierta de una lepra blanca, como si fuera el desagüe de un lavadero.

Entónces los paisanos con sus rostros chamuscados y ennegrecidos por las llamas, con aspeto feroz, miraron

iracundos al puente y á la vía férrea que se señalaba en el campo como un camino trillado con las dos rayas negras de los rieles, y dijeron con toda la rabia que llenaba sus corazones: «¡Para esto sirve el ferrocarril y el maldito progreso!»

VI

Con la tremenda impresión del estrago, la vieja Ciriaca dejó su rancho y en una carreta, con todos sus trastos, emprendió el viaje hácia el Oeste, camino de las sierras, adonde esperaba que no llegaría el humo de la locomotora ni el ruido de los trenes.

Al llegar á los campos quemados, detuvo el carro y se volvió para mirar por última vez aquel lugar que había habitado tantos años; la mirada se posó en la cruz de la capilla y la vieja se persignó sollozando.

Castigó los caballos que arrastraban el carro y siguió su camino hasta encontrar el refugio que deseaba, en las asperezas del Norte.

Pero en ese camino, ya la agricultura había llegado á derramar su fecundidad: trigales dorados se movían como un mar, agitados por la brisa, y grandes plantaciones de viñas y tabaco verdeaban en aquellos campos feraces y ricos, que empezaba á morder la reja del arado.

B. Fernandez y Medina.

(1893).

LA SECA

Como un contraste irónico, la seca que deja la tierra pelada y adelgaza la corriente de los arroyos, ocurre en el tiempo mismo en que los trigales, como ofrenda generosa de la tierra, se siegan y se emparvan, formando montes dorados.

Las nubes pasan por el alto cielo lentamente, blancuzcas, como copos de espuma que nada prometen, y que el viento desvanece para dejar límpida y serena la bóveda azul.

Y van corriendo los días calurosos, con ese calor seco que irrita la sangre; y los arroyos merman su caudal, descienden poco á poco de su nivel en las barrancas, interrumpen la corriente al fin y, forman charcos y ollas donde el ganado sediento bebe con ansias el agua fangosa que el sol hace hervir en la siesta. Los árboles de las márgenes, abrumados por el calor, lácias sus ramas, achicharradas las hojas, se muestran como el personaje mito-

lógico que en vano se esfuerza por beber el agua fugitiva; y las raíces de los sarandíes quedan descubiertas, enredadas con los camalotes y los juncos donde cuelgan sus huevadas de color rosa las ranas.

El campo va perdiendo los pastos poco á poco. Ya ni restos de gramillas ni de trebol cubren la superficie polvorienta, que se grietea bajo el ardor constante, como si quisiera pedir agua al cielo por millares de bocas.

Este es el momento terrible de la seca.

Una que otra mata de mio-mio y de carqueja aparece en la tierra pelada; y de trecho en trecho los cardales secos dan al aire las felpas blancuzcas de sus flores secas, que dejan la semilla negra en el campo y vuelan y revuelan hasta llegar á la ciudad donde los muchachos las persiguen á manotones como á las mariposas.

Sobre las matas de cardos secos que arden como yesca al primer contacto de fuego, los chimangos y los ñacurutues se balancean en las horas de calor, con los ojos abiertos, ciegos para la luz meridiana.

Corren las cachirlas y chingolos por la tierra, buscando alguna semillita arrastrada por el viento, y las perdices y teruteros sedientos, abiertas las alas y el pico; mientras en los cardales un zumbido de insectos parece revelar un incendio de toda la campaña.

Apenas queda en la costa de los montes algún pajonal, que la sombra de los árboles y la frescura del arroyo ha hecho crecer exuberante y ha mantenido más tiempo. Porque hasta en lo más intricado de la

selva se siente la seca, y la sienten los pájaros que no cantan, y la chicharra que deja oir su fastidioso chirrido entre las hojas.

Y faltos de pastos, faltos de agua, los ganados flacos y hambrientos mueren de consunción, cubriendo la tierra con sus hosamentas, que blanquean pronto, despojadas por los cuervos y caranchos, que nunca están más gordos y satisfechos que en este tiempo: especie de cobradores de gabelas que exigen los tributos en todas las circunstancias.

Los horneros, sí, sienten como los hombres y como el ganado la seca. Ellos tienen que recorrer distancias enormes para hallar los charcos y el barro con que construyen sus casitas; y á esos pozos de agua corrompida tienen que acudir tambien las avispas á hacer sus pelotillas de barro para cubrir el camoatí.

No hay en el paisaje de los campos donde las madrugadas de verano aparecen como una gracia celeste, verdor ni frescura; solo el color ceniciento de los cardos, y de los campos polvorientos.

Cuando el viento levanta nubes de polvo y el sol las colora con sus resplandores de fuego, parece que un incendio voraz pasa por la tierra consumiendo sus pastos, y que el polvo es humo y es ceniza, y los reflejos del sol llamaradas finales de la quemazón.

Así pasan los días y solo la noche dá un descanso á los ojos enardecidos por el calor y el polvo, y á los cuerpos transidos de fatiga y debilitados.

Porque en estas épocas de seca ¡cuánta hambre se

pasa en la campaña! El ganado se muere y apenas sirve para cuerear, las vacas tamberas no dan una gota de leche; los huertos no tienen ninguna verdura. Ni agua ni pan, nada. En ese tremendo cuadro, la miseria es como un cuervo grande que clava sus garras en todos los hogares de la campaña.

B. FERNANDEZ Y MEDINA.

(1894)

APÈNDICE (*)

PENSAMIENTOS

Los partidos personales, en la necesidad de extinguir ó enervar las virtudes cívicas, que elevando el nivel moral del ciudadano y del pueblo hacen imposible los despotismos de indivíduos ú oligarquías, las explotaciones de la patria y los abusos de posiciones, se han empeñado siempre en ensordecer á la opinión respecto de todo mérito de conducta y de toda cualidad de carácter, con el bombo de la *gloria militar* y del *valor de las batallas*, que han izado á la categoría de única virtud cívica.

(*) Juzgábamos incompleta nuestra colección en cuanto á don Juan Carlos Gomez, sin lo que vamos á publicar en apéndice por haberlos obtenido casi al terminarse la impresión del libro.

Como es sabido, los mejores escritos de don Juan Carlos Gomez son sus artículos de polémica política, pero esos artículos hoy ya no tienen el mismo mérito que cuando se publicaron y hasta llegan á ser inconvenientes

Siempre serán glorias para los pueblos hechos como el de los trescientos espartanos que dejan sus cadáveres en las termópilas de muralla contra la invasión de la tiranía extranjera. Siempre serán glorias la defensa de la patria, el combate por la libertad, el martirio por la creencia.

Pero siempre será una perversión de las ideas y de los sentimientos que conducen á la depravación de las sociedades y al abatimiento de los pueblos, erijir en sistema la *gloria militar*, convertida en fin y no en *medio* de alcanzar el fin de las sociedades y de los gobiernos—que es la paz, la libertad, el órden moral, el goce de todos los derechos por el cumplimiento de todos los deberes.

En principio, las alianzas contra enemigos extranjeros son perfectamente legítimas. Es tan lícito buscar la fuerza de otro pueblo, por la alianza, para combatir al agresor extraño, como buscar por la compra, la fuerza de los cañones, de los fusiles, de los medios de guerra, fabricados en otro país.

Pero, si en principio, la alianza con el extranjero contra el extranjero, para fin legítimo y por medios morales,

---

por las alusiones personales que contienen. Así es que creimos allanar la dificultad, imponiéndonos un trabajo mayor y más difícil; el de extractar de los artículos, pensamientos dignos de ser conocidos y guardados en la memoria como máximas y aforismos de un escritor que solía ver muy en el fondo de las almas y de las situaciones políticas con que luchaba. Los pensamientos de carácter políticos van mezclados con otros literarios y filosóficos extractados de otros escritos de Gomez.

en términos y condiciones que respondan á los principios de justicia y de libertad, entra en el derecho de las naciones, jamás, en ningún caso y con ningún pretesto, es escusable la alianza del extranjero con un partido político contra otro partido político del mismo país, porque tal alianza es la negación del dogma fundamental de la soberanía del pueblo.

El amor de la patria, como todo grande amor, que exige constancia de abnegación, asiduidad de consagración desinteresada, es un sentimiento que no puede existir sino en los nobles corazones, en los caracteres honrados.

Los explotadores de posiciones ó de circunstancias, los ambiciosos vulgares que aspiran á las altas posiciones oficiales con la conciencia de no tener las aptitudes que ellas requieren, los especuladores que en la dedicación política buscan el negocio pingüe y la fortuna fácil, el precio inagotable del menor trabajo, el precio perenne del menor servicio, esos no aman á la patria, porque no es amar á la patria tener el apego del gato al suelo, del perro al amo, el sentimiento orgánico que liga al hombre á las cosas y seres que lo rodean en la vida.

De todas maneras, el Colector, al ver terminada su obra, siente más que nunca el convencimiento que expresa en el Prólogo, de no haberla realizada tan perfecta y completa como lo deseara.

Los críticos y la prensa con indicaciones oportunas, pueden hacer que en una segunda edición tenga esta obra aquellas condiciones.

Por eso es lento y penoso el ascenso de los partidos de principios, porque en su marcha van quedando rezagados todos los que se cansan del desinterés y del esfuerzo; y van amoldándose á situaciones cómodas para el egoismo.

El deber del periodismo no es transigir y capitular con la maldad ó con el error, sinó vencer á la maldad, y convencer al error.

El éxito!—hé ahí la moral política de los partidos y políticas personales—el éxito! la doctrina política que más ha corrompido, abatido y arruinado á los pueblos, la que los ha envilecido y empobrecido.

El anhelo del éxito es el que lleva á los hombres á capitular y transigir con todas las perversiones y todas las iniquidades; el que los impulsa á abdicar principios, conciencia, dignidad y hasta el honor. A trueque de una *ventajita,* de un puesto oficial, de una posición social ó financiera, la doctrina del éxito los empuja á saltar por encima de todos los deberes para con los demás y del respeto de sí mismo.

Los hombres de la escuela del éxito en la política y en la sociedad, suben muy arriba á veces, se ostentan en altas posiciones de poder ó fortuna; pero su elevación es infecunda; nada dejan al porvenir; ni su país ni su familia

reportan de su elevacion más que una herencia de miseria moral y material, de pobreza y de desdoro.

Nó, la aspiración de un partido político ó de los hombres políticos *no es el gobierno, la conquista* del poder público por los hombres, el éxito de las individualidades por la elevación á posiciones oficiales ó sociales. La aspiración de los *hombres patriotas* y de los *partidos de principios* es convertir en *gobierno* un poder; en fuerzas directoras de la sociedad, el *derecho*, la *justicia*, el *honor*, la *probidad*, la *fraternidad* de los pueblos y de los hombres.

La aspiración de los buenos ciudadanos y de los hombres de bien en política, como en todo, es que imperen en las sociedades las virtudes y desaparezcan los vicios, encaminando á los pueblos por las sendas de la perfectibilidad humana, obligándoles á avanzar constantemente por ellas con toda clase de esfuerzos, y mediante sacrificios de cualquier género, por que solo en esas vías hay grandeza para la patria y gloria para sus hijos.

Si para guiar á los pueblos en ese sentido es necesaria la oposición, la abstención, la derrota, el martirio, los ciudadanos patriotas y los partidos de principios, prefieren ser devorados por las fieras de los circos romanos á quemar incienso al dios Tiberio ó al dios Calígula, ó colgar sus arpas en los sauces de Babilonia por no profanar los himnos de la libertad bajo la esclavitud de los Faraones.

Mentira, infame mentira la de los políticos, que para

medrar y cubrir la iniquidad de los móviles de su conducta, enseñan á la juventud, la grande y bella esperanza de los pueblos, que *se doblen y no se quiebren*, que besen el suelo como el junco vil de la fábula para no ser derribados por los huracanes populares como el altivo roble, que se arrastren palaciegamente como la sabandija para llegar á la cumbre que anida el águila, á *fuerza de arrastrarse*, y tomen para guía la máxima que la indignación de Tácito clava en la frente de los abyectos instrumentos de la tiranía: *omnia serviliter pro dominatione!*

Hay un error frecuente en los jóvenes de alta inteligencia que los sucesos políticos ponen en las avanzadas de la línea de combate: Quieren datar el génesis desde su aparición en la escena. Nada ha existido antes de ellos.

Son los patriarcas que salvan en el arca de su inteligencia y de su corazón los principios de existencia y regeneración perdidos en el diluvio del pasado desquicio. Todo lo que se ha agrupado y crecido en derredor de ellos es lo único que existe y tiene razón de existir. Los vestigios de una vida anterior son fósiles antediluvianos, testimonios de una vida imperfecta, que solo pueden admitirse en los museos como demostración de los progresos, de la perfectibilidad de los nuevos seres.

Por mi parte no incidí en esa alucinación de la juventud, creí siempre que mis ideas y mis trabajos tenían

abuelos; jamás dije al pasado: *cállese;* jamás dije á la discusión: *no me cruce el camino.*

Los hombres mediocres, elevados por el favor, no perdonan jamás á los autores de su elevación, en quienes ven una tutela molesta, una presión moral incómoda, cuando menos un reproche permanente á la conciencia de su propia nulidad.

Esta es la eterna historia de los *hombres hechuras* en los gobiernos de los pueblos, implacables y rencorosos enemigos de sus hacedores, que no escapan á la furia de su despecho con los mayores escesos de humillación y servilismo, sin quedarles otro extremo que hacerse aplastar por las ruedas del carro de los idólatras del Indostan

---

Desengáñense los que buscan garantías para su pasado y para su posición en los defectos ó vicios de un gobierno, en las claudicaciones ó complicidades de un hombre. El cómplice en el poder se considera impune, vé rotos todos los vínculos de su vida anterior; se encuentra con la fuerza de destruir hasta los menores vestigios de su pasado, y es siempre el primer empeño de todo culpable anonadar á los que le ayudaron y pueden comprometerlo en algún tiempo.

Muchos hombres conciben lo justo y no tienen la

fuerza de hacer lo que es justo, porque se puede tener razón en la inteligencia y no en la conducta, por faltar el carácter.

La política del porvenir en el gobierno está reducida á una sola palabra, *Probidad.*

Tener la voluntad y la fuerza de la probidad, practicarla en todo y por todo cumpliendo y haciendo cumplir los deberes, respetando y haciendo respetar los derechos sin terjiversaciones desleales, sin reticencias capciosas, esta es la política que nos dará la paz, porque, como enseñaba muy bien la madre de Washington á su hijo, *la honradez es la mejor política.*

Fuera del gobierno hay otra política que corresponde á la prensa, y á la tribuna, á la predicación de la palabra, hablada ó escrita—la política de los grandes sentimientos y de las virtudes.

Las ideas pasan con su época. Nadie puede afirmar que lo que es hoy tenido por verdad, no resulte mañana una alucinación de la mente. Lo que no pasa son los sentimientos y las virtudes del alma, porque constituyen el carácter de los hombres y de los pueblos.

A la prensa toca convertir á la opinión publica en conciencia y fuerza de todo lo que es justo, noble y bello, y estirpar en el corazón del pueblo los gérmenes que en él han dejado los malos partidos de sentimientos ruines, indignos y viles. En los pueblos como en los campos, cuanto más robusta y lozana es la vegetación sana y útil

más pronto desaparecen las malezas y se distinguen. El labrador de la prensa tiene que ser incansable en arar y abonar su tierra, si no quiere ver marchitarse con la resurreción de los abrojos y de los cardos la sementera crecida con tantos trabajos y sudores.

Las buenas obras son siempre hijas de los bellos sentimientos, porque las mejores y más grandes ideas nacen en el corazón, llevando consigo la emoción de que nacieron.

Contra tres cosas es impotente la rabia de los hombres—contra Dios, contra la virtud y contra el genio.

La fealdad moral presentada por el naturalismo en literatura, la adoración servil de la naturaleza, nos hace repugnantes á nosotros mismos, mientras que el bello ideal de las creaciones del arte, levanta los corazones y la inteligencia á la concepción de lo bello.

El arte concibe la perfección que debe existir, mientras que la naturaleza no nos presenta más que las formas rudimentarias que la esbozan.

La moral es el oxígeno que entra en la composición de todos los elementos sociales. Es la que dá su autoridad al derecho, es la que dá su nobleza á la Economía Política, es la que levanta el pensamiento humano, la que dignifica la vida, la que salva el decoro de los hombres y la civilización de los pueblos.

Está entrañada en todo, y el día que este oxígeno desaparece de las sociedades humanas, ese día tienen la muerte, como el día que desaparece el oxígeno en el órden físico para los seres.

JUAN CARLOS GOMEZ.

ÍNDICE GENERAL

APÉNDICE

